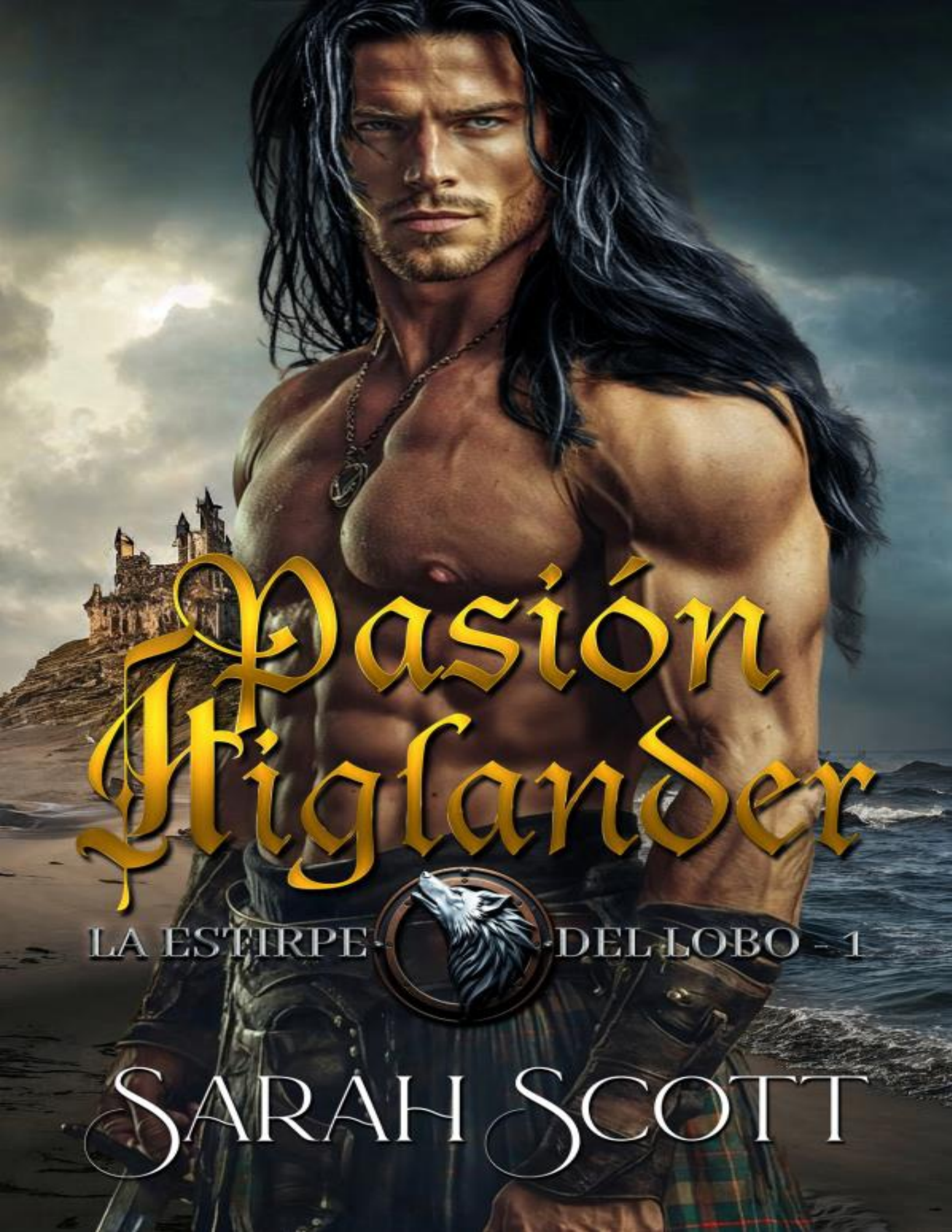

Pasión Highlander
LA ESTIRPE DEL LOBO - 1
SARAH SCOTT

Pasión Highlander

Sarah Scott



©SARAH SCOTT

Primera edición, 2025

Novela Histórica

Todos los derechos reservados.



Él la tendría sin importar el precio, pero ella no era una mujer cualquiera. Era una vikinga de corazón fuerte y espíritu rebelde que no se rendiría tan fácilmente.

Como líder de su clan, Lachlann necesita un heredero y afianzar alianzas con sus enemigos los vikingos. Por eso, cuando su primera esposa muere bajo misteriosas circunstancias, no duda en reclamar otra esposa al cacique vikingo.

Pero no puede apartar los ojos de una mujer que le llena de deseo. El problema es que ya está prometida a otro hombre y que no es la esposa que han elegido para él.

Astrid no puede creer el descaro de ese enorme y atractivo highlander que no deja de observarla. No tiene suficiente con dejarla en evidencia con su descaro, sino que ahora quiere que renuncie a su prometido y sea… ¡Su segunda esposa!

Sin lugar a dudas alguien tiene que pararle los pies a ese highlander engreído, y ella estará encantada de hacerlo.

Ambos tendrán que enfrentarse a duras pruebas que se interpondrán en su camino y a una pasión que crecerá hasta desbocarse.

?? No te pierdas esta primera entrega de la serie La estirpe del lobo. Una serie llena de emoción, aventuras y romance.

Índice

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Epílogo
Siguiente libro de la serie
Notas

Capítulo 1

Aldea de Esberborns

Reino nórdico de Einarland, costa septentrional de Escocia d.C.

Vestido para la batalla, con su puñal y su larga espada ceñidos a su poderoso cuerpo, el caudillo de las Highlands avanzó a grandes zancadas por la calle principal del pueblo. En el silencio que se había hecho, el firme golpe de los pies calzados con botas contra la tierra endurecida resonó fuerte, ominosamente. La visita no anunciada de Lachlann mac Gordon infundía temor en el corazón del pueblo.

Astrid no había visto a Lachlann desde hacía cuatro años, pero no había cambiado. Su semblante seguía siendo oscuro y melancólico, y exudaba la gracia depredadora de un feroz gato salvaje.

La brillante llama de una antorcha ascendía por el cielo oscurecido por la noche hasta rozarlo. Sus rasgos bien afeitados, de ángulos y planos marcados, parecían tallados en piedra. Su pelo negro rozaba sus anchos hombros, que estaban cubiertos por un tartán a cuadros rojos y amarillos. El rico material, arremolinándose en torno a su cuerpo mientras se movía, enfatizaba su descarada masculinidad. Su físico era duro e indomable. Todo en él denotaba poder, fuerza y destreza con las armas de guerra.

El viento atrapó su tartán y lo ondeó hacia atrás para revelar su camisa negra, la tapeta del hombro sujeta con tres pequeños broches dorados. Unos pantalones negros ajustados, ceñidos a su cintura con una faja de cuero, revelaban unas piernas tan musculadas como sus hombros. La luz brillaba en las hebillas doradas de la faja.

El borde verde bosque del tartán abofeteaba sus botas de piel de vaca, atadas a las piernas hasta las rodillas.

A medida que se acercaba, Astrid se alejó de la casa del rey hacia su propia casa, al otro lado de la calle. Se retiró no por miedo al hombre, sino por miedo a sus propias emociones. Cuatro años atrás, el montañés la había atraído; aún lo hacía. Él no la recordaría, pero ella nunca le olvidaría. Queriendo poner distancia entre ellos, buscó el cobijo del porche de su casa, desde el que tenía una visión clara del acontecimiento. Al igual que la gente que se agolpaba en el patio de la casa del rey, ella se preguntaba por qué el caudillo estaba en Esberborns. Dado que su visita era inesperada, no albergaba esperanzas de que hubiera venido a celebrar la fiesta primaveral del Sacrificio del Éxito de la Luna del Tiempo de Plantación. Su semblante y su comportamiento sugerían que no se trataba de un viaje de placer.

Se detuvo frente al pórtico de la Gran Casa que servía de estrado a los reyes de Einarland

allí sentados.

—Bienvenido, mi sire Lachlann mac Gordon, príncipe del norte de Escocia y jefe del clan Gordon —dijo el rey Wyborm, mientras su skald traducía sus palabras del nórdico al gaélico.

El montañés miró a su alrededor como si buscara algo... a alguien.

—Su... ehm... su visita es una sorpresa, sire —dijo Wyborm.

Lachlann devolvió su atención al rey.

—¿Lo es, sire? —Su voz era profunda, ronca y sardónica, tal y como Astrid la recordaba.

Bjorn se retorció nervioso.

—Pero es una... agradable sorpresa. Si hubiéramos sabido que venía, nosotros... ehm... habríamos planeado una recepción para usted.

Astrid rio suavemente. Aunque el bárbaro había estado casado con la hija de Bjorn, Gunilda, durante los últimos cuatro inviernos, seguía asustando al rey. Bjorn agitó la mano para incluir a los que permanecían boquiabiertos.

—Le invitamos a unirse a nuestra celebración de primavera.

—No he venido a celebrarlo, Bjorn —dijo Lachlann.

Al dominar el gaélico, Astrid se dio cuenta de que el montañés omitía el uso de un título de respeto hacia el rey. El skald tartamudeó cuando llegó el momento de traducir el nombre del rey. Miró a Lachlann interrogante.

—Traduce lo que digo tal y como lo digo —ordenó el montañés.

El skald asintió y así lo hizo, haciendo que los aldeanos jadearan y se alejaran de Lachlann mac Gordon. Los guerreros personales de Bjorn se acercaron a él, con las manos en sus armas. Astrid temía que esta visita no presagiara nada bueno. La mirada de Lachlann se movió lentamente sobre la multitud. De nuevo Astrid tuvo la impresión de que buscaba a alguien en particular.

—Estoy aquí por negocios, no por placer —dijo.

—¿Cuáles son tales negocios, sire?

Aunque Bjorn parecía sereno, Astrid sabía que no lo estaba. Con una mano jugueteaba con las fundas de lino de los muebles que cubrían los brazos de la silla. Con la otra se peinaba la barba con los dedos.

—Quiero otra esposa del reino de Einarland.

—¡Otra esposa! —exclamó la reina Adelaida, inclinándose hacia delante en su silla. Su enorme pecho presionaba contra los confines de su vestido. Una mano gorda se curvó alrededor del reposabrazos: la otra aferró con fuerza un pañuelo—. ¿No le basta con una esposa de Einarland?

—Su hija, mi esposa, ha muerto.

Aturdidos, el rey y la reina sólo pudieron mirar.

El dolor se apoderó del corazón de Astrid y lo retorció hasta que pensó que seguramente moriría. Durante los años de formación de la princesa Gunilda, Astrid había sido esclava en la

casa del rey y había servido como criada personal y compañera de Gunilda. Las dos se habían hecho íntimas amigas.

—Se suicidó —dijo Lachlann—, junto con el bebé nonato que llevaba en su vientre—. Los aldeanos jadearon.

La reina gritó:

—¡Miente!

—¡No!

Astrid no podía creer que Gunilda estuviera muerta, que se hubiera quitado la vida deliberadamente. Pero algo que Gunilda le había dicho hacía dos primaveras, cuando Astrid y su marido Einher, que entonces vivía, habían acompañado al rey y a la reina en un viaje al norte de Escocia, hizo que Astrid se preguntara si tal vez Gunilda se había visto realmente empujada al suicidio.

Como Lachlann había estado ausente en un viaje de caza con otros jefes de clan, Astrid había podido pasar horas ininterrumpidas visitando a Gunilda.

Ella le había confesado a Astrid que odiaba y temía a su marido. Afirmaba que era poco amable con ella, propenso a frecuentes arrebatos de ira y que a menudo la golpeaba. Como prueba le mostró a Astrid los moratones de su cuerpo. A veces, había dicho Gunilda, temía que Lachlann la matara. Otras veces temía que la llevara a suicidarse.

Bjorn decía ahora:

—Mi hija nunca habría avergonzado los nombres de su padre y de su marido quitándole la vida a un heredero real que no había nacido. Conocía su responsabilidad como hija de un rey y esposa del príncipe del norte de Escocia. Comprendía lo importante que era para ella darle un hijo.

—Evidentemente no es así —dijo Lachlann.

—¿Por qué haría esto Gunilda? —Preguntó Bjorn.

—Era una traidora.

Las palabras del bárbaro caían pesadas, acusadoras, sobre la multitud. Boquiabierto, Bjorn miró fijamente al caudillo. Adelaida se agarró con tanta fuerza a los reposabrazos que sus nudillos blanquearon. Astrid luchó por controlar sus temblores. Incluso los elementos parecían turbados por los fatídicos acontecimientos. Espesas y pesadas cabezas de trueno se arremolinaban negruzcas en el cielo para ocultar la luna y las estrellas. El viento azotó la aldea, rompiendo los tapices que colgaban de los aleros de varios edificios. El frío del comienzo de la primavera y la inminente tormenta envolvieron a todos.

—Mi sire Lachlann —dijo Bjorn, luchando visiblemente por mantener la compostura—, estoy consternado por las noticias que ha traído. Ya es bastante difícil para nosotros aceptar que nuestra hija está muerta, que se suicidó y mató a su hijo, pero que usted nos diga que era una traidora...

—Puede que le cueste aceptar lo que digo, Wyborm —dijo Lachlann—, pero es la verdad. Su hija me traicionó. Ella ayudó a los rebeldes de nuestro reino que deseaban derrocar a mi padre, el gran rey.

La reina habló.

—¿Está seguro, mi sire Lachlann, de que mi hija no fue asesinada?

—No, se suicidó —respondió Lachlann—. Se había escapado y vivía con los renegados. Mis compañeros de clan y yo la capturamos. En lugar de regresar a nuestra aldea para esperar el juicio del Consejo de los Jefes, ella acabó con su propia vida.

—Sus compañeros de clan podrían haberla matado —señaló Adelaida.

—Podrían haberlo hecho, o podría haberlo hecho yo —devolvió Lachlann—, pero no lo hicimos. Gunilda era más importante para nosotros viva que muerta. Llevaba en su vientre a un niño que habría garantizado la alianza entre nuestros dos reinos, y también tenía información que queríamos, que nos habría ayudado a capturar a los renegados. Murió antes de poder decirnos nada.

El viento soplaba con más fuerza. Nerviosa y fría, Astrid se ciñó más su chal blanco de lana de oveja sobre los hombros y se metió un mechón de pelo errante bajo el pañuelo de la cabeza.

Por fin habló el rey.

—¿Cómo se suicidó?

—Comió bayas envenenadas.

—¿Tiene pruebas de ello?

—Sí, mis compañeros de clan estaban conmigo. Todos fuimos testigos de su muerte. También hay quienes testificarán que ella me abandonó para vivir con un escocés renegado.

—¿Son sus testigos montañeses?

Lachlann asintió.

—Uno es mi padre, el alto rey.

—¿Y Berowalt, mi emisario en su reino?

—Sabe de la traición de Gunilda —dijo Lachlann—, pero no presenció su muerte.

—¿Dónde está? ¿Por qué no está aquí para corroborar su historia?

—No lo sé —respondió Lachlann—, esperaba que estuviera aquí, pero no soy su guardián.

Bjorn asintió débilmente y se reclinó en su silla.

—Hablaré con él del asunto cuando llegue.

—Que así sea —dijo Lachlann. Un ligero movimiento de su mano izquierda hizo que dos mozos corrieran hacia la parte delantera de la Gran Casa para colocar un enorme cofre ante el rey y la reina.

—Las pertenencias de su hija —dijo Lachlann, e hizo un gesto con la cabeza a los mozos. Abrieron el cofre y sacaron una gran urna de cobre—. También traigo sus cenizas para el servicio funerario.

El rey y la reina se quedaron mirando mientras el joven se acercaba y ponía la urna ante ellos.

—Le agradezco esta amabilidad —dijo Bjorn.

—Lo hice por necesidad, no por amabilidad —replicó Lachlann—. Su hija fue negligente en sus deberes como princesa de Einarland. Fue desleal consigo misma, con su pueblo y con su marido. Su muerte me negó un hijo y a nuestros pueblos un pacto de amistad y paz.

—No puede culparme de esto, jefe Lachlann —dijo Bjorn—. Mi hija está muerta, ya sea por su propia mano o no, no tengo pruebas. En cualquier caso, no tenía conocimiento de la situación.

—Usted es responsable del bienestar de su reino, y tiene el poder de encontrar otra esposa para mí entre sus parientes, una capaz de engendrar el hijo que necesito.

Wyborm se erizó de indignación.

—Pero he cumplido con mi deber, sire, al darle a mi única hija en matrimonio. Seguro que no romperá nuestro pacto de paz por su muerte.

—Su hija rompió el pacto, no yo. No se rompió por accidente, ni por un acto de Dios. Gunilda se suicidó deliberadamente, y con ello mató al niño, negándome a mi heredero. Para reparar la ruptura, exijo que me dé otra esposa.

Adelaida se inclinó para susurrar al oído de Bjorn. Éste asintió y levantó la mano. Cuatro de sus guerreros se adelantaron.

—No actúe con precipitación, Bjorn —advirtió Lachlann—, o lo lamentará—. Para cuando los guerreros Einarland se situaron en semicírculo alrededor de Bjorn, seis Highlanders -los mejores hombres o jefes de las casas que componían el Clan Gordon- se habían materializado desde la oscuridad para unirse a Lachlann. Con la facilidad de un granjero que lleva su azada al hombro, cada uno portaba su larga y pesada lanza de guerra. Abrochadas a sus cinturas llevaban largas espadas y puñales. Un montañés, tan grande y poderoso como Lachlann, se acercó a su lado.

Todos estos guerreros eran altos y de aspecto temible, pero el porte y el semblante de Lachlann mac Gordon eran aún más atronador y aterrador. Aunque estaba rodeado de guerreros, parecía distinguirse de todos los demás.

—No he venido a luchar contra vosotros —dijo Lachlann—, pero lo haré si es necesario, y no dudéis de que venceré.

Los aldeanos corrieron en busca de protección. Bjorn se retorció en su silla, y los ojos de Adelaida se redondearon. Incluso Astrid se echó hacia atrás. Más guerreros de Bjorn se desplazaron por el patio de modo que se abrieron en abanico detrás de los montañeses.

—Os tenemos rodeados y os superamos en número —dijo Bjorn.

—Tal vez sí. Tal vez no. No tenéis ni idea de cuántos hombres he ocultado en la oscuridad —la risa sardónica de Lachlann hizo que un escalofrío de miedo subiera por la espina dorsal de Astrid—. Debería saber que las batallas se ganan por el valor, la fuerza y la habilidad, no por el número.

Los montañeses, con las armas desenvainadas, se enfrentaron a los sureños.

—Podéis matarnos —dijo Lachlann—, pero os garantizo Bjorn, que moriréis antes que yo.

En un silencio palpable los dos hombres se miraron fijamente.

Finalmente, Bjorn bajó los ojos:

—Consideraré su petición —dijo.

Capítulo 2

-Sin duda, Bjorn —dijo Lachlann rompiendo el ominoso silencio—, es usted un hombre de honor.

Bjorn suspiró. Una vez más agitó la mano, esta vez convocando a sus guerreros.

—Sí, soy un hombre honorable.

Lachlann sonrió sardónicamente.

—Seguro que tiene una pariente en edad de casarse.

—Sí —Adelaida se sonó ruidosamente la nariz y luego se metió el pañuelo en la faja—. El rey tiene muchas. Le encontraremos otra esposa.

Bjorn puso los ojos en blanco. La reina lo fulminó con la mirada. Se removió en su asiento.

—Llevará tiempo... ehm... seleccionar a la adecuada para usted.

—No tengo tiempo. Quiero una esposa inmediatamente.

—Mi sire— comenzó Bjorn.

Lachlann levantó una mano silenciadora.

—Te convendría, Wyborm, hacer lo que te ordeno. De lo contrario, encontrarás a tus guerreros solos cuando tus compañeros del clan de Northland naveguen para vengarse por el mal que les ha traído —con la furia de la tormenta que se avecinaba, las palabras del montañés azotaron a los aldeanos.

Bjorn retrocedió.

Lachlann rio, el sonido estaba desprovisto de humor.

—No parezca tan inocente. Los rumores corren por las Tierras Altas tan libremente como el viento. He oído por qué usted y sus norteños os establecisteis en nuestras costas hace nueve veranos. Sé de sus viles hazañas.

—¡Cómo se atreve a hablarme de esa manera! —gritó Bjorn, su rostro hinchado enrojeciendo, las venas palpitando en su frente. Agarró la empuñadura de su espada, pero la soltó cuando Lachlann enarcó una ceja—. En Northland soy conde de nacimiento —prosiguió Bjorn —. En Einarland, el reino que fundé y establecí, soy rey.

—Es rey porque usurpó su reino y su Alta Sede —dijo Lachlann—. Usted no lo fundó ni lo colonizó. Se lo arrebataste por la fuerza a unos Highlanders desprevenidos —su mirada revoloteó sobre el gran grupo de guerreros mercenarios que estaban a un lado del rey—. Mantiene el reino de Einarland sólo con la ayuda de sus guerreros a sueldo.

—Cómo conseguí mi reino y cómo lo mantengo no son temas de discusión —dijo Bjorn—. Estamos hablando de la muerte de Gunilda.

—No, sire, ya hemos terminado con eso. Ahora estamos discutiendo lo que va a hacer para reparar la alianza rota entre nuestros reinos.

Lachlann endureció sus facciones y observó cómo Bjorn se retorcía.

—Le encontraré otra novia de entre mis parientes —dijo Bjorn—, pero, como ya he dicho, debo disponer de tiempo.

Lachlann negó con la cabeza.

—Todas —empezó Bjorn, pero se detuvo cuando Adelaida le dio una palmada en el brazo y le lanzó una mirada de advertencia. Tragó saliva—. La mayoría de mis parientes en edad de casarse viven en Northland.

Lachlann cruzó los brazos sobre el pecho. Lentamente dijo:

—¿Sólo la mayoría?

Bjorn y Adelaida asintieron al unísono.

—Entonces, sire rey de Einarland —dijo en voz baja—, eso significa que algunas de ellas están más cerca.

—Sí —Bjorn se tiró nerviosamente de la barba.

—No pido una mujer que sea una belleza, o una que esté bendecida con gracias sociales, o una que pueda darme gran placer en la cama, sire rey. Sólo pido una que sea joven y lo bastante fuerte para darme un hijo.

Sus rotundas palabras no sorprendieron a Astrid. Nunca había ocultado su razón para casarse con Gunilda. Y a decir verdad, la mayoría de los hombres se casaban para tener hijos.

Incluso a la luz de las antorchas, Astrid pudo ver la dura mirada del montañés clavada en el semblante del rey. Bjorn parecía haberse encogido en su silla.

Eso tampoco era una sorpresa, pensó. Había mentido al Highlander. No tenía parientes mujeres en edad de casarse -jóvenes o viejas, bellas o feas, seductoras o repulsivas- viviendo en la tierra. Todas ellas residían lejos, en las Tierras del Norte, e incluso allí ninguna le respetaba. Si la situación no fuera tan sombría para la gente de Einarland, habría sentido un gran placer en la miseria de Wyborm.

Lo que había dicho el montañés era cierto. Bjorn vivía en constante temor. Nueve años atrás, había sido desterrado de Northland tras ser acusado de asesinar a su hermano y a toda la familia de éste mientras dormían en su casa. Aunque Wyborm había protestado por su inocencia, el pueblo de Northland lo había declarado proscrito, para ser detenido y asesinado. Había reunido a su familia inmediata y había navegado hacia el sur, hasta el extremo más septentrional de Escocia.

Con él habían emigrado familiares y amigos que creían en su inocencia. Bajo el liderazgo de Bjorn, estos habitantes de las Tierras del Norte habían vagabundeado de una pequeña aldea a otra hasta conquistar a los nativos y establecer el reino que llamaban Einarland. Hasta el momento, el clan de Wyborm de las Tierras del Norte no había buscado venganza, pero siempre pendía sobre la tierra la amenaza de un ataque.

Finalmente, el montañés rompió el silencio:

—Mi sire rey, me repito. De entre las pocas parientas que tiene aquí, me encontrará una esposa.

—Sí —Bjorn asintió—. Lo haré, pero…

Lachlann lo fulminó con la mirada.

—Se lo ruego, lord Lachlann, deme tiempo.

La luz del fuego brillaba en el casco de oro de Lachlann, en el broche de oro del anillo que sujetaba el manto a cuadros rojos y amarillos sobre sus hombros, y en el par de oro que llevaba al cuello, símbolo de su estatus. Todo el mundo en Einarland conocía a Lachlann mac Gordon, el Highlander que se había casado con la princesa Gunilda. Era uno de los guerreros más temidos del reino de los escoceses del norte. No, en todos los reinos de la tierra. Era jefe del clan más grande e influyente de los escoceses del norte e hijo adoptivo del alto rey, Fergus.

—Jefe Lachlann, ¿qué dice? —Bjorn lo miró nerviosamente.

La reina Adelaida, hablando en un tono suave y suplicante, dijo:

—Mi sire, la muerte de nuestra hija y la de su hijo nonato llenan nuestro corazón de un dolor inconmensurable.

Habiendo conocido al rey y a la reina de Einarland durante los cuatro inviernos que había estado casado con su hija, Lachlann dudó de su sinceridad, pero no dijo nada.

—Os imploro —continuó la reina—, que seáis generoso y nos deis tiempo. Tiempo para guardar luto y tiempo para encontrar a la novia que pedís.

—Mi señora reina, repito por última vez —Lachlann machacó las palabras—. No solicito. Exijo.

Apresuradamente, Bjorn dijo:

—Le conseguiremos una esposa.

—Sí —dijo Lachlann—, lo haréis.

El viento corrió alrededor de la casa, y las llamas de las antorchas se elevaron en espiral hacia el cielo oscuro. El Highlander parecía uno con los elementos, una extensión de las llamas. Todo su cuerpo irradiaba fuego. Ardiente. Consumidor.

Expectante, Astrid esperó a que el Highlander diera una respuesta, al igual que todos los que se agolpaban alrededor de la Gran Casa.

Finalmente dijo:

—Ha pedido tiempo, Bjorn. ¿Cuánto tiempo necesita?

El rey volvió a retorcerse. Se pasó una mano por el pelo. La reina Adelaida se inclinó y le susurró al oído. Bjorn asintió.

—El paso de dos lunas —respondió.

—Tres días. No más.

Bjorn abrió la boca para protestar.

—¡Tres días! —repitió el montañés, su tono no admitía discusión— Si no puede encontrarme una novia durante ese tiempo, consideraré destruida la alianza entre nosotros y buscaré un acuerdo en otra parte.

—Tres días —aceptó Bjorn.

—Bien.

Lachlann hizo un segundo gesto con la mano izquierda. Tres hombres jóvenes, vestidos con chalecos rojos de mangas recortadas que se ajustaban perfectamente sobre cortas túnicas amarillas, se movieron desde las sombras para situarse detrás del Highlander. Uno sostenía en alto con la mano izquierda el estandarte de hierro del que ondeaban los colores del clan Gordon. Un segundo portaba un enorme cuerno. El tercero sostenía una bolsa de cuero inflada del tamaño y la forma de la ubre de una vaca, instrumento musical de las Highlands llamado pipa.

—Corey —llamó el caudillo al muchacho que sostenía el enorme cuerno—, haz que suene.

Agarrando el cuerno con ambas manos y dando un paso adelante, el joven se lo llevó a la boca y sopló: un sonido fuerte y estridente que resonó por toda la aldea. Sopló tres veces antes de bajar el instrumento, apoyando la boquilla contra su muslo y el otro extremo contra su hombro.

—Ahora, Niall —ordenó Lachlann—, la canción de los Gordon.

El gaitero, que era también el bardo y el intérprete, dio un paso adelante y empezó a soplar la gaita. Un terrible lamento llenó el aire. La puerta de la casa de Astrid se abrió y su criada personal y ama de llaves, Cora. salió al porche para situarse a su lado.

—Ah —dijo Cora con un suspiro—, qué agradable volver a oír el sonido de las Tierras Altas.

Astrid miró para ver si Cora estaba bromeando. No lo estaba. Con una expresión de felicidad en el rostro, la anciana había cerrado la puerta y se apoyaba en ella.

—Es un sonido como ningún otro.

—Sí, es eso —dijo Astrid secamente.

—La canción de guerra de los Gordon —Cora se apartó de la puerta y se acercó a su ama.

Astrid la miró desconcertada.

—La canción que está entonando —explicó la sirvienta—. Es la canción de guerra del clan Gordon.

—Sí, tú lo sabrías —dijo Astrid—. Aunque tú me enseñaste a hablar gaélico, a veces olvido que eres una Highlander. Llevas tanto tiempo con nosotros y hablas nuestra lengua con tanta fluidez, que pienso en ti como una mujer de Northland.

—Pero no lo soy —la anciana habló con reminiscencia—. Como sierva de los sureños, se me conoce simplemente como Cora. Para mi pueblo era conocida como Cora nea Rogan.

—Cora hija de Rogan —murmuró Astrid.

—Sí, y esposa de Niall. Mi padre y mi marido eran guerreros de las Tierras Altas —hizo una pausa y luego añadió:

—Fue un día triste hace nueve veranos cuando Bjorn y sus hombres del norte navegaron hasta nuestro lago. Nuestros hombres estaban fuera cazando, de lo contrario los norteños no

habrían capturado a nuestras mujeres y niños y emboscado a nuestros hombres a su regreso.

La última nota ululante de la gaita se apagó y un grito espeluznante atravesó el aire nocturno. Astrid dio un respingo. Un escalofrío cubrió su cuerpo. Se ciñó aún más el chal sobre los hombros, como buscando protección. Los montañeses eran guerreros temidos, hombres poderosos muy versados en las habilidades de la batalla, que infundían miedo a sus enemigos con sus gritos de guerra. No habían gritado más de doce hombres, y sin embargo el temible sonido parecía provenir de cientos.

Cora palmeó el brazo de Astrid.

—Es el grito de guerra de los Gordon.

—Los montañeses no necesitáis luchar con armas —replicó Astrid— mientras tengáis las gaitas, y ese horrible grito de guerra.

—Es un hecho —Cora soltó una risita y movió la cabeza enérgicamente.



—Mi sire Lachlann —dijo Bjorn—, le invito a compartir mi hogar conmigo—. Hizo un gesto con la mano hacia la Gran Casa. Es de nueva construcción, con dormitorios especiales para huéspedes privilegiados.

El montañés asintió con la cabeza.

—Mi gente —dijo el rey—, volved a casa. Esta noche comenzaré los preparativos para el funeral de la princesa Gunilda. Nos reuniremos mañana para llorar su muerte.

Mientras Astrid escuchaba a medias, el caudillo de las Highlands giró la cabeza y su mirada captó la de ella. Descaradamente, ella continuó mirándole fijamente. Ella no pudo evitarlo. No quiso, no pudo apartar la mirada. Se perdió en el misterio de sus ojos. Estaba demasiado lejos para distinguir su color, pero sintió su calor y su intensidad. Sombras doradas parpadeaban sobre su rostro pero no suavizaban sus rasgos duros como rocas.

Cuando su boca se torció en una de sus comisuras, cuando pareció como si fuera a sonreírle, como si fuera a caminar hacia ella, Astrid se dio cuenta de que debía de pensar que era una descarada. El calor enrojeció su rostro. Sabía que su curiosidad podía confundirse fácilmente con coqueteo. No podía permitirlo. Era viuda -lo había sido durante un invierno- pero ya estaba prometida de nuevo. Ser acusada de coquetear con un hombre traería la vergüenza sobre su nombre y el de su futuro marido.

Para evitar problemas, volvió la cabeza y se ocultó entre las sombras. Apoyada contra la pared exterior de la casa, intentó borrar de su mente los pensamientos sobre el bárbaro. Aunque aún sentía el calor de su mirada, y quería mirarle, se obligó a mirar fijamente hacia delante a la multitud que se agolpaba frente a la casa del rey.

—Astrid —llamó una mujer.

Se volvió para ver a Engla, su amiga y una de las esclavas de la reina Adelaida, abriéndose paso entre la multitud.

—No había previsto visitarte esta noche —dijo Astrid con una sonrisa. Con el lord y la dama entreteniendo al Highlander, pensé que te necesitarían en la Gran Casa.

—Sí —Engla se quitó la capucha de la cabeza y se pasó los dedos por los rizos rojos rapados, símbolo de su esclavitud—. Habría venido a verte de todos modos —dijo, y luego añadió en voz baja:

—Madelhari, el Comerciante, acaba de regresar del reino de los escoceses del norte. Le oí hablar de su viaje con lord Kirkja.

Kirkja era uno de los señores más influyentes de Einarland, sólo superado por Bjorn, el rey. Líder fuerte y hombre justo, era respetado por el pueblo de Einarland.

Engla susurró:

—Por los rumores que Madelhari oyó durante sus viajes, cree que el bárbaro fue tan cruel con Gunilda que ella no pudo soportar más ser su esposa y se suicidó. O tal vez fue asesinada. Madelhari también cree que Berowalt ha sido hecho prisionero o asesinado. Por eso no está aquí.

—¿Qué piensa Kirkja? —preguntó Astrid.

—Acusó a Madelhari de provocar problemas y le dijo que se guardara esos rumores para sí. Afirmó que son falsos. En el reciente mensaje de Kirkja desde Berowalt no se decía nada que le diera la impresión de que algo anduviera mal. Ciertamente nada que indicara que Gunilda estuviera contemplando el suicidio.

—Sin embargo, Berowalt no nos informó de la muerte de Gunilda —dijo Astrid—. Y es extraño que Berowalt no esté aquí él mismo.



Lachlann se sintió decepcionado cuando la mujer le dio la espalda, aunque comprendió que el hecho de que siguiera mirándole tan abiertamente la habría tachado de libertina. Se sintió aún más decepcionado cuando las otras mujeres se unieron a ella.

Le gustaban mucho las mujeres y había disfrutado mirando a ésta en particular. Para ser una matrona -y eso era lo que el pañuelo que llevaba significaba para los sureños, o eso le había explicado Gunilda- era bastante descarada. Por un momento ella le había devuelto descaradamente la mirada.

Ella le fascinaba. Era hermosa y lo sería aún más sin el pañuelo que le cubría completamente la cabeza y el pelo. Contempló los pocos mechones rubios plateados que escapaban de la atadura para derramarse sobre su frente y enroscarse alrededor de sus mejillas.

El tapiz de vivos colores que colgaba de los aleros de la casa detrás de ella era un complemento perfecto para su belleza, y la luz de las antorchas la proyectaba en un suave resplandor dorado. Como todas las mujeres de Einarland, llevaba muchas capas de ropa, incluyendo un corto pichi sobre un largo undertunic[1] de material blanco transparente.

Bordado con hilos de oro y plata e incrustado con joyas preciosas, el sobrevestido brillaba a la luz de las antorchas. Hileras de trenzas adornaban la parte inferior. Las numerosas capas del

vestido realzaban la belleza alta y esbelta de la mujer y aumentaban su atractivo etéreo.

Se rozó ligeramente el labio inferior con los dientes. Era un gesto provocativo e inconsciente, supuso Lachlann. Una brisa agitó mechones de su pelo y las fajas de su pañuelo.

El mejor amigo de Lachlann, Magnus, que estaba más cerca de él, se inclinó para decirle: —Veo que estás fascinado por ella, amigo mío, y conozco tus pensamientos carnales. Será mejor que los controles.

Lachlann rio suavemente y se volvió para mirar los centelleantes ojos marrones de Magnus.

—¿Qué me fascina?

—La mujer de pelo plateado.

Lachlann devolvió su atención a la mujer.

—Quizá esté pensando en la mujer más pequeña, la que se le unió hace poco.

—No —espetó Magnus—. Te estás dejando llevar por la de pelo plateado.

—Conoces demasiado bien mis preferencias, amigo mío. Y mis pensamientos incluso antes de que los exprese.

—Y tú conoces los míos —dijo en voz baja su compañero de armas— Sí, estás interesado en la mujer más joven.

—Puede que ella no esté por la labor —dijo Magnus—. Se quedó detrás del rey y su esposa en el porche de la Gran Casa.

—Puede que sea una sirvienta.

—O puede ser su pariente. Tal vez incluso tu próxima esposa.

—Sí —dijo Lachlann—. Tal vez sea una prima.

—¿Ella no es de tu agrado?

—Quiero una mujer, no una niña —respondió.

—Puede que no tengas elección.

—Lo sé.

El padre adoptivo de Lachlann, Fergus, era viejo, y pronto llegaría el momento de elegir un nuevo alto kingan ard-righ[2]. Los escoceses del norte, guerreros acostumbrados a tomar lo que querían por la fuerza, rehuían el compromiso, tachándolo de cobardía. Lachlann no estaba de acuerdo con esta filosofía. Creía que la unidad entre los distintos reinos de las Tierras Altas podía lograrse por medios pacíficos, mediante alianzas negociadas y contratos matrimoniales.

Como muchos jefes de los distintos clanes no estaban de acuerdo con la filosofía de paz de Lachlann, no estaban convencidos de que debiera ser elegido rey cuando muriera su padre adoptivo. Estaban maduros para la rebelión.

El primer paso para hacer realidad el sueño de unidad de Lachlann había sido establecer una alianza entre los escoceses del norte y los del sur. Una vez que Lachlann se había casado con Gunilda, Fergus y el Consejo de los Jefes le habían ordenado -aunque a regañadientes- que iniciara negociaciones con los pictos del norte, un clan emparentado de las Highlands. Hasta el

momento, la unión entre ellos había sido más fácil de forjar que la existente entre los escoceses y los sureños. Las lenguas escocesa y picta no eran idénticas, pero cada pueblo hablaba un dialecto gaélico y tenían muchos rasgos culturales comunes.

La unidad entre estos tres reinos de las Tierras Altas del norte habría estado garantizada por el nacimiento de un hijo concebido entre Gunilda de los sureños y Lachlann mac Gordon, que era mitad picto y mitad escocés. Este hijo, a quien Lachlann habría enseñado a vivir y a gobernar en paz, habría gobernado en última instancia sobre todos los reinos de las Highlands.

Finalmente, Magnus dijo:

—Ten cuidado, amigo mío. La de pelo plateado parece un ángel pero puede ser tan fría como lo era Gunilda.

—Posiblemente —respondió Lachlann.

Gunilda también había parecido un ángel... y al principio había actuado y hablado como tal. Pero había sido una Lucifer, una embustera. Si uno juzgaba a toda la gente de Einarland por ella, todos eran fríos y desleales... gente sin honor.

—Y lleva el pañuelo que significa que está casada —señaló Magnus.

—Sí.

—¿Pero sigues interesado?

—Sí. Esta mujer parece fuerte y de cuerpo robusto. Podría dar a luz hijos fuertes.

—¿Quieres decir que te dará hijos fuertes?

Las palabras de Magnus cortaron las imaginaciones de Lachlann. No podía perder el tiempo pensando en imposibilidades. Como Magnus había dicho, la elección de las esposas no le correspondía a él.

—Sólo si es vástago real, uno de los parientes consanguíneos de Wyborm —Magnus habló en voz baja. Ésa era su exigencia.

—Quizá esta mujer sea pariente —Magnus se encogió de hombros.

—Si lo fuera —dijo Lachlann, hablando tanto para sí mismo como para su amigo—, habría oído hablar de ella a Gunilda.

Aun así, Lachlann no renunciaba, no podía renunciar fácilmente a la idea de tenerla.

—Deseo a esta mujer, Magnus.

—Ah, Lachlann, eso podría suponer un problema.

—No he dicho que pudiera... o quisiera... tenerla, sólo que la deseo.

Magnus se encogió de hombros.

—Tal vez puedas tenerla. Bjorn teme un ataque de tus compañeros de clan y está desesperado por una alianza. La desesperación le obligará a aceptar casi cualquier trato que le propongas. Haz que esta mujer forme parte del acuerdo. La ley de las Tierras Altas te permite tener tantas esposas y tantas compañeras de cama como puedas mantener.

—También lo hace la ley de los norteños —Lachlann sonrió pensativo—. Pero por muy liberales que sean las leyes de los norteños, dudo que permitan a un hombre tomar la mujer de

otro.

Magnus rio entre dientes.

—Probablemente no. Ah, Lachlann, ya sea ángel o doncella de hielo, no la querría en mi cama. Una es demasiado santa, la otra demasiado fría.

—Yo no querría al ángel —dijo Lachlann—. Me temo que tengo demasiados pecados por los que responder como para sentirme cómodo con un ser tan celestial. Pero sentiría un gran placer yaciendo con esta doncella. Apuesto a que bajo su exterior gélido se esconde fuego puro.

Magnus echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Tal vez, amigo mío. Muchas mujeres casadas están dispuestas a juguetear si el premio vale el riesgo. Tal vez ella sea una de ellas. ¿Serás prudente y renunciarás a averiguarlo, o serás tonto y harás una apuesta?

—Si tuviera tiempo, haría la apuesta —esbozó Lachlann—, pero no puedo. Mi estancia aquí debe ser breve y directa. He venido a llevarme una esposa.

—Pero yo —dijo Magnus—, no he viajado aquí por una novia. Tengo tiempo de sobra para descubrir los encantos de esta tierra.

Lachlann se rio.

—Así es, y conociéndote bien, no dudo de que lo harás.

Mientras él y Magnus hablaban, el viento lanzaba pequeñas chispas de una antorcha cercana contra la mejilla de la mujer. Mientras ella se apartaba las brasas de la cara, volvió la cabeza. De nuevo sus miradas se atraparon y se sostuvieron.

Por todo lo sagrado, pensó Lachlann, ¡la mujer era hermosa! De nuevo se sintió abrumado por el deseo hacia ella.

Sus largos dedos se extendían sobre el miniver[3] que bordeaba el escote redondeado de su larga túnica. Parecía tan prístina y virginal. Tan fría y distante. Lachlann entendía por qué Magnus pensaba que parecía un ángel, pero los asaltantes del mar de las Tierras del Norte no creían en los ángeles. Creían en las valquirias[4].

Sin que se lo dijeran, Lachlann sabía que esta mujer no llevaría a un hombre a la serenidad del cielo, sino que lo sumergiría en la ardiente pasión del Valhalla[5]. Por todo lo sagrado, él se iría de buena gana con ella.

Capítulo 3

-Es propio de criaturas mendaces enviar a una mujer para que cometa el acto —Cora siguió a su ama por el Gran Salón de la casa larga del rey hasta los dormitorios privados del fondo.

—Sí —respondió Astrid.

Miró hacia arriba a través del agujero de humo para ver el cielo tachonado de estrellas y se dio cuenta de lo cansada que estaba. Tras dos largos días de acaloradas discusiones, el Consejo de Justicia había elegido una segunda novia para el bárbaro. Aunque la elección no era del agrado de Astrid, no tuvo más remedio que entregar el mensaje al montañés.

—Fui una tonta al decir que tenía la sabiduría para enfrentarme al bárbaro de las Tierras Altas —dijo—. Parece que los dioses han permitido que me capturen en una trampa de mi propia creación.

—Sí —convino Cora, su paso más lento que el de Astrid—. Siempre ha tenido problemas con esa lengua suya, ama. Entra en acción mucho antes que su mente y uno de estos días la va a meter en un montón de problemas.

Astrid hizo una pausa y levantó la lámpara de esteatita para que la luz se derramara detrás de ella y guiara el camino de Cora.

—Su marido, mi amo, la amaba y pensaba que no podía hacer nada malo. Ahora que ha muerto, debe aprender a ser prudente. El rey y la reina la odian, pero la aceptan porque el pueblo la ha elegido para ser legisladora, el cargo que antes ocupaba su marido.

Astrid estaba agradecida de que su marido, Einher, la hubiera educado enseñándole la lectura y la escritura del futhark[6], las letras de su lengua, y convirtiéndola en su aprendiz. Había estudiado y memorizado la ley nórdica y, gracias a la guía de Einher, había aprendido a dictar sentencias en consecuencia. Mucha gente pensaba que, al igual que Einher, había sido bendecida con una gran sabiduría por el dios Forsete. De lo contrario, no habría sido elegida legisladora tras la muerte de su marido.

—Tal vez mi lengua sea responsable de meterme en problemas uno de estos días, Cora —dijo—, pero esta noche no acepto la culpa.

Miró por encima del hombro a la reina Adelaida, que estaba sentada junto al rey en el Asiento Alto, al otro extremo del Gran Salón.

—Culpo a esa odiosa mujer de este aprieto. Verdaderamente desciende de los jotuns[7].

—Es fea y tosca como para tener tal linaje.

—Fea y gorda flácida —murmuró Astrid.

Dejó que su mirada recorriera el Gran Salón. Largos bancos corrían a lo largo del edificio. Equipados con gruesos cojines para mayor comodidad y decorados con coloridas fundas bordadas, estaban colocados para que los hombres pudieran estar más cerca del fuego y del Alto Asiento del rey. Los sirvientes corrían de un lado a otro de la cocina al fregadero y finalmente al Gran Salón, llevando bandejas cargadas de comida y jarras de cerveza. El langeldar, el gran fuego, ardía en un hogar oblongo de piedra en el centro del salón. Las llamas saltaban en el aire para proyectar sombras danzantes sobre las paredes cubiertas con tapices bordados y de vivos colores; la luz brillaba sobre los escudos dorados y plateados que colgaban superpuestos formando una cenefa alrededor de la sala. El aroma de la carne recién cocinada impregnaba la casa, para recordarle a Astrid que hacía mucho tiempo que no rompía el ayuno a primera hora de la mañana. Encima de esbeltas varillas metálicas tendidas sobre el fuego, filetes de jabalí se guisaban en gordas sartenes redondas con largas asas de metal. En espetones elevados se asaban liebres, piernas de cordero y ciervo, jamones y asados de cerdo, ternera y aves silvestres. Dos enormes calderos llenos de estofado de ternera, sazonado con comino, enebro, granos de mostaza y ajo, colgaban con cadenas del techo sobre el langeldar. El calor de los fuegos, ayudado por la tibieza que proporcionaban las jarras de cerveza, disipaba el frío de la primavera y la humedad de la tormenta.

—El rey y el consejo ya han empezado a celebrar el matrimonio —murmuró Cora—. Creen que ha llegado la hora del banquete.

Astrid asintió. Sin embargo, el asunto más importante -la aceptación por parte del bárbaro de la novia que el Consejo de Justicia había elegido para él- debía resolverse antes de que pudiera comenzar el banquete.

—Me temo que el rey y el consejo están cometiendo un terrible error —dijo Astrid.

Reanudó la marcha, más despacio esta vez para que Cora pudiera seguirla.

—Sí, ama, yo también.

La soledad invadió a Astrid.

—Ojalá Einher estuviera aquí. Sabría qué hacer.

—Siempre lo hacía —coincidió Cora—. Era un hombre sabio, el único que podía manejar a Bjorn. Es afortunada, ama, de haberse casado con un hombre como Einher, de lo contrario su suerte podría ser similar a la de Gunilda. Incluso podría ser ahora candidata a esposa del montañés.

—Sí —dijo ella, y luego añadió:— Yo amaba a Einher.

—Él la amaba —dijo la vieja sirviente—. Le proporcionó una gran felicidad en los últimos inviernos de su vida. Me alegro de que incluso en la muerte el amo la protegiera del rey Bjorn estipulando la duración de su luto y desposándola con su lejano pariente.

—Sí —dijo Astrid.

Sus pensamientos corrieron hacia el hombre con el que había sido prometida por poderes, lord Stefan Vadrfjord. Muchos de los guerreros de Einarland, Bjorn entre ellos, se reían y burlaban del guerrero de las Tierras del Norte porque era culto y le encantaba dibujar mapas de las tierras que visitaba cuando iba a tierras vikingas. Pero Einher había respetado a Stefan y había hablado muy bien de él.

—El rey Bjorn y su reina ya no pueden hacerla daño —dijo Cora, cortando los pensamientos de Astrid—. Su destino está en sus propias manos.

—Nunca debemos subestimar al rey —un escalofrío de miedo recorrió a Astrid—. Nadie sabe mejor que yo lo engañosos que son él y su señora, ni hasta dónde llegarán para conseguir lo que quieren.

Para entonces las dos mujeres habían recorrido toda la longitud del comedor y entraron en una pequeña alcoba en la que se abrían dos puertas, una a la derecha y otra a la izquierda. Una de las habitaciones pertenecía al rey y a su esposa; la otra era la cámara de dormir reservada para los invitados del rey. Tales habitaciones privadas eran raras y atestiguaban la riqueza del rey. Los aldeanos siempre sabían lo importante que era el invitado por su alcoba. Si dormía en la cámara especial, era realmente muy importante. Aquí dormía el bárbaro, Lachlann mac Gordon.

Astrid y Cora se detuvieron ante la puerta elaboradamente tallada. Astrid respiró hondo. Ahora vería de qué estaba hecha su espina dorsal, del hierro que se empleaba en la mejor de las armas o de la arcilla manchada que se desechaba en el foso del basurero.

Acercando la lámpara a la puerta, miró su reflejo en el panel de bronce pulido y deseó tener tiempo para recolocarse la ropa y ponerse colorante y polvos cosméticos frescos en la cara. Miró por encima de su hombro por última vez para ver al rey Bjorn y a los hombres del consejo alzando sus jarras de cerveza en otro brindis más.

La reina Adelaida, con una mano enroscada en el reposabrazos de su silla y la otra enganchada alrededor de un gran cuerno para beber, miró en dirección a Astrid y sonrió maliciosamente.

Astrid despreciaba a aquella mujer y pensaba que era demasiado pronto para que todos estuvieran celebrándolo. La bárbara ni siquiera había escuchado su propuesta, y mucho menos la había aceptado. Sin embargo, por mucho que Astrid odiara su comportamiento -la bebida y las odiosas bromas compartidas entre los hombres- prefería con mucho estar con ellos que enfrentarse al caudillo de las Tierras Altas.

Ella creía, al igual que el consejo, que sus noticias harían caer sobre el mensajero toda la medida de su ira. Qué cobardes. Esa era otra de las razones por las que había sido elegida para anunciar la identidad de su próxima esposa.

—Adelante, ama —Cora clavó el codo en el costado de Astrid e inclinó la cabeza hacia la puerta—. Hagamos el acto para poder irnos a casa.

Respirando hondo, Astrid levantó la mano y llamó a la puerta. Al otro lado de la puerta, oyó el crujido de la cama y luego el sonido de pisadas firmes sobre el suelo entarimado. El picaporte de hierro forjado se levantó y la barra chirrió, el metal rozaba la madera al deslizarse fuera de su sitio.

A través de la puerta oyó una voz impaciente que decía en gaélico:

—Ya era hora —la puerta se abrió—. Me preguntaba si el rey había olvidado su promesa de…— Sus palabras se cortaron bruscamente. Astrid miró fijamente un pecho ancho y desnudo con rizos oscuros y músculos claramente definidos. Su mirada bajó hasta la faja de cuero que sujetaba sus pantalones a la cintura. Plantados en el suelo había dos grandes pies cubiertos de botas de cuero -o cuarans, como las llamaban los montañeses.

—Lord Lachlann —dijo.

—Sí.

Lentamente levantó la cabeza para mirar el rostro del bárbaro. Aunque lo había visto por primera vez en su boda y la de Gunilda, y varias veces durante los dos últimos días, Astrid sentía ahora como si lo viera por primera vez. Su rostro rugoso estaba ensombrecido por la barba que le había crecido un día y enmarcado por un cabello tan negro como los cuervos de Odín. Vio cómo la sorpresa sustituía a su ceño fruncido.

—La mujer de pelo plateado —los ojos del bárbaro la cautivaron por completo. Eran vibrantes y vivos, de un azul que respiraba. Los ojos más azules que había visto nunca. Eran del color del lago del pueblo, profundos e insondables. Se preguntó si eran igual de indicativos del peligro. Un momento el lago podía ser tranquilo y seductor, y al siguiente tan tempestuoso como una furiosa tormenta. ¿Era así el bárbaro? Si era así, a Astrid no le importaba. No era una persona a la que se le volviera la cabeza con facilidad. Sin embargo, se encontró a sí misma ahogándose en los ojos del bárbaro. Se sintió como si se estuviera desmayando, como si en un abrir y cerrar de ojos estuviera postrada a sus pies.

Cora miró extrañada a Astrid, hizo una reverencia y dijo enérgicamente en gaélico:

—Mi sire.

—¿Hablas mi idioma, anciana?

—Así es, mi sire. Mi familia y yo somos escoceses. Fuimos hechos prisioneros cuando los norteños colonizaron este pueblo hace nueve veranos. Me convertí en sirviente de Einher, el legislador y marido de lady Astrid —Cora se hizo a un lado—. Mi señora, lady Astrid.

—Lady Astrid —repitió él, su voz era profunda, su acento rico y perezoso.

Astrid disfrutó oyéndole pronunciar su nombre. Él le cogió la mano y se la llevó a la boca, sus labios rozaron suavemente su piel. Durante todo ese tiempo miró a los ojos de Lachlann. Al igual que su voz, eran ricos, perezosos y seductores.

Fugazmente se preguntó si Gunilda se habría sometido a la seducción de aquellos ojos. ¿Cuántas otras mujeres lo habían hecho?

¿A cuántas enemigas había atraído Lachlann mac Gordon a las trampas con sus ojos engañosos y su voz seductora?

A Gunilda quizá, pero no a ella, se juró Astrid.

Se volvió hacia Cora.

—¿En qué puedo ayudar a lady Astrid?

Astrid se adelantó para decir suavemente en gaélico:

—Puede hablarme directamente, sire.

Levantó una ceja.

—¿Usted también habla gaélico?

—Sí, sire —respondió Cora con orgullo—. Le enseñé yo misma. Ella, el sire y yo solíamos conversar con frecuencia en mi lengua nativa.

Sus ojos eran sólo para Astrid.

—Me complace, señora.

—El consejo pensó que podría hacerlo —dijo Astrid—. Ésa es una de las razones por las que me enviaron a usted.

—¿Puedo preguntar cuáles fueron las otras razones?

—Eso se explicaría mejor en la intimidad de su habitación —Astrid habló en su mejor tono oficial. Haría que su pueblo se sintiera orgulloso de haberla elegido para tan digno cargo.

La noticia que tenía que comunicarle era delicada. Desde luego, ella no deseaba que él montara en cólera a la vista de todo el consejo. Tal vez ella pudiera controlar mejor su reacción en una pequeña habitación privada.

Él sonrió; sus ojos brillaron.

—Eso está bien, señora —Se hizo a un lado. Sólo entonces Astrid miró dentro de la habitación para ver la cama. Había una ligera hendidura en un lado del colchón, como si alguien -probablemente él- hubiera estado tumbado allí. Rápidamente apartó la cabeza, su mirada se dirigió a la ropa de él que yacía sobre un gran arcón a los pies de la cama.

La intimidad de la habitación, la amabilidad del hombre, minaron la determinación de Astrid. Tal vez pudiera controlar su reacción, pero ¿y la suya propia? No había esperado que sus emociones se desbocaran.

Las llamas de la lámpara de caldero que había cerca iluminaban sus ropas, el manto de cuadros rojos y amarillos, los colores brillantes y vivos como él; su blusón, tejido con una tela de sarga de colores vivos, a rayas y ribeteado con trenzas. Junto a él, su camisa de lino. Sus guantes de cuero tostado. Su casco de oro. Varios broches de oro. El par de oro era un sutil recordatorio de que era un príncipe de las Highlands

—Permítame cogerle esto, señora —Astrid se sobresaltó cuando Lachlann le quitó la lámpara.

Se dirigió a una mesa colocada contra la pared más alejada y colocó la lámpara junto a una fuente llena de frutos secos. Al lado había un bote de miel y un jarrón de flores. Su fragancia se mezclaba con los olores de la fruta y los frutos secos.

Lachlann regresó, la cogió de la mano y la condujo a su habitación. Cerró la puerta tras ella, dejando a Cora fuera, en el pasillo. La barra se deslizó en su sitio. Siguió un silencio palpable. Astrid estaba sola con el bárbaro a medio vestir en su cámara de dormir.

—Mi… mi criada —dijo Astrid.

—No la necesitamos, señora.

Se movió para colocarse a escasos centímetros frente a ella. Cuando su aliento le abanicó las mejillas, se dio cuenta exactamente de lo grande que era, de lo sobrecogedor, de lo abrumador. Aunque era más alta que muchas de las mujeres del pueblo, este hombre la empequeñecía.

Lo esquivó y se reprendió mentalmente. Ella era la portavoz de la ley y una matrona, no una joven impresionable que veía por primera vez a un guerrero a medio vestir. Estaba aquí por una razón y sólo por una razón. Tenía un mensaje que entregar al bárbaro.

—¿Nos... nos encuentra hospitalarios, sire?

—Sí, señora, muy hospitalarios —su mirada se movió lentamente por su rostro, bajando

por sus hombros hasta posarse en su escote—. Más allá de mis expectativas—. Aunque estaba completamente vestida, la mirada del bárbaro la perturbó. Era demasiado directa. Apartó deliberadamente la mirada y se concentró en la habitación, en la cama con su cubierta de edredón deshecha. La cama hizo que Astrid recordara algo más que Gunilda le había contado sobre Lachlann, dos primaveras atrás, cuando Astrid la había visitado en las Tierras Altas escocesas: "*Es un animal con un apetito carnal insaciable. No te creerías las cosas que espera que yo haga para satisfacer sus ansias".*

—¿Mi habitación cuenta con su aprobación, señora?

Un tono en su voz hizo que ella le mirara. Una sonrisa perezosa aún curvaba sus labios, pero sus ojos estaban llenos de... diversión. Sin embargo, no se burlaba de ella, sino que la seducía.

—No pretendía quedarme mirando —se disculpó Astrid. Rápidamente desvió la mirada de la cama a las sillas decoradas a ambos lados de la mesa—. Es la primera vez que veo la cámara de invitados.

—Está bien amueblada, señora, y es realmente adecuada para un rey. En cuanto a comodidad, la cama supera con creces a cualquiera en la que haya dormido...

Aunque la conversación era inocente, a Astrid le pareció que el montañés hablaba a un nivel más provocativo. De momento no parecía en absoluto el hombre oscuro y melancólico que ella había supuesto que era.

—Sire, me han enviado aquí para…

Levantó una mano.

—No nos precipitemos, señora. Seguro que sus noticias pueden esperar un momento.

Sorprendida, con la boca aún abierta, observó al montañés dirigirse a la mesa. Metió la mano en la fuente para seleccionar una ciruela seca de la que ya se había extraído la semilla.

—¿Le apetece un refresco? —preguntó.

—No, gracias.

—Perdóneme si me permito un capricho, señora. Esto me parece de lo más tentador —levantando la tapa del bote de miel, sumergió la ciruela en ella. Nunca la comida le había parecido tan apetecible a Astrid, tan vergonzosamente deseable.

Abrió la boca y se llevó el trozo de fruta a ella. Su lengua la envolvió. Gotas de miel brillaban en sus labios. Ella observó cómo la punta de su lengua lo devoraba. Nunca había sabido que comer pudiera ser tan visualmente fascinante. Casi podía saborear la dulzura en sus labios.

Masticó despacio, a conciencia, y tragó. Luego lamió la punta de un dedo.

—Esto está delicioso, señora —de nuevo posó su mirada en ella—. Insisto en que comparta una conmigo.

Cogió una segunda ciruela y la sumergió en el tarro de miel. Acunó el manjar con una mano mientras se movía para colocarse ante ella. Como aturdida, ella la alcanzó, pero él negó con la cabeza.

—Está pegajoso, señora. Permítame —le tendió la fruta.

Agudamente consciente de él, ella abrió la boca y recibió la ciruela en ella. Cerró los labios. Sus dedos los rozaron ligeramente mientras soltaba la fruta. Aunque fue una caricia involuntaria, su tacto envió chispas de placer por todo su cuerpo. La sensación se intensificó cuando él se llevó la mano a los labios y lamió la miel de los dedos que tan recientemente habían estado en su boca. Incapaz de apartar la mirada de él, Astrid masticó la ciruela, sintiéndose atrapada en una dulce red de magia. Él la mantenía en trance.

Los ojos de Lachlann mac Gordon eran sólo para ella. Aunque hubiera estado de pie junto a otros cientos de hombres este montañés le hablaba, si él la miraba, su mirada habría sido para ella y sólo para ella.

Le cogió la mano y pasó el dedo por la banda de oro de su tercer dedo.

—¿Está usted casada?

La pregunta la desconcertó.

—Lo estuve.

Su tacto, que no pretendía ser provocativo, también la desconcertó. Fragmentos de fuego saltaron por su cuerpo.

—Mi marido murió el invierno pasado.

—Mis condolencias, señora.

—Gracias, sire.

—Usted lleva el anillo de matrimonio y el pañuelo en la cabeza.

—Se nos permite hacerlo, sire, hasta que termine nuestro periodo de luto.

—Pensé que tal vez su corazón aún estaba apesadumbrado por la muerte de su marido.

—Amaba mucho a mi marido, sire, pero estaba enfermo. La vida se había vuelto demasiado dolorosa para él como para querer que continuara. Ya he superado el momento de más profunda tristeza. Si mi periodo de luto no hubiera sido estipulado legalmente por mi marido. Estoy segura de que el consejo me habría exigido que volviera a casarme inmediatamente.

Los ojos de Lachlann brillaron con una emoción indefinible.

—Estoy agradecido de que el consejo la haya enviado a mí esta noche, señora. Aunque esperaba disfrutar de un suculento banquete con el rey y su señora, nunca esperé el placer añadido de vuestra compañía.

—Gracias, sire.

Se acercó un poco más.

—Su pañuelo, señora, está hecho de una tela hermosa y delicada. Es muy bonito, pero cubre demasiado —cogió los extremos y los frotó entre el pulgar y el índice.

—Es seda. Hicimos un trueque por ella —dijo Astrid, sorprendida y contenta de que se hubiera dado cuenta.

Tiró y el nudo se soltó. El pañuelo revoloteó hasta el suelo. Su acción la devolvió a la realidad, a la razón por la que estaba allí.

Antes de que pudiera expresar una protesta, él habló.

—Perdón —agachándose, recuperó el pañuelo. Lo alisó, pero no se lo soltó inmediatamente—. Su pelo, señora, es del color de la plata pura, más delicado e infinitamente más hermoso que el pañuelo.

Muy a su pesar, todo el cuerpo de Astrid ardía de puro placer. No comprendía las emociones confusas que la asaltaban. Por un lado, desconfiaba de Lachlann mac Gordon, que podría haber llevado a Gunilda a quitarse la vida. Por otro, se deleitaba con las sensaciones que él despertaba en ella.

Debía desconfiar de aquel hombre. Era astuto y taimado. Sabía cómo engañar y seducir. Y ella no debía caer en una trampa tendida por él. Le devolvió el pañuelo y se dirigió al arcón situado al final de la cama, donde se desabrochó la primera hebilla de su faja.

—Sire, ya es hora de que comencemos…

—Sí, señora, estoy de acuerdo.

El cuero cayó abierto para revelar su bajo vientre. Los músculos planos y tensos brillaban a la luz de la lámpara. Apresuradamente Astrid apartó la mirada, sólo para encontrarse con su vaina, su cuchillo...

—Sire —empezó ella, desconcertada por sus acciones—, si debe desnudarse ahora, me retiraré y esperaré en el vestíbulo.

Desabrochando la segunda hebilla, Lachlann esbozó una sonrisa autosatisfecha.

—¿Es usted tímida, señora?

—No, sire, pero soy modesta.

—¿Apago las lámparas?

Aumentando su confusión, ella sacudió la cabeza y retrocedió.

—No, yo... esperaré en el vestíbulo mientras usted se cambia de ropa.

Sus manos cesaron sus movimientos.

—No me estaba cambiando de ropa, señora. Me la estaba quitando.

Estupefacta, Astrid le miró fijamente.

—Señora, estoy confundido —sus negras cejas se fruncieron—. ¿No ha venido aquí para acostarse conmigo?

Capítulo 4

El golpe de un garrote en la cabeza no pudo dejar a Astrid más sin sentido. Los pensamientos completamente se desvanecieron cuando miró su rostro oscuramente apuesto.

—¿Bien, señora?

—No, sire —su voz era un graznido. Tragó saliva mientras se serenaba—. Fui... enviada aquí para hablar de su segunda esposa.

Él la miró fijamente.

Ella deseó que se volviera a abrochar el cinturón. Finalmente dijo:

—Le ruego me disculpe, señora.

—He tratado de hablar con usted, sire, pero usted…

Ella enmudeció al darse cuenta de que no lo había intentado con todas sus fuerzas. En lugar de eso, había sucumbido a sus artimañas.

Sus manos aún descansaban sobre el vestido de cuero partido. Su semblante se ensombrecía.

—Una mujer viene a la alcoba de un hombre con un propósito, señora —su voz era abrasiva por la irritabilidad—. Todos los hechos me llevaron a esta conclusión. Su Consejo me había prometido entretenimiento femenino; le enviaron a mí. Tenía prisa por recluirse conmigo en mi alcoba. Usted no es una inocente. Y, señora, para ser una matrona modesta, para ser alguien a quien le gusta hablar de propiedad, usted habló abiertamente de temas íntimos, como lo haría un hombre. Supuse que estaba aquí para darme placer carnal.

Astrid sintió como si le ardiera la cara. Se giró ligeramente para mirar el ramo de flores que había sobre la mesa en lugar de a él.

—Considerando su argumento, sire, puedo imaginar lo inmodesta que debe parecer mi visita.

Suspiró. Ella oyó el sordo tintineo de metal contra metal mientras él volvía a abrochar los cierres de su faja.

—Puede mirarme, señora —dijo él—. Estoy tan completamente vestido como cuando usted entró en la habitación.

Ella se volvió para ver al caudillo de pie junto a la lámpara de caldero a los pies de la cama. La luz resaltaba su pecho y sus hombros aún desnudos. Se acercó a la mesa, cogió un pico de cristal con forma de embudo -objeto de comercio reservado a los invitados más distinguidos- y lo llenó de cerveza.

—¿Por qué le envió su consejo a discutir sobre mi esposa? ¿No había ningún hombre dispuesto a realizar la tarea?

—El rey estaba dispuesto, sire, pero el consejo no creyó conveniente que lo hiciera. Me eligieron a mí porque soy la portavoz de la ley y porque puedo conversar en vuestra lengua.

Tomando un trago de cerveza, Lachlann se sentó en la silla, estiró sus largas piernas y la miró.

—Daos prisa y hablad, señora.

Su voz se había endurecido, al igual que sus facciones. Sus ojos ya no centelleaban. Quizá ahora estaba viendo al caudillo que Gunilda le había descrito, al hombre que había temido.

—Como le he dicho, sire, hemos elegido una esposa para usted.

Dio otro trago de cerveza, sosteniendo la bebida en la boca como si saboreara el gusto antes de tragar.

—¿Una mujer nativa del rey Bjorn?

—Sí, sire, eso dice el rey.

Con los ojos clavados en el borde de su vaso, Lachlann murmuró:

—¿No será usted, tal vez?

—No, sire, no soy yo.

De un largo trago se terminó la cerveza.

—El rey reclama abiertamente a otra como hija bastarda —dijo.

—¡Una hija bastarda!— Un movimiento rápido y suave le puso en pie.

Astrid añadió:

—El consejo también la ha reconocido como tal, pero para asegurar su derecho de nacimiento el rey va a adoptarla.

El vaso aterrizó en el suelo con un ruido sordo. La fulminó con la mirada.

—¡Adoptarla!

Sus ojos brillaron fríos y duros como el hierro; su mandíbula se tensó. Flexionó las manos.

—¡Todos ustedes piensan tomarme por tonto, señora!

No todos nosotros, pensó Astrid. Sólo el rey Bjorn.

—No, sire —ella retrocedió ante su mirada furiosa. Tenemos una ley que nos permite reconocer a los hijos bastardos como nuestros herederos legítimos. También permite que una pareja casada adopte a un niño. Si la ceremonia se lleva a cabo correctamente, el niño adoptado es aceptado como familia. Se considera que la misma sangre que fluye por el cuerpo de los padres fluye por el del niño.

—Quiero una esposa ya —su puño cayó sobre la mesa, los platos traquetearon por el impacto. La cerveza se derramó de la jarra y goteó sobre la cubierta de lino. Se acercó más y exigió con voz dura: —¿Está esta niña en edad de casarse?

Temblorosa, Astrid permaneció donde estaba con esfuerzo.

—La niña que el rey Bjorn pretende adoptar, sire, es una mujer que ha visto dieciséis inviernos.

—¡Cristo y el crucificado! —juró—. ¿La que estaba en el porche con usted anteanoche? ¿La pequeña de la capucha y la capa? —Astrid asintió—. Apenas es más que una niña, señora.

—Es una mujer, sire.

La ira del montañés llenó la habitación. No iba dirigida hacia la propia Astrid, pero a pesar de ello estaba asustada. Ahora deseaba no estar encerrada en ese pequeño espacio con él. Cuanto más cerca estaba de este hombre, más comprendía el miedo que Gunilda le tenía. Su humor vacilaba, cogiéndola desprevenida. Un momento se mostraba burlón y cálido, al siguiente furioso e implacable.

—Soy un curtido guerrero de treinta inviernos, señora, no un muchacho que aún tiene que ganarse su espada. Necesito una mujer. Cerró la mano en un puño. Los músculos de su brazo se abultaron. No la tocó, no amenazó con hacerlo, pero ella sintió el poder en su mano.

—Si le da a Engla…

Una ceja negra se alzó en forma de pregunta.

—Engla, sire. La mujer de la que hablamos.

Como si fuera una bestia enjaulada, empezó a merodear por la habitación.

—Dele tiempo, sire. Aprenderá los caminos de una mujer. Será un placer enseñarle.

La rodeó. Sus duros ojos se clavaron en los de ella.

—No tengo tiempo ni paciencia para enseñarle. ¡Sangre de Cristo! Lo último que necesito es una niña encogida de miedo en mi cama.

Astrid frotó con una palma húmeda el costado de su vestido

—Sire... sire, si usted no se enfadara tan fácilmente, tal vez las mujeres no se acobardarían... en... su... cama.

—¡Mujeres! —Pronunció la palabra suavemente mientras cruzaba los brazos sobre su enorme pecho, se balanceaba sobre los talones y la miraba fijamente—. ¿Qué le hace pensar que las mujeres se acobardan en mi cama?

Su tono bajo no engañó a Astrid. Todo su cuerpo temblaba de miedo.

—¿Qué sabe usted de las intimidades de mi vida para hablar así?—Astrid tragó saliva—. Espero una respuesta.

—Fui amiga íntima de su esposa.

Bajó los párpados hasta que ella sólo vio una rendija de color gris hierro.

—¿Ella le dio tal visión de mi vida privada?

Astrid negó con la cabeza.

—Cuando la visité en las dos últimas primaveras.

—¿Cuando estuve de caza en el sur?

Astrid asintió.

—¿Qué dijo mi esposa que le hizo pensar que se acobardaba en mi cama? —Astrid no podía hablar.

—Sire, yo…

Acortó la distancia que los separaba. Sus dedos mordieron la tierna carne de la parte superior de sus brazos.

—Contésteme, señora.

—Me dijo que usted la había asustado. Vi las marcas donde la habían golpeado.

Astrid gritó cuando su agarre se hizo más fuerte.

—Se dice —jadeó y parpadeó contra el dolor que le subió por los brazos—, que el miedo a usted llevó a Gunilda a quitarse la vida.

Unas gruesas pestañas negras bajaron hasta cubrirle los ojos. Cuando volvió a levantar los párpados, sus ojos estaban desprovistos de emoción. Bruscamente la soltó. Ella se apartó de él a trompicones.

—La mayoría de las veces, señor, los rumores se basan en la verdad.

Él no hizo ningún intento de refutar su acusación.

Ella se frotó los brazos.

—¿Lo cree —dijo—, y aun así me anima a casarme con esta mujer... con esta niña?

—Son el rey y el consejo quienes le animan, sire. Son ellos quienes me obligaron a traeros tales noticias. Tal es mi deber como portavoz de la ley.

Su boca se torció sardónicamente.

—¿Y si llevo a esta mujer-niña a quitarse la vida, señora?

—Al consejo no le importa. Es una mujer y una esclava.

—¿Una esclava? —Bramó las palabras.

Sus cejas negras se juntaron. Sus ojos azules ardían como el fuego. Su voz se suavizó ominosamente.

—¿La bastarda que su rey quiere que tome por esposa, señora, es también una esclava?

Incapaz de hablar, Astrid asintió y luego sacudió la cabeza.

—Señora, ¿sabe que se han iniciado guerras por insultos más pequeños que éste?

Ella asintió. Se acercó más. Las palmas de sus manos se volvieron húmedas

—Por favor, señora, explíquese.

Astrid tragó saliva y respiró hondo.

—Ella… ella era una esclava, sire. Una dedicada y leal.

—Vaya al meollo del asunto —gritó.

—Ella debe ser liberada y adoptada por el rey y la reina.

Una sonrisa desagradable torció sus labios.

—Estoy seguro, señora, de que el rey y su esposa la quieren como a una hija.

Astrid se pasó las manos por la falda.

—Ella es... él dice que es su hija bastarda.

—Sí, ¿una hija bastarda de la que nadie sabía nada hasta este día? —La fulminó con la mirada—. ¿Todos ustedes creen que soy tonto?

—No —la voz de Astrid apenas era más que un susurro—. Como todos nosotros, sire, Engla debe hacer lo que el rey y el consejo ordenan.

—¿Me tiene miedo, señora?

Ella se miró el brazo, su mirada se detuvo en la huella enrojecida de su mano.

—Sí, sire. Es temible y brama como un toro —ella levantó la vista para encontrarle también mirándole el brazo.

—¿Soy tan temible que se mataría a sí misma y a su bebé nonato? —Como si fuera una lámpara de caldero recibiendo aceite, Astrid sintió que la resolución fluía a través de ella.

—No le doy a nadie ese poder sobre mí.

Caminó hacia el arcón a los pies de la cama y recogió su camisa.

—Temo por Engla, sire —añadió Astrid—. Como usted ha dicho, es una mujer tierna.

—A menudo, señora, los esclavos son unos insensibles.

—Esta no, sire.

—Discutiré este asunto con su rey.

—Puesto que este matrimonio afecta a todo el reino de Einarland, sire, ya no es un asunto que deba decidir sólo el rey. Si desea discutirlo, debe hablar con el Consejo de Justicia.

—Entonces, señora —dijo impaciente—, hablaré con su Consejo de Justicia.

Dejó caer la camisa sobre su cabeza.

—Sin duda es una mujer enérgica.

—Sí, se me ha acusado de eso muchas veces, sire.

Con los brazos levantados, la camisa arremangada sobre los hombros, la cabeza despeinada asomando por la abertura del cuello, la miró fijamente. Un mechón de pelo rebelde le cayó sobre la frente. Enderezó los brazos y la prenda se deslizó por su torso.

Después de meterla dentro del pantalón, se movió las joyas sobre el pecho, tensando la camisa a lo largo de la espalda y haciendo que Astrid fuera aún más consciente de sus músculos. Buscó un pequeño anillo de oro, que deslizó en el dedo meñique de su mano derecha.

—Compadezco al próximo hombre con el que se case —dijo.

—¿Por qué? Mi pretendiente es un hombre fuerte, muy capaz de manejar a una mujer fogosa como yo.

Lachlann se volvió.

—¿Está prometida?

—Estoy prometida a un guerrero de las Tierras del Norte. Cuando termine mi luto, él y yo nos casaremos.

—¿Por qué no con un hombre de aquí?

El bárbaro estaba siendo bastante personal en su interrogatorio, pero a Astrid no le importaba. Ahora que había expuesto su asunto, ahora que él comprendía su propósito al venir, ella no veía razón alguna para ocultar la verdad.

—Mi marido moribundo concertó este matrimonio para mí.

Lachlann asintió.

—¿Qué piensa de ese guerrero con el que está prometida?

—Nunca he visto a mi pretendido —dijo ella—. Es vikingo desde hace tres inviernos. Es pariente de mi marido y nos prometimos por poderes. Mi marido lo eligió como mi segundo esposo, y yo confié en el juicio de Einher

Asintió Lachlann.

—Su marido fue un hombre sabio, señora, al velar por su bienestar tras su muerte y mantener su patrimonio dentro de su clan —deslizó un brazalete alrededor de su muñeca izquierda—. ¿Cuánto tiempo llora la gente de las Tierras del Norte la muerte de sus compañeros?

—Mi periodo de luto es por dos inviernos más, sire... estipulado por votación de nuestro consejo —hizo una pausa—. ¿Hablaba de una pregunta pero hacía otra?

Él levantó la cabeza para mirarla, con la admiración brillando en sus ojos.

—Es usted tan astuta como audaz, señora.

Astrid sonrió ante su elogio.

—En verdad quería saber qué tan pronto planea casarse con este norteño.

—Eso, sire, no es de su incumbencia.

—Cierto —convino él—, pero es de mi interés. Usted, lady Astrid, es de mi interés.

Su mirada se movió por encima de los hombros de ella para detenerse en la parte superior de sus pechos, revelados por el bajo escote.

—Soy de interés para la mayoría de los hombres —dijo ella—, y lo he sido desde que murió mi marido y me convertí en una mujer de propiedad. De lo contrario, no tendrían nada que ver conmigo porque he visto muchos inviernos, sire, y mis días fértiles están llegando rápidamente a su fin.

—¿Cuántos inviernos has visto?

—Veinticinco.

—¿Y no has tenido hijos durante este tiempo?

Astrid sacudió la cabeza.

Recogiendo un broche, se dirigió a la alcoba de la pared junto a la puerta. Junto a ella había una pequeña barra de hierro forjado de la que colgaba un paño de secado. Apartando la cortina, reveló una pequeña estación de lavado. Una palangana y un aguamanil ocupaban el estante inferior; encima, un espejo de bronce colgaba de la pared. Una lámpara de esteatita estaba

suspendida del techo. Mirándose en el espejo, se afanó en abrocharse la tapeta de los hombros de la camisa.

—Sí, señora, lo comprendo —cogió con una mano los dos pequeños lazos que había a cada lado de la tapeta y con la otra sujetó el broche, pero no pudo enhebrar el alfiler a través de ellos.

—Fuego y azufre del infierno —murmuró.

Divertida, Astrid sonrió.

—¿Qué decía, sire?

—Puedo entender que un hombre no quiera tomarla como esposa —una segunda vez aseguró un lazo pero falló el otro. Una segunda vez juró, las palabras más enfáticas—. La ley de la vida... de la supervivencia... exige que un hombre engendre hijos. Especialmente un rey. Debe tener un hijo que le vincule a la tierra y a su pueblo. El ciclo de la vida debe cumplirse para todos los hombres. Con toda seguridad, el ciclo de la soberanía debe cumplirse para el rey.

Todavía con el ceño fruncido, hizo un tercer intento de asegurar la tapeta de los hombros.

—Señora, ¿por qué demonios las costureras diseñan prendas tan difíciles de abrochar? No basta con que deba llevar tres broches en el hombro, sino que debo enhebrar este alfiler a través de estos pequeños lazos.

—Una vez abrochado, sire, estará usted de lo más elegante, y los broches dan fe de su riqueza y posición.

Su ceño se frunció.

—Señora, deje de parlotear y abrócheme la camisa.

—No, sire, debo regresar al Gran Salón. Llamaré a un sirviente para que lo ayude.

Con el pañuelo en la mano, se dirigió a la puerta y levantó el picaporte de hierro forjado. Pero antes de que pudiera salir, Lachlann dijo:

—Cuanto más tiempo deba esperar a un sirviente, señora, más tiempo deberá esperar su consejo mi respuesta.

Su voz suave y seductora la detuvo. Sus hombros casi se tocaron, pero ella no le miró. No debía permitir que volviera a seducir sus sentidos. Verdaderamente el hombre tenía más práctica en este arte que ella.

Quería alejarse de él. Él le hacía sentir cosas extrañas, despertaba sensaciones que ella nunca había experimentado. Aunque se sentía atraída por él, también estaba asustada. La advertencia de Gunilda la atormentaba. Como portavoz de la ley, se recordaba a sí misma, tenía un deber para con el pueblo de Einarland. Debía persuadir a este caudillo para que se casara con Engla.

—Ese era su deber. Vuélvase hacia mí, sire.

Ésta era su preferencia.

Dejó su bufanda y cogió dos de los pequeños lazos con una mano. Con la otra frotó las arrugas. Le gustó el tacto de su carne cálida y firme bajo su palma.

—Una nueva alianza sería buena para su pueblo y para el mío —dijo.

—Mejor para su pueblo que para el mío.

Se inclinó a su alrededor para recoger el broche que él le había tendido. Inadvertidamente sus pechos rozaron el de él. Como si hubiera tocado una de las piedras calentadoras del pozo de fuego, ella se apartó. Al sentir su mirada en sus pechos, levantó lentamente la vista para encontrarse con su sonrisa cómplice. Aquel hombre la intrigaba, la inquietaba. Clavó el broche en la tela de lino.

—¡Ay! —él frunció el ceño—. El propósito, señora, es perforar el material, no a mí.

—Le pido disculpas, sire —a Astrid le costó reprimir una sonrisa. Cogió el segundo broche.

—¿Esta mujer que usted y su Consejo de Justicia me ofrecen tiene alguna otra cualidad destacable? —preguntó.

—Es pequeña y hermosa.

—No me interesan las mujeres pequeñas.

Esto complació a Astrid. Aseguró el alfiler en su sitio en el segundo broche.

—Es muy inteligente.

Ella sostuvo el tercer broche sobre su hombro.

—Me interesa más el estado de su dote, señora, que su intelecto.

Astrid le clavó intencionadamente el alfiler en la carne.

—Señora —ladró,

—¿Le he hecho daño, sire? —dijo ella con fingida dulzura.

Un momento de silencio fue seguido de una suave risa.

—Me parece, señora, que os burláis de mí.

—Sire, su acusación me hiere.

—Sí, estoy seguro de que así es —respondió él secamente, aunque la risa persistía en sus ojos.

Astrid sonrió.

—Engla será una buena esposa para usted, una buena madre para sus hijos.

—Parece una mujer de virtudes impecables —dijo Lachlann, con un tono un poco aburrido.

—Ciertamente lo es —asintió Astrid—. Precisamente la mujer que necesita, sire.

Como si el caudillo fuera su marido, alargó una mano para rozarle el hombro, para asegurarse de que la tapeta estaba bien sujeta.

—Le ruego, sire, que le conceda un poco de paciencia y dulzura, y será una esposa buena y obediente.

Astrid se llevó la mano a la nuca para enderezar el escote de la camisa. Su mano rozó su cabello; era espeso, sedoso y suave. La rápida respiración de él la alertó de lo que estaba haciendo. Ella apartó la mano de un tirón, pero él la atrapó.

—Disfruto de su tacto, señora.

Su mano rodeó la de ella y la sostuvo contra su cuello. Ella sintió el calor y la textura de su piel, la fuerza de sus músculos, la vida palpitante en su interior.

—Me gustaría que me tocara más.

Mirándole a la cara, la oscura cara melancólica que estaba cerca de la suya, Astrid sacó su mano de debajo de la de él y dio un paso atrás. Éste era Lachlann mac Gordon, no Einher. Éste era él, y él la había chamuscado. En otro segundo la habría quemado.

—Le he tocado, sire, sin pensar. Os pido disculpas.

—Quizá algún día, señora, lo haga... con pensamiento.

Astrid dio otro paso atrás.

—Sire, prométame que no hará daño a Engla. Tiene fama de ser un... —respiró hondo— de ser un guerrero lujurioso.

De nuevo la suave risa de Lachlann resonó en la habitación; de nuevo el sonido acarició a Astrid.

—Me alegra que se me considere lujurioso, señora, pero difícilmente soy un guerrero en la cama. De nuevo pienso que tal vez se le hayan torcido los cuentos. Tal vez haya oído que soy un amante lujurioso.

Las mejillas de Astrid ardieron. Aunque había estado casada y había hablado de esos temas abiertamente con su marido, discutirlos con Lachlann mac Gordon la enervaba.

—Mi sire, por favor, prométame que se casará con Engla y que la tratará con amabilidad, que no tendrá motivos para temerle... indebidamente.

Sus facciones parecieron de pronto fijas en piedra; sus ojos se volvieron del color del hierro fundido.

—Señora, no le debo ninguna explicación.

—Me preocupo por ella, sire, como si fuera mi propia hermana.

—¿Por qué?

—Ha estado bajo mi custodia desde que era un bebé. Cuando mi marido compró mi libertad para poder casarse conmigo, también se ofreció por Engla, pero el rey no quiso venderla. Aun así hemos permanecido unidas.

La expresión de Lachlann no se suavizó, pero su voz sí.

—Según la ley de las Tierras Altas, un marido infiel, poco amable o incluso descuidado es visto como un monstruo y es tratado como tal. Yo no fui infiel, poco amable o descuidado con respecto a mi esposa, Gunilda. No se me puede culpar ni se me culpará por su muerte. Me niego a sentirme culpable porque se quitara la vida. Sí siento rabia e ira, señora, porque me negó un hijo.

Bruscamente se dio la vuelta y, recogiendo su par, se dirigió al espejo, donde se lo colocó alrededor del cuello, situando las terminaciones en la parte delantera. La luz de las lámparas brilló sobre el guerrero; centelleó en la banda de oro que rodeaba su cuello.

Fuego, pensó Astrid. Fuego siempre vivo. El caudillo de las Tierras Altas era uno con las llamas. Incluso su anillo del cuello simbolizaba el fuego.

Lachlann cogió un peine y se lo pasó varias veces por el pelo, pero siempre le caía un mechón rebelde sobre la frente. Se acercó al baúl para coger unos guantes de color canela. Deslizó primero la mano izquierda y, dedo a dedo, alisó el suave cuero. Sólo cuando se puso el segundo levantó la vista hacia ella.

—¿Desea arrancarme una promesa, señora? ¿Una promesa de que trataré a la niña con ternura?

Ella asintió.

—¿Sabe que en mi país todas las promesas requieren una promesa a cambio? ¿Está dispuesta a concederla?

La forma en que miraba a Astrid hizo que un dolor palpitara profundamente en su interior.

—¿Cuál sería? —su voz sonaba débil.

—La ley declara que debo tener una primera esposa que sea la señora de mi hogar y la madre de mis hijos. Si yo eligiera a esta mujer para ese puesto, ¿aceptaría usted convertirse en mi segunda esposa?

Capítulo 5

-Su segunda esposa.

—Sí —su mirada no se apartó de la de ella—. La encuentro muy atractiva lady Astrid, y me gustaría que compartiera mi cama.

—Me insulta, mi sire. Hace tal oferta sabiendo que ya estoy prometida.

—Los esponsales pueden romperse honorablemente, señora, como bien sabe —se acercó a ella, sus ojos azules la miraban fijamente a la cara—. La insultaría si no le ofreciera el honor del matrimonio, pero le hago esta oferta sabiendo muy bien que no es pariente de Bjorn y que puede que nunca me dé hijos. Cuando haya tenido tiempo de considerarlo, estoy seguro de que verá que mi propuesta es generosa.

—¡Hijos! —los ojos de Astrid escocían con lágrimas de rabia. Su ira por las injusticias de la vida hervía—. ¿Eso es todo lo que una mujer significa para usted? —aunque Astrid anhelaba un hogar y una familia, también anhelaba ser deseada y amada por sí misma... como lo había hecho Einher.

Miró fijamente al bárbaro.

—No me casaré con usted bajo ninguna circunstancia, y nunca... jamás le daré un hijo.

Astrid se volvió y agarró el picaporte de la puerta. Su ira se dirigía no sólo hacia el bárbaro, sino también hacia sí misma. Estaba tan enfadada que perdió la compostura. Había pasado toda su vida aprendiendo a ocultar sus emociones para que los demás no pudieran utilizarlas en su provecho. Sin embargo, este bárbaro, este hombre al que debería despreciar, teniendo en cuenta que podría haber obligado a Gunilda a quitarse la vida, había conseguido en pocos minutos que Astrid perdiera el control. Lágrimas calientes y furiosas se derramaron por sus mejillas.

La barra de la puerta rechinó contra la madera y el metal. Una mano grande y callosa cubrió la suya.

—No, ama.

El montañés estaba tan cerca que ella sintió el roce de su aliento contra su cuello, tan cálido y suave como una caricia. Su cuerpo rodeaba el de ella, pero no tocaba nada más que su mano.

—Suélteme, sire.

—Dije la verdad, señora, cuando dije que no pretendía insultarla.

La cogió por los hombros y la giró para que le mirara. Ella era agudamente consciente de

sus manos sobre su carne, de su fuerza, su calor, el poder de la vida que emanaba de él. Sin embargo, no la hirió. Avergonzada de que viera el efecto que causaba en ella, humillada de que respondiera a cada una de sus caricias, luchó por escapar de él.

—Deje de luchar, señora —le dijo en voz baja.

Sus brazos la envolvieron por completo, encerrando sus manos entre ellos. Sus palmas y su mejilla se apoyaron en el pecho de él. Ella oyó el latido de su corazón, sólo ligeramente acelerado para indicar que él había hecho poco esfuerzo para sofocar su lucha.

—Por favor, suélteme, sire, y distánciese —dijo Astrid—. Soy una dama noble, con la que no se juega.

Le metió la mano bajo la barbilla y le levantó la cara para que se viera obligada a mirarle. Con el pulgar le alisó una lágrima de la mejilla. Sus ojos sombríos se clavaron en los de ella.

—Es una dama noble, pero me gusta jugar con usted. Disfruto abrazándola. Para ser sincero, es usted una gran mujer.

Astrid jadeó. Su suave risita envolvió sus sentidos. Ella se puso rígida contra él.

—Pero —añadió él suavemente—, me parece que es una mujer de brazos deliciosos, delicada a pesar de su tamaño.

Astrid se echó hacia atrás en sus brazos con tanta fuerza que uno de los peines se soltó de su pelo enroscado. Los mechones cayeron sobre su cara y sus hombros, pero aun así fue incapaz de liberarse de su abrazo.

—Compórtese, señora, y la dejaré marchar. Su pueblo ya me ha tachado de asesino. No quiero que piensen que la he despojado —metió la mano por detrás de Astrid, y ella sintió el roce de un material suave en la espalda y los hombros. Lo sintió en sus mejillas mientras él secaba el resto de sus lágrimas con un paño.

—Soy un guerrero, señora, no un hombre gentil, no uno que se contenta con sentarse en su Gran Casa y agasajar y entretener con historias de valentía de años pasados. También digo lo que pienso, lo que creo. Supuse que usted era igual.

—Lord Lachlann —dijo Astrid—, hemos tratado todo lo que deseaba discutir, todo lo que me enviaron a discutir.

Él la sujetó con firmeza pero sin brusquedad.

—Pero sólo hemos empezado a abordar aquello que deseo discutir.

—¡Suélteme!

Moviendo un brazo, le pasó los dedos por el pelo.

—Me parece atractiva y disfrutaría mucho acostándome con usted. Creo que usted siente lo mismo por mí.

De nuevo Astrid tembló, de rabia consigo misma porque no podía evitar responder a su tacto, a su voz, a su olor.

—Lord Lachlann —colocó ambas palmas contra su pecho y empujó, liberándose finalmente—. He venido aquí por mi deber hacia mi pueblo. No tengo ningún tipo de sentimientos amables hacia usted.

—No quiero amabilidad, señora —dijo él suavemente—. Eso me lo pueden dar las abuelas y los niños. Lo que quiero de usted es la pasión que comparten un hombre y una mujer cuando se aparean.

Fuera de su agarre, Astrid podía evaluar más fácilmente sus sentimientos, poner más fácilmente sus pensamientos en palabras.

—Toda la gente experimenta esta pasión de la que usted habla, sire, en mayor o menor grado. Si no lo hicieran, la procreación no tendría lugar. Creo que cualquier hombre puede excitarme.

—¡Señora, escúchese hablar! —los ojos del Highlander brillaron oscuramente. Su compostura casi huyó. Tomó aire, negándose a que él la amedrentara.

—Creo que si permito a cualquier hombre libertades con mi persona, puede excitarme. Pero no elijo hacerlo... ni con usted ni con ningún otro hombre.

Lachlann le pasó un mechón de pelo por los dedos, se lo apartó de las sienes y dejó que la palma de la mano se apoyara en su mejilla, frotándole suavemente la cara con el pulgar. El silencio era tan seductor como sus caricias.

—Quizá tenga razón, señora —su voz era un bajo zumbido hipnotizador—. Cualquier hombre puede excitar a una mujer. Pero no todos los hombres pueden encender el fuego de la pasión en lo más profundo de una mujer, o compartir esta pasión con ella para llevarla más allá de la satisfacción hasta la dicha.

El corazón de Astrid latía atronadoramente en su pecho.

—¿Puede, sire?

—Sí, señora, así es como me agita la sangre. Ardo en deseos de usted, y compartiría este fuego con usted.

Su pulgar acarició su mejilla... la punta de su nariz.

—¿Ha experimentado alguna vez la dicha?

Luchando por llevar aire a su pecho, ella negó con la cabeza.

—Si alguna vez podemos alcanzar la dicha, sólo puede ser después de la muerte.

—Un Highlander puede darle dicha antes de la muerte... muchas veces antes de la muerte —su aliento, cálido y perfumado con una mezcla de cerveza y miel, rozó su cara, sus hombros, sus pechos. Su voz, como un chal de seda, la envolvió—. ¿Me permite llevarla allí, señora?

Sí, quería llorar, llévame allí, Highlander. Dame la dicha que los de Einarland sólo podemos encontrar después de la muerte.

En lugar de eso, dijo:

—No podría casarme con usted, lord, aunque lo deseara. Ya estoy prometida.

—Sí, he pensado en ello. Estoy dispuesto a comprar su libertad de los esponsales. Os deseo, señora.

Su última afirmación sacudió a Astrid. ¿Cuántas veces, como esclava, se lo había oído decir a los hombres?

—Incluso sus deseos tienen límites —replicó ella—. Yo estoy fuera de esos límites.

Ninguna cantidad de oro o plata puede comprarme. Soy una mujer libre, no un mueble que pueda comprar a su antojo.

Una sombra parpadeó en sus ojos.

—Ojalá fuera cierto lo que dice, señora, pero no lo es. He aprendido que todas las cosas están en venta, si uno está dispuesto a pagar lo suficiente.

—No me casaré con usted —repitió Astrid.

—¿Sería diferente su respuesta si le pidiera que fuera mi primera esposa?

—No, sire. No deseo ser vuestra primera, ni vuestra última, ni ninguna esposa para vos. Es un hombre duro.

—¿Me estáis juzgando por lo que os dijo Gunilda?

—Era mi amiga —dijo Astrid—. Lloro por ella.

—Me considera cruel. Me culpa de su muerte.

—En verdad, creo que es usted autoritario y duro, sire —Astrid eligió sus palabras con cuidado—. No sería feliz casada con un hombre así.

Se volvió lentamente, agarró el picaporte de la puerta y tiró del cerrojo. Cuando la puerta se abrió, Lachlann la agarró por la parte superior del brazo. Ella se tensó, pero esta vez sus dedos no la mordieron dolorosamente.

—Su peine —se lo puso en la mano.

—Gracias.

Al darse cuenta de lo enmarañado que debía de estar su pelo, cerró la puerta y cruzó la habitación para colocarse frente al espejo. Se había acariciado el pelo unas cuantas veces cuando el Highlander se movió para que su imagen se reflejara también en el reluciente bronce.

—¿Ha terminado? —le preguntó. Ella se quedó mirando su reflejo— Ha dejado de peinarse.

—Sí, he terminado —se echó el pelo hacia atrás y lo sujetó con el peine.

—Entonces, lady Astrid, es hora de que usted y yo nos reunamos con el Consejo de Justicia.

En el espejo vio a Lachlann acercarse a la mesa Cogió una flor del jarrón y caminó hacia ella. Ella se volvió.

—¿Recibirá un regalo, señora? Uno que diga gracias por visitarme esta noche, por darme el placer de tan bella y estimulante compañía.

Su voz profunda la obligó a mirarle a la cara. Ella, en cambio, bajó la mirada hacia la pálida flor amarilla. Cogió la flor. Por pequeña que fuera, su fragancia llenó sus fosas nasales.

—Gracias, sire.

Se tocó la nariz con los suaves pétalos. La suave fragancia le recordó que hoy era el comienzo de la primavera, del renacimiento. Miró subrepticiamente al hombre que tenía delante.

—Cuando visité Northland hace muchos inviernos —dijo—, vi una flor que me recuerda a usted, señora. Una pequeña flor blanca que crecía en las montañas.

—La Balderblom.

—Era hermosa, señora, pero usted lo es mucho más. Si pudiera, arrancaría esa flor para usted.

—Gracias, sire.

Mientras Astrid le miraba a los ojos, supo que había permitido que aquel hombre la sedujera. Se había dejado seducir.

Cierto, Lachlann mac Gordon exudaba confianza. Era intimidante y avasallador. Admitía que no era un hombre amable. Pero Astrid había descubierto una faceta de su personalidad que le resultaba desconcertante.

Parecía expresar lo que quería sin subterfugios. Esto era algo que hasta entonces sólo había experimentado con Einher, y lo apreciaba en el Highlander. La conmovió profundamente. Era un hombre rico y no tenía necesidad de su patrimonio; quería que fuera su segunda esposa porque no esperaba que produjera descendencia.

—Si está preparada, señora —dijo—, sugiero que nos reunamos con su consejo.

Cuando Lachlann le tendió el brazo derecho, ella dudó y luego dijo:

—¿Este, sire?

—Mi brazo derecho, señora —dijo él brevemente—. Debe cuestionar todas mis acciones.

—Mis disculpas, sire —ella puso la palma de su mano izquierda sobre la de él—. Su costumbre me resulta extraña. En mi país un hombre escolta a una mujer en su brazo izquierdo.

—Si me conociera mejor —dijo él—, sabría que rara vez sigo las costumbres.

—No tengo necesidad de conocerle mejor, sire.

Él rio, y ella levantó la vista para ver las líneas suavizadas de su semblante en el resplandor de la luz de la lámpara.

—¿Ningún hombre ha domado su lengua, señora?

—Muchos han querido, pero ninguno ha encontrado el modo.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando el montañés exhaló:

—Yo tengo una manera, señora. Una forma muy eficaz y placentera.

Bajó la cabeza y acercó su boca a la de ella. La tocó sólo con sus labios. Suaves y cálidos, olían débilmente a cerveza y miel. Se movieron muy ligeramente, encajándose más, saboreando más dulce... y más cálido. Calientes... más calientes.

Desconcertada por los sentimientos que despertaba en ella, Astrid se apartó de él. Él se acercó más. Sus brazos se deslizaron alrededor de ella y la atrajeron completamente contra él. Ella apoyó las palmas de las manos en su pecho y empujó, pero sus forcejeos fueron ineficaces. El montañés no la hirió, pero la mantuvo segura en su abrazo. Su lengua presionó la costura de su boca. Ella torció la cabeza y su boca rozó la mejilla de él.

—No —su pecho subía y bajaba con su respiración agitada.

—Sí —su voz era grave y áspera.

Sus labios capturaron los de ella de nuevo. Aprovechando su sorpresa, deslizó su lengua en

el interior. Apretó su cuerpo grande y duro contra el de ella. El deseo la estremeció.

Él le pidió más. Ella se lo dio. Eso la sorprendió y la asustó. La asustó tanto que luchó de nuevo por liberarse de su abrazo. Astrid era una mujer grande, pero aun así, Lachlann controló fácilmente su agitación. Ahora que la había probado, quería saber más de los misterios que conformaban a esta mujer. Ella encendió en él un deseo nuevo y excitante, que no había sentido en mucho tiempo. Sus manos se extendieron por la espalda de ella.

La acercó aún más. Sus pechos, grandes y firmes, empujaban contra su pecho. Sintió los erráticos latidos del corazón de ella. Movió la pierna. Ella separó ligeramente la suya para acomodársela.

—Su pierna, mi sire —respirando profundamente, Astrid separó su boca de la de él. Ella empujó hacia atrás en sus brazos—. Retírela.

—¿Es eso lo que desea, señora?

Su hombría se endureció y empujó contra la parte inferior de su cuerpo. Ella tembló entre sus brazos.

—Me gusta su sabor, señora —sus labios se movieron sobre los de ella mientras se insinuaba más firmemente contra ella, para que pudiera sentir el fuego del deseo que lo lamía—. Me gustaría tener más de usted.

Ella aspiró aire en sus pulmones.

—Tendría menos de usted de lo que he tenido.

Él rio suavemente y se enderezó.

—Retire la pierna —su voz era más aguda.

Aunque no tenía ningún deseo de hacerlo, Lachlann dio un paso hacia otro lado. Sus ojos, enmarcados por largas pestañas, brillaban. Tenía los labios entreabiertos y el rostro sonrosado.

A Lachlann no le importaba si la ira o el deseo eran la causa del brillo de sus ojos, el mohín de sus labios, el color exaltado de su rostro; quería estrecharla entre sus brazos y encerrarla en su habitación. Quería llevarla a la dicha y mantenerla allí.

—El deber nos llama a ambos, sire —dijo ella, con voz uniforme.

—Sí —esbozó él. Por el momento no podía ceder a sus deseos carnales. Debía someterse a las leyes y costumbres de esta tierra. Había viajado hasta aquí en son de paz; quería una alianza con estas gentes.

—¿Nos vamos? —preguntó.

Desconcertado, Lachlann la miró fijamente durante un largo rato antes de asentir. En un momento dado pensó que había tocado una parte secreta de ella y le había prendido fuego. Si lo había hecho, ella había vuelto rápidamente a ser la estirada oradora de hace unos momentos.

En silencio, Lachlann escoltó a lady Astrid hasta el Gran Salón. Con los hombros erguidos y la espalda recta, miraba al frente. Pero aún llevaba la flor que él le había regalado.

La luz de las lámparas brillaba sobre sus largos mechones plateados. Sólo entonces Lachlann se dio cuenta de que no se había vuelto a poner el pañuelo en la cabeza ni se había hecho un nudo en el pelo. Se preguntó si se le habría olvidado... o si había mantenido el pelo

suelto intencionadamente. La segunda posibilidad le pareció intrigante.

Podía recordarle que se atara el pelo, pero prefirió no hacerlo. Le gustaba suelto. Quería mirarlo.

Pequeños y tenues mechones se enroscaban alrededor de su cara para rozar unas mejillas que estaban sonrojadas de un delicado color rosa. La había considerado hermosa la otra noche cuando la vio por primera vez. Ahora era más que hermosa.

Desde el momento en que la había visto por primera vez, la había deseado. Ahora le dolía poseerla.

Capítulo 6

Lachlann estaba tan absorto en sus pensamientos que había dado muchos pasos por el Gran Comedor antes de que se diera cuenta del silencio. Hacía sólo unos instantes había oído el bajo rumor de las voces; ahora no oía nada. Los semblantes de la gente estaban dibujados, su tensión era evidente. Sólo el chasquido de sus cuaranas de piel de vaca contra el suelo de madera y el suave vaivén de la túnica de Astrid sobre sus tobillos rompieron el pesado silencio que se cernía sobre la gente.

Magnus se levantó de uno de los bancos del otro extremo de la sala. La luz de las lámparas brillaba en el yelmo con incrustaciones de cobre y joyas que había dejado sobre la mesa, y su mano descansaba ligeramente sobre la empuñadura de su espada mientras se acercaba a Lachlann.

—Me alegro de verte, amigo mío. La guardia del rey Bjorn no me dejaba pasar a tu cámara de dormir. He estado preocupado por ti —Magnus miró a Astrid y luego sonrió a su jefe—. Veo que no he tenido motivos para estar ansioso. Estabas entreteniendo a una mujer.

—Más correctamente, amigo mío, la dama me estaba entreteniendo a mí —Lachlann le guiñó un ojo a Astrid.

—¡Cómo se atreve! —exclamó ella en voz baja, horrorizada por su insinuación sexual.

—Me atrevo a más, señora. Pues debería saberlo —respondió él en el mismo tono bajo.

Para su diversión, las mejillas de Astrid se tornaron de un rosa aún más intenso.

—Creía que me habías dicho que no tenías tiempo para el placer —se burló Magnus.

Kirkja Hablamos de negocios —dijo Astrid en gaélico, mirando fijamente al frente.

Magnus la miró sorprendido.

—Sí —dijo Lachlann—, ella habla nuestro idioma. Le enseñó una sirvienta de las Highlands.

Magnus se puso al paso de Lachlann y Astrid.

—¿Dónde está Niall? —preguntó Lachlann.

—Fuera —respondió Magnus—. Nuestros guerreros no pueden entrar en el Gran Salón hasta que termine la reunión.

—Traedlo —ordenó Lachlann—. Lo quiero aquí para que me traduzca—.

—Nuestro skald habla su idioma —dijo Astrid—. Él interpretará, y yo también.

—Gracias —dijo Lachlann—, pero prefiero tener a mi propio bardo conmigo. Sé dónde

están sus lealtades.

Como había sido entrenado para hacer como guerrero, Lachlann observó todo el Gran Comedor sin mover nada más que los ojos. Se fijó en los bancos y mesas que se alineaban a ambos lados del edificio. Sobre estas mesas había pequeñas lámparas de aceite de esteatita, que también estaban colgadas por toda la sala en largos ganchos metálicos sujetos a las vigas de soporte del techo. Una lámpara de caldero, apoyada en una varilla metálica de tres puntas de unos cuatro palmos de altura, estaba en el suelo a cada extremo de cada mesa.

Las mesas estaban resplandecientes de comida y provistas de jarras, cuernos para beber y cántaros; las cucharas y los cuchillos eran de oro, plata y bronce. Cuencos y platos para servir y comer de madera ornamentada, decorados con joyas y metales preciosos, bordeaban las mesas.

Contando mesas y bancos, tabuló rápidamente cuántos guerreros de Bjorn habría a cada lado.

—¿Cuánto mide el Gran Salón? —preguntó a Magnus.

Su amigo sonrió.

—Si tú y mi señora estuvierais realmente discutiendo de negocios, te habrías acordado de contar tus pisadas.

Lachlann frunció el ceño.

—Son sesenta largos hasta el centro de la sala —respondió Magnus—. Unos cuarenta desde el gran fuego hasta la puerta de entrada —miró a su alrededor—. Tienes razón al desconfiar del rey Einarland, pero yo predeciría que tendremos problemas con él esta noche. Por el aspecto del banquete, el viejo rey y su esposa están decididos a impresionarte.

—Sólo lo conseguirán cuando me presenten a mi novia... con una mujer de mi elección.

Veinte pisadas más les llevaron al centro de la sala.

—Traeré a Niall —dijo Magnus. Salió del edificio y regresó pronto con el bardo.

—Quédate junto a la puerta, Magnus —le ordenó Lachlann—. Ya sabes qué hacer si es necesario.

—Sí.

Lachlann se volvió hacia Niall.

—El bardo de Bjorn interpretará. Escucha atentamente e infórmame si comete algún error.

El muchacho asintió y le siguió mientras Astrid conducía a Lachlann al Asiento Alto de la Gran Casa. El gran sitial de madera ominosamente tallada miraba hacia el este, frente al agujero del tejado a través del cual brillaba la luna. A cada lado del sitial ardía una lámpara de caldero. Su suave luz formaba un dosel resplandeciente para el sire y la señora gobernantes que se sentaban aquí. Debajo de ellos, y en una silla mucho más pequeña, se sentaba Engla, con las manos nerviosamente entrelazadas en el regazo.

Aunque todo el color había desaparecido de su rostro, Engla seguía siendo hermosa. Su manto colgaba del respaldo de su silla para dejar al descubierto sus finas ropas y joyas. Su vestido interior sin mangas era largo y plisado, con una pequeña cola. El cordón del cuello quedaba suelto, de modo que la tela se descolgaba hasta dejar al descubierto sus hombros y casi todos sus pechos.

El delicado sobrevestido, un pichi, consistía en dos paneles rectangulares de seda decorada. Cosidos a la esquina superior de cada pieza de seda había unos tirantes largos y delgados que se unían en la parte superior de cada hombro y estaban sujetos por grandes broches de oro. Estaba claro que el vestido de Engla había sido diseñado y cosido para una mujer rica. Sólo las mujeres ricas exhibían su belleza de forma tan provocativa. Sólo ellas vestían colores tan vivos.

Como todas las mujeres solteras, Engla llevaba el pelo descubierto. Como todas las esclavas, lo llevaba corto. Se enroscaba alrededor de su cara en una maraña de color rojo vivo.

—Lady Astrid. Lord Lachlann —el grito de Bjorn desvió la atención de Astrid hacia Engla.

El rey hizo un gesto a la más pequeña para que se asentara.

—Escolten a lord Lachlann al Asiento Alto reservado para los invitados más distinguidos de Einarland.

Astrid tradujo para Lachlann mientras los conducía al lugar de honor. Ella levantó la mano de la de él y dio un paso para alejarse, pero él le agarró la muñeca.

—Siéntese conmigo.

—No, sire —ella se soltó de él—. No sería apropiado.

—La propiedad no es asunto mío. Mi deseo es tenerla a mi lado —el skald interpretó en voz baja las palabras de Lachlann.

Con el ceño fruncido, Bjorn bajó su recipiente para beber y gritó:

—Engla, ve a sentarte junto al bárbaro. Ese es tu lugar ahora.

Engla miró sin comprender a Astrid y Lachlann. La compasión de Astrid se dirigió a su amiga, que no tenía voz en los procedimientos, ni voz en su destino.

Astrid no vio a la mujer de dieciséis inviernos, sino a la niña que había amado y criado en la casa del rey, la niña que el rey Bjorn estaba dispuesto a sacrificar por sus propias ambiciones.

—Suélteme, sire —dijo Astrid—. Debo volver a mi lugar.

Los dedos de Lachlann apretaron la muñeca de Astrid.

—Su lugar es donde la quiero, señora —murmuró, y luego añadió en voz más alta—. Quiero que el portavoz de la ley se siente conmigo, sire.

Los ojos de Bjorn se entrecerraron.

Lachlann se encogió de hombros.

—Lady Astrid y la llamada Engla son mujeres atractivas, lord. Que ambas se sienten conmigo.

Astrid clavó en el bárbaro una mirada furiosa. No tengo ningún deseo de sentarme con usted, sire.

Bjorn se reclinó en su silla, sonriendo con suficiencia, y cruzó una pierna sobre la otra. Levantando su jarra, la vació de varios tragos descuidados. Levantó el brazo para pasárselo por la boca, secándose la barba con la manga de la camisa.

—Lady Astrid, si el cacique desea que se siente con él, hágalo.

Astrid estaba furiosa. El bárbaro había jugado sucio con ella antes, cuando la había besado. Ahora lo hacía de nuevo... delante del pueblo, y también de Bjorn.

—Engla —volvió a gritar el rey—, muévete para sentarte con el bárbaro y lady Astrid.

Mientras Engla se dirigía lentamente al asentamiento, la reina Adelaida servía cerveza para la invitada de honor. Lachlann atrajo a Astrid a su lado mientras Engla tomaba asiento a su otro lado.

Bjorn se levantó. Se echó hacia atrás el manto para dejar al descubierto una miríada de joyas de oro y plata y muchas sartas de cuentas verdes. Un movimiento deliberado, pensó Astrid, ya que la riqueza de un hombre se calculaba por el número de cuentas ensartadas en sus collares.

—Esta noche, señores y señoras del Consejo de Justicia, saludamos el matrimonio entre Lachlann mac Gordon y la hija de Bjorn. Sellamos la alianza entre los reinos de los escoceses del norte y los sureños.

Levantó su cuerno para beber, destellos dorados y plateados relucían a la luz del fuego. Todas las demás jarras y cuernos para beber se agitaron en el aire, excepto uno. Lachlann mac Gordon no tocó el suyo. Lentamente Bjorn bajó el brazo.

Con el ceño fruncido y preocupado, preguntó:

—¿Por qué no aceptáis mi hospitalidad, sire?

—Acepto su hospitalidad, sire, pero no aceptaré a mi prometida hasta que haya hablado con el consejo.

A medida que se interpretaban las palabras de Lachlann, los cuernos para beber y las jarras de cerveza golpeaban las mesas; los hombres se deslizaban sobre sus bancos.

—Hable —ordenó Bjorn.

Estoy dispuesto a casarme con esta mujer a la que adoptáis como hija. La aceptaré como mi primera esposa, como la madre de mis hijos, de mi hijo heredero.

El skald tradujo. Se oyeron suspiros de alivio; las sonrisas aligeraron las expresiones.

—Pero…

Volvió la aprensión.

—Tendría más, ya que no estoy consiguiendo la esposa que exigí.

—Pero le estoy dando más que una esposa, sire. ¿No le explicó lady Astrid que mi hija adoptiva es también mi hija bastarda? ¿Mi consanguínea?

—Lo hizo. Una afirmación para la que no tiene pruebas. También me dijo que hasta hoy Engla era una esclava en su casa.

La reina Adelaida bajó su cuerno para beber. Sus pequeños ojos, desprovistos de pestañas, brillaron como ámbar pulido. El color enrojeció sus mejillas carnosas. Se inclinó hacia delante para bloquear la vista de Bjorn y una fea sonrisa se dibujó en su rostro

—Tiene la palabra de mi esposo, y también la mía.

—Así es, señora —dijo Lachlann—. Seguramente el honor de un hombre y una mujer descansen sobre su palabra.

Adelaida asintió y se echó hacia atrás.

—No sería agradable para ninguno de nosotros, sire y señora, que trataraís de engañarme.

—No, sire —Wyborm negó enérgicamente con la cabeza— ¡Los dioses de Asgard lo prohíben!

Los dioses Aesir podrían prohibirlo, pensó Astrid, pero Bjorn y Adelaida… Sólo ellos idearían semejante plan y esperarían que la gente les creyera. Sólo ellos subestimarían tanto a su enemigo, como a un potencial aliado. Lachlann habló.

—Durante tres inviernos viví con su hija como esposa, y ella no habló ni una sola vez de esta hija bastarda.

—Nadie lo sabía —respondió Bjorn—. No quise confesarlo, sire, para ahorrarle a mi señora esposa la vergüenza. Si Gunilda no hubiera acabado con su vida y la de su bebé nonato, no habría reconocido la paternidad de Engla.

Lachlann asintió.

—Entonces, sire, pido más para sellar esta alianza entre nosotros.

Kirkja, segundo en mando y autoridad del rey, había sido elegido por los miembros del Consejo de Justicia para oficiar la ceremonia. Acariciándose su rebelde barba pelirroja, se levantó y caminó hasta situarse junto al langeldar. Había sido el amigo más íntimo de Einher, y durante el matrimonio del legislador con Astrid, Kirkja se había convertido también en su amigo. Tras la muerte de Einher, Astrid se había acercado aún más a Kirkja y a su familia. Ellos y Engla eran lo más parecido a parientes que tenía Astrid.

—¿Qué desea, sire? —preguntó Kirkja a Lachlann.

—Tomaría a lady Astrid como mi segunda esposa.

La sorpresa se registró en el semblante de Kirkja. Bjorn y Adelaida fruncieron el ceño.

Llamaradas de ira recorrieron a Astrid hasta que se sintió como si fuera el propio langeldar. Su mano se curvó en un puño y aplastó la flor que Lachlann le había regalado. Insistía en salirse con la suya. No le importaba a quién hería en el proceso.

Kirkja, frotándose la barbilla, miró de Astrid a Bjorn y de nuevo a Astrid. Finalmente se dirigió a Bjorn.

—Mi sire rey —dijo—, éste es un asunto privado y delicado, que deberíamos discutir entre nosotros.

Bjorn asintió.

—Lord Lachlann, os pedimos a vos y a vuestro bardo que os excuséis.

Lachlann protestó.

Kirkja trató de aplacarle.

—No es prudente que escuchéis nuestra discusión. Puede permanecer aquí en el salón o retirarse a su cámara, pero su bardo debe irse. Si se marcha, le convocaremos en cuanto hayamos tomado una decisión.

Lachlann consideró las palabras y luego respondió.

—Enviaré al bardo, pero yo permaneceré aquí, mi sire. Aunque no oiga la interpretación, podré estudiar sus expresiones mientras discuten el asunto.

Con una cortante inclinación de cabeza, Kirkja despidió a Niall, que se deslizó discretamente desde el taburete.

Bjorn dijo:

—El caudillo solicita un duro negocio, uno que debemos considerar.

—No conduce ninguna negociación en absoluto —argumentó Kirkja—. No podemos acceder a todas las demandas que hace. Todas las concesiones son para él, ninguna para nosotros.

—Pero necesitamos esta alianza —argumentó Bjorn—. Somos un reino pequeño rodeado de enemigos que pueden volverse contra nosotros en cualquier momento. Necesitamos una alianza con un reino tan fuerte como el de los escoceses del norte.

Los miembros del consejo parecían graves.

Bjorn se removió nervioso en su silla.

—Siempre debemos considerar la posibilidad de que nuestros clanes de las Tierras del Norte busquen algún día venganza. Debemos ceder a las demandas de Lachlann mac Gordon.

Lord Kirkja cerró las manos a la espalda y se paseó lentamente por el taburete.

—Aunque fue Einher quien desposó a Astrid con su pariente lejano, Stefan Vadrfjord, los esponsales y el próximo matrimonio han creado una alianza entre el clan de Lang y el nuestro. Al ceder a las demandas del montañés, mi sire rey, destruirá otra alianza importante.

—Sí, mi sire rey —Astrid se puso en pie de un salto—. Escuchad la sabiduría de lord Kirkja. Si rompemos nuestro acuerdo con lord Lang, nuestro honor será puesto en duda —hizo una pausa—. Nuestro honor, rey Bjorn, el suyo y el mío.

El asentamiento crujió bajo el cambiante peso de la reina Adelaida. Su voz profunda y grave resonó en la stofa.

—Habla sin pensar, legislador.

—Los esponsales pueden romperse... honorablemente... para que nadie se avergüence.

—Cierto, mi señora reina—, dijo Kirkja, moviéndose para colocarse frente al Asiento Alto —, pero estamos hablando de algo más que de romper un compromiso. A través del matrimonio de Gunilda hicimos una alianza firme y duradera con los montañeses. El matrimonio de lady Astrid con Stefan Vadrfjord nos daría una alianza con un fuerte clan de los norteños.

Extendió las manos.

—Una vez que usted y el rey Bjorn adopten a Engla, se convertirá en su hija legal. Según nuestra ley, ella tiene el mismo parentesco con usted que Gunilda. Ella es la garantía de nuestro pacto con el bárbaro. No necesitamos darle a dos de nuestras mujeres simplemente porque las desee.

—En este momento, Kirkja —dijo la reina Adelaida—, no tenemos alianza con nadie. Gunilda está muerta, y Astrid no está casada con el hijo de Lang.

—Y no se casará con él si no tenemos cuidado, señora —Kirkja se volvió hacia el sire—.

Bjorn, ¿qué dice?

—La alianza con los escoceses del norte es más importante. Si somos atacados por nuestros enemigos aquí, o por clanes vengadores, los escoceses pueden acudir en nuestra ayuda más rápidamente que Lang, que vive en Northland, al otro lado del mar. Romperemos el compromiso de lady Astrid.

—¡No! —gritó Astrid—. No permitiré que me hagáis esto. No soy vuestra esclava. Soy una mujer libre y de propiedad. Soy una maestra de las runas.

Bjorn golpeó con el puño en el reposabrazos.

—Mujer, no tienes voz cuando se trata de tu matrimonio. Ninguna mujer la tiene, sea nacida libre o esclava, de sangre real o campesina. Esta decisión corresponde al consejo.

Astrid dio un paso hacia el Alto Asiento. Kirkja la agarró por los hombros y la retuvo, pero no se dejó callar.

—Antes de que muriera mi marido, él era mi portavoz —dijo. Fue él quien negoció los términos de mis esponsales con Stefan Vadrfjord a través de lord Lang de Ulfsbaer—. Fue él quien declaró que después de su muerte yo… me convertiría en mi propia portavoz. Cuando los miembros del consejo entrechocaron sus armas en lo que llamamos el vápnatak, sellaron el acuerdo para convertirlo en ley.

—Sólo yo, el rey Bjorn, puedo romper honorablemente los esponsales.

—¿Le estáis diciendo al consejo que está enamorada de su prometido? —se mofó la reina Adelaida. Sus mejillas aleteaban, recordando a Astrid a un perro de hocico cuadrado y piel floja —. ¿Un hombre al que ni siquiera conoce? ¿Nunca lo ha visto?

—No —Astrid la atravesó con una dura mirada. No se ha dicho nada sobre el amor. Pero niego que todos ustedes tengan derecho a decidir mi destino sin al menos escucharme.

Astrid se paseó de un lado a otro frente a los miembros del consejo.

—Escuchadme, hombres de Einarland. Escuchadme bien. Estoy prometida a Stefan Vadrfjord y seguiré estándolo.

—Señora... —aunque Bjorn hablaba en voz baja, su voz estaba llena de furia—. Pone a prueba mi paciencia. No dicte a mí ni a este consejo lo que podemos o no podemos hacer.

—No —replicó Astrid—, pero creemos en nuestra ley, sire, y por votación de este consejo, mi destino hace tiempo que está decidido. Sólo yo tengo el poder de rescindir mi decisión.

—Sí, Bjorn —dijo Kirkja, su tranquila voz fue bienvenida en la sala llena de tensión—, lady Astrid dice la verdad.

Wyborm se levantó, con el rostro amoratado por la rabia. Soy el rey de esta tierra. Soy la autoridad final.

—Aun así, mi sire, estáis obligado por la ley —continuó Kirkja. Con voz apaciguadora, añadió: —Como Alto Gobernante de Einarland, debe considerar las consecuencias si usted o el consejo deciden romper el compromiso... sin el permiso de la dama.

Astrid permitió que Kirkja la escoltara hasta el asentamiento donde estaban sentados Lachlann y Engla.

Kirkja continuó:

—Nuestro pueblo ya vive con la amenaza constante de venganza por sus hazañas en Northland. ¿Deseamos traer más pena sobre nuestras cabezas enfadando y deshonrando a un sire como Stefan Vadrfjord? ¿Queremos invitar a su venganza?

Bjorn echó la cabeza hacia atrás y rio.

—Ninguno de nosotros ha conocido a este pariente de Einher, pero he oído hablar mucho de él —dijo mordazmente Wyborm—. No hay que temer a Stefan Vadrfjord. Es un soñador, Kirkja, no un guerrero. Navega en un navío mercante, no en un barco de guerra.

Varios de los miembros del consejo rieron.

Lachlann cogió la mano de Astrid y le susurró:

—¿Qué tiene de gracioso, señora?

Ella se encogió de hombros.

—No tendría importancia para usted, sire.

—Me parece que sí, señora —una sonrisa se dibujó en el rostro de Lachlann antes de convertirse en una suave risita.

Una sensación inquietante recorrió la espina dorsal de Astrid.

Bjorn continuó.

—Lord Stefan no es de temer. Registra las rutas de las tierras por las que viaja para que otros puedan seguirle. Se pasa el tiempo dibujando. Se dice que sus brazos no son lo bastante fuertes para sostener la espada o el hacha de batalla de un guerrero.

—No es prudente burlarse de los maestros de las runas, Bjorn —dijo Kirkja—, ni llamar cobarde a lord Stefan y tomar a la ligera su represalia.

—Sí, sire —dijo Astrid—, volviendo a centrar su atención en el asunto que nos ocupa. Sabe sin que yo se lo diga lo que dice nuestra ley sobre la venganza.

Nadie habló.

—El honor es sagrado, infinitamente vulnerable, y debe ser defendido en todo momento, cueste lo que cueste —recitó Astrid, su voz resonaba en la estancia. Se levantó y se colocó frente al consejo—. Según el código de los hombres del norte, la venganza es un imperativo moral. No tenemos honor sin venganza, ni vida sin honor.

Hizo una pausa, mirando a cada uno por separado, y luego dijo:

—Ya estoy prometida a lord Stefan Vadrfjord, que es vikingo. No me casaré con lord Lachlann porque no tengo ningún deseo de ir en contra de los deseos de mi difunto esposo. Me casaré con Stefan Vadrfjord. A pesar de lo que diga el rey Wyborm, es un guerrero valiente y temible.

Astrid giró sobre sí misma y caminó hasta situarse frente a Lachlann mac Gordon. Mirándole directamente a la cara y negándose a dejarse arrastrar por el hechizo que él podía lanzar con tanta facilidad, tradujo lo que había dicho.

Hizo una pausa y arrojó la flor aplastada a sus pies.

En gaélico añadió:

—Un hombre de honor no haría tales exigencias. Puesto que ni usted ni ninguno de estos hombres —hizo un gesto con la mano para incluir a todos los que estaban sentados en la sala— tienen honor, sire, deje que esta mujer lo tenga por usted.

Capítulo 7

El ruido más fuerte que se produjo fue el crepitar del fuego. Cada uno de los sureños, con una expresión de incredulidad en el rostro, estaba sentado rígidamente, como si el frío aullante de un invierno glacial le hubiera congelado en su sitio.

Sin embargo, Astrid, observando al caudillo de las Tierras Altas, sintió cualquier cosa menos frío. Ella había visto los rostros de los hombres volverse estruendosos por la ira. Ahora veía un rostro oscuro y ardiente, que prometía desatar toda su furia infernal... sobre ella.

Lachlann mac Gordon se levantó, con movimientos tan suaves que su ropa apenas crujió. Las suelas de sus botas hicieron un ruido sordo al golpear el suelo, cuando un pie cubrió por completo la pequeña flor que Astrid había arrojado al suelo. Con una engañosa falta de prisa, el montañés apartó su manto y apoyó la mano en la empuñadura de su espada. Con ese único movimiento, también hizo visible su puñal, un arma mortal en manos de un Highlander.

Alto, ancho y formidable, bloqueó de la visión de Astrid todo lo demás que había en la sala. Todo su cuerpo se estremeció. Quería huir tan lejos y tan rápido como pudiera del bárbaro, pero se mantuvo firme. No era raro que los hombres golpearan a las mujeres por menos de lo que ella había dicho y hecho. Estaba claro que había sobrepasado los límites de lo correcto. Pero decía en serio lo que había dicho y lo volvería a decir.

—¿Me acusa de no tener honor, señora?

Sus suaves palabras chasquearon por la habitación como la cuerda de un arco que hubiera sido tensada demasiado por una flecha y se hubiera roto. El skald, con el rostro blanco y los ojos muy abiertos, se acercó al rey Bjorn y murmuró la interpretación.

—Sí —Astrid levantó la cabeza para mirar de lleno el semblante furioso del caudillo—. Es lo que he dicho.

A su lado, el langeldar crepitaba y escupía. Las llamas, hermosas pero peligrosas, saltaron al aire en un estallido de chispas doradas y rojas, como si ellas también estuvieran aliadas con el caudillo.

—Rey Bjorn —el bárbaro alzó la voz y movió la mano, el manto rojo y amarillo ondeando a su alrededor como las llamas—, ¿permite que las mujeres hablen a sus honorables invitados de esa manera?

Aunque el skald pronunció la traducción en voz baja, sus palabras resonaron en la desmesuradamente silenciosa stofa con la intensidad de un grito.

Lord Lachlann se volvió. De nuevo el vaivén del manto le recordó a Astrid el fuego. Parecía que el caudillo estaba envuelto en llamas, que él mismo era una.

—¡Rey Bjorn! —gritó. Astrid hizo una mueca.

El grito del bárbaro derritió a los hombres de la stofa de sus trances helados. Bjorn parpadeó y se acercó al borde del asentamiento. La reina Adelaida sacudió la cabeza, mechones de pelo escapando de su redecilla para caer sin fuerza sobre su rostro.

—Mis... mis disculpas, sire —balbuceó Bjorn.

Lanzando un suspiro, Kirkja apoyó ambas manos sobre la mesa y se levantó. Se dirigió hacia el centro del taburete.

—Lord Lachlann, en una reunión del consejo, todos los miembros pueden expresar sus opiniones. Lady Astrid no sólo es miembro de este consejo, sino también nuestra portavoz de la ley.

Apenas hubo dejado de traducir el skald, Wyborm se puso en pie. Se aclaró la garganta y declaró:

—Pero no permitimos que nadie se dirija a un invitado de honor como lo ha hecho lady Astrid. Ha insultado a lord Lachlann. La desterraré de la stofa mientras atendemos los asuntos.

—¡Sí! —gritó el consejo al unísono. El sonido de metal contra metal apenas se había apagado en la sala antes de que el caudillo hablara, con voz suave.

—¿Quiere desterrarla de la stofa, rey Bjorn?

Tanto el rey como su señora asintieron al unísono.

Aun así, el bárbaro no alzó la voz.

—¿No es un castigo demasiado suave para un crimen tan grave, señores del Consejo de Justicia?

Las palmas de las manos de Astrid se humedecieron.

Kirkja miró al hombre con recelo.

—¿Qué castigo consideraría apropiado, sire?

—Si fuera un hombre —lord Lachlann movió su mirada de lord Kirkja a Astrid—, la retaría a un duelo a muerte —con una expresión ilegible y los ojos entrecerrados, continuó mirándola fijamente—. Como no puedo hacerlo, sugiero que la dama sea desterrada del reino.

—¡Desterrada! —murmuró Astrid, apenas oyó al skald pronunciar la interpretación. Se precipitó hacia Kirkja.

—Si fuera desterrada por un crimen de tal magnitud —continuó el montañés—, no sería una esposa adecuada para el norteño. Sí, lord, salvaría su honor rompiendo su compromiso con una mujer de este tipo.

Astrid no podía creer lo que oía. Durante cuatro años había sido una mujer de calidad; poseía su propia casa, tenía sus propios sirvientes, era miembro del Consejo de Justicia, con iguales derechos y privilegios. Ahora, de repente, ¡estaba en peligro de perderlo todo!

La ira, la amargura y el miedo le dieron una fuerza y una determinación renovadas. Retiró la mano del brazo de Kirkja y se acercó al bárbaro. Sin nadie que la defendiera, sabiendo que el consejo accedería a las demandas del caudillo para proteger a Einarland, tenía que luchar por sí misma.

No queriendo que nadie estuviera al tanto de su conversación con Lachlann, hablándole en voz baja a solas, le dijo en gaélico:

—No voy a permitir que me arrebate mi libertad sin luchar. Einher me compró y me liberó de la servidumbre. Al no confiar en el rey Bjorn, mi esposo puso mucho cuidado en garantizarme un futuro seguro. No dejaré que me lo robe.

Habló también en voz baja, pero con igual fuerza.

—¿No puedo, señora?

—No soy un objeto.

—No, no la querría si fuera un objeto, señora. La deseo porque es una mujer deseable.

—Sin embargo, me haría su esclava.

—Le haría mi compañera de cama. Veo una gran diferencia entre las dos.

—¿Llegaría tan lejos para tener una mujer que le desprecia, sire?

—Cuando me provocan, sí. Llego hasta donde sea para conseguir lo que quiero —respondió—. Y aunque nuestro apareamiento sería aún más placentero si le gustara, no es un requisito.

—¡Por el martillo de Thor, ojalá fuera un hombre! —Astrid le fulminó con la mirada, con las manos cerradas en puños a los lados—. Le retaría a un duelo a muerte y me encargaría de que encontrara su fin. Entonces, sire, le decapitaría para que su cuerpo no descansara en el otro mundo, y luego...

Lachlann rio suavemente y se acercó más a ella. Inhaló de nuevo el aroma del hombre -cuero y hierro- y el agua de hierbas que se adhería sutilmente a él. Vio la textura de su piel, las arrugas en las comisuras de sus ojos. Observó cómo se movían sus labios cuando reía, cuando hablaba.

—Ah, señora, es usted muy descarada.

Él alargó la mano para tocarle la mejilla, pero ella tiró del brazo hacia atrás y le zarandeó con todas sus fuerzas. Era la primera vez que alguien la irritaba tanto que perdía completamente el control. Con un movimiento rápido y seguro, el montañés le agarró la muñeca antes de que su mano conectara con su cara.

—Alégrese de que la haya detenido —sus ojos azules brillaron peligrosamente. Sus dedos mordieron sin piedad su carne—. Si no, me vería obligado a azotarla públicamente, señora.

—Sí, le gusta azotar a las mujeres, ¿verdad, mi sire?

Los músculos de su rostro se tensaron.

—Y pensar que Magnus creía que estabais hecha de hielo, señora.

—¡Ojalá descendiera de los gigantes de escarcha! Le congelaría hasta la muerte —Astrid retorció la mano pero no pudo liberarla de su agarre. Ella miró su cuerpo—. No, sire, congelaría ciertas partes de su cuerpo y las inutilizaría.

Lachlann echó la cabeza hacia atrás y rio, el profundo y rico sonido resonó por toda la habitación.

—Creo que lo intentaría, señora.

—Lo haré, sire. Se lo prometo.

Lachlann le soltó la mano y se alejó de ella. Astrid se volvió hacia los hombres del consejo. Como ella y Lachlann habían estado conversando en gaélico en voz baja, no habían estado al tanto de su conversación. Sin embargo, sintieron curiosidad. Lanzaron a ambos miradas duras e inquisitivas.

—Para apaciguar mi honor —dijo Lachlann en voz más alta—, exijo que esta mujer sea desterrada.

La interpretación terminó y el rey Bjorn gritó:

—Sí.

Levantó el puño, pero antes de que pudiera golpear el ancho reposabrazos, Kirkja gritó:

—¡Oíd! ¡Escuchad! —Con una expresión preocupada en el rostro, Kirkja se acarició la barba—. ¿Sabe lo que significa el destierro, lord Lachlann? Ella ya no tendría un hogar, sire, ya no podría residir en Esberborns o en Einarland. Podría ser cazada y asesinada como un animal.

—O, lord, podría ser rescatada —señaló Lachlann—. Ella podría ser utilizada como condición para un acuerdo entre su pueblo y el mío.

—No —dijo Astrid, hablando en gaélico—. No seré utilizada por usted ni por nadie, bárbaro. Si me destierra, me arriesgaré en las tierras salvajes de las Highlands. Si vivo, viviré como una mujer libre. Si muero, muero igual. No pertenezco a nadie más que a mí misma.

Las lágrimas se le agolpaban, el corazón le latía furiosamente, volvió a su asiento, recogió su chal y se lo ciñó sobre los hombros.

—Me retiro a mi stofa, lord Kirkja. Allí esperaré la decisión del consejo.

Con la cabeza alta y el corazón roto, salió a grandes zancadas de la casa del rey. Enfadada, nerviosa, Astrid paseaba de un lado a otro en el skáli, la única habitación de su pequeño pero confortable hogar. Un fuego ardía en el hogar en el centro de la habitación, y dos lámparas de caldero parpadeaban a ambos lados del telar vertical apoyado contra la pared exterior. Sujetando el mango de la lanzadera con ambas manos, Cora se sentó en un taburete de tres patas frente al bastidor y

De izquierda a derecha voló la lanzadera. De derecha a izquierda marchaba Astrid.

—Deja de pasearte —dijo la anciana—, no quiero tener que añadir más escardillo al suelo antes de que sea necesario.

Astrid hizo una pausa y miró por primera vez la alfombra de helecho del suelo. Suspiró, inhalando profundamente el olor limpio y fresco.

—Fue esta mañana cuando puse la cubierta —dijo Cora—. Cambié uno de sus anillos de plata, de lo contrario no habría podido conseguir la carga que conseguí, ama. Los aldeanos exigían mucho de la cosechadora de helechos y estaban dispuestos a hacer un trueque por ella—. Es la época de la Luna Plantadora, en la que el mundo cobra vida de nuevo.

Hizo una pausa en su tejido y se inclinó hacia delante para estudiar el diseño.

—Me parece, ama, que me costaría encontrar más helecho tan pronto. Los aldeanos han limpiado sus casas y sus ropas en honor del Sacrificio del Éxito de la Luna Plantadora. Pasará algún tiempo antes de que veamos otra cosecha.

Con la punta de su zapato, Astrid pateó un trozo de helecho. Voló por el aire hasta aterrizar junto a cuatro pequeños barriles de duelas.

—Tenga cuidado, ama —la amonestó Cora, mientras la lanzadera serpenteaba de nuevo por el telar—. He pasado largas horas recogiendo el liquen y la corteza de los árboles para colorear el tejido. En un abrir y cerrar de ojos habrás echado por tierra todo mi duro trabajo de este invierno.

Dejó de tejer para inclinarse y enderezar una de las pesas de urdimbre de forma triangular de arcilla cocida. Una vez que hubo desenredado los hilos, cogió el peine de tejer que colgaba de una larga cadena de uno de sus broches de hombro.

—¿Qué le parece este patrón, ama?

—¡Que Thor te dé un golpe en la cabeza, mujer, y te haga entrar en razón! —Astrid marchó hasta situarse junto al telar—. ¿Te has vuelto loca? El rey y la reina adoptan a Engla para que se case con el bárbaro. El consejo está considerando la demanda del caudillo de que me destierren de Einarland. Y tú te sientas aquí hablando de tus esteras y tejidos.

—¡Tch! —Cora chasqueó la lengua. Sin levantar la vista de su trabajo, deslizó los dientes del peine entre los hilos y los empujó hacia arriba—. Me preocupa su destino más de lo que cree, señora, pero me temo que poco podemos hacer usted y yo al respecto, aparte de rezar y mantener la cabeza fría. Juro por la Santa Madre y su pequeño bebé que destruir la casa no es la respuesta.

—Si el bárbaro se sale con la suya —dijo Astrid, y ella no dudaba de que se saldría con la suya—, no tendré casa por mucho más tiempo.

Suspirando, cruzando los brazos sobre los pechos, rodeó el fuego para situarse frente a la plataforma acolchada de la esquina de la habitación. Le servía de banco durante el día y de cama por la noche. Se sentía indefensa. En el momento en que Engla más la necesitaba, era incapaz de ayudarla. En el momento de su propia mayor necesidad, era incapaz de ayudarse a sí misma.

Si tan sólo no hubiera permitido que su ira sacara lo peor de ella; si tan sólo no hubiera perdido el control. Si hubiera guardado silencio, aún tendría voz en la decisión del consejo.

Sonó un golpe en la puerta.

Ama y criada intercambiaron miradas ansiosas. Resonaron más golpes insistentes.

Cora giró sobre el taburete, derribando el hilandero apoyado en la pata inferior del telar. Refunfuñó mientras cruzaba el skáli para accionar la palanca de hierro que liberaba el pestillo. Abrió la puerta de golpe.

—¡Bertha! —exclamó— ¿Cuál es tu asunto en el stofa del legislador? ¿Por qué no estás atendiendo el banquete en casa del rey?

—Debo ver a lady Astrid —dijo la criada de la reina Adelaida—. Es muy urgente, Cora.

—Déjala pasar —dijo Astrid.

La mujer baja y fornida empujó la puerta con tal fuerza que Cora tropezó hacia atrás.

—Engla la necesita, señora.

—¡Engla! —exclamó Astrid, todos los demás pensamientos huyendo de su mente—. ¿Qué ocurre?

—Está teniendo una rabieta—. Bertha cogió la mano de Astrid y tiró de ella. Por favor, dese prisa. Temo por su vida, y por la mía, si no soy capaz de vestirla—. Sin tomarse tiempo para conseguir un manto o una capucha, Astrid salió del stofa detrás de Bertha. Se abrieron paso entre las casas más pequeñas que pertenecían a los guerreros, artesanos y hombres libres.

—¿Qué ha estado ocurriendo en el Gran Salón? —preguntó Astrid.

—El consejo y el bárbaro siguen discutiendo —llamó el ama de llaves por encima del hombro—. La señora ha enviado a Engla a cambiarse de ropa. Dice que con el tiempo el consejo convencerá al bárbaro para que acepte a Engla como su novia. Después de que adopten a Engla, se celebrará la boda y el banquete se convertirá en una fiesta de celebración.

Sin aliento, Bertha se detuvo frente a un pequeño edificio.

—¿Por qué está Engla en la tienda de alimentos entonces? —preguntó Astrid, su ansiedad iba en aumento.

—Estaba huyendo. El ama la atrapó y la ató para que no pudiera escapar. Si no temiera por mi vida, dejaría marchar a Engla, pero la reina Adelaida la ha puesto a mi cargo.

Astrid asintió.

—Engla —llamó Bertha suavemente mientras llamaba y abría la puerta—. Somos lady Astrid y yo.

Astrid pasó junto a la sirvienta pero se detuvo un momento, dejando que sus ojos se acostumbraran a la casi oscuridad. En un rincón, la luz de una solitaria lámpara de piedra chisporroteaba revelando el contorno de barriles, toneles, cestos y bolsas de comida almacenada. Desde detrás de uno de los barriles vio los flecos de un manto. Haciendo caso omiso de su propia ropa, Astrid se apresuró hacia Engla, que yacía amontonada sobre sacos de piel de oveja llenos de hierbas y edredón. Astrid cogió a su joven amiga por los hombros.

—¿Qué ocurre?

Enormes sollozos sacudían el cuerpo de Engla.

—No puedo casarme con el bárbaro.

—Sí —dijo Astrid suavemente, con tristeza—, debes hacerlo, pequeña. No tienes elección. Como yo tengo poca elección sobre mi propio futuro.

—Debo esperar a que Sven regrese a casa —gritó.

—¿Sientes algo por él? —preguntó Astrid, sorprendida al oír hablar de la lealtad de Engla hacia un hombre que se había ido al norte.

—No, pero ya ha empezado a dar pagos al rey por mi libertad. Prometió casarse conmigo.

—Pasarán muchos inviernos antes de que regrese a casa con dinero suficiente para comprar tu libertad —dijo Astrid—. Una vez que aceptó la flecha de hierro de la guerra, entregó su lealtad al capitán del barco, un hombre que pasa muchos inviernos en sus incursiones — suavemente, Astrid le recordó: —Serás una anciana para cuando regrese Sven —tiró de los hombros de Engla, intentando que se incorporara—. Si no sientes ternura por Sven...

—No, sólo quería renunciar a la reina Adelaida.

—Entonces, lo harás —Astrid sonaba más alegre de lo que se sentía—. El montañés será

una elección de marido mucho mejor para ti que Sven. Lord Lachlann es rico e influyente. Él te llevará lejos de Esberborns, lejos de Einarland. Verás que no será muy diferente de nuestros aldeanos.

Engla hundió más la cabeza en el saco de edredón y gimió.

—Oh, Astrid, ¿qué haré?

—¡Qué harás! —repitió Astrid—. Cuántas doncellas de esta tierra te envidian y tú yaces lamentándote de tu destino. Te diré lo que vas a hacer. Te casarás con el bárbaro. Eres una mujer más fuerte de lo que era Gunilda y serás una buena esposa para el caudillo de las Tierras Altas. No tardarás en darle un hijo y…

El gemido de Engla se convirtió en un lamento; su cuerpo se estremeció aún más.

—Por favor, Engla —suplicó Bertha—. Siéntate y deja que te vista. Si no estás lista a tiempo, la reina Adelaida me golpeará.

—Engla, debes controlarte —Astrid hundió los dedos en los hombros de Engla y la obligó a levantarse, pero Engla mantuvo la cabeza gacha— Un comportamiento como este no ayudará a tu causa.

Deslizó un dedo bajo la barbilla de Engla para levantarle la cabeza. La luz parpadeó sobre el rostro bañado en lágrimas de la muchacha.

—Te irá mucho mejor si muestras un aspecto agradable a tu sire.

—Sí —asintió Bertha.

—Ciertamente no apreciará que tus mejillas estén manchadas de lágrimas y tus ojos hinchados.

—No me apreciará tanto si lloro como si no —se lamentó Engla—. No puedo ser agradable con el bárbaro.

—Sí, puedes y lo harás.

Dos lágrimas más rodaron por las mejillas de Engla.

—Estás hablando como habla la reina Adelaida.

—Aunque odio admitirlo —dijo Astrid—, en este caso la reina tiene razón.

—No —susurró Engla, y suspiró profundamente.

—Ya deberías haberte cambiado de ropa —dijo Astrid— ¿Dónde está tu vestido?

—Iré a buscarlo —se ofreció Bertha—. Está en la casa.

Engla cerró los ojos y se quedó flácida en los brazos de Astrid.

—Date prisa —dijo Astrid al ama de llaves—. Trae también su cofre de pinturas y polvos cosméticos, y sus peines. Y un poco de agua de hierbas aromáticas —para cuando Astrid hubo desabrochado un broche y soltado los tirantes de un lado del sobrevestido de seda de Engla, la puerta se había cerrado tras Bertha.

Astrid desabrochó rápidamente el otro broche, luego desató el cordón del cuello de la prenda interior y tiró del fruncido. Se esforzó por pasar la larga túnica por encima de los hombros de Engla.

—Debes ayudarme —dijo Astrid—. No puedo quitarte la ropa si yaces aquí como un saco de harina. No puedo ayudarte si no te ayudas a ti misma.

—Astrid… —la voz de Engla sonaba lejana—. Mi luna... mi luna no ha venido sobre mí.

Astrid dejó caer las manos y se apoyó en las espinillas. Sintió como si su corazón hubiera dejado de latir.

—¿Conoces otra razón que no sea que estás encinta ¿por qué tu luna debería llegar tarde, Engla?

—Sven y yo íbamos a casarnos.

—¡Que Odín en su sabiduría nos proteja! —Astrid sacudió la cabeza con incredulidad—. Si me lo hubieras dicho antes…

—No sabía que iban a afirmar ante el consejo que yo era la hija bastarda del rey, ni que iban a adoptarme. No lo sabía, Astrid. Te lo juro.

—Te creo —Astrid se frotó la frente.

—Quería hablarte del niño. Por eso he venido a tu stofa hoy temprano. Pero no dije nada porque tenía miedo de lo que pensarías de mí.

—¿Sabe Sven que llevas a su hijo?.

Engla negó con la cabeza.

—¿Qué van a decir el rey y la reina cuando se enteren?

—Lo saben —susurró Engla.

—¿Lo saben? —repitió Astrid. Cogió la lámpara y la acercó a la cara de Engla—. ¿El rey Bjorn y la reina Adelaida saben que tu luna se retrasa y que puedes estar encinta?

Engla asintió.

—Se lo dije a la reina cuando me llevó a su cámara hace un rato. Estaba tan enfadada que fue todo lo que pudo hacer para no golpearme.

El cuerpo de Engla se estremeció. Nuevas lágrimas corrieron por sus mejillas.

—¿Por qué has esperado tanto para contárselo a la reina Adelaida?— preguntó Astrid.

—Tenía miedo de que me matara —jadeó Engla entre sollozos que le quitaban el hipo—. No sabía qué hacer. Pensé que si dejaba que ella y el rey me adoptaran, no se apresurarían tanto a hacerme daño —Engla sacudió la cabeza y se frotó ambos lados de la frente—. No lo sabía... Nunca pensé que quisieran que me casara con el bárbaro. No sabía que podría ser... podría ser... una hija nativa... —su voz se sumió en el silencio.

Luego levantó la cabeza con una sacudida.

—Cuando le conté a la reina lo del beb Astrid, despotricó. Juro que la stofa tembló mientras ella marchaba de un lado a otro. Entonces mandó llamar al rey. Hablaron juntos y pronto estuvieron convencidos de que los dioses nos habían sonreído. Afirmaron que el bárbaro iba a tener un hijo mucho antes de lo que esperaba. Amenazaron con matarme si le contaba a alguien la verdad, o si me negaba a casarme con el bárbaro.

Astrid se sentía como un odre de piel de oveja al que hubieran vaciado su contenido de un

solo trago. Dejó la lámpara y apoyó la cabeza en las manos.

—Astrid —Engla se inclinó hacia delante y enroscó los dedos sobre los hombros de Astrid —. No me desprecias, ¿verdad?

—No —Astrid suspiró.

—La reina Adelaida me dijo que debía casarme con el bárbaro. Sólo yo puedo salvar al pueblo de Einarland. Ella dijo que él estaría tan borracho para cuando... nos fuéramos a la cama que no sabría si yo era virgen o no. Dijo que podíamos esconder una vejiga de sangre entre la colcha y el colchón. Él no notaría la diferencia.

—El Highlander es más astuto de lo que la reina cree —dijo Astrid con dulzura—. Puede que el rey Bjorn no sepa distinguir entre la sangre de la vejiga de un animal y la cabeza rota de una doncella, pero el bárbaro sí.

Que el rey y su esposa habían subestimado la inteligencia del bárbaro era de esperar. Que hubieran mentido acerca de que Engla era hija bastarda del rey no era sorprendente. Pero engañar aún más al caudillo de las Tierras Altas casándolo con una mujer preñada estaba más allá de la comprensión de Astrid.

Engla se levantó de golpe y agarró a Astrid.

—Tengo miedo. Quiere desterrarte porque le acusaste de no tener honor. Mi crimen es mucho peor. El sire me matará si se entera de que el bebé que llevo no es suyo. Sé que lo hará.

Astrid también temía que esto fuera cierto. Cuando el montañés la cortejaba para que fuera su concubina -o como él la llamaba, su segunda esposa- había sido encantador. Pero todo el tiempo Astrid había percibido un lado oscuro en este salvaje sire de las Highlands. Ella había sentido la voluntad de hierro que fluía a través de su ser. Una espada podía ser dorada con oro, plata, bronce y joyas preciosas de modo que se convertía en una obra de arte y hermosa de contemplar. Sin embargo, a pesar de todo, seguía siendo mortal. Lo mismo era cierto en el caso del bárbaro de las Tierras Altas. ¿No lo había demostrado cuando exigió que fuera proscrita del reino?

—No vas a dejar que el bárbaro te lleve —dijo Engla, sus palabras llegaron apresuradas. Dijiste que no lo harías. Si el consejo te destierra, te irás de Einarland. Estarás sola. Llévame contigo, Astrid. Por favor, llévame contigo. Sin Sven, no tengo a nadie aquí.

—Si me destierran a una vida como forajida —dijo Astrid—, será dura —apartó los rizos de la cara de Engla—. Más dura de lo que tú podrías soportar.

—Pero estaremos juntas. Cuidaremos la una de la otra, Astrid. Seremos como hermanas.

—Ahora debemos pensar en el bebé.

—Debo ir contigo, si no mi bebé y yo estamos condenadas. Si lord Lachlann no me mata, el rey y su señora lo harán.

La puerta de la tienda de comestibles se abrió y entró Bertha.

—Aquí está el vestido de novia.

—Oh, Astrid —se lamentó Engla—. ¿Qué voy a hacer?

—Vístete —dijo Astrid. Cruzó el cobertizo para coger el traje de novia de la sirvienta.

Engla se apartó el pelo de los ojos.

—¿Te ocuparás de todo?

—Sí —murmuró Astrid. Si ella pudiera.

Le había prometido al bárbaro que no se casaría con él bajo ninguna circunstancia, y que nunca le daría un hijo. Tenía que admitir que su comportamiento desde entonces no le había granjeado la simpatía de Lachlann mac Gordon. Sin embargo, la única forma que tenía ahora de salvar a Engla y a su bebé era convencerle de que se casara con ella como su primera y única esposa.

Capítulo 8

-¿Qué le parece el vestido? —preguntó Cora, dando un paso atrás.

Astrid se quedó mirando su reflejo en el gran panel de bronce de la puerta principal de su skáli.

—Es lo mejor que podemos hacer con tan poco tiempo —dijo Cora.

—Me siento como si estuviera desnuda —replicó Astrid.

—Ni mucho menos —Cora desestimó el comentario de Astrid con un gesto y un chasquido de sus tijeras.

Salvo por unos diminutos tirantes, sus brazos y hombros estaban desnudos; la ropa interior -una larga túnica verde oscura de material transparente- estaba sujeta por broches a su sobrevestido de paneles, de modo que la parte superior de sus pechos quedaba al descubierto. De pie a un lado, Bertha se acercó y le tendió una bandeja llena de pequeños frascos y botes metálicos.

—Permítame aplicarle el colorante cosmético en la cara —levantó la tapa del pequeño tarro—. ¿Qué tal éste para el párpado superior?

Astrid asintió.

—Resaltará el color de sus ojos.

Astrid se quedó quieta mientras Bertha le aplicaba los bálsamos y polvos de colores en la cara. Una crema para su piel. Un sombreado sutil para sus ojos. Un colorete de bayas para sus mejillas y labios. Un polvo para quitar el brillo de la punta de su nariz y ocultar sus pecas.

—Ya está. Es toda una belleza —Bertha inspeccionó su trabajo con satisfacción.

—Desde luego —Cora movió la cabeza y con sus tijeras, cortó otro hilo suelto de la túnica.

Astrid miró sus brazos y hombros desnudos. Esperaba que los delgados tirantes que sujetaban el sobrevestido no se soltaran del cierre, de lo contrario todo su pecho quedaría al descubierto.

—Cora, seguro que tenemos una túnica más gruesa —dijo. Nunca se había puesto una prenda interior tan transparente—. Mira cómo se filtra la luz a través de ésta.

—Sí —respondió la sirvienta, peinando el cabello de Astrid—. Por eso lo elegí. Si te pones de pie con la luz de lado, el contorno de tu cuerpo se hace claramente visible.

—Cora.

La anciana sacudió la cabeza.

—Fue usted, ama, quien decidió jugar a este juego. En contra de mi buen juicio, eso sí. Pero ha empezado. Ahora debe llevarlo a cabo.

Astrid suspiró.

—Ahora, señora, es hora de atender a su deber.

—Yo me cubriría el pelo —dijo Astrid.

Cora sacudió la cabeza y habló con impaciencia.

—Creo que no, señora. Debemos desenvolver su belleza, no ocultarla —sonrió y palmeó el brazo de Astrid—. Es la hora, señora.

Cora se unió a Bertha en la puerta.

—Nos quedaremos con Engla hasta que tengamos noticias suyas.

Las dos mujeres se deslizaron por la puerta, pero antes de que se cerrara, Cora asomó la cabeza por la rendija.

—Que Dios la bendiga y la cuide, ama.

Alguien tenía que hacerlo, pensó Astrid. Al quedarse sola en el stofa, se paseó nerviosa, sin importarle que empacara el helecho recién puesto. Se retorcía las manos y se preguntaba cómo saldrían ella y Engla de esta situación... vivas. Y el bebé. También tenía que pensar en el bebé. Sonó un suave golpe en la puerta.

Echó un último vistazo al panel de bronce de la puerta, mirando de cerca para ver si tenía alguna mancha negra donde sus pestañas tocaban sus mejillas. Se apartó un rizo, que con la misma rapidez volvió a caer contra su sien.

—Lady Astrid —llamó lord Kirkja.

Corrió hacia el pequeño arcón que había junto a la cama y rebuscó hasta encontrar los recipientes de cosméticos. Abrió uno, eligió un polvo de bayas y se lo pasó generosamente por los labios. Se untó más agua de hierbas detrás de las orejas y en las muñecas.

Kirkja volvió a llamar a la puerta.

Apresuradamente devolvió los recipientes a su cofre, lo cerró y se levantó. Respirando hondo varias veces, atravesó el skáli para abrir la puerta.

—Señora, he suspendido la reunión del consejo y le he traído al montañés tal y como me indicó su sirviente, Cora —dijo Kirkja.

—Gracias, mi sire.

—Con el corazón apesadumbrado he cumplido vuestra orden. Antes de seguir adelante con este plan tuyo, ¿crees que tal vez tú y yo deberíamos hablar? Dime lo que estás planeando.

Astrid negó con la cabeza.

—No, amigo mío. Esto es algo que debo hacer sola.

—He discutido por ti —dijo el viejo sire, pero me temo que no hay nada más que pueda hacer. Pero, señora, le ruego que no actúe precipitadamente. El consejo no os desterrará rápidamente.

—Tal vez no el consejo, pero el rey Bjorn y la reina Adelaida se encargarán de que se lleve

a cabo el negro acto —Astrid le puso la mano en el antebrazo—. Has sido un verdadero amigo para mí, sire. Confía ahora en mí para hacer lo que es mejor para mí, para Engla y para todo Einarland.

—Confío en que harás lo mejor para Engla y Einarland. No estoy seguro de lo que harás por ti misma. Esa es mi preocupación, señora —se inclinó hacia ella y le depositó un beso paternal en la mejilla—. Que Thor te conceda fuerza.

Que Thor me conceda la capacidad de controlar mis emociones.

—Voy a necesitarla.

Una mano se aferró al hombro de lord Kirkja. De la oscuridad, el bárbaro de las Tierras Altas se materializó. Al principio era una sombra, luego la luz de la antorcha lo iluminó y Astrid volvió a verlo.

—¿Me mandó llamar, señora? —preguntó en gaélico.

Tragándose la aprensión que se le anudaba en la garganta, luchando por mantener la compostura, Astrid asintió y le hizo un gesto para que entrara en su skáli. Cuando él se situó en el centro de la habitación, ella cerró la puerta y se apoyó en ella, contenta por la fría lámina de bronce sobre su espalda, dándole apoyo.

—Ésta es su casa —sedo a dedo, Lachlann se quitó los guantes de cuero de las manos.

—Sí.

—¿La casa que compartía con su marido?

Astrid asintió.

Se metió los guantes en la faja. Cuando apoyó la mano derecha en la empuñadura de su espada, ella vio el brillo del pequeño anillo de oro en el dedo. Con el manto escocés rojo y amarillo balanceándose sobre las pantorrillas de sus piernas, se giró y observó la habitación.

Astrid se limpió las palmas húmedas de las manos por los costados del vestido. El skáli había sido lo suficientemente grande como para alojarla cómodamente a ella y a Einher. Pero ahora que Lachlann mac Gordon había entrado, las paredes parecían empujarla.

La inquietaba mientras se tomaba su tiempo estudiando los muebles: la mesa de caballete y sus dos bancos, el gran arcón de almacenaje colocado contra la pared de la entrada, el arcón más pequeño junto a la plataforma para dormir, los tapices que colgaban de la pared a dos aguas... sobre todo la cama.

Finalmente preguntó:

—¿De qué quiere hablar conmigo?

Se acercó a la cama y apretó la mano contra el colchón. Los cubrecamas eran gruesos y cómodos para tumbarse; en invierno proporcionaban calor adicional. Astrid había cambiado muchas de sus finas piezas de joyería por edredón para rellenar el colchón, los cojines de la cama y los cubrecamas.

No había reparado en gastos para atender a su marido durante su matrimonio. Había sido un hombre frágil de cuerpo pero fuerte de mente y propósito. Ella deseaba que él estuviera aquí ahora para ser su defensor, para hablar por ella... para guiarla.

Lachlann se volvió y miró a Astrid.

—¿No tiene nada que decir, señora? ¿No voy a saber por qué interrumpió la reunión del consejo para convocarme en su casa?

Astrid asintió, reuniendo apresuradamente su ingenio, sus pensamientos.

—Su propósito aquí, sire, es…

—Le ruego, señora, que deje de revolotear junto a la puerta —le torció los dedos. A regañadientes, Astrid se apartó de la entrada, salió de las sombras, a plena luz de las lámparas del langeldar. Deliberadamente mantuvo cierta distancia entre ellos. También se aseguró de no colocarse de lado para que la luz pudiera filtrarse a través de los paneles del escarpado material y revelarle su cuerpo. No confiaba en él, pero aún más desconfiaba de sus reacciones físicas ante él.

La mirada de Lachlann pasó de su rostro a las puntas de sus suaves zapatos de cuero y volvió a subir.

—Es usted realmente hermosa, señora.

—Gracias, sire.

Las suaves palabras y los ardientes ojos azules inquietaron aún más a Astrid, la hicieron más consciente de su estado de desnudez. Sofocó el impulso de levantar la mano y tirarse de la ropa más arriba del cuello.

Se acercó al pequeño arcón que había junto a su cama. Cuando se aseguró de no tocar al caudillo al pasar a su lado, éste sonrió, una sonrisa petulante y cómplice que ella ignoró deliberadamente. Cogió una jarra y le sirvió una jarra de cerveza.

Él la aceptó.

—Beberé sólo si usted bebe conmigo, señora. No tengo ningún deseo de que me atiborren con un brebaje tan fuerte y me dejen sin sentido.

Astrid se sirvió una jarra.

El montañés levantó la suya en señal de saludo; Astrid hizo lo mismo. Se la llevó a la boca pero esperó a dar un trago hasta que ella lo hubiera hecho.

—Ahora, señora, formalidades fuera del camino, vayamos al grano —durante un momento Astrid se quedó mirando el espeso y potente brebaje de su taza. Luego levantó la cabeza para mirar directamente a aquellos insondables ojos azules.

—Ha vuelto a Einarland en busca de una novia, preferiblemente una que sea pariente del rey Bjorn.

Con la punta de la bota, Lachlann dio unos golpecitos en el arcón bajo que había a un lado de la cama, y luego se dirigió al baúl de almacenamiento más grande que había contra la pared, junto a la puerta. También éste lo golpeó, luego se inclinó para examinar la cerradura metálica y las bisagras...

Irritada porque no le prestaba toda su atención, preguntándose si la estaba escuchando en absoluto, Astrid continuó.

—Cuando descubrió que no había ninguna pariente, se conformó con una hija adoptiva.

—Acepté la hija adoptiva con condiciones, señora, como bien sabe —se acercó a la mesa de caballete y levantó la tapa de uno de los botes de hierro. Sumergiendo la mano en ella, sacó una porción de queso en la punta del dedo.

—¿Una hija adoptiva serviría a sus propósitos tan bien como otra? —preguntó Astrid.

Comiéndose el queso, volvió a colocar la tapa del bote y levantó la cabeza para mirarla.

Por fin tenía toda su atención.

—Cuénteme más, señora.

—Puesto que es lo mejor para el reino, el consejo está decidido a encontrarle una novia, sire. El rey Bjorn eligió a Engla porque era su esclava y podía hacer con ella lo que quisiera.

Recogiendo su jarra de cerveza, Lachlann se dirigió hacia el Asiento Alto. Dejó la jarra de cerveza en el amplio reposabrazos del asiento y se desabrochó el broche de oro que sujetaba su capa.

Continuó.

—Cualquier mujer a la que el rey adopte y declare su heredera legal ante el consejo tendrá los mismos derechos que una hija nativa. Esa es la ley nórdica

Tras colgar su manto sobre el respaldo de la silla, el caudillo se sentó y estiró las piernas hacia el fuego.

—No tengo tiempo, señora, para escuchar acertijos.

—Le sugiero que regrese al consejo y se retracte de su exigencia de que me destierren de la aldea. En su lugar, sire, exija que rompa honorablemente mis esponsales con Stefan Vadrfjord y que el rey Bjorn me adopte y me entregue a usted en matrimonio... como su primera y única esposa.

—Ah, señora —el caudillo bebió profundamente de su cerveza—, es usted una dura negociadora —habló con suficiencia y arrogancia.

Lachlann bajó la mirada mientras cruzaba las piernas por los tobillos. Movió los pies frente al hogar. Astrid despreció la sonrisa de autosatisfacción que jugueteaba en las comisuras de sus labios. Mientras contemplaba sus pies, bajó los párpados. Unas gruesas pestañas yacían en una media luna negra sobre sus mejillas bronceadas por el sol.

—Sus deseos ahora son diferentes a los que tenía cuando habló ante el consejo —observó.

—Las circunstancias han cambiado —replicó ella.

Levantó los párpados y luego la cabeza. Intercambiaron miradas

—¿No desea ser una proscrita?

—¿Qué piensa de mi proposición? —contraatacó Astrid.

Finalmente suspiró.

—Ojalá la vida fuera tan sencilla, señora, pero no. Debo tener una novia de su reino porque quiero un hijo que reine tanto sobre su reino como sobre el mío a su debido tiempo.

—Lo que desea, sire, es que nuestro reino forme parte del suyo con el tiempo.

Su mirada volvió a recorrer lentamente el cuerpo de ella.

—Sois hermosa, señora, y muy deseable, pero habéis visto veinticinco inviernos. Durante este largo tiempo, no habéis concebido. Me preocupa que no me deis ningún hijo. Aunque preferiría mucho acostarme con vos, tendré que casarme con la mujer más joven.

—No, sire —Astrid dejó su jarra de cerveza sobre el pecho. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón le latía rápidamente—. La luna de Engla tarda en llegar y ella cree que puede estar embarazada.

—¡Por la sangre de Cristo! —El bárbaro se puso en pie de un salto y arrojó la jarra de cerveza al otro lado de la habitación. Se paseó furioso— ¿Qué dirá el rey Bjorn cuando se entere de la doblez de su esclava?

—No, no es cosa de Engla —Astrid sintió el fuerte impulso de encogerse ante aquel hombre, pero no cedió a sus temores—. El rey y la reina lo saben. Bajo amenaza de muerte, obligaron a Engla a cumplir sus órdenes. Ella está asustada.

—¡Bien debería estarlo!

—Sire —Astrid se armó de valor y se acercó más a él—. Antes admitió que me encontraba deseable.

—El deseo no es un requisito para el lecho matrimonial —soltó las palabras—. Es un placer añadido.

—Quizá pueda darle todo lo que desea en el lecho matrimonial con un placer añadido.

La miró con curiosidad.

—Debo tener su palabra, sire, de que lo que voy a decirle no lo divulgará a nadie.

—Normalmente soy cauto a la hora de hacer tales promesas, señora. A vos y a vuestra gente he aprendido a no hacerlas en absoluto.

Astrid se lamió unos labios repentinamente secos: respiró hondo, esperando calmar la agitación de su estómago.

—Yo… —su voz era un graznido. Se aclaró la garganta—. Soy una doncella, sire —la miró con incredulidad.

—Aunque mi marido había vivido cuarenta y ocho inviernos, aún estaba en edad de procrear —Astrid deseaba desesperadamente tener algo que hacer con sus manos—. Einher me amaba, y yo a él, pero era impotente. Nunca consumamos nuestro matrimonio —Astrid se mordió su labio inferior—. Pero Einher también era un hombre orgulloso. No quería que nadie supiera que él no podía

—¡Miente, señora! Todos ustedes mienten.

—Yo no miento.

—Entonces me gustaría que lo demostrara.

—Esperaba que lo hiciera.

Sus ojos se entrecerraron.

—No he encontrado ni un solo sureño que tenga honor. Todos practicáis el engaño. Todos sois demonios infernales e hijos de Deil. Todos vosotros.

—Puede que sea un demonio infernal, sire, y una hija del diablo, pero digo la verdad.

Sumido en sus pensamientos, Lachlann merodeaba por la habitación, pateando helechos.

Finalmente recogió su jarra y se dirigió al cofre junto a la cama.

—Señora, si lo que dice es cierto, tal vez lleguemos a un acuerdo.

—Tengo más que decir.

Tras rellenar su jarra de cerveza, dejó la jarra y se volvió hacia ella.

—Hable.

—Cuando accedí a hablar con usted sobre aceptar a Engla como su novia, el rey dio su palabra ante el consejo de que si declinabais casaros con Engla, él la dejaría libre. Pero él tiene el poder de atar a la chica libre a una aldea en particular, en este caso Esberborns. Debe insistir en que Engla forme parte de nuestro acuerdo matrimonial.

—¿Y por qué querría yo que ella formara parte de nuestro acuerdo, señora? —Astrid hizo una pausa y respiró hondo. La expresión del montañés era cautelosa. Ella no podía saber si él era receptivo a sus demandas o no.

—Porque yo lo pido, sire. Por favor, insista en que la lleven de vuelta a la granja de lord Kirkja. No la dejaré aquí con el rey y su esposa. Si ellos no la matan, la torturarán. En casa de lord Kirkja podrá esperar el regreso de Sven, el hombre con quien se casaría.

—Señora —dijo Lachlann—, su audacia no deja de sorprenderme. ¿No conoce usted ningún límite?

—Me gustaría tener su palabra, sire, de que protegerá la reputación de Einher y de Engla, o no me casaré con usted.

Lachlann bebió un trago de cerveza. Apenas se quitó la jarra de la boca, dijo:

—Ahora que ha confesado, señora, no tiene más remedio que hacer lo que le exijo. No estáis en tan buena posición para negociar como queréis hacerme creer. Sea de su agrado o del destino de Dur, ahora descansa en mi mano.

A Astrid no le gustó.

Dejó la jarra de cerveza sobre el arcón más cercano y se acercó a ella. Pasándole la mano por detrás del cuello, la acercó hasta que sus rostros casi se tocaron. Se inclinó para besarla, pero Astrid apartó la cabeza.

—Sire.

—¿Y ahora qué, señora? —estaba claro que su paciencia había llegado a su fin.

Ella sintió el latido constante de su corazón contra sus pechos, la subida y bajada de su pecho al respirar.

—Su demanda es un hijo, sire —hizo una pausa y luego añadió: —Después de haberle engendrado un hijo, seguiré siendo su madre, pero le pido que me libere de los derechos conyugales.

Los dedos de él se apretaron en la base del cuello de ella. Un aliento cálido y perfumado a cerveza le rozó la frente.

—Señora, no puedo dar crédito a lo que oigo.

—Su palabra, sire.

—La palabra que os juro, señora, es ésta —aunque hablaba suavemente, su voz era dura—. La liberaré de mi lecho cuando haya terminado de desahogarme con usted. Entonces y sólo entonces. Cederé a sus exigencias sólo cuando me plazca hacerlo.

Astrid miró fijamente su implacable semblante, sabiendo que no cambiaría de opinión.

—Ahora es el momento de que demuestre que es una doncella.

Astrid torció la cabeza para zafarse de su agarre y se apartó de él.

—¿Hago llamar a Cora?

Él parecía desconcertado.

—¿Su sirvienta?

—Sí —recogió su manto, colgándoselo sobre los hombros, mientras se dirigía a la entrada.

Largas zancadas se interpusieron entre ella y la puerta para bloquear su apertura.

—No, señora.

Astrid retrocedió.

—Pero tendría pruebas de mi doncellez. Cora ha estado conmigo desde que Einher y yo nos casamos. Se quedó con nosotros en la stofa y jurará…

—La palabra de su sirvienta no bastará para probar su inocencia. Estará tentada a mentir por usted.

Astrid sacudió la cabeza.

—Podría aceptar la palabra de una comadrona si la examinara y declarara que su cabeza de doncella está intacta.

—Si usted lo dice, sire, pero me resulta humillante y embarazosa la idea de someterme a tal examen. Tendremos que hacer jurar silencio a la mujer, pero incluso con el juramento no podemos estar seguros de que guardará el secreto.

—No me importa que lo sepa todo el reino —dijo—. ¿Tanto le importa un hombre muerto, mi señora, que llegaría a tales extremos para proteger su reputación?.

—Amaba a Einher con todo mi corazón —respondió Astrid—. Su impotencia no le impidió amarme y cuidarme. No nos impidió hablar y compartir conocimientos, convertirnos en los mejores amigos —suspirando, se volvió para agarrar el picaporte de la puerta—. Mandaré llamar a una comadrona, sire —de nuevo él detuvo su movimiento—. Una comadrona de mi elección y de mi pueblo. Yo sabría dónde están sus lealtades.

—¿Tiene a una persona así viajando con su compañía?

—No, y no regresaría con usted a mi reino sin conocer su verdadero estado de inocencia —Astrid se esforzó por mantener la compostura. Ella le había mandado llamar; era ella quien debía negociar—. A decir verdad, sólo nos queda otro recurso —Lachlann sonrió siniestramente.

—Seguramente... seguramente... podemos probar mi… —la voz de Astrid se volvió tentativa mientras sacudía la cabeza—... virginidad de otra manera.

—No, señora —su sonrisa se ensanchó. Él dio un paso más. Su mirada se posó en el par

dorado que rodeaba su cuello. Sólo ahora se dio cuenta de que el anillo del cuello tenía la forma de una antorcha encendida.

Las llamas doradas rodeaban su cuello, pero el calor emanaba del hombre. Si cedía a su demanda, él la consumiría. Él no la estaba tocando, pero aun así ella ardía.

—Debo tener tiempo para pensarlo, sire. No había previsto que me pidiera esto.

—Es una petición justa.

—Estoy segura de que usted lo cree —dijo Astrid—, pero yo no. Creo que pesa de su parte, sire. Soy la única que puede perder: mi virginidad, mi dignidad y posiblemente mi integridad. De las tres, sire, la pérdida de mi dignidad e integridad me preocupan más.

—Me sorprende su reacción —el tono de Lachlann estaba subrayado por la irritación y el desprecio—. Por su comportamiento en el skáli, señora, no contaría con que se dejara amilanar por ninguna situación, y menos por una tan franca como ésta. A decir verdad, señora, lo que pido no es irrazonable.

—Pedir la prueba no es irrazonable, pero su forma de determinarla sí lo es. Pido tiempo para ponderar su demanda.

—¿No está asustada porque me está mintiendo sobre su inocencia? —preguntó.

—No estoy mintiendo, pero estoy recelosa —ella le miró abiertamente—. Lo que ocurra entre nosotros alterará mucho mi vida, mi futuro.

—Como lo hará en la mía.

Astrid no dijo nada.

—Señora, ha ido demasiado lejos. No hay vuelta atrás.

Capítulo 9

-No, no hay vuelta atrás —anunció con el corazón encogido—. Que así sea.

Sonriendo, Lachlann mac Gordon le estrechó la mano. La agradable calidez del apretón sació los sentidos de Astrid.

—Ha tomado una sabia decisión, señora.

—Eso espero, sire. Sólo el tiempo lo dirá —respiró hondo y sus siguientes palabras fueron más cortantes de lo que pretendía—. Ahora, ¿cómo lo haremos? —Lachlann la miró con escepticismo. El calor enrojeció las mejillas de Astrid.

—En realidad —dijo ella—, conozco el acto del apareamiento, pero no estoy muy segura, sire, de cómo desea... ehm... comenzar.

—Así, muchacha —girando su mano sobre ella, Lachlann le acarició ligeramente la palma con los dedos, provocándole un cosquilleo por todo el cuerpo. Su voz era grave y tranquilizadora—. El apareamiento es más que un acto. Como le dije antes, es un viaje hacia la dicha.

Astrid cerró su mente al gozo de su tacto.

—Para mí es sólo un deber. Nada más.

—Ah —dijo él—, así que la dama arroja el guante.

Incapaz de seguir mirando los ojos azul oscuro que se burlaban suavemente de ella, Astrid bajó los párpados.

—Sé que es mejor que nos apareemos sin ropa. ¿Me desnudo yo o lo hace usted? ¿O le despojo primero de su ropa?

Lachlann rio.

La risa profunda y rica, desprovista de burla o sarcasmo, hizo que Astrid levantara la cabeza. El montañés realmente se estaba divirtiendo. Sus ojos centellearon; su expresión se había suavizado.

—Que sea inocente o que juegue conmigo, muchacha, no me importa. Me deleita.

Su arrogancia irritó a Astrid.

—Gracias, pero tenemos poco tiempo para bromas y dichos suaves. Debemos darnos prisa para demostrar que soy una doncella. Sé que lord Kirkja suspendió el consejo, pero Bjorn puede obligarle a volver a reunirse. Incluso ahora, podrían estar tomando su decisión.

Su mano se apretó alrededor de la de ella, la suave frialdad de su anillo acariciando su

carne.

—No tenemos necesidad de precipitarnos. He dado instrucciones al consejo y a Bjorn para que no tomen una decisión hasta mi regreso.

La acercó a él con manos fuertes pero suaves.

—Aunque el consejo estuviera a punto de tomar una decisión, no tenemos necesidad de precipitarnos. El apareamiento es mejor cuando se hace sin prisas.

Su irritación iba en aumento, al igual que su nerviosismo y vergüenza, Astrid se apartó de él.

—No se haga la tímida conmigo —dijo—. Se ha vestido para seducirme.

Ella levantó la vista para verle sonreír perezosamente, con los ojos ardientes de deseo.

—¿No es cierto?

Sólo entonces se dio cuenta de que estaba de pie con la luz del fuego a su lado, su cuerpo claramente revelado a través de la fina ropa interior.

—Sí —se giró de forma que el panel frontal bloqueaba la luz.

Un rato más le sostuvo la mirada, luego se dirigió a la puerta y aseguró el pestillo. Como si fuera algo cotidiano en él, como si el stofa fuera su hogar, regresó a la plataforma.

De repente, la habitación le pareció demasiado pequeña, demasiado cálida, demasiado llena del bárbaro. Se sacó los guantes de la faja y los arrojó sobre el arcón bajo que había junto a la cama; sacó sus armas, cada una para dejarlas junto a los guantes, todas a su alcance en caso de necesitarlas.

—¿Dónde están las cortinas de sus muebles? —preguntó.

Astrid señaló. En tres zancadas Lachlann se plantó frente al gran arcón de almacenaje cercano a la puerta del sofá. Levantó la tapa y rebuscó hasta encontrar una gran colcha de lana de lino, que levantó. Se la echó al hombro y volvió a la cama, examinándola a fondo, pasando las manos por debajo de las capas de las mantas, incluso bajo el propio colchón. Finalmente satisfecho, extendió la tela de lino blanco.

La cara de Astrid... mejor dicho, todo su cuerpo... ardía al pensar en lo que estaba haciendo el caudillo... buscando una vejiga oculta de sangre animal. No confiaba en ninguno de ellos, y ella no le culpaba. Bjorn no había hecho nada para ganarse la confianza del bárbaro.

Satisfecho, se enderezó. Se había ofrecido a él y, aunque no cambiaría su decisión, estaba sobreexcitada.

Que él poseía las habilidades para seducir a una mujer, Astrid no lo dudaba, pero ella siempre había esperado algo más que mera seducción. Hubiera preferido menos habilidad y más calidez y emoción.

Pero se apareaba con él porque era su deber. Debía hacerlo para salvarse a sí misma, a Engla y a Cora... y al bebé. Sí, ella debe salvar al bebé.

El montañés apagó las lámparas del caldero, dejando el skáli en el apagado resplandor de la luz del fuego. Luego se acercó a Astrid y le cogió las manos entre las suyas.

—Señora, si ésta es realmente su primera vez con un hombre, experimentará un poco de

incomodidad, pero haré que la toma sea lo más suave que pueda.

—Estoy preparada —dijo Astrid.

Lachlann le acomodó un rizo rebelde detrás de la oreja.

—Tal vez.

Se inclinó y le rozó la frente con los labios, su aliento cálido.

Besó la piel alrededor de la pequeña esfera de oro de su hombro derecho. El rastrojo de su barba sobre la carne de ella, suavemente abrasivo, era tan excitante como las suaves incursiones de sus labios.

—Antes me ha abrochado los broches. Qué apropiado que yo desabroche los suyos ahora.

Sus labios continuaron rozando sus hombros y su clavícula. El placer onduló por su cuerpo, pero se mantuvo rígida. Le permitiría probar su virginidad, pero no perdería el control.

Él rozó con sus labios la turgencia de sus pechos, la suavidad seguida inmediatamente por el roce áspero de la mejilla manchada de barba. Como si la suave abrasión fuera un encendedor iniciador, las llamas se extendieron desde la punta de su pecho hasta la unión de sus muslos. Aspiró bruscamente y sintió que los músculos de su estómago se estremecían. Cerró los ojos contra la avalancha de sensaciones. Luchando contra el puro gozo de la emoción que la embargaba, se tensó y cerró las manos en puños.

—Relájese, ama —Lachlann le cogió ambas manos y le soltó los dedos; entrelazó los suyos con los de ella—. Será mucho mejor si lo hace.

—No busco el placer —respiró Astrid mientras su boca rozaba suavemente sus párpados cerrados.

—Pero lo recibirás.

—Yo sólo cumplo con mi deber y espero darle placer.

—El deber no siempre es una carga, señora. A veces puede ser un deleite. Así será hoy —bajó la voz—. Pero debe relajarse.

Desabrochó uno de los broches de su vestido y aflojó la correa.

—Es usted muy deseable, señora.

Los paneles delantero y trasero del sobrevestido, aún suspendidos alrededor de su cuerpo por la otra correa, cayeron a un lado. Desató el cordón del cuello de la túnica y pasó la mano por debajo de éste y de la otra correa para deslizar la prenda de sus hombros. El material cayó en un charco alrededor de sus pies, dejándola desnuda.

Ella abrió los ojos; él le estaba mirando los pechos. Después de lo que pareció un largo rato, él frotó ligeramente la punta de sus dedos sobre la parte superior de un pecho, hasta la areola, pasando por el pezón. Ella tembló... y supo que se le escapaba el control.

—Es aún más hermosa de lo que imaginaba —él se acercó más, y de nuevo ella inhaló su aroma: la frescura de las hierbas del jardín y el cálido almizcle del cuero. Él levantó los brazos, la manga de su túnica rozó la mejilla de ella. Le cogió la cara entre las manos.

Unas manos fuertes y callosas, acostumbradas a empuñar armas de guerra, la sujetaron con suavidad, como si fuera la pieza de cristal más delicada entre los enseres domésticos. Su tacto

calentaba y calmaba su cuerpo como las brasas encendidas del langeldar calentaban y calmaban la casa al atardecer.

Apretó los talones de las palmas de las manos contra sus mejillas y enhebró los dedos en su pelo. Cerrando los ojos, Astrid se deleitó con las sensaciones que él despertaba en ella.

Antes había pensado que era un lanzador de hechizos. Cuánto más lo creía ahora. Estaba completamente enredada en la telaraña que él tejía. Olvidó que aparearse con él era un deber. No le importó que Gunilda le hubiera advertido de su maldad, de su insaciable apetito carnal; no le importó de qué se había acusado a aquel hombre. Olvidó convenientemente que era un caudillo de las Highlands que deseaba a una mujer sólo por una razón, que hacía sólo unos momentos había estado dispuesto a verla deshonrada para poder llevarla a su cama.

—He visto su carne desnuda —murmuró—. ¿Quiere ver la mía?

—No, sire —mintió ella—. Estaré más cómoda en la oscuridad. Por favor, apague el fuego del hogar.

—No, me gustaría verla mientras nos emparejamos.

—Eso es una barbaridad, sire.

—¿Barbaridad? —repitió Lachlann—. No, señora. Es parte del ritual del apareamiento —él frotó las puntas de sus dedos contra las sienes de ella, enviando hormigueos por su espina dorsal—. Puesto que usted nunca se ha apareado, no lo sabría. Para que el apareamiento sea el mejor, el hombre y la mujer deben compartir todos sus aspectos. Reciben placer el uno del otro; se dan placer.

—Como usted dice, sire, no puedo decirlo.

—Ruego que sea la verdad, señora.

—Lo es.

Lachlann levantó las manos de ella. Sujetándolas entre las suyas, las apretó contra su pecho para que el calor de su cuerpo la infundiera. La necesidad primaria se agitó en ella al sentir el latido firme de su corazón y la dureza de sus pectorales. Es usted una mujer fuerte, lady Astrid. Diga lo que diga o no, disfrutaré haciéndole la cama.

Astrid no respondió.

—No sólo me ha desafiado a mí, señora, sino a todo su consejo. Cuando ninguno de sus guerreros quiso decirme que el rey Bjorn me ofrecía una hija adoptiva, usted lo hizo. Cuando ninguno de sus guerreros quiso enfrentarse al temido bárbaro, usted lo hizo. Sin embargo, ahora tiembla ante mí. ¿Por qué? ¿Es por miedo o por ansia?

—De ambas cosas. Estoy ansiosa por acabar con esto de una vez, pero también estoy asustada. Es mi primera vez, y usted tiene una reputación espantosa, sire.

Sus cejas se fruncieron en un ceño.

—¿Está pensando en Gunilda?

—No. Como le dije antes, sire, usted tiene fama de ser un guerrero lujurioso.

—Amante.

—Sí —murmuró ella.

Como si su cuerpo tuviera voluntad propia, Astrid movió las puntas de sus dedos por el espeso y negro cabello que caía sobre sus sienes:

—Y yo, sire, no tengo fama de ser una mujer lujuriosa. Sinceramente, no sé qué hacer.

—Yo sí.

La atrajo hacia su abrazo y bajó la cabeza para reclamar sus labios. Su boca tocó la de ella al mismo tiempo que apretaba el cuerpo de ella contra la longitud del suyo. Sus manos bajaron por la espalda de ella. Se deslizaron hasta su cintura, donde sus dedos se extendieron por sus nalgas y amasaron su carne. Ella se estremeció, pero el contacto de él encendió llamas de deseo por todo su cuerpo.

—Rodéeme con sus brazos —le dijo.

Olvidado el deber, la pasión, su ímpetu, Astrid así lo hizo.

Siempre había estado fascinada con este hombre, este bárbaro... desde que había llegado a Einarland hacía cuatro inviernos para casarse con Gunilda. Astrid se había preguntado ya entonces cómo sería ser deseada por un hombre tan descarado. Su curiosidad no había disminuido con el paso del tiempo ni con las historias de su maldad.

Levantó ligeramente la cabeza.

—Abra la boca.

—Qu... —su pregunta se perdió cuando sus labios volvieron a reclamar los suyos, cuando su lengua se introdujo en su boca para llenarla con su esencia, con su calor abrasivo y su sabor a cerveza. La debilidad impregnó su cuerpo y sintió como si sus piernas ya no pudieran sostenerla.

Sus manos la acercaron a él, más cerca aún, de modo que sintió una dureza contra su pelvis. Sus ojos se abrieron de golpe, y empujó sus brazos entre ellos para luchar por liberarse de su abrazo. Miró hacia abajo para ver la impresión de su erección, luego levantó la vista hacia él.

—Sí, señora —dijo él—. Es hora de que nos conozcamos plenamente.

—Sire.

Le puso un dedo sobre la boca para silenciarla y luego la estrechó entre sus brazos. La llevó hasta la cama y la tumbó sobre la colcha blanca. Se sentó junto a ella, con sus ojos azules ardiendo. Su mano, grande y fuerte, la acariciaba ahora con ternura.

—Es la mujer más bella de este pueblo, legisladora. Me sentí orgulloso de cómo se enfrentó a los hombres de su consejo.

—Tan orgulloso, sire, que pidió que me desterraran—, susurró ella.

—Es demasiado buena para esta gente —dijo Lachlann—. Si hubiera sido desterrada, la habría rescatado. Usted pertenece a una raza orgullosa como los montañeses. Si de verdad sois inocente, señora, y me caso con vos, mi pueblo se alegrará de verme regresar con una mujer tan enérgica. Una mujer como usted dará hijos fuertes.

—E hijas —dijo Astrid, sus palabras se perdieron en el torrente de emociones que inundaban su ser mientras el caudillo acariciaba su cuerpo, acumulando un calor de deseo en ella tan ardiente que sentía que iba a estallar en decenas de pequeñas chispas.

Cada caricia aumentaba su excitación. Avivaba su anhelo de conocer los secretos íntimos

compartidos entre una mujer y un hombre durante el apareamiento.

—He querido hacerla completamente mía desde que la vi por primera vez —confesó.

Astrid también había sentido una atracción primitiva hacia él. Aún la sentía y le asustaba. Sus labios fríos rozaron sus pechos, haciendo que el fuego del deseo ardiera con más intensidad. Sintió sensaciones en lugares que nunca había soñado posibles. La conciencia hormigueaba; el deseo palpitaba a través de ella.

—Ah, señora, esto es más que un deber, ¿no es así? Usted me desea.

Respirando profundamente, ahogándose en las deliciosas emociones, Astrid dijo:

—Es un deber, sire. Uno que cumpliré bien.

—Sea sincera, señora. Tenéis sed de bárbaro —sus labios capturaron la punta de su pecho y succionó.

—Sí —ella sintió otra llama de éxtasis abrasar su cuerpo—. Pero desear, sire, no es amar.

—No —sin mover la boca, dijo: —No quiero amar, ni ahora ni nunca, ni ofrezco amor.

Su cálido aliento se esparció por la carne ya enrojecida de ella.

Astrid le pasó la mano por el pelo, deleitándose con las suaves hebras entre sus dedos. Su mano ahuecó el pecho de ella para introducir el pezón más profundamente en su boca. Ella jadeó y cerró los ojos, sintiendo la punzada de las lágrimas tras los párpados.

Sabía lo duro que era el bárbaro; conocía su propósito. Una parte de ella despreciaba lo que le estaba haciendo, lo que le había hecho a Gunilda. Se consolaba a sí misma y justificaba sus actos argumentando que sólo cumplía con su deber.

Sin embargo, otra parte de ella -una parte primitiva que no había sabido que poseía hasta que había estado a solas con el Highlander en su cámara- esta parte de ella lo deseaba. Ansiaba su tacto. Lo deseaba con la misma intensidad, el mismo fervor con que él la deseaba a ella.

—Señora —dijo—, desabroche los broches de mi camisa.

Lentamente, Astrid se incorporó. A través de unos ojos cargados de pasión buscó los broches y tanteó para desabrocharlos, hasta que la camisa de él quedó abierta.

Se tumbó. Lachlann rodó fuera de la cama y empezó a desvestirse. Primero se quitó el par y el brazalete, y los colocó en el pequeño cofre junto a sus armas. Luego se pasó la túnica por la cabeza y la tiró sobre el banquillo. Se sentó en el pequeño taburete frente al telar para desatar sus cuaranas. De pie, desabrochó uno a uno los cierres de su faja. Se quitó los pantalones.

Einher era el único hombre que Astrid había visto desnudo, y su cuerpo frágil y envejecido no se parecía en nada al del montañés. Los músculos ondulaban desde el pecho de este hombre hasta sus pies, y su cuerpo brillaba a la luz del fuego. Visualmente, ella trazó la dura línea de su estómago hasta su erección.

Él avanzó hacia ella, y ella retrocedió ante tan descarada masculinidad, ante tan descarado deseo.

—Dijo que me tomaría con ternura —le recordó ella.

—Sí.

Él volvió a arrodillarse en la cama. Inclinándose, se llevó el pezón a la boca. Lo chupó

suavemente y Astrid sintió cómo el insoportable placer del deseo atravesaba de nuevo su cuerpo, fijando su residencia en la parte baja de su estómago.

—Antes quería darse prisa, señora —dijo Lachlann—. En efecto, hay veces en que un hombre y una mujer se unen en un feroz y urgente apareamiento. Pero no la primera vez. Sólo después de que a la mujer se le hayan enseñado los secretos de la seducción, después de que se haya acostumbrado a recibir a un hombre.

Sus labios se movieron contra sus pechos, su cálido aliento sopló contra su estómago. Rozó con la boca su otro pecho, su lengua exploró la areola.

—Gunilda dijo que usted tenía un apetito carnal insaciable —murmuró Astrid—. Que la degradaba con sus exigencias, sire —al instante Astrid se arrepintió de sus palabras.

Lachlann rio con ganas.

—Sí, señora, soy un hombre lujurioso. Disfruto del placer carnal. Y usted también lo hará cuando acabe con usted esta noche.

Mientras hablaba, esparció besos por sus mejillas, su pelo y sus sienes. Tan intenso fue el gozo que ella se estremeció.

—De algún modo, señora, no creo que los simples mortales pudieran concebir el apareamiento con sus mentes limitadas. Pronto comprenderá que lo que puede compartirse entre un hombre y una mujer excede con mucho los límites de este reino, sí, los límites de todos los reinos conocidos.

No dijo nada de querer que ella realizara actos degradantes y, mientras acariciaba a Astrid, las acusaciones de Gunilda contra él empezaron a parecer falsas. O, atrapada en su hechizo, ¿se engañaba Astrid a sí misma?

Pero su amor pronto borró ese pensamiento de su mente. Entregándose al placer del momento, cerró los ojos y le pasó los dedos por el pelo, masajeándole el cuero cabelludo. Él la apretó contra la colcha y se estiró a su lado, alineando su delgado cuerpo a lo largo del de ella. Sus labios se cerraron sobre los de ella.

Movió la mano hacia los muslos de ella y luego entre ellos. Apenas sus dedos habían tocado la zona sensible, Astrid se tensó y sintió palpitar su cuerpo. Se arqueó contra él.

—Me parece que nos estamos moviendo con demasiada prisa —murmuró ella.

Él rio suavemente.

—No, señora, aunque comprendo sus temores.

—Debe aprender a recibir el placer que le doy para que pueda darlo a cambio.

—¿Haríais de mí una deseante, sire?

—Creo que ya lo es, señora —le pasó los labios por la garganta, por la clavícula, hacia delante y hacia atrás en movimientos susurrantes y suaves que se burlaban y atormentaban—. Déjeme mostrarle lo maravilloso que puede ser el apareamiento. Déjeme llevarla a la dicha.

Su boca reclamó el pecho de ella, su lengua buscó la punta hinchada. Su otra mano rozó sus pechos, bajó por su vientre, alrededor de su ombligo. Entonces sus dedos tocaron de nuevo el suave triángulo de pelo.

—Disfrute de esto, señora.

Deslizando los dedos en su lugar secreto, besó su boca, su cuello, sus pechos. Deslizó sus dedos más profundamente dentro de ella, moviéndolos dentro y fuera, cada golpe elevándola más y más, lejos de la realidad hacia un mundo de... dicha. Astrid reprimió sus gritos, pero no los pudo contener. Gimió y echó la cabeza hacia atrás contra el cojín de la cama. Nunca había conocido sensaciones semejantes. Y aunque suplicaba que la colmaran, quería que este maravilloso momento no terminara nunca.

Lachlann retiró la mano. Despojada, convertida en una mendiga, abrió los ojos y lo alcanzó. Él se elevó sobre ella, su rodilla separando más las piernas de ella. Suavemente, presionó la punta de su endurecida hombría donde había estado su mano.

Una y otra vez la acarició, susurrándole palabras tranquilizadoras, hasta que ella se relajó, hasta que empezó a sentir el calor de su excitación.

—No se asuste —le dijo.

No retiró su eje pero tampoco entró en ella. Siguió acariciándola con las manos: la besó susurrándole tranquilizadoramente. Suavemente su excitación tanteaba entre sus muslos para prepararla; masajeaba la abertura de su feminidad, carne caliente acariciando carne caliente, pidiendo entrar.

Siempre la tocaba y jugaba con su cuerpo. Las suaves incursiones pronto alertaron a Astrid de su vacío, y quiso más de él. Se entregaba a sus besos, introduciendo plenamente su lengua en su boca, acogiéndolo plenamente en su abrazo, arqueándose contra él para tomarlo plenamente dentro de ella.

Estaba rodeado de una cálida opresión. Ella se puso rígida.

Él se topó con la barrera. Ella jadeó.

¡La cabeza de doncella!

—Sire —murmuró ella, sin aliento por el asombro. Su cuerpo temblaba de asombro ante el cambio que sentía en su interior al haberle recibido—. Es tan grande.

Se detuvo.

—¿Le estoy haciendo daño?

—Sí... no... no lo sé —las lágrimas corrieron por sus mejillas.

—Señora —dijo—, si le estoy haciendo daño, pararé.

—No, no quiero eso.

—¿Soy demasiado grande para usted?

—No.

En el cálido resplandor de la luz del fuego, parecía oscuro, enorme y misterioso, pero también preocupado. Era la primera vez que ella veía sus rasgos verdaderamente suavizados por el cariño. Su asombro y admiración se unieron a una sensación de su poder como mujer en aquel antiguo ritual de acoplamiento.

—No sabía qué esperar.

—¿Es mejor o peor de lo que pensaba?

—Es mejor —murmuró ella. Mucho mejor, pensó, sintiendo su magnífica dotación dentro de ella, llenándola, prometiéndole un maravilloso viaje hacia la dicha. Un profundo y apretado estremecimiento se apoderó de ella. Se sentía bien ser estirada y llenada por el deseo de un hombre.

Él se rio.

—Y será aún mejor.

La besó y se movió en ella al mismo tiempo. Astrid pensó que seguramente moriría de felicidad. Como le había prometido, le proporcionó más placer del que jamás había soñado sentir.

—¿Esto es dicha, sire? —susurró.

Riéndose, Lachlann acarició con el hocico la mejilla de ella, como si buscara deliberadamente el punto tierno bajo su oreja. Encontró

—No, dulce dama. Sólo hemos comenzado nuestro viaje.

Astrid le rodeó con los brazos, sus dedos se clavaron en su espalda. Ella se aferró a él, y él empezó a moverse más rápido y más profundamente. Ella lo recibió, todo de él. Sus manos, sus labios, le hablaron de sus necesidades y deseos. Le hablaron de su placer al tocarla. La fricción de su empuje era tal que empezó a crearse una presión maravillosa.

Ella se dejó llevar por el ritmo de Lachlann y se meció con él, aumentando el tempo. La presión crecía hasta impregnar todo su ser. Se sintió como si fuera un frágil vaso de cristal que hubiera caído sobre una piedra y se hubiera hecho añicos en incontables joyas diminutas y brillantes. Separó sus labios de los de él y giró la cabeza hacia un lado. Se arqueó para recibir su última embestida.

Se tensó y se estremeció. Él se puso rígido y gimió.

Derramó su semilla dentro de ella. Ella la recibió.

Levantó la mayor parte de su peso de encima de ella, tirando de ella con él, con la cabeza sobre el cojín de la cama. Ella enterró la cara contra su hombro, sintiendo las gotas de sudor en su piel caliente. A la luz del fuego vio el brillo resplandeciente de su cuerpo espléndidamente bronceado. Ella frotó su mejilla contra su húmedo pecho.

—Áye, lady Astrid —dijo Lachlann—. Ya mi semilla está dentro de usted. Ahora pertenece a Lachlann mac Gordon.

Sí, ella temía pertenecer en efecto a este oscuro Highlander.

Capítulo 10

Con ojos cada vez más seductores, el montañés contempló el rostro respingón de Astrid mientras, apoyado en un codo, le pasaba una mano por la cadera y la bajaba por el muslo.

—Es usted tan apasionada como hermosa —murmuró—, y su piel se siente como la seda más fina —bajó la cabeza y le acarició con el hocico la zona sensible bajo la oreja antes de que sus labios depositaran besos por la columna de su garganta—. En verdad, señora, me ha proporcionado un gran placer esta noche —su boca rozó suavemente la de ella. Los labios de Astrid temblaron bajo los suyos. Los abrió ligeramente, todavía hambrienta de sentirle. ¡Cuán rápidamente se reanudó su anhelo por el bárbaro! Estaba saciada, pero no satisfecha. ¿Acaso este hombre había despertado en ella un insaciable apetito carnal que igualaba al suyo?

¡Los dioses no lo permitirían! La idea de no poder controlar sus emociones asustaba a Astrid sobremanera. Levantó la boca de la de ella.

—¿La he hecho daño?

—No —no físicamente. Pero las emociones desconocidas que él había despertado en ella eran tan perturbadoras y abrumadoras como una afección física. Sus ojos eran azul noche, con negro en el centro. Unos ojos que la hechizaban de tal forma que no quería pensar. Quería quedarse encerrada para siempre en su stofa, en su cama, con este hombre. Le pasó los dedos por las mejillas. El tacto áspero de la barba incipiente bajo su piel envió destellos de renovada excitación a través de su cuerpo. Lachlann le sonrió.

—Le daré lo que desea, mi señora —vagamente Astrid sabía que debería sentirse humillada, enfadada o asustada por lo que había pasado entre ellos, pero ella seguía envuelta en su calor, atada a él por hilos de deseo que trascendían el pensamiento racional. Las llamas incandescentes del langeldar brillaban sobre ellos, grabando sus contornos en un resplandor de oro. Estaba cautivada por aquel hombre que la había llevado a la dicha... que prometía hacerlo de nuevo, una y otra vez.

Lachlann le dio un beso en la punta de la nariz.

—Deme sólo un momento, ama.

Se apartó de ella rodando, el movimiento sacudió a Astrid de su mundo de ensueño y la arrastró de vuelta a la realidad. Con ojos lánguidos, vio cómo él se levantaba de la cama y se dirigía a la alcoba de lavado. Apartó la cortina y llenó la palangana de agua, con la que se limpió. Después de arrojar el agua usada a la zanja de desagüe empedrada que atravesaba la stofa, volvió a llenar la palangana y la colocó sobre el pequeño arcón que había junto a la cama.

Se sentó junto a Astrid, sumergió el paño en el agua y lo escurrió. Se lo entregó. Cuando ella lo aceptó, sabiendo para qué servía, le ardieron las mejillas. Se incorporó en la cama,

agudamente consciente de su desnudez, igualmente consciente de la de él. Él giró la cabeza para permitirle intimidad mientras ella se limpiaba. Sin embargo, ella seguía sintiéndose cohibida.

Al cabo de un momento, él dijo:

—Para ser una mujer tan obstinada, tiene poco que decir sobre su primer apareamiento.

Dejó caer el paño sucio en la palangana.

—Ha sido solo la unión de un hombre y una mujer. Seguramente es igual en todas partes.

—No, señora, lamentablemente no lo es. Le di placer además de recibirlo yo mismo, pero no siempre es así.

Dibujó sus dedos a lo largo de la parte exterior de sus muslos, sobre sus caderas, y se sumergió en la tierna piel de su estómago. Los músculos de Astrid se estremecieron y ella aspiró el aliento. Aunque sintió la aceleración de las sensaciones, un anhelo renovado, se apartó rodando del montañés.

Si no lo hacía, cedería a sus exigencias. Había sido necesario aparearse con él una vez, para demostrar que era una doncella. Pero no podía haber ningún propósito en un segundo apareamiento salvo para apaciguar sus lujurias carnales, y eso comprometería su integridad.

—¿Adónde va? —le preguntó.

Se levantó de la cama y cogió su ropa. Astrid sostuvo su túnica verde frente a ella y se volvió para mirarle.

—Es hora de que anunciemos nuestra intención al Consejo.

Una lánguida sonrisa arrugó el rostro de Lachlann mientras la miraba a través de ojos rasgados. Extendió la mano, cogió el material que ella tenía en las manos y se lo quitó de un tirón.

—No, señora, no estoy dispuesto a apartarme de su stofa… o de su cama, tan pronto —con la mano le hizo una seña.

La sugestiva mirada del montañés aceleró una cuerda de anhelo en Astrid que la avergonzó. Se agachó para recoger su ropa y se retiró apresuradamente a un rincón sombrío de la habitación, donde comenzó a vestirse.

Suavemente la llamó:

—Vuelva a la cama, señora.

—No—. Ella tensó el cordón de la túnica de modo que el escote se elevó hasta que el material cubrió totalmente sus pechos.

Él habló más bruscamente.

—Señora, vuelva a la cama.

—El propósito de nuestro apareamiento, sire —Astrid abrochó rápidamente el alfiler de un broche—. Proporcionar una prueba de mi doncellez. Aquí tiene la prueba —se abrochó el otro broche y luego se quitó las arrugas del sobrevestido—. No es necesario que volvamos a pasar por la prueba. Y no lo haremos hasta que estemos debidamente casados.

—¡Ordalía! —Lachlann se sobresaltó. Pero inmediatamente una sonrisa borró la ira de su semblante—. Ah, señora, me estaba provocando deliberadamente. Algo que debería guardarse de

hacer. No me gusta jugar con una mujer que me pertenece.

Astrid retrocedió hasta la plena luz del langeldar y se sentó en el pequeño taburete. Las palabras del montañés le recordaron sus días de esclava, cuando había pertenecido a Bjorn.

Se había prometido a sí misma que si alguna vez era libre, no permitiría que nadie volviera a dictarle nada. Incluso después de que llegara ese día, había ocultado sus emociones para que nadie -nadie- hubiera podido tocar su verdadero yo, el alma que residía en su cuerpo. Eso le pertenecía a ella y sólo a ella.

Ahora había conocido a un hombre que temía que fuera capaz de llegar a ese yo secreto que había ocultado y protegido todos estos años.

—No le pertenezco, lord Lachlann —le dijo—. Y nuestro matrimonio no tendrá lugar hasta que mis esponsales con Stefan Vadrfjord hayan sido honorablemente disueltos. En ese momento, y sólo en ese momento, consentiré en desposarme con usted.

Lachlann se levantó de la cama, su duro físico brillando a la luz dorada del fuego. Se llevó la mano a los pantalones.

—Ama, ¿piensa tomarme por tonto?

—No, pero tampoco pienso dejar que me tome a mí por una.

Astrid se concentró en ponerse los zapatos, no dispuesta a dejar que su cuerpo jugara al despiste con su mente. Era tan tentador volver a la cama del montañés y suplicar sus caricias, pero no lo haría esta noche.

Oyó el crujido de la tela seguido del ruido sordo del metal. Lo que sus ojos no contemplaron no detuvo su imaginación. En su mente le vio ponerse los pantalones negros que se ajustaban tan bien a sus piernas, le vio abrocharse los cierres de su faja, el cuero que cubría lentamente su larga y ahora flácida hombría y su vientre plano y tenso.

Apartando tan tentadores pensamientos, Astrid fue a su baúl de ropa y encontró un pañuelo de lino. No le importó que hiciera juego con su ropa. Mientras se enderezó, se fijó en la ropa de cama deshecha y en su sangre sobre la colcha blanca.

Se detuvo y miró fijamente la muestra de su inocencia. La pérdida de su virginidad no le preocupaba; que hubiera cedido a las exigencias del bárbaro, sí. Sí, podría argumentarse que lo había hecho voluntariamente. Pero no había tenido otra opción.

—¿Necesita el lino como prueba de que ha sido el primer hombre que yació conmigo? —preguntó ella.

—No, señora, pero quería estar seguro de que no me engañaba con pequeños trucos.

Astrid cogió el trozo de tela y lo sacudió de la cama. Volviéndose, lo arrojó al langeldar y observó cómo las llamas rodeaban con avidez la tela, consumiéndola por completo. Al principio era una fina sábana negra; luego se hizo añicos. Diminutas partículas negras se entremezclaron con las llamas. Pronto no quedó más que el olor a lino quemado. Miró al Highlander y se preguntó si él también la consumiría, sin dejar nada más que las cenizas de sí misma.

Con el corazón oprimido, se acercó al panel de bronce de la puerta y empezó a atarse el pelo con el pañuelo. Estaba sujetando su cabeza hacia abajo, atando el lazo a la altura de su nuca, cuando sintió el ardor del material. Alfileres, peines y pelo revolotearon alrededor de su cara.

Giró sobre sí misma, casi chocando con el caudillo.

—Odio este maldito trapo —le espetó. Ella miró fijamente su pecho desnudo—. No deseo que lo lleve puesto.

Una furia al rojo vivo recorrió a Astrid. Levantó la cabeza y clavó la mirada en su ardiente semblante.

—Usted no me dicta lo que puedo o no puedo hacer —dijo con suave vehemencia—. Se casa conmigo con un único propósito: tener un hijo.

—¡Un hijo, señora! ¡Un hijo! —el amante considerado de hacía sólo unos momentos se había convertido de nuevo en el áspero guerrero de las Highlands—. No importa el propósito, nosotros vamos a casarnos, y yo dictaré lo que usted puede o no puede hacer. Sepa, señora, que es mía.

Una mujer llena de fría furia clavó su mirada en el rostro de un hombre inflamado de ira. Ambos eran igualmente fuertes y decididos. Ambos estaban consumidos por su propósito.

—Aún no soy suya. Me caso con usted para salvar a Engla y a su hijo nonato. No es dueño de mi persona y nunca lo será. Me tratará con respeto, sire. Eso exijo o no cumpliré nuestro trato.

—No importa cómo la trate, señora, usted se casará conmigo. Ambos sabemos que tengo vuestro destino en mi mano.

Las duras pero ciertas palabras dolieron profundamente a Astrid. Pero no se dejó llevar por las lágrimas ni se puso histérica. Su única defensa contra este hombre era su compostura. Su distanciamiento. Su frialdad. Nunca debía dejarle saber lo profundamente que la afectaba.

—Ahora, señora, deberá comunicar a lord Lang que desea disolver sus esponsales con su hijo.

—¿Y si no lo hace?

—Lo hará —dijo Lachlann—. Todo hombre puede ser comprado, señora.

—Sí, sire, tal vez tenga razón —ella habló en voz baja, manteniendo la ira fuera de su voz.

—Tengo razón —Lachlann cogió la mano izquierda de ella con la suya—. Aunque ese paño que lleva en la cabeza significa que está casada, le doy permiso para llevarlo hasta que nos casemos. Pero no lo llevará después. Y esto —le arrancó el anillo de matrimonio de la mano— dejará de llevarlo ahora —las palabras de protesta saltaron a los labios de Astrid, pero se las tragó al mirarle a los duros ojos. El montañés estaba actuando en su derecho. Ella no tenía ninguna razón para seguir llevando el pañuelo o el anillo. Einher era su pasado; Lachlann mac Gordon era su futuro.

—¿Me podría quedar con el anillo, sire? —dijo en voz baja

—¿Para poder recordar al hombre?

—No, no necesito objetos tangibles para recordar a Einher. Tengo recuerdos de él encerrados en las arcas de mi corazón. Esto fue un regalo, un regalo de él para mí. Significa mi liberación de la esclavitud.

Lachlann asintió secamente y dejó caer el anillo en su palma extendida.

—Quédeselo, señora.

Astrid levantó la tapa de su baúl de ropa y dejó caer el anillo en un pequeño joyero. De espaldas a él, le dijo: —He observado que sólo lleva usted un anillo. La mayoría de los hombres de su riqueza y status llevan muchos.

—No tengo necesidad de exhibir mi riqueza a la vista de todos—, respondió él.

Astrid se volvió, su mirada se dirigió a los tres broches y a la camisa que yacía sobre el pecho.

Él se encogió de hombros.

—Me permití este lujo, señora, porque iba a cortejar a una novia —le tendió la mano—. Este anillo, como el que usted llevaba, tiene un significado especial para mí.

Astrid se acercó a él y estudió el anillo. Como estaba desgastado y liso, pudo darse cuenta de que era antiguo.

—Tiene forma de hoz —dijo.

—Sí, un símbolo religioso para los que somos nacidos en el solsticio de verano o de invierno. El oro simboliza el sol, la forma de media luna, la luna.

Astrid tocó el anillo con la punta de un dedo.

—Nosotros también tenemos un símbolo así en nuestra religión. La hoz de oro representa las deidades gemelas, la Luz y la Oscuridad.

—Para nosotros es lo mismo —dijo Lachlann—. La Noche gobierna el otoño y el invierno, y el Día gobierna la primavera y el verano.

Ella le miró.

—¿En qué solsticio nació usted?

—En el de verano.

Sí, pensó ella, tenía que ser.

—Mi padre biológico mandó hacer el anillo antes de mi nacimiento —dijo—. Mi madre me lo regaló cuando estaba en mi décimo invierno, cuando me convertí en guerrero. Lo llevo desde entonces.

Hizo una pausa como perdido en sus pensamientos.

—A medida que fui creciendo y haciéndome mayor, cambié muchas veces el dedo en el que lo llevaba hasta que ahora sólo me cabe en el más pequeño.

Estupefacta, Astrid se le quedó mirando. Si él le hubiera dicho que los dioses lo habían tallado en la piedra de las montañas de las Tierras Altas o que los gnomos lo habían forjado en sus mágicos hornos subterráneos, ella lo habría creído más fácilmente que creer que había sido concebido por simples mortales.

—Mi padre mandó fabricar el anillo para mi hermano mayor.

Antes de que Astrid lo pensara, murmuró:

—Los dioses prohíben que haya dos de ustedes sueltos entre nosotros.

Lachlann sonrió ligeramente.

—No, señora, no tenga ese temor. Cuando mi hermano no era más que un niño, fue asesinado por los asaltantes marinos de las Tierras del Norte. Mi padre también —se frotó los dedos sobre el anillo antes de añadir suavemente: —Mi madre llama bárbaros a todos los norteños, señora, y los odia con pasión. La privaron del hombre al que amaba con todo su corazón y su alma, y de su hijo mayor.

—Lo siento, sire —murmuró Astrid.

—No hay necesidad de pena, buena señora —el montañés habló bruscamente, y sus ojos eran ilegibles—. El nacimiento y la muerte son el ciclo de la vida. Para algunos el ciclo es más largo que para otros.

Astrid cerró la tapa de su baúl. En el pequeño joyero había encerrado su pasado. Ahora debía mirar hacia su futuro.

Caminó hasta el centro de la sala y recogió su pañuelo. No deseaba seguir llevando el pañuelo en la cabeza, pero sentía que debía hacerlo. Había renunciado al anillo, pero este pañuelo simbolizaba ahora su independencia. En ese momento necesitaba sentir que era su propia dueña. Se echó la tela sobre los hombros y se recogió rápidamente el pelo en un ovillo en la nuca.

—Aunque haya decretado que nos casemos y que se rompan mis esponsales —dijo Astrid, sin importarle que hablara con sarcasmo—, tendremos que celebrar la ceremonia formal.

—Tendremos que celebrar dos ceremonias, señora. Una aquí para ajustarnos a sus leyes y costumbres, otra cuando lleguemos a las Tierras Altas para ajustarnos a mis leyes y costumbres.

—Estaremos realmente unidos en matrimonio —dijo Astrid secamente—. Debería saber que la pena por ruptura es más pesada para la mujer que para el hombre. Aunque vivo cómodamente, no poseo grandes riquezas, ciertamente no las que lord Lang, el padre de mi pretendiente, exigiría como dote de ruptura. Alguien tendrá que pagar esa pena.

—Eso sospecho —dijo él.

Ella sintió sus ojos en su espalda.

—¿Me está pidiendo que la pague, señora?.

Ella se encogió de hombros.

—Preferiría que lo hiciera usted antes que el rey Bjorn.

—¿Por qué?

—Una vez me tuvo como esclava. No deseo volver a estar en deuda con él. Ya que usted me poseerá como un marido posee a una esposa, la deuda debería ser suya.

—Me pide este favor —dijo Lachlann—, pero me niega el placer de su cuerpo hasta que nos casemos.

—Es lo mejor, sire. No haría sombra ni a su nombre ni al mío. Me aseguraría de que el nacimiento de nuestro hijo esté bien asegurado en el matrimonio. No correré el riesgo de que aún pueda negarme su nombre.

—Señora —su voz se volvió suave; sus pestañas bajaron hasta que sus ojos fueron rendijas —. Es realmente audaz. Cuento los días hasta que sea mía.

Cogió su camisa y los tres broches. Se los entregó a Astrid y le dijo:

—Abrócheme esto.

Sólo unas horas antes ella se había negado en un principio a realizar esta servil tarea. Ahora las circunstancias habían cambiado. Ella le abrochó la camisa, pero no le quitó las arrugas. Dio un paso atrás.

—El pueblo exigirá que celebremos la ceremonia de esponsales —dijo.

—Yo insistiría. Yo la vincularía legalmente a mí. Y ésa, señora, será la única razón por la que no vuelva a aparearme con usted hasta que se separe de su prometido. Entiéndalo bien, señora, usted es mía.

Se dirigió hacia el pequeño taburete que ella había desocupado recientemente, se sentó y se puso sus cuaranas.

—Si no recuerdo mal, señora, su ceremonia de esponsales consiste en que yo le otorgue un anillo, un beso y un regalo.

—Sí —respondió ella—. Un regalo de gran importancia para usted —rio sarcásticamente.

Astrid sintió una punzada de irritación pero continuó:

—El pueblo de Einarland debe saber que es sincero en su deseo de tenerme como novia —Lachlann se ató las correas de cuero que ataban las botas a su pierna y luego se acercó al cofre para servirse una copa de cerveza.

—Además del regalo de novia, sire —dijo Astrid, con el corazón latiéndole desbocado—, esperaré un regalo matutino.

Lachlann casi se atraganta con la cerveza.

—¿Por qué debería darle un regalo matutino? Todo el mundo sabría entonces que me ha entregado su virginidad. Creía que quería mantenerlo en secreto.

—Sí, quiero que sea un secreto. Pero me gustaría que me hiciera un regalo mañanero en privado, para reconocer sólo entre nosotros que le he hecho el regalo de mi virginidad.

—¿Tiene en mente algún regalo en particular? —dejó la copa en el suelo.

—Puesto que soy yo quien rompe los esponsales, tendré que entregar todas mis posesiones a lord Lang. Y exigirá incluso más de lo que poseo.

Lachlann se ciñó los cinturones de armas a la cintura con movimientos rápidos y seguros.

—Sin saber cuál será el resultado de nuestro matrimonio, sire, quiero que me conceda como regalo de la mañana tierra suficiente para construir mi propia granja y un pequeño cofre de oro y plata.

—¿Cómo de grande debe ser el cofre? —preguntó él secamente.

Ella señaló uno en un rincón.

Él jadeó.

—Señora, ¿tiene idea de cuánto oro y plata se necesitaría para llenar eso?

—Ese es mi precio.

—¡Un guerrero no se valora tanto, señora! —espetó.

—Ni puede darle el hijo que busca —sintiéndose algo engreída, Astrid prosiguió: —La consumación formal hace el matrimonio, sire, y el regalo de la mañana es su sello. Aunque mi pueblo no me considera virgen, esperarán ver una prueba de nuestro matrimonio.

Recogió sus guantes y se los puso

—¿Acepta mis condiciones? —preguntó ella.

Astrid había visto el lado apasionado del bárbaro. Ahora la miraba fijamente con ojos azules como el hielo.

—Lo pensaré, señora.

Atravesó el skáli hacia la puerta.

—Además, sire, me gustaría que me prometiera que si no le doy un hijo, me concederá un divorcio honorable.

Se detuvo, se volvió y la miró fijamente.

—Señora, usted es nueva en este juego. Sepa de hecho que el rio sigue su curso. En la mayoría de los casos el curso es corto. En este momento usted está a mi favor. Mi deseo por usted corre ardiente. Por lo tanto, paso por alto muchos de sus defectos. Pero pise suavemente. Deje de presionar. No dejaré que me hagan quedar como un tonto delante de los demás.

Hablaba el caudillo de las Tierras Altas, no el hombre que hacía unos instantes había sido su amante, su tutor en las sutilezas del apareamiento. Era un hombre duro, indomable, tallado en las propias Tierras Altas, y aplastaría a cualquiera que le impidiera conseguir lo que quería.

—Sí, sire —respondió ella—, soy nueva en el juego, pero no soy tonta. No puedo permitirme esperar más.

Sus gruesas y oscuras cejas se juntaron en un ceño fruncido.

—Hasta que estemos casados, me conformo con dejar que establezca los límites de nuestra relación... dentro de lo razonable. Una vez casados, me pertenecerá. Yo pondré las reglas.

Su mano se enroscó alrededor del picaporte de la puerta de hierro forjado y levantó el pestillo.

—Sire —Astrid se despreció a sí misma por sonar tan tentativa—, no habrá olvidado a Engla, ¿verdad? —la puerta se abrió; un aire fresco y húmedo sopló en el sofá. El montañés le tendió la mano.

—Señora, acompáñeme. Quisiera tenerla presente cuando haga mis demandas ante el Consejo de Justicia.

Capítulo 11

La lluvia había cesado. La luz de la luna bañaba la aldea en suaves tonos azules, grises y plateados. Un viento fresco soplaba contra Lachlann cuando él y Astrid salieron al porche de piedra de su casa.

A lo lejos, los guerreros de Bjorn rodeaban la entrada de la Gran Casa. Lachlann no podía ver a ninguno de sus hombres, pero sabía que estaban cerca. En el momento siguiente, varios montañeses entraron a la luz de las antorchas.

Magnus, con el casco recogido bajo el brazo, se unió a Lachlann, y los dos hombres se apartaron para poder hablar en privado.

—¿Ha ido bien?

—Mi búsqueda ha terminado —respondió Lachlann—. He encontrado a mi novia.

—Supongo que no está casada —dijo Magnus—, ¿O se trata de un pequeño problema que tendrás que superar?

Lachlann sonrió ante el seco ingenio de su amigo.

—No, no está casada, sólo prometida. Nuestros únicos problemas son ver que se convierta en la hija nativa del rey y que su compromiso se rompa honorablemente.

Las gruesas cejas de Magnus se alzaron.

—Conociéndote, estoy seguro de que tienes estos pequeños detalles resueltos.

—Sí. La ley de Einarland es muy parecida a la nuestra. Lady Astrid se convertirá en hija nativa cuando sea adoptada.

Magnus rio entre dientes.

—Esta es una agradable solución a su problema entonces. Has sentido predilección por esa mujer desde que le pusiste los ojos encima —hizo una pausa y luego añadió en voz baja y seria: — Ten cuidado, amigo mío. No confío en ninguno de estos sureños y desearía ante Dios que hubieras tomado a tu novia de otro lugar.

—Recuerdo la traición de Gunilda —replicó Lachlann—. Tendré cuidado.

Astrid no dijo nada, pero Lachlann sabía que sentía curiosidad sobre la conversación. No quiso iluminarla. Cuanto menos supiera, mejor serviría a sus propósitos y más segura estaría.

—¿Qué hay sobre la mujer más joven? —Lachlann palmeó juguetonamente a su padrino en el hombro—. ¿No has encontrado a nadie que alivie el dolor de tus entrañas?

—Sí —Magnus bajó los párpados—. Sólo era curiosidad.

—Yo me ocuparé de ella —respondió Lachlann, su mirada se desvió hacia Astrid—. Se lo prometí a mi señora —Lachlann sabía que no había apaciguado las preocupaciones de su amigo. Más tarde, cuando estuvieran solos, hablarían con más libertad.

—Ghaltair y Thomas llegaron hace poco —dijo Magnus.

—¿Ghaltair?

—Sí.

—¡No debería estar aquí! —exclamó Lachlann—. Le dejé en casa para que cuidara de las yeguas de cría.

—Dijo que venía por un asunto urgente.

—Ningún mensaje es tan importante como para dejar su puesto y llevarlo él mismo.

—Sí, Lachlann, lo es. Ard-righ Fergus envía la noticia de que mientras nosotros estamos honrando el acuerdo de paz entre nosotros y los pictos, ellos no lo están haciendo. Han continuado sus incursiones contra nosotros, atreviéndose a asaltar ganado y caballos en lo más profundo de nuestro territorio.

Lachlann maldijo en voz baja. La carga de su reino pesaba sobre sus hombros. Necesitaba estar en casa. Necesitaba estar aquí. Había sentido -y seguía sintiendo- que no había tenido más remedio que venir él mismo a Einarland. Por el momento su matrimonio era su preocupación más importante. Quería esta alianza de paz con Wyborm, pero más aún, quería un hijo que fuera heredero de sangre y primer reclamante del Alto Asiento de todos los reinos del norte de las Tierras Altas.

Magnus dijo:

—Lady Sybil quiere que declaremos la guerra a los pictos.

—Sí, es lo que quiere.

—Ella me dijo que los Pictos no mantendrían su palabra —Sybil, la hermana adoptiva de Lachlann, también le había acusado de ansia de poder. Nunca olvidaría su furia celosa el día en que el Consejo de Jefes le había elegido heredero del rey. Lachlann se tocó el par que llevaba al cuello, el símbolo de su rango. Sabía -y en el fondo también lo sabía Sybil- que su deseo de unir esos reinos no era para su propia gloria. Unidos, los montañeses podían complacerse mucho más que por separado. El tiempo que pasaban luchando y matando podría emplearse mejor... cuidando las cosechas, cazando alimentos, comerciando por bienes. Paz y una vida mejor para su pueblo era lo que Lachlann mac Gordon quería.

Le dijo a Magnus:

—En cuanto haya hablado con el Consejo, hablaré con Thomas y Ghaltair. Hasta entonces, ocúpate de sus necesidades.

Magnus asintió.

—¿Quieres que Niall vuelva a la reunión contigo?

—No. El bardo de Bjorn ha sido sincero hasta ahora, y tengo a lady Astrid conmigo.

—Cuídate —amonestó Magnus, y luego volvió a ocultarse entre las sombras. Cuando Lachlann se quedó a solas con Astrid, extendió su brazo derecho. Ella posó ligeramente la palma

de su mano sobre la de él.

—Ahora, señora, nos pondremos en camino.

—¿Sus jinetes traen malas noticias? —preguntó ella.

Lachlann la miró. El brillo plateado de la luna suavizaba su belleza y resaltaba los rizos que escapaban del pañuelo de su cabeza.

—¿Por qué lo pregunta?

—Su brazo está tenso bajo mi mano —respondió ella—. Sus cejas están juntas de una manera que indica vuestro desagrado.

La observación de Astrid sorprendió a Lachlann. Aunque se alegraba de que hablara su idioma, no se fiaba de ella y sabía que no podía hablar libremente delante de ella. Ahora se daba cuenta de que también debía cuidar sus expresiones faciales y sus gestos corporales.

—Estoy preocupado por mi reino, señora —dijo Lachlann—. Siempre que un jefe está lejos, teme problemas. Tiene enemigos fuera... y dentro— Lachlann no quiso decir demasiado. Tal vez Astrid supiera más de la agitación en el reino de lo que él había pensado. Puesto que Gunilda había estado implicada en una conspiración y Astrid había sido amiga de Gunilda, ella también podría estar implicada. Poseía más alma y pasión que Gunilda; era más inteligente, más capaz de hacerle daño. Podía ser más astuta que varios enemigos juntos. Él debía ser cauto y observador. No revelaría nada.

—¿Quién es lady Sybil? —preguntó Astrid.

—Es mi hermana adoptiva.

—¿Es el parentesco adoptivo entre su pueblo como el nuestro? —preguntó Astrid.

—Los hermanos y hermanas adoptivos se consideran parientes en el sentido de que unen familias y clanes juntos, pero tienen libertad para casarse entre ellos.

—Sí, es como nuestro acogimiento —respondió.

Dieron unos pasos más antes de que Astrid dijera:

—¿Cuál es exactamente la relación entre usted y lady Sybil?

Sorprendido por su pregunta, por su astucia, Lachlann no contestó.

—Quizá piense que es atrevido por mi parte preguntar —dijo Astrid—, pero ya que voy a consentir en ser su esposa, quiero saberlo.

Lachlann sonrió.

—¿Celosa, mi señora?

—No, es simple curiosidad.

—En una época, lady Sybil y yo fuimos amantes. Pero eso fue hace mucho tiempo.

—¿Alguna vez deseó casarse con ella, lord?

—Es usted muy perspicaz —dijo Lachlann.

—Sí —respondió Astrid.

—En algún momento pensamos en casarnos.

—¿Llora lady Sybil su pérdida?

Lachlann se rio.

—No, ella no me considera una pérdida.

Astrid guardó silencio durante un largo rato, y luego dijo:

—¿Le hizo daño, sire?

—No, señora, no contemplo la idea de herir. Esa es una debilidad que ningún guerrero, y mucho menos un rey, puede permitirse. La mayoría de las veces lo que uno pierde, lo puede reemplazar con algo mejor.

El agarre de Lachlann se tensó sobre la puerta, pero no la abrió.

—Sólo tengo un deseo, unir a sureños, escoceses y pictos para que los montañeses sean uno, y tener un heredero de sangre, un hijo que sea el primer reclamante de los tres Altos Asientos. Todo lo demás es secundario.

—¿Tiene hambre de poder, sire?

—Se me ha acusado de ello.

Empujó la puerta y le hizo un gesto a Astrid para que entrara.

Ella negó con la cabeza y señaló la puerta cerrada de al lado.

—Debo entrar por ahí. Es la entrada de mujeres.

Las costumbres variaban entre las personas. Cuando Lachlann estaba siendo diplomático, se atenía a ellas. Esta noche estaba irritable. Wyborm le había tomado por tonto.

Thomas y Ghaltair traían malas noticias. Se sentía incómodo con la dirección que había tomado su conversación con Astrid.

No estaba seguro de esta mujer a la que tomaba por esposa. No podía permitirse interesarse demasiado por ella, de lo contrario se convertiría en su debilidad. Ya le había dado demasiada libertad, había sucumbido a sus exigencias con demasiada facilidad.

Impidió que Astrid abriera la puerta de las mujeres e hizo un gesto a la entrada de los hombres.

—Entre conmigo.

Ella le miró antes de inclinar la cabeza.

Lachlann la acompañó por el pasillo de la banqueta. Le complació que ella mantuviera los hombros hacia atrás y la cabeza alta. No se detuvieron hasta que estuvieron ante el rey y la reina.

—Rey Bjorn, he regresado a su casa para dar a conocer a usted y al consejo mis demandas —dijo Lachlann.

Los ojos pequeños y brillantes de la reina Adelaida se clavaron en Astrid, que levantó más la barbilla y le devolvió la mirada. Lachlann sonrió. Hasta el momento su futura esposa estaba aguantando. Pero estaba con los suyos. ¿Cómo le iría cuando se enfrentara a su taimada hermana adoptiva?

Al igual que Astrid, Sybil era una mujer grande. También era hermosa. Como le encantaban los juegos de azar, llevaba su pelo castaño oscuro en una larga y única trenza que le

caía por la espalda. A menudo vestía con pantalones. Podía blandir las armas con una destreza y una fuerza iguales a las de muchos guerreros.

Pero Sybil también era una mujer, suave en todos los lugares adecuados.

Qué bien lo sabía. Su primera amante, ella le había instruido en el fino arte de la seducción. Al igual que Lachlann, Sybil quería unas Tierras Altas unidas, pero pretendía conquistar las diferentes tribus por la fuerza por el puro placer de la lucha. Cuando ella le había propuesto matrimonio, y que gobernaran juntos el clan Gordon y algún día el reino de los Escoceses, Lachlann se había negado. Se había enamorado de ella y había deseado el matrimonio, pero sabía que era imposible que gobernaran conjuntamente.

Quería la unidad, pero la quería por razones diferentes. Se podría lograr mucho más para el pueblo si pudieran sintonizar sus energías de luchar en construir una civilización pacífica. Lachlann había elegido seguir a Cristo y mezclar lo bueno del cristianismo con lo bueno de las viejas costumbres. Sybil rechazó al nuevo Dios, se adhirió plenamente a las antiguas creencias.

Cuanto más crecía, más oscura se volvía su magia. Lachlann no temía a los Antiguos ni a su magia; temía la magia de Sybil, que utilizaba con fines malignos.

Su rechazo a Sybil la había enfurecido. Una mujer fuerte, que luchaba por lo que quería, clamaba venganza. Estaba decidida a recuperar lo que creía que Lachlann le había arrebatado... su derecho de nacimiento, su clan. Llena de amargura, aún buscaba humillarlo disputándole su derecho a liderar el clan Gordon. El número de sus seguidores crecía cada día.

—¿Cuáles son sus demandas, sire? —inquirió Bjorn. Lachlann volvió sus pensamientos al asunto que tenía entre manos.

Acompañó a Astrid al asentamiento más pequeño. Con la mano en la empuñadura de su espada y el manto ciñéndole los tobillos, se dirigió a las mesas donde se sentaban los miembros del consejo.

—Yo, Lachlann mac Gordon, jefe de clan Gordon del reino de los escoceses del norte, declaro esta noche que deseo que lady Astrid sea mi esposa.

Cuando la interpretación sonó en la stofa, los ojos se abrieron de par en par; los miembros del consejo miraron de uno a otro y murmuraron entre ellos. Sacudieron la cabeza en señal de sorpresa e indecisión.

Cuando el skald se calló, la reina dio una palmada en el brazo del Asiento Alto.

—¡Esto no puede ser! Engla es la hija bastarda de mi marido —su voz áspera rechinó por la sala mientras golpeaba a su marido en las costillas con el codo. Él saltó como si saliera de un trance. —Díselo, marido.

Parpadeando, Wyborm balbuceó:

—Ella… ella es. Ella es la hija nativa que usted exigió, sire.

—Y esperaba que yo la tomara —dijo Lachlann.

Hizo una larga pausa, dejando que la traducción resonara en el silencio.

—Su orador jurídico me convenció, lord Wyborm, de que según la ley de Einarland un niño adoptado es reconocido como un niño nativo.

Wyborm asintió con la cabeza.

—Entonces, solicito que adopte a lady Astrid.

La reina se quedó con la boca abierta.

—También a la esclava a la que llamáis Engla.

Lachlann vio cómo se le iba el color de la cara a Astrid. Su mano se apretó alrededor del extremo del asentamiento de modo que sus nudillos se blanquearon. Ella había querido que salvara a Engla de Bjorn y la reina, pero no esperaba que le exigiera que adoptaran a Engla para poder casarse también con ella.

La visible reacción de Astrid le preocupó, pero no podía permitirse ceder a sus sentimientos hacia la mujer. Como le había dicho antes, la ternura que nace de la dejadez siempre sigue su curso. Aunque disfrutaría de Astrid y la aceptaría como su primera esposa, no podía permitir que la pasión gobernara su cabeza. Tendría a su hijo. Si Astrid no producía un heredero varón, se divorciaría de ella y se casaría con Engla.

Mientras el rey escuchaba la traducción del skald de las palabras de Lachlann, sus fosas nasales se encendieron de ira. Su ceño se frunció; su rostro se tornó de un enfermizo tono amarillo.

—Sire —se pasó una mano por la barba—. ¿Sabe usted que esta mujer ha vivido veinticinco inviernos, cuatro de los cuales ha estado casada? Durante este tiempo no concibió ningún hijo…

—La dama me lo ha contado, y aun así estoy decidido a llevarme a ambas mujeres conmigo, haciendo de lady Astrid mi primera esposa. Si en un plazo estipulado ella no me da un hijo, me casaré con su segunda hija. Si lady Astrid sí me da un hijo, arreglaré un matrimonio adecuado para Engla.

Bjorn sacudió la cabeza.

—Sire, yo...

—Mi demanda original no ha cambiado —prosiguió Lachlann con suavidad—. Sólo el orden en que casaré a las dos mujeres.

La reina tiró de la manga de la camisa de su marido y se inclinó para susurrarle al oído. Tirándose nerviosamente de la barba, asintió.

Con las manos crispadas, dijo:

—Debo reflexionar sobre esta petición. Yo… el Consejo habíamos contado con que se casaría con Engla.

—Sí —Lachlann apoyó la mano en la empuñadura de su espada. Bajó la cabeza y fingió reflexionar. Luego posó su mirada en Wyborm—. Ha llegado a mi conocimiento que su hija bastarda puede estar embarazada de su propio hijo bastardo.

Jadeos de incredulidad recorrieron todo el skáli. Bjorn palideció. La reina Adelaida se encogió sobre el reclinatorio como en un gusano.

—¡Que Odín nos ayude! —exclamó Kirkja—. Bjorn, ¿qué sabe de esto?

Bjorn tragó saliva, su laringe se balanceó arriba y abajo. El sudor le perlaba la cara. Su mano temblaba.

—Por los dioses, Kirkja —respondió—, no sé nada de esta traición. Loki en toda su

maldad y picardía se encuentra entre nosotros. Debemos invocar la ayuda de Odín. Sólo él puede controlar al dios del mal.

La respuesta incoherente de Wyborm desató el pandemónium en la stofa. El balbuceo de muchas voces alzadas en protesta llenó la sala. Lachlann, recorriendo de arriba abajo por el pasillo central, levantó una mano para pedir silencio.

—Si dobla su dote matrimonial, sire, tomaré a Engla sin importar que esté preñada del hijo de otro hombre —Bjorn miró con suspicacia al montañés, al igual que todos los que estaban sentados en el skáli, Astrid incluida—. Llevármela me beneficia —prosiguió Lachlann—. De hecho, sé que es capaz de concebir un hijo. Mientras Engla viva en mi casa, la vigilaré para asegurarme de que no se acueste con ningún otro hombre.

Una vez más, Bjorn y Adelaida conferenciaron en susurros.

—Wyborm —Kirkja sonaba cansado—, acepte la oferta del montañés y agradezca que no le exija venganza por su engaño.

—Sí —se elevó un murmullo retumbante por la sala. La reina volvió a hablar en privado con su marido. Wyborm dijo:

—Si cumplo sus exigencias y debe divorciarse de lady Astrid porque no puede concebir, ¿qué compensación recibiría por acogerla de nuevo en mi hogar?

Lachlann miró a Astrid por encima del hombro. Su rostro estaba pálido, pero permanecía rígidamente erguida y le miraba sin inmutarse.

—No recibirá ninguna compensación —respondió Lachlann—. Con razón. Hoy ha practicado un gran engaño.

La inquietud se apoderó de la gente.

—Pero me siento magnánimo, mi sire rey —continuó Lachlann—. Debo considerar el destino de mi reino así como el suyo.

Lachlann reconoció el sacrificio que Astrid estaba haciendo. Merecía reconocimiento. Había prometido mantenerla bien si aceptaba ser su segunda esposa. Cuánto más haría ahora que ella iba a ser su primera.

—Bajo ninguna circunstancia lady Astrid regresará a su casa. La dotaré de un regalo mañanero que la convertirá en una mujer de provecho. No responderá ante nadie más que ante sí misma y será libre de vivir donde elija. Lo que me dé como dote matrimonial para lady Astrid también se considerará dote matrimonial para Engla —hizo una pausa— Teniendo en cuenta todo lo que ha ocurrido, mi sire rey, quiero el doble de la cantidad que usted y yo negociamos originalmente.

Lord Kirkja se levantó pero no se movió de la mesa.

—Hay un asunto que no hemos discutido, lord Lachlann. ¿Qué hay de los esponsales de lady Astrid con Stefan Vadrfjord?

—Ella ha accedido a romper el compromiso, lord —respondió Lachlann.

Astrid asintió tranquilizadora a Kirkja.

—Lord Lachlann —dijo—, ¿está satisfecho de que hayamos cumplido nuestro acuerdo? ¿Esto bastará para unir a nuestros pueblos en una alianza?

—Sí —respondió Lachlann.

Asintiendo, Kirkja volvió a sentarse en el banco.

El consejo habló, debatió, pero su conmoción e indignación por las exigencias del montañés y el embarazo de Engla no duraron mucho. Todos accedieron rápidamente a las peticiones de Lachlann. Lord Kirkja habló una vez más para confirmar la decisión de Astrid. De nuevo le aseguró que aprobaba estos acuerdos. A continuación, se envió un mensajero a lord Lang al otro lado del mar. Se esperaba una respuesta en cuatro semanas, al paso de la Luna del Tiempo de Plantación.

—Ahora —gritó el rey Wyborm—, es el momento del vápnatak final. Entonces nos regocijaremos y celebraremos.

—¡Rey Wyborm! —llamó Lachlann—. Deseo discutir otro asunto —los ojos aprensivos de todo el stofa se clavaron en el Highlander—. Solicito que traslade a lady Astrid a su casa.

Astrid le miró sorprendida. Lachlann podía imaginar lo que pasaba por la mente de los concejales.

El rey sonrió.

—¿Quiere que lady Astrid ocupe su cámara con usted, sire?

—No —respondió Lachlann—. Con su permiso ocuparé la casa de lady Astrid.

En la casa del rey, Lachlann no tenía intimidad para él y sus guerreros, ni un lugar para planear la estrategia, recibir o enviar mensajes. La casa de Astrid se lo proporcionaría. Hubiera preferido tenerla allí con él, pero ella hablaba con demasiada fluidez su lengua. No se atrevía a correr el riesgo de que ella también supiera leer y escribir el ogham, las letras de su pueblo.

Estaba obligado a permanecer en Einarland hasta que se casara para asegurarse de que ningún otro hombre tocara a su novia, para garantizar que cualquier hijo que ella concibiera fuera realmente suyo. Pero también tenía que hablar con sus guerreros, tenía que ser libre de recibir y enviar despachos sin que nadie se enterara. Esto incluía tanto mensajes escritos como orales.

—No lo entiendo —murmuró Bjorn.

—Lady Astrid es una matrona, sire —dijo Lachlann—. No tiene forma de demostrar su virtud desde que su condición de doncella se rompió.

Lachlann notó el rubor en las mejillas de Astrid y agradeció no poder leer sus pensamientos. Podía imaginarse lo mordaces que debían de ser, y con justa razón.

—Quiero estar seguro de que cualquier hijo que dé a luz sea mío. Me gustaría que permaneciera en un lugar seguro hasta el momento en que pueda reclamarla como esposa.

—Comprendo sus preocupaciones, sire —respondió el rey—. Y vuestras necesidades. Lady Astrid regresará a mi casa bajo la atenta mirada de mi señora esposa. La casa y los sirvientes de lady Astrid están a su disposición.

Asintiendo, Lachlann se sentó junto a su futura esposa.

Le tendió la mano, pero ella se la apartó deliberadamente. De todos modos, él la cogió con fuerza.

—Gracias, mi sire, por humillar públicamente a la legisladora de Einarland delante de su

pueblo —dijo ella sarcásticamente, intentando una vez más apartar su mano de la de él. Él la estrechó con más fuerza.

—¿Cómo es eso, señora?

—Ha anunciado a toda la comunidad que no confía en mí, que necesito un perro guardián para conservar mi honor.

—Seguro que puede apreciar la situación en la que me encuentro, señora. La primera mujer con la que su rey me habría hecho casar estaba embarazada de otro hombre. No volveré a arriesgarme a algo así.

—¿No confía en mí, sire?

—No confío en Einarland.

—Yo tampoco confío en usted. No dudo de que utilizará mi casa para yacer con mujeres hasta que nos casemos.

—Así somos los hombres, señora —Lachlann rio suavemente—. ¿Está celosa mi futura esposa? ¿No desea que tenga otras mujeres?

—¿Celos, sire? No, no estoy celosa. Estarlo indicaría que siento algo tierno por usted. No lo siento. No me importa lo que haga si sus acciones sólo le afectan a usted. Cuando afectan a mi honor, me importa profundamente. También me molesta que me haya arrebatado mi hogar y mi libertad.

Lachlann oyó las palabras. También oyó su coraje.

—La quiero aquí en la casa del sire, señora, para que pueda vigilar a Engla. Como usted dijo, ella es tierna e inocente. Necesita una mano firme pero cariñosa para moldearla y convertirla en una esposa adecuada.

—Para usted.

—Habla gaélico lo suficientemente bien como para saber lo que he dicho. Ahora, en cuanto termine esta tonta discusión. Me gustaría celebrar esta noche. Llene mi copa con cerveza.

—Preferiría llenarle las tripas de podredumbre.

Lachlann rio.

—Ah, señora, agradezca que tenga un velo para usted. De lo contrario, no encontraría divertida vuestra audacia.

—Agradezca, lord, que me propongo salvar a Engla y a su bebé, de lo contrario no me tendría por novia. Tal vez, sire, antes de que termine este matrimonio, lamentará el día en que nos conocimos.

Lachlann alargó la mano para cogerle la barbilla y acercó su rostro al de él. Ella intentó apartarse, pero él la sujetó con fuerza.

—No quiero su afecto, sire.

—Ya le he dicho que no tengo afecto que dar, sólo caricias.

—No las quiero.

Sus labios rozaron los de ella.

—¿Debo demostrarle a usted, y a toda la gente de este edificio, lo poco deseadas que le parecen mis caricias?

—¡No lo hará!

—¿No?— Sus labios rozaron los de ella suavemente.

Capítulo 12

-¡Una posible rebelión! —la exclamación de incredulidad de Lachlann quedó suspendida en el aire. Estaba sentado en el Asiento Alto de la casa de Astrid, con las piernas cruzadas, y miraba fijamente las llamas del gran fuego. Aunque el jolgorio continuaría durante toda la noche en la Gran Casa, él se había retirado temprano. Su mundo parecía desmoronarse a su alrededor—. Seguramente Angus no está liderando una rebelión.

—Sí, lo está, lord —respondió Thomas, alborotándose el pelo canoso con una mano distraída.

Pasando junto a los padrinos que holgazaneaban en los bancos que habían arrastrado cerca del Alto Asiento, Cora puso una pierna de cordero asada en la mesa frente a los dos jinetes que se les habían unido recientemente. Thomas y Ghaltair asintieron con la cabeza.

Cortando una loncha de carne con su puñal, Thomas continuó:

—Partimos al día siguiente de que él y lady Sybil se casaran.

—No puedo creer que Angus y Sybil se hayan casado —tartamudeó Lachlann—. Es muy poco tiempo después de la muerte de su esposa.

—Sí, y la muerte de Lily fue extraña. Era muy joven —dijo Ghaltair. Su lacio pelo negro, que le colgaba hasta los hombros, enmarcaba su largo rostro demacrado. Su expresión era melancólica.

—Sí —coincidió otro de los padrinos—. Nadie habría esperado que se durmiera una noche y nunca despertara.

—Pero no puedo decir que me sorprenda que Angus se casara con Sybil —Brian, un fornido guerrero de casi la misma edad que Lachlann, y padrino de una de las casas más grandes del clan Gordon, se echó hacia atrás sobre el arcón en el que estaba sentado—. Cualquier hombre lo haría si se le diera la oportunidad. Es una de las muchachas más bellas.

—No, la más bella —interpuso Ghaltair.

—Bueno, tal vez la segunda mujer más bella de todo el reino —concedió Brian—, siendo mi señora esposa la primera.

Tras un momento de silencio, Thomas reanudó su relato.

—Nos fuimos el día después de que Angus te acusara de traer la maldad de los pictos sobre nosotros. Me estremecí al escuchar sus desvaríos.

Ghaltair se rio. Metió la mano en su camisa y sacó un pequeño medallón de oro suspendido de una cadena que llevaba al cuello.

—Deberías llevar un talismán de la buena suerte como yo.

Brian se inclinó hacia él y lo observó más de cerca.

—Es como el que llevaba tu padre —dijo.

—Es el que llevaba él —dijo Ghaltair—. Me lo dio justo antes de morir y nunca me lo he quitado. Tenía una gran magia. Si hace que Thomas se sienta mejor, te lo prestaré.

—No —Thomas arrojó las dos manos, como si lo rechazara—. Yo no, Ghaltair. Ningún hombre puede tomar prestada la suerte de otro. Debe buscar la suya.

Los hombres rieron y Thomas se dispuso a comer y a hablar.

—Angus afirma que es culpa tuya, Lachlann, que los pictos estén asaltando nuestras aldeas y robando nuestro ganado —Thomas agitó su cuchillo—. Incluso robaron tus yeguas de cría.

—¡Sangre de Cristo! —Lachlann maldijo, enderezándose en su silla—. ¿Mis yeguas de cría seleccionadas?

—No —respondió Ghaltair—, no las tuyas especiales.

Thomas tragó un bocado de comida.

—Angus y Sybil te culpan de los problemas. Y muchos de los jefes están dispuestos a creerles porque te has apartado de las viejas costumbres y has abrazado al nuevo Dios, porque no nos permite ser guerreros y ganar la gloria en la batalla.

—Sí, Angus se burló de Cristo y dijo que el camino de la paz era el camino de la cobardía —añadió Ghaltair—. Angus y varios jefes quieren hacer incursiones en territorio picto, pero ard-righ Fergus no lo permite. Espera tu regreso. Cuando Fergus se desmayó el otro día —dijo Angus.

—¡Mi padre se desmayó! —Lachlann se levantó de la silla y rodeó a sus guerreros—. ¿Por qué no se me informó de esto?

—No es para tanto, Lachlann —dijo Thomas en voz baja, clavando sus ojos de reproche en Ghaltair—. El ard-righ nos hizo prometer que no te molestaríamos con la noticia. Estaba agotado. Llevaba varios días y noches reunido con los jefes, escuchándoles discutir. Y es viejo, Lachlann.

—Sí —asintió Lachlann, y volvió a sentarse.

—En parte —continuó Thomas—, Angus tiene razón. Fergus es demasiado viejo para cargar con todos estos problemas.

—Lo matará si no tiene cuidado —Ghaltair atravesó un trozo de carne con su cuchillo—. Sí, era exactamente lo que Angus decía, Lachlann. Fergus está viejo y enfermo para dirigir al pueblo. Siguiendo la ley de los Antiguos, dijo que Fergus enfermaría la tierra con su enfermedad y traería una maldición sobre el pueblo. Angus convocó elecciones.

Lachlann suspiró, frotándose la nuca.

—¿Qué dice lady Sybil?

—Que ella ama a su padre, pero está de acuerdo con Angus. Ella cree que Fergus debería dimitir, por su propio bien y por el bien del pueblo, y dejar que gobierne otra persona.

—Sybil diría eso —murmuró Lachlann—. Quiere el Alto Asiento para ella, no importa

cómo deba conseguirlo.

Ghaltair levantó su copa y Cora la rellenó con cerveza.

—Lachlann, no tienes tiempo que perder aquí en busca de una novia.

—La búsqueda ha terminado, pero aún no puedo marcharme —dijo Lachlann. Hizo girar una y otra vez el anillo de oro en su dedo meñique— El mensajero pidió el paso de una luna para hacer el viaje de ida y vuelta a Northland, para arreglar la ruptura de los esponsales de lady Astrid.

—No —Brian se levantó y se dirigió al Asiento Alto—. Vayamos a casa ahora y resolvamos esto. Entonces podrás volver a por la moza.

—No me iré sin una novia.

—¡Cristo y el crucificado! —Magnus, de pie al otro lado de la habitación, golpeó la pared con el puño—. ¿Te has vuelto loco?

Lachlann fulminó con la mirada a su amigo.

Magnus se acercó al arcón donde reposaban sus armas.

—Nos sentaremos aquí y esperaremos cuatro semanas y muy posiblemente lord Lang no considere oportuno celebrar los esponsales de su hijo, ¿y entonces qué?

Lachlann contempló la empuñadura con incrustaciones de cobre y joyas de la espada, la espada de las Highlands que Magnus había ganado la primera vez que capturó al zorro plateado en la persecución anual de verano. La mirada de Lachlann se dirigió al casco que había cerca. Magnus se había sentido tan orgulloso de su trofeo que había mandado confeccionar el yelmo para que hiciera juego con la espada en materiales y diseño. Tanto la espada como el casco eran fácilmente identificables como propiedad de Magnus mac Niall.

Lachlann no respondió.

—Cuando por fin decidas volver a casa —dijo Magnus—, ¿nos quedará algún reino? Ya oíste lo que Thomas y Ghaltair informaron. Tanto Angus como Sybil están pidiendo que Fergus renuncie a su Alto Cargo. Están presionando a los clanes para que vayan a la guerra contra los pictos. Los dos juntos podrían fácilmente hacer que los clanes se rebelaran contra Ard-righ Fergus... y contra ti.

Thomas se apartó de la mesa y se pasó el brazo remangado por la boca.

—Incluso ahora, Lachlann, se rumorea que has prometido a las tribus pictas parte de nuestro territorio si te juran lealtad, como ya has hecho con los sureños.

—No he dado a nadie nada de nuestro territorio ni he hecho tal promesa —replicó Lachlann.

—Sí, lo sabemos —dijo Ghaltair—, pero los rumores siguen circulando. Y mucha gente los cree. Tienen tendencia a creerlos —Lachlann notó la expresión melancólica de Ghaltair, sus ojos ensombrecidos, y supo que estaba volviendo a recordar la trágica caída de su padre. Le estaba costando aceptar la muerte de su padre.

Egan, jefe de una de las casas del clan Gordon, había sido mucho mayor que Lachlann, pero a pesar de ello habían sido buenos amigos. Lachlann había confiado en él, pero el anciano había sido incapaz de romper con las viejas costumbres. Finalmente se había unido a guerreros

de otros clanes en un intento de derrocar y reemplazar a Fergus. Egan había sido capturado y juzgado por el Consejo de Jefes, declarado culpable de traición por la ley escocesa y decapitado públicamente.

Ghaltair, un joven guerrero, se había negado a creer en la culpabilidad de su padre, siempre había hablado en defensa de su padre intentando convencer al consejo de que su padre había luchado por el rey y no contra él. Incluso cuando Egan había confesado sus crímenes, Ghaltair había cerrado su corazón y su mente a la verdad.

Comprendiendo el conflicto interior de Ghaltair, Lachlann, como jefe del clan, había tomado al joven guerrero bajo su protección.

—Ghaltair, debes dejar atrás el pasado —le dijo Lachlann.

—¿Cómo podría? —exigió—. Soy hijo de mi padre. Él murió en la vergüenza, y yo, su hijo, cargo con esa misma deshonra.

—Primero eres tu propio hombre, un guerrero honorable.

—Lo sé y tú también —dijo Ghaltair. Hizo un gesto con la mano para incluir a todos los mejores hombres sentados en la sala—. Ellos también lo saben. Pero muchos de los nuestros recuerdan que me sentí tan angustiado cuando no se me permitió convertirme en el sucesor tras la muerte de mi padre que entré en el monasterio y estudié para ser sacerdote. Me aparté del código del guerrero y durante un tiempo llevé la vestimenta del sacerdote.

—Pero cuando terminaste con tu duelo, volviste al mundo que más te convenía —dijo Lachlann—. Querías ser un guerrero, y lo eres.

—Pero a diferencia de ti, nuestro pueblo desconfía de mí porque yo también sé hacer y leer las marcas del ogham.

Lachlann no dijo nada, pero sabía que Ghaltair decía la verdad. Aunque el cristianismo gozaba cada vez de mayor aceptación entre las tribus de Escocia, la mayoría del pueblo, impregnado de la tradición de los antiguos dioses, aún rehuía la lengua escrita. Leer y escribir el alfabeto escocés, el ogham, estaba reservado sólo para los eruditos, unos pocos elegidos, entre ellos.

—Lo que para ti está bien se considera inaceptable para los demás... especialmente para mí —continuó Ghaltair.

—Así lo percibes tú —dijo Lachlann—. Piensa menos en lo que consideras tus fracasos, Ghaltair, y concéntrate en tus éxitos. Tienes un don especial con los caballos. Por eso te he puesto a cargo de las manadas, sobre todo de las yeguas de cría y los sementales.

Muchas veces, desde la muerte de Egan, las frustraciones de Ghaltair habían aflorado, y él y Lachlann habían tenido esta misma discusión.

—Un guerrero —Ghaltair se levantó y golpeó con la mano el tablero de la mesa—. Debido a la deshonra de mi padre, ahora soy un guerrero, no el mejor hombre, no el heredero de la jefatura del clan. Esa distinción pertenece a Brian.

—Sí —dijo Lachlann—, eso es cierto.

—Fue una elección justa —dijo Brian en voz baja, aunque su semblante era duro.

—Sí, no discuto que fueras tú el elegido por los miembros del clan, Brian. Discrepo de que

nadie más que yo debiera haber sido seleccionado.

Los ojos de Ghaltair, ardientes de ira, se clavaron en los de Lachlann.

—¿Por qué no me dejaste ser padrino cuando murió Egan?

—Estaba en mi derecho.

—No era culpable de ningún crimen.

—Los sucesores son elegidos por los miembros de la familia, no nombrados por el jefe del clan.

—Pero los jefes de clan pueden influir en una elección; pueden hacer saber al pueblo a quién consideran el mejor guerrero.

Ghaltair dobló los puños y los apretó contra el tablero de la mesa.

—Deberían haberme elegido. Lo habrían hecho si hubieras hablado en mi nombre. Si les hubieras convencido de que yo no tenía nada que ver con el complot contra el Alto Rey Fergus.

—Hablé en tu nombre —le recordó Lachlann—. Pero me negué a hablar en contra de otros guerreros merecedores que estaban siendo considerados por los miembros.

—Brian, querrás decir.

—Sí, tuve que hablar por Brian. Es un guerrero digno —Lachlann se levantó y se colocó detrás de Ghaltair—. Aún eres joven y debes demostrar tu valía. Con el tiempo, te convertirás en el mejor hombre.

Lachlann le agarró el hombro tranquilizadoramente:

—No seas impaciente, Ghaltair. Has recorrido un largo camino hacia la restauración de la integridad que tu padre perdió. Tu casa te mira con respeto.

—Pero siempre existe la posibilidad de que nunca sea elegido mejor hombre, de que otro campeón se alce para ocupar mi lugar y acabe siendo elegido jefe del clan.

—Eso podría suceder aunque fueras el mejor hombre.

—Si fuera el mejor hombre de mi casa, tendría más posibilidades de convertirme en jefe del clan Gordon. Te juro, Lachlann, que un día seré jefe del clan. Un día seré Ard-righ.

Lachlann guardó silencio un momento antes de responder.

—Tendrás la oportunidad, si no dejas que tu amargura te destruya.

Brian, con una copa de cerveza en la mano, empezó a pasear frente al fuego.

—Ya es hora de que vuelvas a casa, Lachlann. Todos estamos irritables y nos peleamos entre nosotros.

—Está claro, por lo que informan Ghaltair y Thomas, que los jefes de clan no cuestionan su lealtad hacia ti. Cuestionan la suya hacia el nuevo Dios y las nuevas costumbres. Debes regresar y poner las cosas en orden.

Lachlann no habló durante un largo rato. Los únicos ruidos en la habitación eran los escupitajos y chisporroteos del fuego y el movimiento ocasional de los montañeses cuando se movían en sus sillas o se desplazaban por la habitación. Finalmente Lachlann estiró las piernas, cruzándolas por los tobillos.

—Thomas, ¿has oído algo del emisario de Bjorn?

—¿Berowalt? —preguntó Thomas.

Lachlann asintió.

—Me sorprendió saber que no había informado a Wyborm de la muerte de Gunilda. Me convenía que no lo hubiera hecho, pero…

Thomas sacudió la cabeza

—¿Has oído algo sobre él, Ghaltair?

También sacudió la cabeza.

—Envía un jinete de vuelta al reino para investigar el paradero —ordenó Lachlann—. Su ausencia me causa gran preocupación.

Thomas asintió.

—Además, Thomas, le daré al jinete un marcador ogham.

—¿Vas a enviar un mensaje escrito?

—Sí, al Jefe Fibh de los Pictos del Norte.

—Es algo peligroso, ¿no es así? —preguntó Thomas.

—Sí —convino Magnus—. Ya sabes que nuestra gente tiende a sospechar de las palabras escritas en marcadores. Serían doblemente suspicaces si supieran que estás escribiendo a un picto, hombre al que muchos consideran nuestro enemigo.

—Debo averiguar más sobre estos asaltos al ganado —insistió Lachlann—. Y enviaré a mi explorador de mayor confianza. Thomas ha perfeccionado mi sistema de relevo de caballos.

Thomas sonrió.

—Con tu ayuda, Lachlann. Yo elegí a los hombres; tú, a los caballos. Sólo después de largas y agotadoras horas en la silla de montar, nuestros hombres encontraron las rutas más rápidas y seguras.

Lachlann se acercó a la mesa para rellenar su copa.

—Sí, sólo trabajando juntos podemos tener éxito en algo... especialmente en el gobierno de un reino —con la mirada fija en el fuego, dio varios tragos. Finalmente dijo: —Alguien debe estar agitando a los pictos. Seguramente habrían respetado nuestro acuerdo de otro modo.

—¿Alguien? —exclamó Ghaltair—. ¿Uno de nosotros, Lachlann?

—Podría ser.

Magnus se movió para situarse ante Lachlann. Sacudiendo la cabeza con incredulidad, dijo:

—¿Tienes más fe en los pictos que en nuestra propia gente?

—Algunos de los nuestros creen que tienen mucho que perder si honran nuestra alianza con los pictos —dijo Lachlann. Escogió un trozo de madera de la papelera, sacó su daga y empezó a tallar un pequeño marcador plano en el que grabaría el ogham, las letras escocesas.

Brian terminó su cerveza y dejó la copa sobre la mesa de caballete con un ruido sordo.

—Tal vez Sybil y Angus estén provocando problemas, Lachlann.

—Tal vez.

—Entonces —dijo Magnus—, seguro que tenemos motivos para volver a casa inmediatamente.

Lachlann regresó al Alto Asiento.

—Ya he dicho todo lo que pensaba decir sobre ese tema.

Magnus frunció el ceño.

—A veces, Lachlann, me pregunto si estás dejando deliberadamente que esa mujer se lleve tu reino pedazo a pedazo.

En tono bajo y amenazador dijo:

—¿Qué estás diciendo, Magnus?

Magnus le miró sin inmutarse.

—Es una bruja, Lachlann, llena de magia maligna.

Thomas se rio.

—Pero una bruja hermosa.

Ghaltair sonrió.

—Sí, Thomas, una bruja hermosa y seductora.

—Una vez que ella hunde sus dedos en alguien —Magnus se interrumpió, sacudiendo la cabeza.

—No temas, padrino, lady Sybil aún no me tiene en sus garras. Ni tampoco tiene mi reino. Me ocuparé de ella cuando regrese —Ghaltair rio—. ¿Cómo te ocupaste de lady Gunilda?

Thomas lanzó una mirada mordaz al hombre más joven.

—Sabes tan bien como yo que Lachlann no mató a la moza Einarland. Se suicidó. Yo estaba allí cuando murió.

—Cuando murió —recalcó Ghaltair—, pero no cuando comió las bayas. Por eso corren rumores de que Lachlann la mató. No tenemos a nadie más que a nuestros propios miembros del clan para testificar a su favor.

—La palabra de un miembro del clan es todo lo que necesitamos —dijo Magnus.

Con el ceño fruncido por la reflexión, Thomas se frotó la barbilla.

—Ghaltair tiene razón. No basta con detener los rumores. Nuestros enemigos probablemente utilizarán la muerte de Gunilda contra Lachlann y el rey.

—Debería haberme tomado más en serio sus amenazas de suicidio —admitió Lachlann—. Pero no tenía ni idea de que lo haría.

—Tuviste bastante cuidado —dijo Thomas—, pero tú no practicas la magia maligna como sí lo hace Sybil. Quizá Gunilda no se envenenó. Quizá Sybil la hechizó. Sybil ha agitado las aguas turbias antes, y lo hará de nuevo.

—Sí —murmuró Ghaltair.

Thomas asintió.

—Sybil sabía que los rumores sobre la muerte de Gunilda ayudarían a socavar su autoridad. Asesinar a un niño nonato es una ofensa horrible. Los poderes de Sybil son grandes, Lachlann. Ella es de temer.

—Sí —estuvo de acuerdo Magnus—. Ten cuidado con ella, Lachlann. No dejará que nadie se interponga en su camino para conseguir lo que quiere, ni tú, ni su padre. Y ella quiere el Alto Asiento de los Escoceses del Norte.

La verdad de las palabras de Magnus arrojó un silencio incómodo sobre los guerreros de las Tierras Altas.



El tiempo de plantación de la luna transcurrió lentamente. Durante las dos primeras semanas en que Astrid y Lachlann esperaron noticias de lord Lang sobre la ruptura de los esponsales de ella con Stefan. Lachlann había permanecido en el pueblo de Esberborns, viviendo en la casa de Astrid. Ella regresó a vivir a la Gran Casa. Debido a la naturaleza apasionada de Lachlann y al deseo que profesaba por ella, ella esperaba que él le hiciera demandas sexuales, pero no fue así. En realidad parecía preferir estar con los guerreros. Durante el día montaba justas, halconaba y cazaba.

Ella se dedicaba a llenar su cofre nupcial de enseres domésticos. Las noches las pasaban juntos en la Gran Casa en juerga, pero nunca estaban solos y ella siempre se retiraba antes que él.

Al final de la segunda semana, el rey Bjorn anunció que llevaría a lord Lachlann de gira por Einarland. Astrid aprovechó las dos semanas de separación para ordenar sus sentimientos, pero ahora no estaba más cerca de comprenderlos que antes.

Al amanecer, un corredor llegó a la aldea con la noticia de que el rey y su séquito habían terminado su gira, habían pasado la noche en el bosque cercano y hoy salían de caza. Llegarían a casa por la tarde con comida suficiente para un banquete. La reina y otras damas estaban ocupadas preparándose para los guerreros que regresaban, pero no Astrid. Como el día era cálido y soleado, decidió hacer un picnic en la pradera.

Ella y Cora se sentaron sobre una manta extendida bajo un árbol. Cora estaba cosiendo el vestido de novia de Astrid, y ésta contemplaba el agua corriente de un arroyo de montaña cercano. Esta cañada siempre había sido su refugio. Aquí venía cuando quería estar sola para pensar.

Esperaba noticias de lord Lang con sentimientos encontrados. Una parte de ella, la mujer temerosa del cambio, la esclava liberada que temía una nueva esclavitud, se habría sentido aliviada si lord Lang hubiera rechazado su petición. Otra parte de ella, su yo protector y maternal, sabía que había hecho la única elección posible.

—En verdad, mi señora —dijo Cora, irrumpiendo en sus pensamientos—, usted será en verdad la novia más hermosa que Einarland haya visto jamás. Su vestido es precioso —Cora le tendió el reluciente material verde.

Astrid miró hacia abajo.

—El color mostrará sus ojos en todo su esplendor —continuó Cora.

—Eso dijo el bárbaro.

—Y tiene razón.

¡Así lo había dicho también! pensó Astrid, recordando vívidamente la acalorada discusión entre ella y lord Lachlann con respecto a la elección de la tela para su vestido de novia. Al final, ella había accedido a su deseo. La posibilidad de que siempre estaría consintiendo sus deseos la preocupaba.

—Este tono de verde le sentará mejor que el rojo tradicional —añadió Cora.

—Debemos celebrar otra ceremonia cuando lleguemos a las Tierras Altas —dijo Astrid.

—Sí, eso me dijo.

Astrid rio suavemente.

—Se ha olvidado mucho de nuestro ritual nupcial de las Tierras Altas. Después de que nos bañen con las primicias, nuestras ropas no volverán a ser ponibles.

Cora también rio.

—Son la ale, la hidromiel y la cerveza los que las arruinan.

Astrid se dejó caer y arrancó una brizna de hierba.

—Antes de que lord Lachlann se fuera con el rey, vi a mujeres que entraban y salían de mi casa.

Dijo deliberadamente 'mujeres' cuando, en realidad, sólo había visto salir a una ganadera, la puta del pueblo.

Cora se rio entre dientes.

—Me parece, ama, que está usted celosa. Le costaría convencerme de que odia al montañés.

—¡No estoy celosa! —Astrid habló más bruscamente de lo que pretendía, pero la apreciación de Cora la disgustó. Desde que había aceptado casarse con el Highlander, desde que se habían apareado, todo su mundo había cambiado. Y los cambios la asustaban.

En voz baja dijo:

—No me gusta que me saquen de mi propia casa y me metan de nuevo en la del rey, siempre bajo la mirada de esa odiosa mujer.

—No se inquiete. Pronto usted y el montañés estarán casados.

—Eso merece una celebración —dijo Astrid con sarcasmo—. Pasaré de ser el perro guardián a ser el halcón. Tengo la sensación de que el Highlander será mucho más peligroso que la reina Adelaida

—Pero también más entretenido —dijo Cora.

—¿Estabas en la casa cuando la entretuvo? —los pensamientos de Astrid habían vuelto a la puta.

—No. El Highlander sabe que soy su sirviente, ama, que mi primera lealtad es hacia usted. No hace ni dice nada delante de mí que yo pueda denunciar. Arregló una cámara para mí en la cabaña de almacenamiento detrás de su stofa.

Una vez más Cora se dispuso a coser. Astrid se obligó a relajarse.

Admitió que sus sentimientos la confundían. Antes de que el montañés hubiera regresado a Einarland, ella había tenido el control de su vida, de su futuro. Einher la había ayudado a confiar en sí misma educándola, queriéndola y manteniéndola. Cuando se había dado cuenta de que se moría, había buscado hasta encontrarle un gentil guerrero como segundo marido, un hombre que la quisiera y protegiera como él lo había hecho.

Pero lord Lachlann había traído los vientos del cambio, y habían desordenado la bien organizada vida de Astrid. No le cabía duda de que las tres Fays del Destino, las Norns, habían tejido un hilo de vida de oro reluciente para Lachlann. Era un héroe, un príncipe. Sólo tenía que pronunciar una palabra y los demás se apresuraban a obedecer. Incluso ella lo hizo.

Su reacción ante el bárbaro la asustó. Antes de que él entrara en su vida, se había creído autosuficiente, sin depender de nadie. Con su llegada y apareamiento con ella, había descubierto que él despertaba sus pasiones hasta el punto de que no podía controlarlas ni resistirse a ellas. Se estaba enredando tanto con el hilo de su vida que empezó a preguntarse si ya no tenía un hilo propio. La idea de que pudiera estar perdiendo su identidad propia a manos de este hombre la perturbaba enormemente.

—Pronto deberíamos tener noticias de lord Lang —dijo Cora.

—Eso espero. La espera me pone nerviosa —murmuró Astrid. Respiró hondo, alejándose de la cesta de comida y bebida que había empacado por la mañana temprano. Se estiró y se apoyó en un codo. La luz del sol tocaba el arroyo, haciéndolo brillar como joyas azules. Pensó en los ojos azules de Lachlann.

Cora ajustó el aro de madera y siguió bordando. Entraba y salía del material la aguja de hueso, el hilo de oro reluciente.

—¡Astrid! —llamó de repente la voz de Engla.

Su figura apareció por el prado de la montaña, con un pequeño perro negro mordiéndole los talones. Desde que había conseguido su libertad y Astrid había vuelto a la casa del rey para vivir, Engla había cambiado. Reía con más frecuencia. Su rostro brillaba de color y entusiasmo. Con el paso de la Luna del Tiempo de Plantación, había echado de menos su flujo por segunda vez. Sabía con certeza que estaba encinta, aunque aún no había empezado a dar a luz.

—Los guerreros han regresado y el bárbaro te está buscando —anunció.

—Que siga buscando —dijo Astrid—. No tengo ningún deseo de que me encuentre.

—¿Por qué corres libre a esta hora del día? —preguntó Cora—. ¿No deberías estar ayudando a Bertha?

Engla asintió.

—La reina Adelaida nos envió a todas fuera de la casa. Tiene invitados.

A Astrid no le importaba lo que estuviera haciendo la reina, pero ahora entendía por qué Adelaida había accedido a su propuesta de hacer un picnic en el prado. Cora, como habitual,

expresó una curiosidad ávida y abierta.

—¿Quiénes eran los invitados?

—Madelhari el Comerciante y varios forasteros —respondió Engla— Guerreros y artesanos.

—Quizá la reina esté preparando los baúles nupciales de Astrid —dijo Cora.

—Lo dudo sinceramente —replicó Astrid—. Sólo piensa en sí misma. Si acaso, está llenando sus propios baúles y pondrá lo menos posible en los nuestros.

—A mí no me importa —dijo Engla—, mientras tenga este hermoso día para disfrutar.

Cora devolvió sus agujas, tijeras y pinzas a su estuche de agujas y dobló la túnica.

—Debo darme prisa, ama. Su señoría podría necesitarme.

—¿Te importaría ser la sirvienta del bárbaro? —preguntó Engla.

—No —respondió Cora—. He disfrutado conversando en mi propia lengua. Aunque nací en este pueblo, dejó de ser mi hogar cuando se convirtió en Einarland. Disfruto oyendo a los guerreros de las Tierras Altas hablar de sus familias. Me trae viejos recuerdos. Y el caudillo es exigente pero no prepotente.

Astrid no estuvo de acuerdo con esta última afirmación pero no hizo ningún comentario.

—¿Quieres que te ayude? —preguntó Engla.

—No —Cora se puso en marcha en dirección a la aldea—. Me las arreglo mejor sola. Si no vuelvo a veros a ninguna de las dos esta noche, os veré por la mañana. Que descanséis bien.

Apenas se hubo ido Cora, el perro ladró. Su tono alertó a Astrid y a Engla de que alguien se acercaba.

—¿Quién puede ser? ¿El Highlander? —preguntó Engla, y luego respondió: —No puede ser. Está bien escondido aquí.

Astrid no subestimó a lord Lachlann. Se echó mano al pañuelo de la cabeza y buscó en el horizonte. De entre la arboleda apareció un guerrero. Una impresión nebulosa contra la gloriosa luz del sol a su espalda, caminó hacia ellas. Cegada por el resplandor, Astrid no pudo distinguir sus rasgos, pero supo por su estatura, por la forma en que se portaba, que se trataba del Highlander.

Cuando el camino giró, ya no estaba silueteado de dorado por el sol, y Astrid pudo distinguir sus rasgos. Su corazón dio un vuelco y luego latió con rapidez. La sangre corrió por su cuerpo. La respiración se le entrecortó en los pulmones.

¡Era tan guapo! No como muchos consideraban guapo, con largos mechones encrespados y una barba pulcramente recortada y peinada, sino con una rudeza propia del reino de las Tierras Altas del que procedía. Su piel, besada por el sol, acariciada por el viento, era de un bronce dorado. Su espesa cabellera negra no hacía nada por suavizar la dureza angulosa de su rostro, de barbilla cuadrada y audaz.

Sus labios engañaban. Conseguían ser duros y sensuales al mismo tiempo. Sus anchos hombros y su amplio pecho parecían tallados en la roca de las Tierras Altas. Sus piernas gruesas y musculosas recordaban a los troncos de los árboles del bosque.

El bárbaro era elemental, terrenal.

Una suave brisa le alborotó el pelo, haciendo ondear algunos mechones sobre su frente. Su manto ondeaba lejos de su cuerpo, y su camisa y pantalones presionaban los músculos flexionados de su pecho y piernas mientras subía la pendiente hacia el prado.

Como si los elementos comprendieran que este hombre era uno con ellos, como si reconocieran su importancia, el sol brilló en el par de oro que llevaba al cuello. Brillaba en el broche de oro de su hombro y en la banda de oro de su muñeca. Se detuvo, apoyó un pie en un pequeño peñasco y levantó una mano para protegerse los ojos del resplandor de la tarde. La otra mano la mantuvo detrás de él.

—Aquí está, lady Astrid —las palabras recorrieron fácilmente la corta distancia, pero con un matiz ominoso—. Esperaba que estuvierais en el pueblo, al igual que las demás mujeres, esperando mi regreso.

—No sé qué dice el bárbaro —susurró Engla—, pero no parece contento —se puso en pie de un salto y se quitó las ramitas de la falda— Será mejor que me vaya.

Metiéndose dos dedos en la boca, silbó, y Nott corrió hacia ella. Ambos se alejaron corriendo para dejar a Astrid a solas con el montañés.

Capítulo 13

Lord Lachlann caminó lentamente hacia Astrid. Como una hebra del hilo de oro de Cora, el tiempo giraba entre ellos. Todo el tiempo él la estudiaba con sus intensos ojos azul mar. Ella se levantó para salir a su encuentro.

—Las mujeres de la aldea dan la bienvenida a casa a sus fatigados guerreros con una brillante sonrisa y los brazos abiertos, señora —su voz era suave y llena de censura. Fugazmente, Astrid deseó que, como Engla, pudiera emprender el vuelo.

—A partir de este momento, sire, no tengo ningún guerrero al que dar la bienvenida a casa.

—A partir de este momento, señora, está viendo a su guerrero.

Permanecieron de pie un momento, inmóviles, analizando.

El color de sus ojos se oscureció, su expresión se suavizó al captar cada rasgo de su rostro.

—La he echado de menos, señora. Estas dos semanas lejos de usted me han parecido dos años.

Las piernas de Astrid se sentían tan incapaces de sostenerla como el aceite de una lámpara de esteatita. Las palabras de Lachlann habían borrado su irritación, su ira... incluso sus celos. Una pequeña sonrisa rozó sus labios, sus ojos.

—Echaba de menos su sonrisa —hizo una pausa—. Y su estimulante conversación —Astrid no tenía ninguna duda de que Lachlann mac Gordon, un experto manipulador de la gente y sus emociones, sabía exactamente lo que hacía. Aun así, él la hacía sentir deseada... apreciada. Que pudiera hacerlo tan fácilmente era una prueba de su poder de seducción.

Estaba tan cerca que ella vio la textura bronceada de su piel, sintió el calor que emanaba de su cuerpo. Como obligada por una fuerza externa, miró los labios de Lachlann, expresivos y finamente perfilados. Recordó la sensación de ellos sobre los suyos.

—¿Qué hay de usted... ¿Astrid?

Era la primera vez que la llamaba por su nombre. Era una invitación para que ella pronunciara su nombre en voz alta. Ella quería hacerlo; lo habría hecho. Pero cuando él le tendió la mano, ella recordó haber visto a la puta del pueblo saliendo de su casa. No dejaría que este hombre la cautivara como había hecho con otras. No se convertiría en su víctima.

Era más fuerte que Gunilda. Lo era.

—¿No me ha echado de menos?

Ella ignoró su mano.

—No tuve ocasión de echarle de menos —su voz no traicionó su agitación interior—. He

estado ocupada desde que regresé a la casa del rey. La reina me ha encomendado muchas tareas.

Sus negras cejas se fruncieron. El disgusto coloreó su semblante.

—¿Demasiadas?

—No. Puedo cuidar de mí misma.

—Soy su guerrero, señora. Cuido de usted.

Ella le miró fijamente a los ojos sin inmutarse.

—Aún no, sire —su ceño se frunció; sus ojos azules brillaron.

Astrid sabía que estaba provocando al montañés, y un cierto regocijo la recorrió. Una parte de ella se atrevía a presionarle más; otra le instaba a la cautela.

—Tengo un regalo para usted —sacó la mano de detrás de la espalda y le tendió un ramo de flores.

Atónita, Astrid se quedó mirándolas, abrumada por aquel gesto inesperado, por aquel hombre complejo que no dejaba de sorprenderla. En un momento estaba frunciendo el ceño y censurándola por no haberle recibido tras su viaje; al siguiente estaba sonriendo y haciéndole un regalo.

—¿No le gustan? —Buscó en su rostro.

—Sí, son preciosas.

Al cogerlas, vio una insignia de flores escarlata y lavanda prendida en su manto. Las mismas flores que él había escogido para ella. Un color denotaba valentía, el otro habilidad; el número de flores correspondía al número de piezas de caza abatidas.

—Hoy lo ha hecho bien en la caza —comentó ella.

—He provisto bien nuestra mesa.

—También ha hecho las cacerías más atrevidas, si no, no llevaría la insignia —levantando el ramo y bajando la cara, olió las fragantes flores— Estoy orgullosa de usted.

—Es para lo que me han entrenado, señora. Debo un buen guerrero que protege a su pueblo, un buen hombre que mantiene a su familia —habló sin rastro de arrogancia—. Parte de la carne la guardaré para mi mesa mientras permanezca aquí. Otra parte irá a los menos afortunados y a las viudas. El resto se lo doy a usted. También le doy las pieles. Servirán bien para ropa y mantas.

—Le agradezco su generosidad, sire —ella bajó las flores—. ¿Cómo supo dónde encontrarme?

—Soy un cazador.

Ella era la presa.

—Aún no me ha llamado por mi nombre, señora —no lo había olvidado.

Queriendo, pero sin querer, Astrid volvió a enterrar la cara en las flores, fingiendo un renovado interés por el ramo.

—Me gustaría que lo hiciera —insistió.

Innumerables eran las veces que había pronunciado su nombre en sus pensamientos y lo había murmurado en voz alta sólo para sus oídos. Incluso más veces se había preguntado por su relación con Gunilda, con lady Sybil y con la puta del pueblo. Guerreros -Highlanders, había supuesto- habían ido y venido de su stofa ahora que Lachlann residía allí. Ella nunca los cuestionó. A la mujer sí.

—Míreme a la cara, señora.

Le cogió la muñeca y bajó las flores. Una sonrisa se dibujó en su rostro hasta estallar en una suave carcajada. Le rozó la punta de la nariz.

Desconcertada, ella le miró.

—Lleva el polvo de flores amarillas,

Ella levantó la mano y se la apretó contra la cara.

—Oh —sus ojos centellearon.

—Me gustaría oírle decir mi nombre, señora.

Desconcertada, Astrid le miró fijamente. Aquel hombre no dejaba de sorprenderla. Ella le había acusado de ser duro e inflexible. Un duro guerrero. Un bárbaro. Todo eso era, y más. Pero también podía ser considerado, casi gentil. Astrid debía mantener siempre la guardia alta; él era un seductor.

—Estoy esperando, ama —suave fue la orden. Suave fue la respuesta.

—Lord Lachlann.

—¿Prescindimos de 'lord'?

Astrid se inclinó hacia él, inhalando su aroma: ese olor a hierbas que identificaba con él, ese olor almizclado a cuero y metal. Atrajo hacia ella el calor que irradiaba su cuerpo.

—Lachlann.

—Encantadora Astrid —le acercó el dedo a la boca y dibujó la punta a lo largo del carnoso labio inferior.

Un ligero aleteo de sus fosas nasales y una separación de sus propios labios le dijeron a Astrid que la deseaba. Con la mirada aún fija en su rostro, le quitó el pañuelo de la cabeza y le arrancó las peinetas y las horquillas del pelo. Se desparramó sobre sus hombros y bajó por su espalda.

—Su pelo es precioso —murmuró—, pero disfruto especialmente viendo lo que le hace la luz, señora —cogió un mechón y lo pasó por su mano endurecida por la guerra: —Lo hace girar hasta convertirlo en el más puro hilo de plata.

—Gracias —todo el cuerpo de Astrid pareció derretirse y estancarse a los pies del bárbaro.

Su mirada bajó hasta detenerse en sus pechos. Se estremecieron de vida.

—Me alegro de haberla encontrado —murmuró.

Su amabilidad fue su perdición. Un hambre de respuesta saltó en la boca de su estómago.

—Debo irme, sire. El sol está bajo en el cielo occidental.

Miró hacia la colcha extendida.

—No partamos tan pronto. Me gustaría visitarla tranquilamente. Hemos estado cazando desde antes de la salida del sol, y estoy cansado.

—Sí —se dejó caer de rodillas en el borde de la colcha, colocó sus flores para que no sufrieran daño y abrió la cesta —¿Tiene hambre, sire? ¿O quizás le apetece un vaso de cerveza?

—En verdad, señora, tengo hambre —sus ojos recorrieron su rostro con avidez.

Se sentó a su lado, moviendo la cesta de la comida y las flores al otro lado de su cuerpo, para que no hubiera nada entre ellos. La miró. Ella le miró a él. Ambos sabían el significado del gesto.

—Me gustaría un buen baño esta noche, señora, y alguien que me frotara los músculos doloridos —el cuerpo de Astrid se convirtió en un hervidero de emociones al imaginarse bañando al Highlander y masajeándole los hombros, la espalda y... más abajo—. ¿Ha bañado alguna vez a su marido? —le preguntó.

Ella asintió.

Lachlann soltó el broche dorado del manto y aflojó la capa escocesa de sus hombros. Se desabrochó los cinturones que le ataban las armas y las dejó cerca.

—Cuando estemos casados, señora, esperaré que me bañe y frote mi cuerpo con agua de fresa y aceites perfumados —Astrid mantuvo la cabeza baja mientras pasaba los dedos por la cesta de la comida.

—¿No tendremos sirvientes para ese fin?

—Tendremos sirvientes, señora, pero su deber será ocuparse de mis necesidades, mis deseos y mi comodidad.

Estirándose sobre la manta, se apoyó en un codo, tumbándose en una posición muy parecida a la de aquella noche después de que se aparearan. Tan vívidamente despertó recuerdos en ella que Astrid visualizó su mano mientras se deslizaba por sus caderas y bajaba por su muslo. Sus emociones se excitaron por completo, deseaba bañar al montañés, quería sentir los duros músculos de su cuerpo bajo sus manos.

—Ha pasado tiempo desde que nos apareamos —dijo él. Abrió la cesta y sacó un pequeño bote, luego arrancó un trozo de pan de la hogaza. Mojó una cuchara en el bote y untó generosamente el pan con skyr, una sabrosa cuajada de queso—. ¿Le ha llegado la luna?

La emoción de la visita del bárbaro se desvaneció.

Los deseos de Astrid se convirtieron en una sorda frustración.

—¿Por eso me buscabais, sire?

Masticando, asintió, luego tragó saliva.

—Me gustaría saber si llevas a mi bebé —con las vísperas fijas en el rostro de ella, se llevó el pan a la boca, dispuesto a dar otro bocado.

Ella negó con la cabeza. Suspirando, él bajó la comida.

—Eso esperaba —dobló las piernas y las acercó a su pecho.

Encerrando las manos alrededor de ellos, apoyó la barbilla en las rodillas y miró a lo lejos.

—Tal vez no conciba.

—Tal vez —respondió él distraídamente—, pero yo diría que no nos hemos dado una oportunidad justa, señora. Cuando nos casemos, nos aparearemos en abundancia. Si no concibe entonces, tendrá motivos para preocuparse.

Regó el pan y el queso con cerveza. Después de devolver la jarra a la cesta, le cogió la mano, se la dio la vuelta y le frotó lentamente la callosa punta del pulgar por el centro de la palma, provocándole escalofríos de placer por todo el cuerpo.

—Tiembla —le dijo suavemente.

Su pulgar le rozó la palma y se movió hasta la sensible piel del interior de su muñeca.

Ella le miró a los ojos azul oscuro, luchando por liberarse del hechizo que él ejercía sobre ella. Si no lo hacía, estaría pidiendo su propia seducción.

No olvidaría su voto de permanecer separada de él hasta que se casaran, y tampoco dejaría que él lo olvidara.

—Tengo frío —murmuró ella. El frío, unido a sus caricias, la hizo estremecerse—. En las montañas, cuando el sol empieza a ponerse, el viento sopla más fresco.

—¿Dónde está su chal?

—No he traído ninguno. Pensé que estaría en casa antes de que llegara el frío —Lachlann le echó su manto sobre los hombros, aportándole el calor que necesitaba, abrumándola con su olor que perduraba en la tela. Lo sintió a su alrededor.

Sin aliento dijo:

—Debo regresar a la casa del rey.

Agarrando ambos bordes del manto con las manos, acunándola en la prenda, la mantuvo prisionera y la atrajo hacia sí. Ella apretó las palmas de las manos contra su pecho,

—Por favor, sire.

Él transfirió los bordes del manto a un puño y levantó la otra mano para ahuecarle la barbilla. Ella sacudió la cabeza, pero no pudo liberarse. A pesar de ser una mujer grande, no tenía la fuerza necesaria para mover los dedos fuertes y callosos de él. Le molestaba que le recordaran el tamaño y la fuerza de Lachlann, aunque eso la hiciera sentirse ella misma menos gigante.

—Recuerde su promesa, sire —murmuró. Incluso mientras pronunciaba las palabras, sintió que su resolución se convertía en papilla.

—Sí —él se inclinó más cerca; su aliento sopló en su mejilla—. Prometí que la llevaría a la dicha muchas veces en esta vida.

Una sensación caliente y derretida agitó sus partes secretas.

—N… No.

No pudo decir nada más. Todo lo que percibía eran músculos duros y tendones mientras sus manos se deslizaban por el pecho de él y rodeaban su cintura. El pelo negro rozó suave, seductoramente, su mejilla cuando ella levantó la cabeza.

—Sí.

Su boca reclamó la suya, unos labios cálidos jugueteando con los suyos hasta hacerla marear de deseo. Reavivó las llamas que sólo él había encendido en su interior. El fuego llegó

hasta lo más profundo de su ser y quemó sus resentimientos, sus resoluciones.

Levantó ligeramente los labios.

—La he envuelto en mi tartán, señora, y la estoy calentando con mi cuerpo, y sin embargo tiembla. ¿Quizá también tiene hambre de mí?

—Del viento —murmuró Astrid.

—Ah, sí —deletreó él—. Del viento.

—Por favor, sire, déjeme.

—No puedo, señora. No he pensado en otra cosa que en usted desde que nos apareamos —inesperadamente, a la mente de Astrid acudieron destellos mentales de la hermosa prostituta abandonando su casa. Hacía falta poca imaginación para visualizar a la menuda belleza en brazos de Lachlann, en su cama con él. Bruscamente, Astrid se movió en su abrazo, sus manos se clavaron en los musculosos antebrazos de él. Los brazos de él se apretaron en torno a ella, pero ella no dejó de retorcerse.

—Si no pensaba en nadie más que en mí —dijo mordazmente—, ¿por qué necesitaba a la puta del pueblo? ¿Por qué consideró oportuno hacerla desfilar abiertamente delante de mí y de todo el pueblo?

—Señora, no hice tal cosa —Lachlann sonrió—. Me parece que está celosa.

—No, sire —ella respiró pesadamente por el esfuerzo—. Enfadada, sí. Celosa, nunca.

Un mechón de pelo le cayó sobre la cara. Intentó apartárselo de los ojos.

—Le recuerdo, señora, que mis guerreros, ninguno de los cuales es célibe, comparten su casa conmigo.

Las palabras emocionaron a Astrid, pero no dejó de lado su ira.

—Aun así, no me utilizaréis hasta que sea legalmente vuestra.

Volvió a soplar, pero el rizo se negó a ceder.

—Si necesita una mujer, haga como sus hombres. Acuda a ella.

Sujetándola firmemente con un brazo, Lachlann le apartó el zarcillo de la cara y se lo metió detrás de la oreja.

—Si tuviera necesidad de una mujer, señora, buscaría una puta —sus ojos brillaron—. Pero tengo necesidad de usted... sólo de usted.

Su corazón latía con fuerza. El hombre la desconcertó cuando menos lo esperaba.

—Es indecente —espetó ella—. Aún estoy prometida a lord Stefan —Lachlann suspiró profundamente, impaciente. Ella sintió el subir y bajar de su pecho.

—Señora, ¿no sabe ya que será mía de un modo u otro? —la luz del sol de la tarde se inclinaba sobre él, acentuando las duras líneas alrededor de sus ojos y su boca—. Os tomaré en cualquier momento, en cualquier lugar que desee. Y la tomaré aquí, señora. Ahora.

Tan rápido como despertó la pasión de Astrid, despertó su ira. Se negaba a que la trataran como a una esclava nunca más. Su agarre se aflojó. Ella se soltó, su mano recorrió el filo de su puñal.

—Deje de hacer el tonto —le ordenó bruscamente.

¡Hacer el tonto! ¡Nunca se podría acusar a Astrid de ser tonta! Su mano se cerró sobre la empuñadura y liberó el puñal de su funda. Se apartó y presionó la hoja contra su estómago, con cuidado de no perforarlo.

—Seré suya de una manera y sólo de una manera, sire —siseó las palabras—. Honrará su palabra y no volverá a aparearse conmigo hasta que sea legalmente suya.

—Señora —dijo Lachlann en voz baja—, no lo entiendo. Usted fue quien sugirió que la convirtiera en mi primera esposa, que diera a luz al hijo que busco, y sin embargo lucha contra mí en cada oportunidad. Crea la situación y luego se enfada sin provocación.

—¿Me acusa de enfadarme sin motivo?

—Enfadada, por causas imaginarias —unos dedos fuertes se aferraron a su muñeca, tirando de su mano hacia abajo y alejándola. En dos rápidos movimientos, el puñal estaba envainado. Él la miró fijamente. Ella se retorció bajo su escrutinio.

—No le he hecho ningún daño —dijo finalmente para romper el silencio.

—No pretendía hacerle daño, sire, sólo hacerle saber lo seria que soy.

—Señora, le aseguro que me tomo esta situación tan en serio como usted, quizá incluso más —aunque pronunciadas con suavidad, sus palabras eran sardónicas.

—Entonces no me haga daño, sire.

—No, señora, esa no es ni mucho menos mi intención.

—Es cierto que os pido mucho, pero os daré mucho a cambio —Astrid se apartó de él, pero su brazo se extendió y la atrapó. Sus dedos le mordieron el brazo—. Os proveeré bien, señora, y os apreciaré. Como mi esposa, tendrá una posición de honor en el clan y en el reino.

—Estoy reconciliada con mi futuro con usted, pero hablo de este momento, sire —la mano de Lachlann se deslizó por su cuerpo. Ella recuperó el aliento—. Este momento en el que mis esponsales aún no se han roto.

Su mano se posó en la unión de los muslos de ella.

—¿No sabe cuándo dejar de parlotear, señora? —el color de sus ojos se tornó azul intenso; su voz se suavizó. Sus dedos presionaron suavemente su parte secreta, creando en ella un intenso anhelo—. ¿Ha deseado mi fuerza entre sus piernas? —sí, lo había hecho. Incluso a través de su ropa, Astrid sintió el calor de su carne. El deseo corrió ardiente por ella para instalarse bajo las yemas de sus dedos. Cerró los ojos y rogó a los dioses que le dieran fuerzas para resistirse. Pero su cuerpo no quería la interferencia divina. Estaba hambrienta de sus caricias. Esforzó toda su voluntad para no arquearse ante el calor y el movimiento de su mano, pero su cuerpo ganó la batalla.

Dejó de pensar y absorbió totalmente el placer que él le proporcionaba.

—Esto sienta bien, ¿verdad? —se burló él.

Sí, confesó ella en silencio.

Su mano seguía proporcionándole un gran placer mientras su boca tocaba su frente, sus párpados.

—Vamos a iniciar nuestro segundo viaje hacia la dicha, señora.

Sí, así era. Ella se quedó mirando sus labios. ¿Cómo podían ser tan suaves y fuertes al mismo tiempo? ¿Cómo podía el agua de hierbas mezclada con su sudor oler tan maravillosamente masculino?

Sintió el calor y la fuerza de sus dedos alrededor de la cintura. Inclinó la cabeza hacia atrás para mirarle. Sus rasgos apasionados la llenaron de asombro. Su susurro -Astrid- apartó el último vestigio de su resistencia. Ella se disolvió voluntariamente contra él. Sus labios capturaron los de ella en un beso que empezó dulce, cálido y tentativo, pero que pronto se volvió caliente, exigente y urgente.

Astrid sintió como si estallara en llamas al responder a su hambre con la suya propia. Le cogió la cabeza con una mano y le sujetó la cintura con la otra.

Con ambas la atrajo más cerca de él; ella se retorció contra él, aferrándose a él y bebiendo el placer de su boca y de su cuerpo fuerte y musculoso. Le pasó los dedos por el pelo, le encantaba sentirlo contra su carne.

Se deleitó con sus brazos a su alrededor. Era mucho más fuerte, más viril de lo que ella había recordado.

—Me gusta mirarte, Astrid.

Ella sintió sus palabras tanto como las oyó. Él utilizó su maravillosa voz para acariciarla, haciéndola sentir viva y hermosa y excitada. Ella se humedeció los labios secos.

—Por favor —su súplica había cambiado. Lachlann comprendió y asintió.

Mirándose profundamente a los ojos, se movieron juntos. Los labios de Lachlann tocaron los suyos; la boca de Astrid se abrió en señal de bienvenida. Ella recibió su fuego. Limpiaba, encendía el deseo, borraba el pensamiento.

Su mano, a la vez suave y urgente, se movió sobre el cuerpo de ella. Ella respondió como un cuerno de lur[8] a un maestro. Le dejó hacer lo que quería, pues lo suyo era su placer más profundo.

En algún lugar de la bruma de calor y deseo, le oyó hablar.

—Tóqueme, señora.

A regañadientes, ella levantó los párpados cargados de pasión.

—Estáis vestido para la caza, sire —él se apartó—. Y la caza ha terminado.

—Sí. La caza ha terminado.

Él la desnudó primero y se quedó mirándola, simplemente mirando, adorándola con la mirada, fijándose en cada detalle. Luego se levantó y se desnudó él mismo. Se miraron en el brumoso resplandor del atardecer. Las llamas de sus ojos la hipnotizaron; ella podría rendirse fácilmente, de buena gana, a su ardiente belleza, aunque al hacerlo quedaría hecha cenizas.

Él la atrajo hacia sí, sus cuerpos desnudos se rozaron para reavivar el fuego que bullía entre ellos. Reclamó sus labios, su lengua deslizándose en su boca. Antes, ella había querido hundirse en él; ahora quería que él se hundiera en ella.

Como él le pedía, ella le tocó. Movió las manos por su torso, explorando su pecho cubierto

de vello, las suaves crestas de músculos y carne caliente. Él recibió sus caricias, gimiendo y murmurando su placer. Ella apartó su boca de la de él para esparcir suaves besos por la fuerte columna de su garganta. Lamió burlonamente cada pezón que descansaba en un nido de vello negro del pecho. La necesidad la impulsaba a dar y recibir placer.

Luego se tumbó boca arriba. Él se cernía sobre ella. Ella lo deseaba; pero él no se posó sobre ella. Siguió haciéndole el amor con la boca, con las manos. Ella se regocijaba en ello, pero un anhelo ardía en la parte inferior de su cuerpo, un anhelo que los besos y las caricias no calmaban. Ya sin orgullo, clamaba por más, más de él.

Intentó tirar de sus nalgas contra ella, pero él se resistió. Sus labios rozaron la punta de sus pechos; su mano se posó en la unión de sus piernas. Dulce tentación. Sus muslos se abrieron de buena gana a la menor presión. Sus dedos comenzaron a burlarse y acariciarla, mientras su lengua y sus labios jugaban sobre sus pechos. Ella gritó de placer.

Aún quería más de él.

Su mano se deslizó hacia la cálida y rígida masculinidad que presionaba contra ella. Sus dedos se cerraron en torno a ella y comenzó su propio juego tentador. Se burló y acarició, estableciendo un ritmo que coincidiera con el de él. Sus caderas se movieron; él gimió suavemente contra su pecho, atrapó su pezón y succionó con avidez.

—Ahora, Lachlann —le instó ella.

Su respiración era agitada, su piel húmeda, caliente y ruborizada. Sus ojos ardían de necesidad al clavarlos en los de ella.

—Lachlann —suplicó ella.

Él tomó su boca una vez más, un suave roce, y luego cubrió su cuerpo con el suyo. Ella le dio la bienvenida con un grito agudo, temblorosa y estremecida por la fuerza de su respuesta mientras él se envainaba profundamente en su interior.

Un placer al rojo vivo se disparó desde el centro donde se unían para abrasar todo su cuerpo. Ella jadeó; rastrilló sus manos arriba y abajo por su espalda; le mordisqueó el hombro con los dientes. Su eje liso y turgente la atravesó con golpes profundos y exigentes. Sus caderas se apresuraron a salir a su encuentro. Ella lo tendría todo de él.

Juntos alcanzaron el máximo placer. Sus cuerpos, profundamente entrelazados, gritaron su culminación. Luego se desplomaron sobre el jergón, mientras poco a poco se ralentizaban sus latidos y su respiración. Rodando hacia un lado de la colcha, Lachlann la atrajo hacia sus brazos, apoyando la cabeza de ella en su pecho. Acarició el largo cabello de su hombro, pasando las negras hebras por sus dedos. Ella contempló el cielo violeta del atardecer.

—Lord Lachlann —su cálido aliento le hizo cosquillas en el pecho— Lachlann —le encantaba el sonido de su nombre en sus labios.

—Me gusta oírte decir mi nombre —una dulce alegría la recorrió cuando sus labios se movieron contra su pecho, aún hinchado y sensible por el apareamiento.

—Me gusta decirlo... Lachlann.

Ella siguió pasándole los dedos por el pelo.

—Cuando le vi por primera vez —dijo—, me pregunté cómo sería aparearse con usted.

—Y yo con usted. Estaba preciosa a la luz de las antorchas.

Astrid enrolló un mechón de pelo alrededor de un dedo.

—Mucho antes de eso —levantó la cabeza y la miró a la cara—. Cuando vino a buscar a su primera novia.

—No dijo nada.

—No se fijó en mí, sire. Yo ya estaba casada y era una de las muchas matronas reunidas para la ceremonia. Usted sólo tenía ojos para Gunilda —sonriendo, soltó el mechón de pelo para trazar sus espesas cejas negras—. Me fijé en usted y me pregunté…

—Ahora lo sabe —él la besó suavemente—. Dos veces lo sabe, señora. ¿Ha cambiado su opinión sobre el acoplamiento desde la primera vez?

—Me gusta hacerlo.

—Me alegro, porque nos acoplaremos con frecuencia.

—Usted dijo... —Astrid vaciló.

Esperó.

—Dijo que tenía deseos por mí.

—Sí —su mano callosa le acarició los zarcillos de la cara.

Astrid quería creer que la deseaba por algo más que el sexo, que deseaba algo más que su cuerpo para que le diera un hijo. Dudaba de que la amara, de que Lachlann mac Gordon pudiera amar alguna vez a una mujer, pero quería que sintiera una ternura duradera hacia ella. Eso haría que el matrimonio con él y el engendrar a sus hijos fueran más aceptables.

—No presione por lo que no puedo darle —dijo Lachlann suavemente—. Tomemos la felicidad que podamos encontrar. La deseo más que a ninguna otra mujer que haya conocido.

Si algo había aprendido Astrid a lo largo de su vida, era a tomar la felicidad donde pudiera. Ella no extraería ninguna promesa de un hombre que no le daría ninguna. Ella había hecho un acuerdo matrimonial con él. Él lo cumpliría. Ella también lo haría.

Con voz ronca le dijo:

—La deseo de nuevo.

Sintiendo que un cálido deseo por su dureza comenzaba en lo más profundo de su ser, no quiso hablar más. Se volvió para recibir sus besos y caricias, para devolvérselos con igual adoración. Esta vez, cuando llegaron al final, todo su cuerpo se sintió como si estuviera en llamas. Se hizo una con el fuego que era Lachlann mac Gordon.

Más tarde, dio un suspiro y murmuró:

—Ah, Magnus, si lo supiera.

Sobresaltada, Astrid se puso rígida.

—¿Qué ha dicho, sire?

Lachlann enredó la mano en su pelo y atrajo su rostro hacia el suyo.

—Estoy muy satisfecho con usted, Astrid. Mi padrino me advirtió de usted. Predijo que

sería como un granito de hielo.

En la bruma violeta del crepúsculo, Astrid contempló el rostro del guerrero. La irritación y una punzada de humillación surgieron en su interior, pero las apartó. Había llegado a este acuerdo con Lachlann sabiendo las consecuencias. Viviría con ellas.

—Sabía que usted es fuego, señora. Que es una valquiria que me hundiría en las profundidades de su Valhalla.

—Nunca había sido fuego, sire —admitió ella en voz baja—. Sólo lo soy cuando usted excita mi cuerpo.

Las yemas de los dedos de Lachlann masajearon su cuero cabelludo para enviar un calor relajante a través de ella.

—Así es como debe ser, señora —sonrió—. Usted y yo vamos a crear un hijo magnífico.

—Magníficos hijos —murmuró ella.

Él no contestó. Atrajo la cabeza de ella hacia su hombro y cubrió sus cuerpos con su tartán. Abrazados, se tumbaron en silencio.

—Háble me de sus padres, sire —dijo Astrid.

Él respiró profundamente.

—Mi madre, Muireall, es una princesa escocesa. Cuando hubo visto pasar diecisiete inviernos, se casó con un cacique picto, Camshron, mi padre. Un invierno después dio a luz a mi hermano, y un invierno después me tuvo a mí. Sólo tenía unos días cuando los Northland invasores del mar invadieron nuestra tierra. Mi padre murió defendiendo nuestra aldea. Cuando el enemigo la invadió, mi madre y su criada, cada una con un bebé, intentaron escapar. La criada y mi hermano fueron asesinados. Conmigo en brazos, mi madre y otra de sus fieles sirvientas escaparon a caballo de las Tierras del Norte que encontraron en el bosque. Bajo la guía de Muireall, se refugiaron con Fergus, jefe del clan Gordon de los escoceses del norte.

—¿Nunca conoció a su padre ni a su hermano? —dijo Astrid.

—No.

Lachlann apartó la tartana y se levantó para vestirse.

Pero lo cierto era que a veces tenía la extraña sensación de que sí conocía a su hermano, de que su hermano no estaba muerto sino vivo y con él. De hecho, a veces había sentido que podía estirar la mano para tocarlo y hablar con él.

Esta extraña convicción había perseguido a Lachlann desde que tenía uso de razón. A veces la sentía con más fuerza que otras. Cuando se convirtió en guerrero. Cuando desafió a Fergus y fue contra la costumbre de las Tierras Altas aprendiendo a leer y escribir el ogham. Cuando mató a su primer jabalí. Siempre Lachlann había sentido que alguien compartía sus victorias, su gloria... y sus derrotas y penas.

Sólo una vez, cuando era pequeño, había hablado de estos sentimientos inusuales con su madre. Cogiéndole de la mano, Muireall le había guiado por el bosque hasta el caudaloso arroyo de la montaña. Mientras él hablaba, ella le había escuchado y comprendido. Le había explicado que los dioses le hablaban.

Como era un niño especial, dijo, le habían elegido para ser rey de todo el norte de Escocia.

Su destino era unir a las tribus de las tierras altas del norte en un solo reino, guiarlas por un nuevo camino, el de la paz. Sus palabras se hicieron realidad cuando recibió su visión al convertirse en guerrero, cuando recibió el par de herederos del reino del norte de Escocia.

Guiado a través del ritual por Feich, la Mujer Sabia, Lachlann había ayunado durante días y se había apartado de los demás jóvenes guerreros. En la décima noche recibió por fin su sueño. Empezó como un guerrero, luego se convirtió en dos, aunque como el segundo iba vestido con un atuendo extraño. Mientras fue el guerrero doble, nadie pudo derrotarle. Estaba de pie, codo con codo consigo mismo, una de sus formas blandiendo una espada en la mano derecha y una espada hoz en la mano izquierda. En su visión degolló a todos sus enemigos. A la mañana siguiente, cuando despertó, sintió que fluía a través de él una fuerza que no había olvidado ni dudado desde entonces. Sabía que los dioses le habían elegido, que en él corrían la sabiduría y la fuerza de dos guerreros. Desde aquel día Lachlann se había propuesto cumplir su destino.

El día en que Fergus le había abrochado el torque de oro al cuello, Lachlann había cerrado los ojos y había visto a otro guerrero, un hombre enorme y corpulento -Mayhap Camshron, su padre- abrochándole un torque de plata al cuello. En esta visión, estaba sosteniendo una vez más una espada hoz en la mano derecha, no en la izquierda.

Le había preguntado a Feich sobre sus sueños, sobre el hecho de ser a la vez diestro y zurdo, pero ella le había dicho que en el momento adecuado todas las cosas serían reveladas. Hasta ahora, el momento adecuado no había llegado. Aún no había desentrañado este misterio.

Irrumpiendo en sus pensamientos, Astrid le dijo:

—Es usted afortunado, sire. Tiene a su madre y a su padre adoptivo.

Bajó la mirada para verla completamente vestida sentada en la colcha.

—Sí, soy afortunado, señora.

—No tengo familia, ni siquiera un recuerdo de ella. Lo más parecido a una familia que he tenido ha sido Engla. Ha estado conmigo desde que era un bebé que ni siquiera había visto pasar un invierno. Yo misma sólo había visto diez inviernos. Somos como hermanas—. Astrid se quedó callada un momento antes de añadir: —Y durante cuatro inviernos tuve a Einher.

—¿Cómo se convirtió en la esclava del rey?

—Cuando mis padres murieron en la plaga, tenían una gran deuda con Wyborm. Yo era sólo un bebé, pero como pago me tomó como su esclava. Hace cinco inviernos Einher compró mi libertad y se casó conmigo. Fue como un padre para mí. Le echo mucho de menos.

Lachlann la cogió en brazos y la estrechó contra su pecho.

—Háble me de su madre —dijo.

Él apoyó la barbilla en la parte superior de su cabeza.

—Aunque ha vivido cuarenta y ocho inviernos, su pelo sigue siendo negro y sus ojos de un azul vivo.

—Como los suyos —dijo Astrid.

Él rio suavemente.

—Algunos dicen que sí. También dicen que soy testarudo como ella —Astrid levantó la cabeza de su hombro y le miró—. ¿Cree que ella me aprobará como su esposa, sire?

—Sí, señora, lo creo.

Ella sonrió y se acurrucó contra él. Al cabo de un rato, empezó a hablar en voz baja, y Astrid escuchó. Volvió a hablar de su madre y de su vida juntos en la aldea de Fergus. Aunque Lachlann nunca dijo abiertamente que amaba a su madre, Astrid sabía que así era. Astrid también oyó admiración y respeto por la mujer que había puesto su vida en peligro para salvarlo y tenerlo acogido en la casa del rey. Durante los primeros años de la vida de Lachlann, cuando vivía con Fergus y su primera esposa, a éste se le había permitido ver a su madre con frecuencia. Paseaban por el bosque, cazaban y jugaban a juegos que requerían destreza intelectual. Varios años después de la muerte de la madre adoptiva de Lachlann, Fergus se casó con Muireall.

Ella insistió en que Lachlann aprendiera a leer y escribir el ogham. Sólo adquiriendo conocimientos, afirmaba ella, podría convertirse en el rey que los dioses le habían ordenado ser. En desacuerdo con Muireall en esta cuestión, Fergus se había negado al principio a permitir que Lachlann recibiera instrucción de un sacerdote, pero Lachlann había insistido.

En la época en que Muireall se había refugiado en el pueblo de Fergus, las tribus norteñas de los escoceses y los pictos eran enemigas. Y aunque la propia Muireall era escocesa, sufrió mucho porque se había casado con un jefe picto y le había dado un hijo. Ella enseñó a Lachlann a estar orgulloso de sus antepasados y a ignorar las burlas. Su guía había dado a su vida enfoque y dirección.

Lachlann también amaba y respetaba a su padre adoptivo. Al enseñar a Malcolm a ser un guerrero, Fergus le había enseñado los conceptos subyacentes del código del guerrero. Fue Fergus quien inculcó a Lachlann la idea de que la fuerza y la gloria se encontraban en la paz, y que la guerra era la última opción de unas negociaciones fallidas. El único desacuerdo importante que tuvieron Lachlann y su padre adoptivo fue sobre la educación de Lachlann, pero Fergus había accedido a los deseos de su hijo.

Lachlann habló largo y tendido sobre el sueño de Fergus de unir a los clanes escoceses del norte. Aunque Fergus los había reunido en una confederación laxa, sabía que aún quedaba mucho por hacer. Ésta, le dijo a Lachlann, sería su tarea.

Finalmente Lachlann se sumió en el silencio.

Astrid comprendía ahora mucho mejor a este hombre al que tomaba por esposo. Aunque respetaba y admiraba a sus padres, era su propia persona. Valoraba las lecciones que le habían enseñado, los cimientos que le habían dado, pero ahora caminaba por su propia senda.

También sabía con certeza que, voluntaria o involuntariamente, recorrería ese camino con él. Más tarde, cuando las sombras del atardecer se alargaban, Astrid se revolvió.

—Debo volver —dijo—, ayudaré a Bertha con la cocina.

—La acompañaré.

Él se levantó, le tendió una mano y tiró de ella. Mientras Astrid volvía a colocar los cubiertos en la cesta y doblaba la colcha, Lachlann se ciñó las armas a la cintura.

—Me gustaría tenerla conmigo cuando visitemos la presa.

—Sí —dijo ella.

—Además, Astrid, he reconsiderado nuestro acuerdo. Esta noche quiero que vuelva a su casa para quedarse conmigo. No quiero que pasemos más tiempo separados.

Astrid dejó de caminar y se encaró con él.

—Sire, ya me deshonra al poseer mi cuerpo cuando estoy legítimamente prometida a otro. Me ha demostrado que soy débil cuando se trata de pasión. Por favor, no me deshonre más.

El crepúsculo no hizo nada para suavizar la resolución en su expresión.

—He hablado, señora. Que así sea.

—Que así sea.

Capítulo 14

Para cuando Astrid y Lachlann regresaron a su casa, la aldea brillaba a la luz de las antorchas. Hombres y mujeres reían y hablaban mientras limpiaban y faenaban los animales que habían sido sacrificados en la cacería.

Sonó la bocina. Las conversaciones cesaron; la actividad se aquietó. Todos escucharon. El cuerno sonó por segunda vez.

—Un barco —exclamó Astrid—. Ha llegado un barco.

—¡Un barco! —el grito se extendió por todo el pueblo.

Los que no vestían animales se pusieron en pie de un salto y corrieron a coger antorchas. Encendiéndolas, corrieron hacia el puerto.

—Quizá sea el barco de lord Lang —susurró Astrid.

Lachlann dejó caer la cesta y el cobertor en el porche y la cogió de la mano. Se unieron a los aldeanos que corrían hacia el muelle para esperar al barco. Algunos corrieron por un sendero cortado en la ladera de la montaña; otros esperaron en el muelle. Hombres, mujeres y niños, apiñados, sostenían en alto sus antorchas para que la luz bailara sobre el agua.

La mirada de Astrid pasó rozando las oscuras siluetas de los acantilados que bordeaban el escarpado litoral de la costa de Einarland. Esperando que el langskip[9] de lord Lang hubiera llegado, se esforzó por ver. Al principio sólo vio un punto amarillo en el horizonte, pero pronto se convirtió en una brillante llamarada de luz. Reflejada en el resplandor de las numerosas antorchas del barco estaba la vela de gala izada en azul y blanco. A medida que el langskip se acercaba, la cabeza de dragón de la proa se sumergía y se elevaba graciosamente con el oleaje del lago. Escudos redondos, alternados en azul y blanco, colgaban en fila a lo largo del exterior del casco.

Los aldeanos comenzaron a vitorear y a agitar sus antorchas. El capitán guio el barco alrededor del muelle.

—¿Es de lord Lang? —preguntó Lachlann.

—Sí —respondió Astrid—. Son los colores de Lang.

Lachlann cogió su mano y la apretó, la única indicación de que esperaba con impaciencia la respuesta del sire a su petición. A bordo del barco aumentó la actividad. Los marineros enrollaban, ataban y guardaban las velas. El capitán dirigió el barco contra el muelle de madera, aterrizando con un suave golpe. Los marineros de Northland embarcaron los remos y luego se desabrocharon los baúles de mar.

Un hombre joven, grande y magníficamente vestido con una camisa blanca y pantalones

azules, desembarcó del buque dragón. Su manto azul colgaba de sus anchos hombros en gruesos remolinos; sus botas chasqueaban al caminar por el muelle de madera. Aunque iba ricamente vestido y era un emisario de lord Lang de Northland, el hombre llevaba la espada atada a la cintura. Era un guerrero.

—Soy Ragnar, vasallo de lord Lang —declaró—. Llevadme ante el rey Bjorn. Entrego un mensaje de mi sire.

—Señora, nuestra espera terminará pronto —dijo Lachlann.

Astrid asintió. Su respiración se aceleró.

Siguiendo al mensajero, Astrid y Lachlann se apresuraron a regresar a la aldea. Cuando entraron en la Gran Casa, los sirvientes se apresuraban a preparar un gran banquete. Ragnar había entregado su mensaje a Bjorn y estaba consumiendo una gran jarra de cerveza. Con una sonrisa de oreja a oreja, Wyborm proclamó las noticias: Lang había accedido a romper los esponsales.

Como Astrid había esperado, el sire de las Tierras del Norte exigió una costosa suma muy superior a la que ella había especulado que exigiría por el acuerdo de ruptura. Ragnar colocó dos grandes cofres ante el Alto Asiento de la Gran Casa de Bjorn. Una vez que Astrid hubo entregado todas sus posesiones, Lachlann ordenó a sus hombres que llenaran los dos cofres con los objetos de valor que había traído consigo del norte de Escocia. Astrid contempló asombrada las riquezas. Nunca había visto tanta riqueza. Escudos, espadas y lanzas doradas con cobre, plata y oro.

Platos con incrustaciones de joyas. Un surtido de joyas.

Cuando los cofres estuvieron llenos y las tapas cerradas, Lachlann tendió una espada al emisario de Lang.

—Ésta es una espada de las Tierras Altas —dijo—, fabricada por el mejor herrero de las Tierras Altas. Cada año el Alto Rey del Norte de Escocia otorga esta espada al ganador de los juegos de verano. Con el mismo espíritu con el que la espada me fue entregada a mí, se la doy a lord Stefan. Dile que es un regalo especial con gran magia.

Tomándola, Ragnar dijo:

—Así lo haré, sire.

—Y el semental —dijo Lachlann—. Él también es un premio. Cuide de él.

—Sí —dijo Ragnar—. Recibirá una atención especial. Mi sire Stefan ama los caballos, sire, y apreciará mucho tan buen regalo.

El alivio inundó a Astrid cuando Ragnar zarpó hacia Northland al día siguiente. Para garantizar el regreso seguro de semejante riqueza, los señores de Tierras del Sur ordenaron que zarparan con ellos barcos de escolta al mando de Madelhari el Comerciante. Muy animados, el rey Bjorn y su señora se prepararon para la boda. En circunstancias normales, Astrid habría participado en tres ceremonias separadas: la adopción, los esponsales y la boda. La ley de Einarland exigía que la ceremonia de adopción fuera independiente, pero Lachlann mac Gordon insistió en combinar los esponsales y la boda en una sola. Aun así, se ceñiría estrictamente a la tradición en ambas ceremonias, para que él y Astrid estuvieran legalmente casados. Como no querían que nada entorpeciera la boda, el rey y la reina accedieron apresuradamente.

Ese mismo día, el rey Bjorn y la reina Adelaida anunciaron formalmente su intención de adoptar a Astrid y Engla como hijas. Aunque Astrid no deseaba personalmente que el rey y la reina se convirtieran en sus padres, sabía que debían hacerlo para que ella pudiera salvar a Engla y al bebé, y para asegurar la alianza entre Einarland y el norte de Escocia. Como legisladora, se aseguró de que se cumplieran estrictamente las costumbres.

Resentida, Wyborm seleccionó un buey de tres años, lo hizo sacrificar y ordenó que se hiciera una bota con la piel de su pata derecha. Siete días después se celebró la adopción con un banquete. Wyborm y Adelaida colocaron la bota en medio de la sala, frente al Asiento Alto. Primero Bjorn deslizó su pie derecho en la bota y luego se lo quitó. Astrid hizo lo mismo. Cuando ella sacó el pie, Bjorn le estrechó la mano y la levantó en el aire.

—Yo, el rey Bjorn de Einarland —gritó para que todos lo oyeran— declaro que Astrid es ahora mi hija.

El pueblo vitoreó; los hombres hicieron sonar sus armas. Entonces la reina metió el pie derecho en la bota para significar públicamente que aceptaba a Astrid como miembro de la casa en igualdad de condiciones. Después de que Engla fuera adoptada de la misma manera, Astrid respiró aliviada y se acomodó para disfrutar de la fiesta.

Aunque los esponsales y las bodas eran privados en el sentido de que no implicaban a funcionarios, Lachlann mac Gordon hizo público el anuncio de la boda entre él y lady Astrid. El día especificado en la Luna del Pliegue de los Corderos, todos los aldeanos se reunieron en la Gran Casa para las ceremonias combinadas.

Astrid, con su vestido nuevo y las joyas que le habían regalado el rey y su señora, entró en el skáli. El rey y la reina, caminando a ambos lados de ella, la escoltaron hasta el Asiento Alto. Allí todos esperaban a Lachlann.

Astrid estaba cada vez más aprensiva. Se había jactado de tener la sabiduría necesaria para manejar al caudillo. Aunque estaba segura de su sabiduría, también sabía que su pasión por él la dejaba en ridículo. Qué rápido le había mostrado la fragilidad de su resistencia cuando empezó a excitar su cuerpo y a aparearse con ella.

La puerta de entrada se abrió. Lachlann mac Gordon y su padrino, Magnus, entraron para ocupar sus lugares frente al Alto Asiento del rey. La reina Adelaida y Astrid se levantaron para llenar sus jarras con vino importado. La reina sirvió a su marido, Astrid al Highlander.

En cuanto se hubo vaciado la primera jarra, Lachlann se encaró con el rey Bjorn para iniciar la primera fase de la ceremonia combinada de esponsales y boda.

—Sire, ¿prometéis entregarme a vuestra hija, la princesa Astrid, para que sea mi esposa?

Mientras el skald pronunciaba la traducción, la reina volvió a llenar de vino la copa del rey. Éste la levantó y gritó:

—¡Los dioses traen suerte! Desposo a mi hija —Astrid volvió a llenar la copa de Lachlann. La levantó en alto.

—En presencia del Consejo de Justicia y del pueblo de Einarland, la princesa Astrid y yo juramos nuestros votos.

Antes de que terminara la traducción, todos vaciaron sus copas. El pueblo vitoreó. Los hombres hicieron sonar sus armas. Las mujeres golpearon las mesas con las manos.

Después todos levantaron las jarras rellenas en señal de saludo a la pareja prometida.

—Como sello de nuestro compromiso —Lachlann tiró su copa a un lado y alcanzó a Astrid —. Ahora beso a mi prometida.

Para cuando Lachlann hubo pronunciado las palabras, ya había tomado a Astrid en sus brazos. No necesitó interpretación.

Antes de que los labios de Lachlann tocaran los de ella, susurró triunfante:

—Ahora, señora, es mía. En cualquier momento. En cualquier lugar.

—Voy a ser su esposa, no su posesión.

—En la ley, señora, no hay diferencia.

Ella no contestó, pues él decía la verdad.

—Ahora, señora, me gustaría besarla y saborear una vez más lo que es mío.

El aliento de Lachlann acarició su frente. Su boca cubrió la de ella, moviéndose suave y cálidamente, su lengua probaba la costura de sus labios cerrados. Ejerció más presión.

—Señora —él suspiró, luego añadió un poco irritado:— Debe besarme.

Ella rio suavemente.

—No lo haré.

Sorprendido, él se apartó. Sus labios se curvaron.

—¿Está coqueteando conmigo?

—No lo sé —susurró ella. Le agarró ambos lados de la cara con las manos y acercó su boca a la suya.

Ahora él se rio.

—Sí, lo está, señora, y me gusta.

Sus bocas se tocaron; sus cabezas se inclinaron y quedaron más juntas. Él sabía a vino. Su beso, su abrazo. le recordaron su último acoplamiento junto al arroyo de la montaña. Hizo que su cuerpo volviera a anhelar la plenitud.

Al principio su beso fue tentativo y suave, pero cuando Astrid se movió contra él, la obligó a abrir la boca. Astrid arqueó la espalda ante la suave presión de su gran mano. El calor se extendió por sus pechos y se hundió en su vientre, llenando todo su cuerpo de un maravilloso cosquilleo.

Finalmente, Lachlann rompió el beso y sus labios mordisquearon los de ella, moviéndose alrededor de su boca, por sus mejillas y de vuelta a sus labios.

La gente vitoreó y aplaudió. Las sonrisas surcaban sus rostros; sus ojos brillaban.

—¿Jugaríais suelto conmigo, sire? —se burló ella.

—Ah, señora, lo haría —sus ojos centellearon.

—Está jugando suelto conmigo.

Astrid supo en ese momento que Lachlann mac Gordon era el hombre más apuesto que había visto nunca. Se rio, dándose cuenta de repente de que la risa nunca le había resultado tan

fácil. Se zafó de su abrazo, con el delicado material de su larga túnica nupcial agitándose en torno a sus tobillos. Lachlann la cogió de la mano y tiró de ella hacia él. El movimiento lanzó la mejilla de ella contra su pecho. De nuevo la rodeó con sus brazos. Junto a su piel sintió la suavidad de su camisa y bajo ella un cuerpo que seguramente había sido forjado con martillo y hierro, por el fuego y el calor. Sólo el latido de su corazón la tranquilizó al saber que Lachlann mac Gordon estaba hecho de carne y hueso.

—Me alegro, señora, de que fuera usted a quien el destino decretó para mi ser novia.

—Gracias, sire —enderezó la espalda e inclinó la cabeza para poder mirar correctamente a la cara del caudillo.

—La admiro, señora. He oído las palabras de sus bardos que rinden tributo a la fuerza de carácter de la oradora de la ley, su aplomo, su firmeza y ecuanimidad ante la calamidad.

—Y su terquedad —añadió Astrid—. Y espíritu.

—Sí —esbozó Lachlann con una sonrisa—. Sin duda usted tiene eso. Es usted, en efecto, una buena mujer.

—¿Adulación, sire?

—No, señora. Sólo siento admiración por vos. Me enorgullece que una mujer así sea la madre de mis hijos.

—¿Y si Frey sólo pone hijas en mi vientre, sire? —con gran interés esperó su respuesta.

—Tal vez crea que su dios Frey tiene control sobre su vientre, señora. No es así. He decretado que me dará un hijo... y por la Santísima Madre que lo hará.

—Es usted un engreído al pensar que puede dictar a los dioses —pero en secreto admitió que incluso su engreimiento la exaltaba.

—Si estar seguro de mí mismo, de lo que quiero, es engreimiento, señora, entonces yo soy engreído.

Bajó la cabeza y tocó con la boca la piel por encima del escote de su vestido. Su interior se tensó; tembló. El beso que él le había dado antes no había agitado sus sentidos tanto como lo hizo este suave y cálido roce de su boca en su clavícula.

Con la misma facilidad que si fuera la flor más diminuta que florece en el prado, Lachlann recogió a Astrid en sus brazos. Caminó a lo largo y ancho del skáli, mostrándola a la multitud. La gente gritaba, reía y hacía sonar sus armas. La música comenzó a sonar. Los aldeanos aplaudían al ritmo y cantaban.

Finalmente la llevó de vuelta al centro del skáli. Dándole un beso en la frente, la colocó sobre el reclinatorio. Una vez sentada, Astrid se echó hacia atrás y apoyó un brazo en el reposabrazos de la silla de respaldo recto. Con el corazón encogido, observó al bárbaro mientras permanecía de pie junto al reclinatorio, con la mano sobre la suya.

Efectivamente, ella pertenecía a este Highlander oscuramente apuesto.

Magnus se levantó y alzó su jarra en señal de saludo.

—Señores y señoras, gente de Einarland —dijo, el skald traduciendo—, mi sire, el Gordon, espera el placer del rey Wyborm.

El rey se levantó.

—Lord Lachlann, ¿queréis significar que habéis elegido a mi hija y mi heredera legal, la princesa Astrid, para que sea vuestra esposa? —Lachlann levantó la mano de Astrid y frotó la pequeña hendidura blanca donde había estado el anillo de Einher durante los últimos cinco inviernos. Tomando la mano de ella entre las suyas, acariciando ligeramente su tercer dedo, Lachlann dijo para que todos lo oyeran:

—Señora, deslizaré mi anillo en su dedo. Esto significa que la he elegido para ser mi esposa.

Extendió su mano derecha.

—Quíteme el anillo del dedo.

Astrid miró el anillo de oro en forma de hoz que su padre había mandado hacer para él y luego volvió a mirarle sorprendida.

—Sí, señora —dijo—, quiero que lleve mi anillo. Quiero que todos sepan que pertenece a Lachlann mac Gordon... a él y sólo a él.

Astrid se lo quitó y se lo entregó.

Él se lo deslizó en el dedo, el oro brillando a la luz del sol.

Lachlann le levantó la mano en alto y la paseó por el pasillo para que todos pudieran ver el anillo. Se detuvieron muchas veces para que la gente pudiera contemplar el exquisito diseño y la artesanía, frotarlo y saber que era un objeto de gran valor. Para saber cuánto valoraba el Highlander a su novia.

—Ahora, pueblo de Einarland —gritó Lachlann—, entrego a mi novia su regalo de esponsales.

Entre vítores y saludos, Lachlann cogió la mano de Astrid y la condujo fuera de la stofa, la gente la siguió hasta el patio del rey. Mientras estaban de pie en el resplandor de la luz del sol, un guerrero de las Highlands se acercó guiando un caballo. Murmullos de admiración surgieron de la multitud.

Lachlann hizo un gesto con la mano para pedir silencio.

—Este, señora, es su regalo. Una de las mejores yeguas de mi manada.

Verdaderamente, la yegua, de unas catorce manos de altura, era una de las más magníficas que Astrid había visto nunca, y había visto muchas a lo largo de su vida. Los sureños eran conocidos por su fina equitación.

—La elegí especialmente para usted —dijo lord Lachlann.

La yegua era de un rico dorado rojizo, su pelaje pulido hasta alcanzar un alto brillo, sus músculos lisos y poderosos bien definidos.

—Es preciosa —suspiró Astrid, contemplando la larga y sedosa crin y la cola, ambas de un llamativo tono plateado.

—Del color de su pelo —dijo Lachlann.

Astrid no estaba acostumbrada a ver una melena suelta en un caballo. Los sureños cortaban las crines de sus corceles para que se mantuvieran erguidos, la forma de media luna daba una

cresta pronunciada al cuello.

Lachlann la acercó a la yegua.

—Venga a conocer a su montura, señora —cogió las riendas y frotó suavemente su mano por la cara de la yegua. Le habló suave y tranquilizadoramente.

—¿Cómo la llamará, señora?

—No lo sé, sire. Estoy abrumada —se volvió hacia él con lágrimas en los ojos—. Gracias, sire. Nunca he recibido un regalo tan maravilloso.

Ella lo rodeó con sus brazos y lo besó sonoramente en la boca, retrocediendo antes de que él pudiera abrazarla.

La gente vitoreó.

Lachlann sonrió y le guiñó un ojo.

—Señora, ha sido usted demasiado rápida, de lo contrario le habría sacado más partido a ese beso.

Astrid lo sabía y se sonrojó.

Le tocó la mejilla con la punta del dedo.

—Sigue sorprendiéndome y deleitándome.

Tras indicar a sus hombres afines que estabularan la yegua, Lachlann le tendió la mano derecha; Astrid posó la palma izquierda sobre ella. Él la acompañó de vuelta a la casa del rey. Cuando todos estuvieron reunidos y sentados una vez más, Lachlann se puso en pie.

—Yo, Lachlann mac Gordon, jefe del clan Gordon del reino de los escoceses del norte, he cumplido todos los requisitos de los esponsales. El beso de unión. El anillo de matrimonio. El regalo nupcial. ¿Hay alguien que cuestione mi derecho a declarar a la princesa Astrid mi señora esposa?

Se movió arriba y abajo del taburete, mirando a la gente, esperando una respuesta. Ninguno pronunció palabra. Volvió sobre sus pasos hasta situarse frente al Alto Asiento.

Extendió la mano.

—Princesa Astrid, acompáñeme —ella se levantó y fue hacia él.

—¿Tiene algo que decir, señora, antes de que se declare esta boda?

—Sí, sire —ella sonrió al rey y a su esposa—. Mi padre, lord Wyborm, he hecho un regalo para usted y mi madre, la reina Adelaida.

El rey y su esposa intercambiaron miradas mientras Astrid volvía a la mesa y cogía un trozo cuadrado de madera del tamaño de un escudo de hombre, con marcas en él. Lo sostuvo en alto para que todos lo vieran. Bjorn y Adelaida palidecieron. Ambos sabían que ella estaba garantizando su libertad al sellar con palabras la alianza del rey con Lachlann. Su gesto les hizo saber abiertamente que no confiaba en ellos.

Se acobardaron ante ella.

Dulcemente ella habló.

—Padre, madre, he puesto la magia de las runas en este marcador de madera y en una

piedra rúnica que estoy erigiendo para que todo el mundo sea testigo. Haré que lord Kirkja lea la inscripción a ustedes y a los que celebren mi boda. Ellos serán testigos de las palabras —Astrid entregó el trozo de madera a lord Kirkja.

—¿Qué significa esto? —susurró Lachlann.

—Las palabras son magia enviada a nosotros por Odín, el más sabio de los dioses —respondió Astrid mientras Kirkja leía las runas en voz alta—. He puesto por escrito el acuerdo alcanzado entre el rey Bjorn, usted y yo. Una vez que las palabras sean leídas en voz alta y atestiguadas, el rey Bjorn y la reina Adelaida estarán obligados para siempre a mantenerlas fieles. He hecho prometer al sire y a la señora que nunca nos repudiarán ni a mí ni a Engla, que seremos sus hijas para siempre.

Cuando terminó la lectura, Kirkja dio un paso atrás. Solemnemente dijo:

—Una piedra rúnica grabada con estas palabras será erigida para que todos la vean. Bajo amenaza de muerte, mi sire rey, mi señora reina, quedáis obligados por estas palabras.

Lord Bjorn se quedó tan quieto y pálido, que Astrid pensó que tal vez lo habían convertido en estatua.

—Es una maldición —siseó la reina, con sus pequeños ojos saltones brillando maliciosamente—. La mujer nos ha echado una maldición.

—No —dijo Kirkja—, ésta es la magia de las runas tal como nos la entregó Odín en su gran sabiduría.

Kirkja continuó de pie frente al Asiento Alto. Finalmente habló.

—Wyborm, ¿qué dice?

—Que así sea —murmuró Bjorn. Luego gritó: —¿Hay alguien más que quiera hablar antes de que se declare esta boda?

El silencio inundó la stofa.

Wyborm levantó su copa, la cerveza chapoteó por el borde.

—Declaro casados a lord Lachlann y a la princesa Astrid. ¿Qué dice usted, lord Lachlann?

Tomando un trozo del pastel nupcial horneado con el primer grano para asegurar las bendiciones de la fertilidad, Lachlann se volvió hacia Astrid.

—Mi señora esposa.

Le dio un bocado del pastel y un trago de vino de su copa.

Bjorn gritó:

—¿Qué dice, princesa Astrid?

Ella también tomó un trozo del pastel nupcial.

—Mi sire esposo.

Ella le dio a Lachlann un bocado del pastel y él bebió un sorbo de su vino.

—Que haya celebración —declaró Bjorn.

El pueblo vitoreó.

Sirvientas con grandes bandejas de comida entraron en la stofa. Otras trinchaban carne de las ancas que se cocinaban en el langeldar. Los sirvientes masculinos introdujeron en la sala grandes skapkers de cerveza. Las mujeres rellenaron sus jarras para poder servir a la regocijada multitud. Lachlann y Astrid volvieron a su sitio. Una vez sentados, Lachlann se inclinó y susurró.

—Señora, es usted realmente astuta.

—¿Qué esperaba, sire, ya que mi padre es un hombre tan astuto? —se burló Astrid, pero los ojos de Lachlann se oscurecieron. La estudió atentamente, como si buscara respuestas - respuestas a qué, se preguntaba Astrid.

Sin hacer ningún comentario, contempló sombríamente el jolgorio. Uno de sus hombres, el llamado Thomas, se deslizó entre la multitud para situarse junto a Lachlann.

Los dos hablaron en voz baja para que Astrid no pudiera oírlos.

Cuando Thomas se marchó, Lachlann suspiró; su expresión se volvió pesada. Terminó su copa de vino. Cuando Astrid se ofreció a rellenarla, negó con la cabeza.

Cogió su mano entre las suyas y se levantó, poniéndola también en pie.

—Mi sire rey —dijo—, mis guerreros y yo estamos agradecidos por su hospitalidad. Yo, Lachlann mac Gordon, estoy aún más agradecido por la novia con la que me habéis bendecido —. Lachlann levantó su jarra de cerveza. Saludemos a mi novia, la princesa Astrid, y el nacimiento de muchos hijos fuertes.

De nuevo los gritos y vítores reverberaron por toda la stofa. Cuando terminó el brindis, Lachlann dijo:

—Ahora, mi sire. Mi señora esposa y yo nos despedimos de usted.

Sorprendida, sin estar preparada para una salida tan rápida del banquete nupcial, Astrid le miró fijamente. Sonó la traducción. El aldeano sonrió socarronamente.

—Antes de irme, mi sire —continuó Lachlann con un gesto de la mano—, he provisto bien para su entretenimiento —sus guerreros hicieron rodar cuatro barriles hasta la sala—. Cerveza escocesa, rey Bjorn, como nunca ha probado antes y puede que nunca vuelva a probar.

Más vítores llenaron el edificio.

—Gracias, lord Lachlann —dijo Bjorn. Con los ojos empañados por la bebida, miró de soslayo a Astrid—. Entiendo por qué abandona la celebración antes de tiempo. Le deseo buenos días y mucho gusto, lord Lachlann. Más tarde, si puede, continuaremos con los festejos de la boda.

—Buenos días no, mi sire —dijo Lachlann—. Vuestro skald debe haber malinterpretado mi intención. Mi señora esposa y yo no nos retiramos a su casa. Nos despedimos de usted. Emprendemos el viaje a mi reino esta noche. Han pasado dos lunas mientras he estado fuera de mi reino, sire. Debo regresar.

Debo regresar. Las palabras reverberaron en la mente de Astrid. Se volvió hacia él.

—¿Hoy? —susurró en gaélico.

—¿Tan pronto? —preguntó Bjorn.

—Hoy —respondió Lachlann en voz alta, aunque su rostro se suavizó ante la expresión temerosa de su esposa—. Asuntos urgentes requieren mi atención. Siendo rey, mi sire, lo entenderá, estoy seguro.

Bjorn asintió.

—Que los dioses le acompañen.

Astrid sabía que el rey Bjorn estaba ansioso por tener a los montañeses en camino, fuera de sus dominios. También se alegraba de librarse de ella.

Lachlann envolvió a Astrid en sus brazos y caminaron por el pasillo. Los vitoreantes aldeanos brindaron de nuevo por ellos con jarras de cerveza rellenadas y arrojaron sobre ellos las primicias del grano para bendecir su unión y la concepción de Astrid. El grano resbaló sobre ellos, pero la cerveza les empapó el pelo y la ropa.

—Sire —gritó ella—, no podemos irnos ahora.

—No tenemos elección.

Debemos bañarnos y cambiarnos de ropa. No puedo tener nuestras pertenencias empaquetadas y listas. No me ha dicho nada.

—Hablé con Cora y Engla —respondió él—. Han terminado de empaquetar. Estamos listos para comenzar nuestro viaje.

—¿Qué pasa con nuestro banquete de bodas?

—No se preocupe. Nos daremos un festín en abundancia. Mi madre, la Alta Reina Muireall, nos está preparando un banquete nupcial que eclipsará a éste.

—Sire, ¿nos iremos antes de dormir en el lecho nupcial?

Lachlann sonrió:

—Echaré de menos la comodidad del lecho nupcial, pero en verdad, señora, dormiríamos poco si permaneciéramos en Einarland —apretó sus labios sobre la frente de ella—. Le prometo todo el placer, aunque no tengamos cama.

Se apartó y le apartó el grano de la cara. Riendo, dijo: —No tenemos necesidad de empacar comida. Llevamos suficiente grano para comer hasta que lleguemos a mi aldea.

—Sí —ella le dedicó una pequeña sonrisa y le apartó un mechón de pelo alborotado de la frente—. Aun así, sire.

—No, mi señora esposa. No me discuta más.

Astrid, la matrona que había visto veinticinco inviernos, la que siempre cuidó de los demás, se sentía despojada y sola. Más que nunca, echaba de menos a Einher. Se quedó mirando a ese extraño con el que ahora estaba casada, un hombre que había prometido llevarla a la dicha, que ahora prometía llevarla lejos del único hogar que había conocido.

Cuando se habían apareado, el único pensamiento de Astrid había sido alcanzar la dicha. No se había planteado lo que había más allá. Ahora lo hacía.

—Hago lo que debo —dijo Lachlann.

Astrid parpadeó conteniendo las lágrimas y asintió.

—Sí, mi sire.

—¿Sí, mi sire...? —Terminó las palabras en una pregunta.

—Sí, mi sire esposo.

Capítulo 15

-¡Pantalones! —Astrid se paró en el centro de su casa, con las manos sujetas en las caderas. Miró con desdén la prenda negra que Lachlann le tendía—. Nunca me los he puesto.

—Ahora lo hará, señora.

—Prefiero llevar mi propia ropa.

—Y podrá llevarla cuando lleguemos a mi aldea, pero cabalgará, señora, a horcajadas sobre su yegua. Los pantalones, no las túnicas largas, son más adecuados para un viaje así.

—Puedo arreglármelas con mi propia ropa —insistió Astrid.

—Sí, pero quiero más, señora. Nos moveremos a paso rápido. Todos los montañeses aman a sus bestias y son jinetes consumados. Todos nosotros, hombres y mujeres, preferimos los pantalones para cabalgar— Lachlann metió la ropa en el pliegue de su brazo.

—Puede que esté casada con un montañés, pero soy una mujer de Einarland, no una consumada jinete —Astrid sostuvo la ropa en alto y la inspeccionó bajo el resplandor de la luz del sol a través del agujero para el humo en el tejado de la casa—. Einher se habría divorciado de mí si me hubiera visto con pantalones.

—Einher ya no es su marido, señora —espetó Lachlann—. Lo soy yo. Y usted llevará pantalones con bastante frecuencia cuando vivamos en mi pueblo.

—Creo que no.

—Sí, los preferirá después varios días de cacería —dijo Lachlann.

—¿Bromea, sire?

—No.

—En Einarland cazan los hombres, no las mujeres —explicó Astrid— A veces cazamos, si tenemos ganas.

—¿Alguna vez ha tenido ganas?

Astrid se quedó mirando un momento y luego confesó:

—Para ser sincera, mi sire esposo, sí. A menudo he deseado poder ponerme un casco y salir a caballo a cazar, o navegar en el palangrero, en lugar de quedarme en casa y preocuparme.

—Entonces, señora, va a encontrar la vida interesante en mi tierra. Será un gran placer enseñarle a cazar y a halconear.

—Gracias, sire.

—Ahora dese prisa y vístase.

—¿De quién son éstos? —Astrid sostuvo el par de pantalones hasta su cintura.

—Pertenecen a Niall, un muchacho de las Tierras Altas que es más o menos de su altura y peso.

—¿Vuestro bardo?

Con un movimiento de cabeza, Lachlann dijo:

—Deberían quedarle bastante bien. Hice que Cora los arreglara ya que usted y Niall son de constitución diferente.

Astrid levantó la vista para encontrarse con el brillo en los ojos de su marido. Su aliento se atascó en su garganta, dejando su voz entrecortada cuando dijo:

—Creo que me sentiré miserable vistiéndolos.

—No, señora, le prometo que antes de que acabe el viaje me lo agradecerá—. Astrid se fue detrás de un tabique sobre el que estaban colgadas su camisa y sus medias. Las cuaranas de las Highlands yacían en el suelo.

—¿Un par de botas de Niall? —preguntó Astrid.

—Sí —respondió Lachlann.

Cora había entrado en la casa a tiempo para oír este último intercambio.

—Las he medido con un par de sus botas —añadió—. Son grandes, pero el forro que les he insertado hará que se ajusten bien.

Mientras Astrid se desnudaba, Cora empaquetaba sus galas de boda. Lachlann dirigió a los guerreros de las Highlands que se movían fuera de la habitación cargando los carros y las bestias de carga en el exterior.

—Soy demasiado grande para llevar ropa como ésta —refunfuñó Astrid.

—Lo dudo —murmuró Cora—. Si se pareciera a la reina Adelaida, estaría de acuerdo, pero usted es alta y esbelta.

Cuando Astrid salió de detrás del tabique, Cora la miró de arriba abajo.

—Como pensaba, le queda muy bien —dijo Cora, y deslizó una faja de cuero alrededor de la cintura de Astrid, luego la sujetó a sus pantalones y a su ropa interior.

—Pensará que estoy presentable sí o sí —dijo Astrid.

—Tiene un aspecto más que presentable, señora —dijo Lachlann.

Astrid levantó la vista para verle de pie en la puerta abierta. Con un manto de cuadros amarillos y rojos, y otro colgado del brazo, empequeñecía la abertura con su enorme armazón. La brisa fresca hizo poco por aliviar el fuego que prendió en el interior de Astrid.

—En verdad, Niall nunca hizo por los pantalones lo que usted está haciendo —observó.

Su sonrisa torcida y sus palabras burlonas provocaron placer en Astrid.

—¿Qué estoy haciendo por ellos, sire? —se atrevió a preguntar.

Sus ojos azules se oscurecieron hasta que Astrid sintió que estaban lo bastante calientes

como para fundir el mineral de bog en hierro.

—Señora, me gustaría enseñárselo.

Astrid disfrutaba sabiendo que el montañés la encontraba deseable.

Con voz ronca, dijo:

—Me gustan mucho más los pantalones en usted que esos vestidos de capas que llevan las mujeres. Puedo ver su figura, señora, y saber que no está sin forma.

—¡Acht! —Cora agitó las manos y puso los ojos en blanco—. Sire, está usted de broma. Cualquiera con medio ojo sabe con sólo mirar, incluso cuando mi señora lleva el vestido de las Tierras del Norte, que no está sin forma.

Lachlann sonrió.

—Aun así, buena mujer, disfruto viendo el trasero de la dama Astrid rellenando esos pantalones.

Cora rio con él. Levantó una capa del respaldo de una silla y se acercó a Astrid.

—No —Lachlann desplegó el manto de su brazo—. Mi señora esposa vestirá mis colores a partir de ahora. He traído uno de mis tartanes para que lo use —cruzó la habitación para colocarse detrás de Astrid. Rápidos movimientos acomodaron la capa sobre sus hombros. Moviéndose delante de ella, enderezó el material, juntándolo sobre un hombro.

Un amasijo de nervios, Astrid se puso en pie, con los ojos cerrados, y dejó que Lachlann terminara de vestirla. Cuando Einher había estado vivo, a menudo le había echado la capa sobre los hombros y se la había abrochado, pero no había despertado en ella los mismos sentimientos que Lachlann. Con Einher se sentía como una hija querida. Con Lachlann se sentía como una mujer, una mujer necesitada.

—Señora, ¿confía en mí para que le prenda la capa? —Una suave diversión subrayó sus palabras.

Astrid abrió los ojos.

—Sí.

Se cernió sobre ella, asegurando hábilmente el manto a cuadros sobre sus hombros. La hizo sentir como una mujer apreciada y deseada. Era un sentimiento nuevo para ella, uno que ni siquiera Einher había sido capaz de despertar en ella.

Como había hecho con el Highlander aquella noche hacía tanto tiempo, pasó la palma de la mano por los hombros del manto para presionar las arrugas.

—Los colores Gordon le sientan bien, mi señora esposa.

—Gracias —murmuró ella—. Los llevaré con orgullo.

—Sé que lo hará.

—Lachlann —se oyó una llamada del exterior.

—Dese prisa, mi señora. Partimos en breve.

Astrid asintió y observó a Lachlann mientras salía por la puerta. Apenas hubo salido de la habitación, el impacto total de sus palabras la golpeó. Nerviosa, asustada, empezó a pasearse por

la habitación. Pasó las manos por encima de las mesas; se detuvo ante el telar.

Esta casa, y todo lo que había en ella, era suyo.

Estaba dejando atrás todo lo que le pertenecía, todo lo que había sido Astrid de Esberborns, esposa de Einher.

Tenía las palmas de las manos húmedas y las piernas temblorosas.

—Los acontecimientos del día la están cansando, ¿verdad? —dijo Cora en voz baja—. Prepararé una taza de té de brezo. Eso calmará sus nervios.

Qué propio de Cora transferir su atención a lo intrascendente cuando estaba preocupada, pensó Astrid.

—Me voy, Cora —dijo—. Marchándome, para no volver jamás. Dejando atrás la única buena vida que he conocido.

—Sí, ama, sé cómo debe sentirse. Yo también dejo la tierra que me vio nacer.

—Oh, Cora —dijo Astrid, arrepentida al instante—, estaba tan atrapada en mis propios problemas, que no pensé en ti. Supongo que pensé que como eres una Highlander, querías irte.

—En cierto modo me alegro de irme —Cora sacó el pañuelo de su faja y se secó los ojos —. Quiero volver a estar con mi gente y, en su mayor parte, me desagradan los sureños. Pero... —se encogió de hombros y aspiró sus lágrimas—. Éste es el único hogar que he conocido.

—Lo siento mucho, Cora —dijo Astrid.

Cora desechó su descuido con un gesto de la mano.

—¡Acht! Lo superaré. Todo irá bien para las dos, señora. Tal vez encontremos una vida nueva y mejor.

—Quizás —murmuró Astrid.

—No, tal vez no —dijo Cora—. En verdad lo haremos.

—Estoy muy asustada —confesó Astrid—. No he tenido tiempo de conocer a mi marido antes de viajar a su tierra.

—Todo irá bien, señora —Cora la tranquilizó y abrazó a Astrid. Lloraron juntas.

Finalmente Cora rompió suavemente el abrazo y dijo:

—Tomaremos esa taza de té. Té de brezo. Es exactamente lo que necesita.

La anciana se dirigió a una cesta que aún permanecía sobre la mesa. Sacando una pequeña jarra, la abrió y vertió un líquido marrón dorado en una taza. Se la acercó a Astrid.

—Beba esto.

Agradecida, Astrid bebió profundamente del té tibio. Cora devolvió la jarra a la cesta y la llevó hasta la puerta, entregándosela a uno de los montañeses que ayudaba con el embalaje.

Lachlann y Magnus entraron en la habitación.

—¿Tenemos algo más que empaquetar? —preguntó Lachlann.

—Esto es todo lo que queda —Cora señaló el arcón donde había colocado el vestido de novia de Astrid.

—¿Dónde está Engla? —preguntó Astrid mientras dejaba su taza a medio llenar sobre la mesa de caballete. Se sentía culpable por haber estado absorta en sus propias preocupaciones y no haber pensado antes en su amiga.

—Está fuera, señora —respondió Magnus—. Arropada en uno de los carros.

—¿Está bien?

—Sí. Está emocionada y ansiosa porque empiece el viaje —Magnus se dirigió a la puerta —. Cora, ¿está lista?

—Lo estoy —miró a Astrid—. ¿Señora?

—Puedes irte —dijo Astrid.

Criado y padrino salieron del stofa, dejando solos a Lachlann y Astrid.

—¿Se lo está pensando mejor? —dijo Lachlann.

—Eso no importa. He tomado mi decisión. El viaje va a ser duro.

Astrid levantó su taza.

—Té de brezo. Es la cura de Cora para todas las dolencias —dio un trago.

—En eso tiene razón, señora.

Tomó la taza de sus dedos que no se resistían y la llevó a su propia boca, posando sus labios en el mismo lugar del que ella había bebido. Un estremecimiento de placer recorrió a Astrid.

Se había apareado con Lachlann para demostrar su virginidad; se había casado con él para salvar a Engla y al bebé. Ambas acciones les habían unido tenuemente. Pero el hecho de que él bebiera de su copa pareció fundir el vínculo.

De dos tragos vació la taza y la devolvió a la mesa.

—Tendremos que viajar rápido, descansando sólo cuando lo requieran los animales. Usted, mi señora esposa, tendrá que ser de corazón robusto además de fuerte de cuerpo. Esperaré que de un buen ejemplo a Engla y a los sirvientes que lleve consigo.

—Entiendo mi papel. He sido matrona antes.

—¿Hay algo más que desee llevarse?

Su mirada recorrió lentamente la casa. Su hogar, su seguridad, que le había dado Einher. Se marchaba, para no volver jamás, fuera cual fuera el resultado de su matrimonio con el montañés.

—No, sire, tengo todo lo que deseo llevarme conmigo —de nuevo se mordió las lágrimas. Él alargó la mano para coger una de las suyas.

—Señora, lamento que nuestro matrimonio comience con esta nota.

Astrid no dijo nada.

—Será mejor cuando lleguemos a casa.



El sol de la tarde brillaba sobre el pequeño carro que avanzaba a empujones por el sendero de la montaña. Habían estado viajando todo el día, pero a Astrid le pareció mucho más largo., Engla se había puesto violentamente enferma poco después de que emprendieran el viaje. A pesar de todo lo que Astrid hizo para ayudarla, no mejoraba. Astrid apartó mechones de pelo lacio de los ojos de Engla y le lavó la cara con un paño húmedo.

—No sabía que cargar con un niño pudiera ponerme tan enferma —el rostro de Engla pasó del blanco al gris ceniza. Agarrándose a una barandilla lateral, se incorporó, se inclinó y tuvo arcadas.

—Mi sire —llamó Astrid a la ancha espalda de Lachlann—, seguro que podemos tomarnos un tiempo para parar. Engla está enferma.

Lachlann siguió cabalgando. Engla siguió teniendo arcadas.

La furia de Astrid crecía... al igual que su frustración. Todo lo que había visto de su marido desde que salieron de Esberborns era su espalda mientras dirigía la comitiva a través de las cañadas y sobre las montañas.

La había invitado a cabalgar con él, y Astrid quería hacerlo. Amaba a su yegua, a la que había llamado Rayo de Luna. Pero había sentido que debía quedarse con Engla. Lachlann había insistido en que cualquiera de las sirvientas podía servir a Engla, pero Astrid insistió en que debía hacerlo ella. Después de todo, le había dicho a su marido que ella era la señora de la casa y era su deber cuidar de los enfermos.

Lachlann había consentido, pero Astrid había sabido que estaba enfadado. Sus acciones posteriores lo habían demostrado. No le había dirigido la palabra en todo el día. Agotada y preocupada por Engla, Astrid estaba harta de la arrogancia de su marido, de su comportamiento infantil.

—¡Lord Lachlann! —alzó la voz y se acercó más al carro. Su marido no se volvió, ni se detuvo, ni siquiera aminoró el paso.

—Mi sire esposo —gritó furiosa para que todo el mundo la oyera—, le estoy hablando.

Lachlann se puso tenso pero siguió sin detenerse ni darse la vuelta.

—¡Lachlann, no me ignore!

Detuvo al semental. Toda la compañía se paralizó de repente. Astrid se tambaleó hacia delante, luego hacia atrás. Si no hubiera estado agarrada a la barandilla, se habría caído. Rígidamente inmóvil, Lachlann miró al frente. Sus hombres esperaban su respuesta.

Sin volverse hacia su esposa, Lachlann cabalgó hacia delante y habló con Magnus. Asintiendo, con una sonrisa en la cara, el mejor hombre miró hacia Astrid. Lachlann hizo girar su caballo y cabalgó de regreso. Ninguna tormenta tenía furia comparable a la ira que se reflejaba oscuramente en el rostro de Lachlann mac Gordon. Sin decir una palabra a Astrid, cabalgó junto a su carro hasta el último de la compañía. Cuando regresó, sujetaba por la cintura a una Cora que forcejeaba, apretada contra su costado. La depositó con los pies por delante en el carro.

—Está cansada, mi señora esposa —las palabras eran secas y duras. Tenía el rostro

cerrado, los ojos rasgados—. Cora atenderá a Engla. Me gustaría que cabalgara conmigo.

—Cabalgaré en el carro y cuidaré de Engla, sire. Estaré bien después de descansar un rato.

Su dura mirada inquietó a Astrid.

—Supongo, sire, que nos detenemos un momento.

—No, mi señora, no lo haremos. Cora atenderá a Engla. Usted cabalgará conmigo.

—¿Por qué está enfadado, Astrid? —preguntó Engla—. ¿Qué está diciendo? —le explicó Astrid a Engla, y luego añadió:

—Pero no te preocupes. Me quedaré contigo.

—Es tu marido, Astrid —dijo Engla—. Ve con él. Ya me encuentro mejor y Cora puede quedarse conmigo.

Lachlann la miró.

—Engla está enferma, Astrid, pero usted también lo estará si no descansa. Cora la atenderá y usted vendrá conmigo.

Astrid retrocedió en el carro.

—No, sire.

Lachlann le rodeó la cintura con el brazo y la sacó del carro de un tirón. Ella gritó y se agitó. La arrojó sobre su caballo delante de él, y Astrid se alegró de llevar pantalones, pues de lo contrario se habría sentido muy avergonzada. A su alrededor, las risas de los guerreros de las Tierras Altas resonaban en sus oídos.

—Ocúpate de las necesidades de Engla —ordenó Lachlann a Cora.

—Sí, sire, cuidaré bien de ella —la voz de la sirvienta llegó hasta Astrid mientras el montañés cabalgaba con ella.

A su marido, Astrid le dijo:

—Supongo que estoy siendo castigada.

—¿Cree que merece ser castigada?

—Es un hombre duro —acusó Astrid—. Nos ha empujado más allá de nuestra resistencia. Hemos viajado todo el día sin parar a descansar, y Engla está en un estado delicado. Ella no puede…

—Usted también está en un estado delicado, mi señora esposa, aunque no lleve un niño. Ha atendido a Engla desde que comenzamos nuestro viaje y está agotada.

—¿Quizás está disgustado porque cree que le he prestado más atención a ella que a usted?

—Como usted me dijo, señora, es su deber cuidar de los que están enfermos —dijo él—. Ahora deje de parlotear. Tiene necesidad de su fuerza—. Impulsando al semental al trote, Lachlann pronto se alejó de los demás. Astrid sintió la fuerza férrea de su marido contra su espalda. Al principio se sentó rígida, mirando al frente, fingiendo que no pasaba nada, que no estaba tan cerca de él.

Para su decepción, él no parecía en absoluto perturbado por su cercanía, ni por su intento de ignorarle. Le rodeó el cuerpo con los brazos, pero siguió guiando a la montura por el

empinado y estrecho sendero.

Viajando deprisa, pronto perdieron a la compañía muy atrás. Como cada paso que daba la montura lanzaba a Astrid contra el duro pecho de Lachlann, acabó cansándose de su lucha por mantener las distancias con él. Aun así, no se permitió relajarse del todo.

Cuando habían cabalgado un trecho, oyó el torrente de agua. El negro se abrió paso por una pendiente pronunciada. Los brazos de Lachlann se estrecharon en torno a ella. Ella oyó el latido constante de su corazón y sintió el ritmo uniforme de su respiración.

—Ojalá, señora, tuviera un poco de té de brezo para darle.

A pesar de su irritación, Astrid rio suavemente.

—Habla como Cora. Cree que el té es la respuesta a todos los problemas.

—Tal vez no para todos —dijo Lachlann—, pero sí para la mayoría.

Cabalgaron más lejos.

—Entre nuestra gente se dice que el té de brezo es bueno, pero la cerveza de brezo es milagrosa. Si conociera la receta secreta, le prepararía un poco. Dicen los antiguos que está hecha del brezo púrpura y que es mágica. Un trago la reviviría inmediatamente.

—¿Por qué es secreta la receta? —preguntó Astrid.

—Según los bardos, durante generaciones la receta fue custodiada por una familia picta, transmitida de padres a hijos. Cuando los escoceses surcaron los mares y desembarcaron en las costas de Caledon —lo que ahora llamamos Escocia— comerciaron con los pictos para obtener este delicioso brebaje.

Arrullada por la voz de su marido y el fácil andar del semental, Astrid empezó a relajarse.

—Los escoceses ofrecieron grandes premios por la receta, pero los pictos no quisieron divulgarla.

Astrid rio entre dientes.

—Me alegra saber que algunos desafían a los arrogantes montañeses escoceses.

—Pero no por mucho tiempo, señora.

Ella oyó la sonrisa en su voz.

—Un día los astutos escoceses capturaron a los guardianes, el padre y el hijo, de la receta.

—Debería haberlo sabido, lord. Los escoceses tenéis una manera de conseguir lo que queréis, ¿verdad?

Sus párpados se volvieron pesados.

—Primero los escoceses sobornaron a los guardianes para conseguir la receta. Cuando aun así no pudieron conseguirla, los torturaron. Finalmente el padre dijo que contaría el secreto si antes mataban a su hijo, ya que no deseaba que su único heredero lo viera deshonrado. Los escoceses mataron al hijo. Entonces el padre se negó a contar el secreto.

Girándose ligeramente para apoyarle una palma en el pecho, Astrid hundió la mejilla en su suave manto y cerró los ojos. Se rio suavemente.

—Así que los escoceses fueron frustrados.

—Sí, mi señora, pero no por mucho tiempo.

Estaba cansada... muy cansada. El sonido del agua corriendo se hizo más fuerte; la pendiente parecía más empinada.

—El viejo se rio y se burló de los escoceses, confesando que nunca les contaría el secreto. Hizo que lo mataran porque era joven y le quedaban muchos años de vida y no habría renunciado fácilmente a este hermoso mundo de aves marinas, altos acantilados y mar espumoso.

Astrid ahondó en la fuerza que era Lachlann mac Gordon y escuchó el apacible gorgoteo del arroyo de la montaña en el fondo.

—Furiosos, los escoceses arrojaron al viejo por el acantilado. Murió y ahora comparte el secreto de la cerveza de brezo con el mar.

—¿Y nadie conoce el secreto para hacer la cerveza de brezo? —murmuró.

—Los escoceses creamos nuestra propia cerveza de brezo, mi señora esposa, pero nunca recuperamos el secreto del brebaje mágico que murió aquel día con sus guardianes pictos.

—Tal vez algún día, sire, me prepare usted un poco de la cerveza de brezo escocesa.

—Sí —bajó la cabeza, apoyando la barbilla sobre la de ella. Su brazo rodeó su cuerpo, su mano descansando justo debajo de sus pechos. Se sintió cálida y protegida... se sintió segura.

Capítulo 16

Cuando Astrid volvió a abrir los ojos, el semental estaba inmóvil. Giró la cara y jadeó al contemplar la impresionante extensión de una cañada de las Highlands. Las montañas de cimas verdes se inclinaban y elevaban a su alrededor. Las flores silvestres eran puntos de colores brillantes: amarillo, lavanda y rojo.

Árboles frondosos sobresalían aquí y allá, pero en su mayor parte la cañada era llana, cubierta de vegetación baja. Los delicados tonos del helecho y el brezo a ambos lados del sendero se veían interrumpidos por el arroyo de la montaña. El agua que corría era del azul más puro que Astrid había visto jamás: el color de los ojos de Lachlann.

—¿Qué le parece esto, señora?

Ella se habría apartado de él, pero su brazo la mantuvo sujeta contra él.

—No tengo palabras para describirlo —dijo ella—. Es más que hermoso.

—Sí, son las Tierras Altas.

Astrid siguió mirando a su alrededor.

—Sí, lo son.

—Se dice que las Tierras Altas son el hogar del animal más fiero de la tierra, señora. El gato montés.

—No me cabe duda —murmuró ella. Apoyó su mano contra el pecho de él y acarició suavemente su propio gato montés de las Highlands. Usted me recuerda a su tierra, sire.

—¿En qué sentido, señora?

—Esta es una tierra orgullosa y animosa, como el gato montés, salvaje y desarmado. Como usted.

—Lo tomo como un cumplido.

—Sí.

—Gracias, mi señora esposa —ambos se sentaron en silencio un momento, respirando el aire claro y fresco—. Los montañeses somos gente enérgica, señora, y admiramos ese rasgo en los demás.

Astrid reconoció su tono de voz. Ahora la castigaría por las duras palabras que le había dirigido aquella tarde.

—Lo admiro en usted —continuó—, pero no permitiré que me grite como lo ha hecho hoy. Soy el jefe del clan Gordon; mis hombres deben respetarme, de lo contrario no seguirán mis

órdenes. A usted, señora, no se le permitirá socavar mi autoridad.

Ella se estremeció por dentro. Recordó la fuerza de las manos del montañés cuando la había sujetado en los aposentos de invitados de la casa del rey. Sus dedos habían mordido dolorosamente la parte superior de sus brazos.

—No pretendía socavar su autoridad, sire, pero no permitiré que me ignore.

Sus ojos se encontraron y se sostuvieron, los de él imponentes, los de ella desafiantes.

—Tenía buenas razones, señora.

—Yo también, sire.

Durante un tiempo interminable la miró fijamente. Finalmente las comisuras de su boca se levantaron. Sus poderosos brazos la rodearon con fuerza.

Ella se armó de valor.

—Si me hubiera dicho sus razones, sire, no habría... gritado —ella bajó la cara para acariciarle el pecho una vez más—. Prometería no volver a hacerlo, pero...

Lachlann soltó una risita. Ella lo sintió mientras retumbaba en su pecho; oyó el sonido dulce y oxidado mientras la bañaba.

—Conociéndola, señora, apuesto a que sería una promesa rota. Una que es mejor no hacer.

—Sí —respondió ella sin aliento, inclinándose hacia él.

Él la sintió suspirar mientras la abrazaba con fuerza. Se sentía bien abrazarla, bromear con ella.

Sus pensamientos se desviaron hacia el informe de Thomas sobre Berowalt, el emisario del rey Bjorn en el norte de Escocia. Lachlann se alegró de haber tenido la previsión de apostar jinetes montados a intervalos medidos a lo largo del camino desde el norte de Escocia hasta Einarland para que pudieran transmitir rápidamente mensajes de ida y vuelta entre los dos reinos.

Lachlann se había preguntado por qué el emisario de Bjorn no había informado de la muerte de Gunilda, por qué el propio Berowalt no había estado en Einarland para saludar a Lachlann. Esta mañana, en el banquete nupcial, su pregunta había sido respondida.

Thomas había informado de que Berowalt supuestamente había sido hecho prisionero por miembros del clan Gordon, pero que recientemente había escapado de su confinamiento y se dirigía a Einarland.

Lachlann se había inquietado por la noticia. Sabía que sus hombres de clan no habían capturado al guerrero de Einarland, y temía las mentiras y rumores que el hombre contaría a su rey. En lugar de quedarse para refutar cualquier acusación que Berowalt pudiera hacer, lo que posiblemente retrasaría su regreso a casa varias semanas, Lachlann había decidido regresar a toda prisa al territorio de Gordon y librar desde allí sus batallas diplomáticas.

Lachlann sintió una profunda agitación de deseo cuando Astrid se acurrucó contra él. Por el momento dejó a un lado sus preocupaciones sobre el reino, sobre los problemas que Sybil y Angus estaban provocando, los asaltos al ganado, las mentiras. Ya se ocuparía de ellos cuando llegara a casa. En ese momento otras cosas eran más importantes, como la calidez y feminidad de Astrid, su tentadora fragancia femenina, su peso sobre su pecho.

Había querido que cabalgara a su lado, ver su rostro mientras experimentaba por primera vez la agreste grandeza de su país. En lugar de eso, ella había elegido quedarse en el carro y atender a su amiga. Aunque Lachlann sabía que Engla estaba enferma, y era inocente, quería a Astrid con él. Quería que ella le tocara, lo deseaba ferozmente. Por corto que fuera el tiempo transcurrido desde la última vez que se habían apareado, había pasado demasiado tiempo.

Cuidar era fácil para él. Necesitar era difícil. Hacía siglos que había descubierto que mientras no necesitara nada, no se le podía hacer daño. Su fuerza y su soledad eran el resultado directo de esa comprensión. Podía preocuparse, posiblemente podía amar, pero se negaba a necesitar ser amado.

Al sentir la presión de su brazo alrededor de ella, Astrid levantó la vista. Bajó la cabeza y capturó sus labios en un beso largo y dulce.

—Le pido disculpas, señora, por haber iniciado nuestro viaje tan pronto después de su boda.

—Lo repentino de nuestra partida no me preocupa —respondió Astrid—. Estoy preocupada por Engla. Ha estado enferma desde que partimos y no nos ha dejado tiempo para descansar. El movimiento del carro le produce arcadas, sire. Si tan sólo hubiéramos podido detenernos lo suficiente para que su estómago se asentara, entonces tal vez…

—Señora, no podíamos parar. Como le dije a Wyborm, los problemas en mi reino me obligan a viajar rápido —se deslizó del semental, la cogió por la cintura y la bajó a su lado. Mirando a través del arroyo hacia un lejano bosquecillo de árboles que subía por la ladera de la siguiente montaña, dijo:

—Antes de salir de Esberborns esta mañana, envié a dos jinetes por delante. Uno debía explorar en nuestra busca; el otro debía llevar la noticia a mi pueblo de que regreso con mi novia. Mi explorador no ha regresado, y su retraso me preocupa —agarrando las riendas del caballo Lachlann cogió la mano de Astrid entre las suyas. Caminaron hacia el arroyo, sus botas crujían sobre la grava que bordeaba un escarpado desnivel—. Además, señora, desde que salimos de Esberborns nos han seguido a una distancia discreta.

—Sí —dijo Astrid—, oí a sus guerreros hablar de ello, pero no parecían alarmados.

—No, sospecho que son hombres de Bjorn, viendo que salimos directamente del reino. Sólo me preocuparé si no dejan de seguirnos cuando crucemos a territorio Gordon. No importa. He enviado guerreros de vuelta para vigilarlos más de cerca —dio una vuelta completa, mirando en todas direcciones.

—Acamparemos aquí esta noche.

—¿Sólo usted y yo, sire? —preguntó Astrid.

Él sonrió.

—La idea es tentadora, pero le dije a Magnus adónde me dirigía. Él y la compañía se nos unirán más tarde —Astrid se arrodilló a la orilla del arroyo.

Ahuecándose las manos, las llenó de agua fría y se la echó en la cara. Con las manos húmedas se apartó mechones de pelo de la cara, se sacó la camisa de los pantalones y levantó el dobladillo para secarse la cara.

Lachlann condujo a su semental hasta un árbol y ató las riendas a una rama que colgaba

baja.

—Espera aquí, Dhubh-righ —dijo.

—Rey Negro —murmuró Astrid—. Es en verdad un hermoso ejemplar, sire, y con razón se llama así.

—Sí —dijo Lachlann distraídamente, y Astrid supo que sus pensamientos estaban en otra parte. Sacó una bolsa de cuero del lomo del caballo y se la colgó de los hombros—. Conozco un lugar tranquilo más arriba que está resguardado, señora. Si lo desea, puede bañarse y cambiarse de ropa allí.

Astrid enarcó una ceja.

Él sonrió y palmeó la bolsa que llevaba al hombro.

—Aquí tengo una muda de ropa para usted. Tenemos tiempo antes de que se nos unan los demás.

—¿Mi ropa? —dijo ella.

Su sonrisa se ensanchó y el corazón de Astrid dio un vuelco.

—Más pantalones que hice que Cora arreglara para usted. Además, señora, le di instrucciones para que empezara a coserle camisas y pantalones para usted, para que no tuviera que llevar ropa prestada. Así siempre llevará su propia ropa —con las manos en las caderas, Astrid le miró fijamente—. ¿Tan incómodos le resultan los pantalones? —le preguntó.

—No —respondió Astrid—, pero hubiera preferido que me consultara sobre mi vestimenta antes de que ordenara coserlos.

Tras considerarlo un momento, dijo:

—Hagamos un pacto, señora —Astrid asintió—. En su mayor parte dejaré que elija su ropa. Si desea llevar túnicas durante el resto del viaje, sólo tiene que decírselo a Cora.

Astrid sonrió lentamente.

—Deseo llevar los pantalones, sire. Sólo quiero tener un poco de voz en el asunto.

Lachlann rio suavemente.

—Señora, tengo la sensación de que siempre va a tener algo más que un poco que decir en cualquier asunto.

Despreocupados y felices, rieron juntos. Astrid estrechó la mano que le tendía y caminó a su lado hasta una curva protegida del arroyo. Contenta por el calor del sol que la cubría, se soltó el pelo, se despojó de sus ropas sucias y se metió en el agua fría. Tras la conmoción inicial, se hundió bajo la superficie para mojarse todo el cuerpo.

Al levantarse, inclinó la cabeza hacia atrás, dejando que el agua corriera por su cara y sobre sus hombros. La brisa tocó su cuerpo. Tembló, pero el frío le sentó bien.

Abrió los ojos y vio a Lachlann de pie y desnudo en la orilla. Su agotamiento huyó al verle. Su carne estaba dorada al bronce por el sol. Sus pantorrillas, muslos y flancos eran oscuros, ricamente tallados en líneas duras y elegantes. Era suyo.

En lo más profundo sintió una palpitación caliente en la parte inferior de su cuerpo. Él había despertado ese anhelo en ella, la había despertado al deseo. Una vez despierta, no podía

negar sus sentimientos.

Lentamente, él se adentró en el agua hacia ella. Lentamente ella caminó hacia él. Cuando estuvo frente a él, apoyó su mano en su mejilla, la barba rala del día una caricia abrasiva en su palma.

—Me alegro de que me haya traído aquí, mi sire esposo,

—Yo también, mi señora esposa.

Él agradeció su tacto; era dolorosamente dulce. Ella alcanzó con la otra mano su rostro y lo guio hacia el suyo.

—Me gustaría saborearle —murmuró ella.

—Ah, señora —respiró él—, me gustaría que me saboreara.

Su boca reclamó la de él. Haciéndole lo mismo que él le había hecho a ella, exploró pausadamente su boca con suaves roces de sus labios, de su lengua. Lo engatusó para que se abriera y la recibiera. Él lo hizo. Con el beso narcotizante, ella pidió una invasión aún más caliente.

Derritiéndose bajo su calor, Astrid le rodeó con los brazos, aferrándose con seguridad a sus hombros, y luego pasó las palmas de las manos por su musculoso pecho.

Aunque se conocían íntimamente, a Astrid aún le sorprendían las texturas contrastadas que conformaban a Lachlann, su guerrero de las Tierras Altas. Era cálido y suave, frío y duro. Era todo tendones, un inflexible jefe de clan, áspero y rudo, tomaba con autoridad y conquistaba por la fuerza. Ahora, en su desnudez, toda su gloriosa masculinidad se enfrentaba a ella. La guerrera cedió ante su amante. Ella sintió un temblor de vulnerabilidad.

Sus manos le acariciaron y él gimió contra su boca. El grito gutural incitó una respuesta temblorosa en ella. Su respiración se volvió agitada; su corazón tronó.

—Mi sire.

—Lachlann —susurró él. Atrapó una de las temblorosas manos de ella contra su pecho desnudo hasta que ella estuvo segura de que su piel estaba abrasada.

—Lachlann —fue su grito jadeante.

—Shhh. Tenemos poco tiempo. No hable. Sólo siente.

Astrid lo hizo. Se perdió en las sensaciones recién despertadas que Lachlann le había introducido. Maravillosas. Eternas. Calientes y excitantes.

Lachlann la besó una y otra vez. Sus manos la suavizaban y la calmaban, pero su boca seguía saqueándola. Sus labios recorrieron su garganta y sus pechos.

Ella arqueó la espalda para ofrecer más de su cuello, de sus pechos. Toda ella deseaba ser acariciada por él. La garganta. Mentón. Boca. Ella jadeaba.

Sus manos se deslizaron hacia arriba para ahuecar sus pechos; sus pulgares frotaron los pezones hasta que se endurecieron. Sus manos se deslizaron hacia abajo, sobre sus caderas, la parte exterior de sus muslos.

Recorrieron ligeramente su vientre. Sus músculos se sacudieron. Sus dedos tocaron la unión de sus muslos.

—Mi mal.

Sus dedos se deslizaron sobre la suave carne, despertando un torrente de expectación en ella.

—Quiero aparearme contigo —dijo.

Ella también quería aparearse. Más aún, quería que él le hiciera el amor.

Acarició su cara entre sus pechos.

—Ahora, señora. Ahora mismo.

—Sí.

Levantó ligeramente la cabeza para ver la brisa que arremolinaba su cabello húmedo y desatado en torno a sus hombros. Varias hebras le hicieron cosquillas. Los cogió con la mano. Eran como luces de luna plateadas, suaves y sedosas, tan escurridizas como las sombras nocturnas.

De nuevo guio su boca hacia la suya. Se miraron fijamente a través de unos ojos oscurecidos por la pasión antes de que sus labios se encontraran en un beso feroz.

Ella apartó ligeramente la boca, sus labios rozaron los de él mientras decía:

—Hágame el amor, mi guerrero de las Tierras Altas.

—Sí, mi señora esposa.

La estrechó entre sus brazos y se dirigió con ella a las aguas poco profundas. Ambos se echaron hacia atrás, amortiguados por el chapoteo del agua. Él besó su boca, sus mejillas, su cuello, dejando un rastro húmedo.

Sus labios se movían persuasivamente. Ella separó los muslos para él.

Desde el principio Lachlann había admirado la fuerza de Astrid, su inteligencia, su independencia. Todo eso era Astrid de Einarland. Durante su apareamiento saboreó esas cualidades, las atrajo hacia sí.

Pero se había sorprendido, hasta cierto punto humillado, por la dulzura de ella. Le tocó en lugares que nadie más le había tocado. No estaba seguro de si eso era bueno, o si le gustaba, pero tenía que tenerla. Temía que su gentileza le hiciera necesitarla. Esto no debía ocurrir nunca. Nunca debía sucumbir. Jamás.

Al penetrarla lentamente, el placer le recorrió el cuerpo desde la planta de los pies hasta la parte superior de la cabeza. Ella estaba apretada y caliente. Sus sedosas profundidades le recibieron graciosamente, se cerraron a su alrededor con avidez.

Con suavidad pero con firmeza, retrocedió un poco y luego se introdujo en ella hasta el fondo. Las piernas de ella se apretaron a su alrededor para atraerlo aún más profundamente. Estaba envuelto en su calor y suavidad.

Una repentina urgencia se apoderó de él. La penetró una y otra vez. Cada vez, ella se levantaba para encontrarse con él, tensándose con él.

Ella se levantó una última vez contra él. La dicha suprema los reclamó, los consumió, los sostuvo durante varios momentos estremecedores, antes de que finalmente fueran lanzados a la satisfacción total y absoluta.

Capítulo 17

El crepúsculo se asentó sobre la cañada, una de las muchas que Astrid había recorrido durante los últimos cuatro días. Sin embargo, cada vez que veía una cañada nueva, cada vez que presenciaba otra puesta de sol, quedaba maravillada por su belleza. El viento, cada vez más fuerte, agitaba su ropa contra su cuerpo. Rozaba sus mejillas, susurraba en sus oídos. Mientras estaba de pie al borde del acantilado y contemplaba el río abajo, mientras escuchaba su música apresurada, la magia de las Tierras Altas la capturó. De buena gana se entregó a su hechizo. El aire era fresco y se ciñó más su tartán de cuadros rojos y amarillos. Sin embargo, disfrutaba de las dulces secuelas de su reciente apareamiento con su marido. Como él había prometido, su viaje no les había impedido dormir juntos. El miedo que había experimentado hacía cuatro días, cuando se había embarcado por primera vez en este viaje, estaba remitiendo.

No había recibido ninguna prenda de amor del montañés, ninguna promesa de sentimientos tiernos por su parte, pero una paz y una satisfacción que nunca antes había sentido impregnaban todo su ser. El viento agitaba mechones de pelo alrededor de su cara; se burlaban de sus mejillas, de la punta de su nariz. Cuando se los recogió detrás de las orejas, sintió el largo peso de su cabello. Sonrió, pensando en lo mucho que le gustaba llevar el pelo largo y suelto, lo mucho que disfrutaba liberándose del pañuelo nupcial, que las mujeres de las tierras altas no llevaban. Bajó la mirada hacia su mano, hacia el anillo de matrimonio que Lachlann le había regalado. Una ancha banda de oro con el diseño de una hoz significaba que era su esposa. Eso también le gustaba. Sí, disfrutaba de muchos aspectos de estar casada con el bárbaro. A medida que iba conociéndole mejor -por extraño que parezca, cuanto más se apareaban, más aprendía sobre él- supo que las acusaciones que Gunilda había hecho contra él no podían ser ciertas.

Einher había elogiado a menudo a Astrid por juzgar bien el carácter, y así era. Nunca habría sentido ternura por un hombre que fuera la bestia que Gunilda había pintado que era Lachlann, y creía que Gunilda había visto al hombre como ella quería verlo o como quería que los demás lo vieran.

En realidad, Lachlann era un tipo lujurioso. Lo admitía. Pero también era un amante hábil, y nunca fue bestial.

Bien podría llamársele insaciable, pensó Astrid, pero en lo que se refería a su marido, ella misma era insaciable.

Sí, sentía algo tierno por él. Con infinita paciencia y delicadeza, él había tocado sus lugares secretos, su yo secreto, y le había proporcionado una gran alegría. Le había enseñado que no tenía nada que temer de la pasión, y ese conocimiento había disminuido muchas de sus inhibiciones. Poco a poco se fue enamorando de él.

Su única decepción era que Lachlann mac Gordon no sintiera lo mismo por ella. Ella quería de él algo más que un letching: quería ser algo más que la madre de sus hijos.

Astrid miró hacia el cielo que se oscurecía y vio un grupo de tres estrellas, de tamaño graduado. Le recordaron a una familia: padre, madre e hijo. Mientras contemplaba la centelleante belleza nocturna, juró que conseguiría que Lachlann mac Gordon se enamorara de ella. Lo haría amándolo tan completamente que su letargo por ella se convertiría en amor.

—¡Princesa Astrid! —la llamada de Cora desde la distancia rompió el hechizo que las Tierras Altas habían lanzado sobre Astrid; la hizo volver al presente.

—Aquí arriba —respondió ella.

—Se está haciendo tarde, señora —dijo la anciana, resoplando mientras subía la colina hacia su ama—. Ya era hora de que se metiera en la cama. Me imagino que comenzaremos nuestro viaje temprano por la mañana.

—Eso sospecho. ¿Cómo está Engla?

—Está descansando plácidamente —respondió Cora—. Que es más de lo que puedo decir de Brian.

El padrino de Lachlann había sido atacado por una cerda jabalí a primera hora del día. Él, Magnus y Ghaltair habían estado buscando a un caballo extraviado cuando, sin darse cuenta, habían tropezado con la guarida del jabalí. Sobresaltado, el caballo de Brian le había tirado y se había convertido en presa de la furiosa cerda.

—Su pierna está malherida.

—A decir verdad, señora —dijo Cora—, esa cerda jabalí se la ha destrozado bastante. ¿Cree que habrá que amputársela?

—Está mal —respondió Astrid—, pero creo que podemos salvarla.

—No sería peor para él perderla que no poder caminar sobre ella —dijo Cora.

—Si lo curo, Brian no será un lisiado. Eso lo prometo —Cora asintió—. Le enseñará a ser más cuidadoso durante la época de partos.

Cualquier madre protegerá a sus crías, y el jabalí es uno de los más viciosos.

—Sí.

Permanecieron en silencio, saboreando el silencio mágico de la escena. Finalmente Astrid preguntó:

—¿Qué está haciendo mi marido?

—Está visitando a los guerreros de las Tierras Altas que se nos unieron antes. Probablemente lo estará durante horas —dio uno o dos pasos por el sendero—. Deberíamos volver al campamento. Recuerda lo que le dijo su sire.

—Sí —Astrid sonrió perezosamente y giró el anillo en su tercer dedo—. Recuerdo lo que dijo.

Él le había prometido llevarla a la dicha muchas veces antes de morir. Hasta ahora había cumplido con creces esa promesa. La había llevado a la dicha y más allá. De nuevo un cálido placer fluyó a través de ella al recordar su último encuentro.

Pero no importaba la frecuencia con la que se aparearan, ella seguía hambrienta de su tacto. Sabiendo que él aún estaba en una reunión con sus guerreros, ella no tenía prisa por

regresar al campamento. Disfrutaba estando aquí sola.

—Ve y prepara nuestra cama. Yo iré enseguida —Astrid respiró profundamente el aire puro y fresco—. Además, por favor, ve a ver cómo está Brian por mí. Dejé los envases de medicinas fuera por si hay que cambiarle las vendas.

—Yo me ocuparé de él —dijo Cora.

—Si no está mejor —instruyó Astrid—, házmelo saber. Me sentaré con él. Seguro que esta noche tiene fiebre.

—Si no se encuentra mejor, yo misma me sentaré con él. Necesita descansar.

Astrid dio las gracias y observó cómo la sirvienta desaparecía entre las sombras. Con nostalgia miró de nuevo al cielo nocturno y vio las tres estrellas. Sus estrellas, pensó. Las suyas y las de Lachlann... y las de su primogénito.

Unos minutos después, Astrid oyó un ruido y se volvió, pero no vio nada. Probablemente un bicho nocturno, pensó, y empezó a avanzar hacia el campamento. Al principio estaba al aire libre, bañada por la luz de la luna. Luego entró en un estrecho pasadizo entre rocas altas y salientes que tapaban la luna.

Oyó un crujido. ¿Una pisada? Apoyando una palma contra la pared izquierda de roca, se detuvo y escuchó. Oyó el repiqueteo de guijarros deslizándose por una pendiente rocosa. Luego todo quedó en silencio.

Esperó. Escuchó. Dio otro paso, adentrándose más en la oscuridad del pasadizo. Dos pasos más. Tres. Vio un resquicio de luz de luna. Caminó más rápido. Estaba en la abertura.

Una mano rodeó su boca; un brazo rodeó su cuerpo. Su grito fue ahogado. Ella sacudió la cabeza, pero unos dedos duros y callosos se clavaron en sus mejillas. Su agresor la arrastró detrás de un grupo de rocas.

—Deje de luchar, señora —ordenó una voz grave y áspera.

Conmocionada, dejó de forcejear. La mano se apartó de su boca.

—¿Kirkja? —Ella no podía verlo, pero había reconocido su voz—¿Eres tú?

—Sí —él deslizó la mano completamente lejos de su boca pero no soltó su hombro—. Por favor, no me traicione.

—¿Por qué se esconde? —preguntó Astrid—. Somos aliados de los escoceses del norte.

Kirkja permaneció detrás de ella, con la fuerza de hierro de su cuerpo apretada contra el de ella.

—Tal vez —dijo, y la soltó.

Ella se volvió para verle retroceder, con la luz de la luna brillando en su casco cónico. El polvo cubría su ropa desde el casco hasta las botas. Suspirando, como si llevara el peso del mundo sobre sus hombros, se despojó de sus guantes de cuero y se los pegó a los pantalones y luego se los metió en la faja. Se quitó el casco y lo depositó sobre un peñasco cercano.

La estudió con tanta atención como ella a él.

—¿Lleva pantalones, señora?

—Sí —respondió ella—. Son cómodos para cabalgar. Mi marido me ha dicho que las

mujeres de las Tierras Altas los llevan cuando van de viaje o a cazar.

Kirkja frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Es una costumbre extraña, señora.

—¿Cuál? ¿La ropa o la cacería?

—Ambas.

—Al principio también pensé que los pantalones para las mujeres eran extraños, sire, pero disfruto llevándolos. Son mucho más cómodos —ella sonrió—. Seguro que no ha venido aquí a reprenderme por la ropa que llevo.

—No, mis guerreros y yo hemos estado siguiendo al bárbaro durante algún tiempo.

—Sí, sabíamos que nos seguían.

—Cabalgamos despacio, señora, porque no estaba seguro de qué hacer. Usted ya está casada con él. El daño ya está hecho y no puedo probar nada.

—¿De qué está hablando, Kirkja? —preguntó Astrid—. No hable con acertijos.

—Es el bárbaro —soltó—. Nos ha engañado.

—¿Cómo?

El rostro curtido de Kirkja estaba arrugado por la preocupación, sus movimientos cargados de agitación.

—El día después de que el bárbaro partiera de Esberborns con usted y Engla, Berowalt llegó a la aldea.

Astrid se dio cuenta de que Kirkja llamaba a Lachlann 'el bárbaro'. Esto era inusual en él. Siempre respetuoso con el montañés, Kirkja nunca se había referido a él en términos despectivos.

—Si Berowalt hubiera llegado antes de la partida del bárbaro —Kirkja cerró la mano en un puño— usted no se habría visto obligada a casarse con él. Habríamos visto al bárbaro como el embustero que es.

La acusación de Kirkja dolió a Astrid.

—Es la segunda vez que habla del engaño de mi marido, sire. ¿Qué cree que ha hecho para merecer tal acusación y falta de respeto?

—Cuando el bárbaro supo que Berowalt se dirigía a Einarland para contarnos la muerte de Gunilda, ordenó que lo capturaran y encarcelaran. Él quería asegurarse de que no nos enteráramos de la verdadera historia de la muerte de Gunilda. Pero Berowalt logró escapar.

La anterior satisfacción de Astrid se desvanecía con cada palabra que pronunciaba Kirkja. Un sabor horrible le llenaba la boca.

—¿Cuál dice Berowalt que es la verdadera historia de Gunilda?

Kirkja sacudió la cabeza.

—El bárbaro la mató.

—¡No! —las piernas de Astrid se negaban a sostenerla. Se apoyó en la roca más cercana.

—Gunilda se había enterado de que su marido -vuestro marido- pretendía traicionar al

pueblo de Einarland. Su clan ya estaba conspirando con algunos pictos para derrocar nuestra colonia. Gunilda informó a Berowalt de todo lo que estaba ocurriendo y le envió a casa con la noticia. Tras ser capturado por los hombres de lord Lachlann, Gunilda decidió advertirnos ella misma, pero el bárbaro se enteró. La capturó a ella también, y en un ataque de furia la golpeó hasta que murió... y con ella el niño. Por eso trajo sus cenizas para la ceremonia conmemorativa. Quería que nadie viera su cuerpo.

—¡No, Kirkja, no me lo creo!

Se miró la mano, su anillo de matrimonio. El hombre que se había apareado con ella, que le estaba enseñando las sutilezas del amor, no podía... Astrid se controló mentalmente. Era ella, y no Lachlann mac Gordon, quien pensaba en términos de amor. Había jurado desde el principio que le estaba enseñando a disfrutar del placer carnal. ¡Placer carnal! ¡Eso era todo!

Aun así, ella creía en él y lo defendería.

—Lachlann desea demasiado un hijo para haber matado a Gunilda cuando estaba encinta.

—Berowalt ha traído las noticias —la voz de Kirkja era suave. Se acercó más a ella—. ¿Creerá a Lachlann mac Gordon antes que a mí?

—Creo que me está diciendo lo que cree que es la verdad, pero creo a Lachlann.

No, ella no podía creerlo de él. En verdad, sus tiernos sentimientos por él se interponían, así como el conocimiento de que él deseaba un hijo más que nada en el mundo. También se interponía su juicio sobre carácter. Algo muy dentro de ella quería creer -creía- en la inocencia de Lachlann.

—Berowalt es uno de mis mejores guerreros, Astrid. Es un hombre honorable. No mentiría.

Astrid había sabido cuando dejó Esberborns que su vida cambiaría, pero nunca había imaginado que cambiaría así. El hombre al que empezaba a amar estaba acusado de asesinar a Gunilda y al bebé nonato. Un hombre por el que ella sentía la más alta estima y respeto, lord Kirkja, era el acusador. Su viejo amigo no lanzaría tales acusaciones sin una causa justa.

—Según lo que Berowalt oyó, Lachlann quería deshacerse de ella porque sabía demasiado sobre sus planes. Ella era una amenaza para él.

El hombre que la amaba con tanta ternura no podía haber torturado a su esposa, no podía haber matado a su propio hijo nonato.

—Pero regresó a Einarland en busca de otra novia —señaló Astrid.

—Sí, eso formaba parte de su plan —dijo Kirkja—. Quería a alguien que no supiera nada de él ni de sus planes.

—¡No! —Astrid sacudió la cabeza—. No creo las noticias que trae Berowalt. Son mentiras, Kirkja. ¡Mentiras! Nada de lo que dice tiene sentido para mí.

—Berowalt trajo noticias de otra alianza —dijo Kirkja—. Una formada para oponerse al bárbaro, una que busca aliarse con nosotros para acabar con esta traición.

—Una liderada por Sybil y su marido —conjeturó Astrid. Los ojos de Kirkja se abrieron de par en par.

—Sí. ¿Qué sabe usted de ellos?

Astrid se encogió de hombros.

—Sólo lo que he oído decir a mi marido. No más de lo que usted ha dicho.

El viejo sire hizo una pausa para pensar. Finalmente dijo:

—He acudido a usted en secreto, Astrid, para pedirle un favor, sé que no se casó con el bárbaro por amor.

Ella no dijo nada.

—Lo hizo para salvar a Engla y a su bebé —él la miró a la cara—. ¿No es así, señora?

Ella sólo le miró fijamente.

—¿No lo hizo, señora? —insistió él.

—Sí —dijo ella—, ése fue el motivo del matrimonio.

—Ahora, señora, le pido que se convierta en mis ojos y oídos en el norte de Escocia —su petición llenó de alarma a Astrid. Su viejo amigo, al que en un tiempo había considerado su único amigo, quería utilizarla.

—¿Por qué a mí, Kirkja?

—Porque usted conoce la magia de las runas y puede enviarme mensajes que nadie más puede leer. Porque está casada con el príncipe del norte de Escocia y jefe del clan Gordon. Como su esposa, estará al tanto de información confidencial que puede ser útil para nuestro pueblo —Kirkja insistió en su caso—. Es usted una mujer inteligente, Astrid. Comprenderá lo que está ocurriendo.

Astrid estaba preocupada por lo que había oído sobre Lachlann, pero no estaba dispuesta a creerlo a pies juntillas. La deslealtad a su marido no le resultaba fácil.

—No me gusta lo que me pide que haga —dijo—. Puede que no me haya casado con el Highlander por amor, pero no deseo convertirme en una informante, posiblemente una traidora, dentro de su casa. Soy su esposa.

—Comprendo sus dudas —dijo Kirkja—, y no se lo pediría si no fuera importante para la colonia. Su pueblo depende de usted. Debo saber quién conspira con los pictos, Astrid. Quién de los montañeses es de fiar y quién no.

El viento azotaba a Astrid y ella tiró del tartán que le había regalado su marido. Miró el material rojo y amarillo, los colores de los Gordon. Lachlann le había pedido que llevara esos colores con orgullo. Ahora Kirkja le pedía que se escondiera tras esos colores mientras espiaba a su marido e informaba a Kirkja de lo que veía.

—¿Y si todo lo que Berowalt te ha repetido son mentiras? —preguntó Astrid—. ¿Y si Gunilda se suicidó?

—Si Lachlann la obligó a tomar el veneno —dijo Kirkja—, es culpable de asesinato.

—¿Y si Sybil y su marido -o alguien más- son responsables de la muerte de Gunilda?

—Eso es lo que deseo que averigüe —dijo Kirkja.

—¿Le ha enviado Wyborm a pedírmelo?

—No. No sabe nada de lo que estoy haciendo.

—¿Está Wyborm negociando ya con Sybil y su marido?

—No lo sé.

Astrid resopló amargamente.

—Querría que espiara a mi marido y le informara de todo lo que sé, Kirkja, y sin embargo usted no me dirá nada.

—No sé lo que Bjorn va a hacer de un amanecer a otro —se paseó frente a ella, deteniéndose finalmente para pasarse la mano por el pelo— Debo saber la verdad, y usted es la única que puede ayudarme.

Astrid se apartó del viejo guerrero. Sopesando sus opciones, considerando la petición de Kirkja, se quedó mirando el agua que corría abajo, oyéndola más que viéndola.

—¿Y si el informe de Berowalt es cierto? —preguntó Astrid.

Kirkja no respondió.

Se volvió.

—Si mi marido se enterara de que soy una informante, mi vida estaría en peligro, sire, y la vida de mi bebé, si llegara a concebir.

—Sí —parecía abatido—. Como dije antes, usted es una mujer ingeniosa e inteligente, más que Gunilda. Es obvio que el bárbaro le tiene manía. Úselo a su favor.

Las lealtades conflictivas desgarraban a Astrid. Todos querían utilizarla. Bajó la cabeza para contemplar el río abajo. El sonido de unas botas crujiendo sobre la grava la alertó de que alguien se acercaba. Ella y Kirkja se giraron en el mismo instante.

Ella levantó un dedo y se tocó los labios para silenciar al sire de Einarland. Aunque habían estado hablando en su lengua materna, y por lo que ella sabía las únicas personas en el campamento que la hablaban eran Cora y la bardo, advirtió a Kirkja que no dijera nada más.

Lachlann apareció en el claro.

—Estaba preocupado, mi señora. La hora se hacía tarde y aún no habíais regresado al campamento.

—Le pido disculpas por haberle causado preocupación —contestó Astrid—. Me encontré con lord Kirkja y estuvimos hablando. No me fijé en la hora, mi sire esposo.

El Highlander y el guerrero Einarland se encararon.

—Lord Kirkja, me sorprende verle.

Con Astrid de intérprete, los dos hombres conversaron.

—A mí quizás, pero no a nosotros... seguramente —dijo Kirkja—. Debíais ser conscientes de que os seguíamos.

—Eso hacíamos —convino Lachlann—. Pero me sorprende veros aquí, hablando con mi esposa.

Aunque Lachlann hablaba en voz baja, Astrid vio el brillo peligroso en sus ojos azules. Mientras pronunciaba la traducción, intentó mantener la calma.

—Le ruego me disculpe, lord Lachlann —dijo Kirkja—. Vine directamente al río para dar

de beber a mi montura. Vi a lady Astrid de pie, mirando hacia abajo. No pude contenerme y me acerqué a hablar con ella. Ahora que usted lo ha señalado, me doy cuenta de que fue de lo más impropio. Como sabe, siento el cariño de un padre por lady Astrid. No pretendía desairarla.

El cuerpo de Lachlann irradiaba tensión; su voz era dura. No dudó de que Kirkja también sintiera su desagrado.

Astrid ya había interpretado las palabras de Kirkja antes de que Lachlann dijera:

—Nos ofendemos cuando no se respetan las costumbres.

—De nuevo le ofrezco mis disculpas —dijo Kirkja.

Lachlann asintió.

—Le invito a usted y a sus guerreros a pasar la noche en el campamento con nosotros, lord Kirkja.

—Gracias —respondió el viejo guerrero—. Acepto.

Los tres regresaron al campamento en silencio, Lachlann y Kirkja caminando juntos, Astrid deliberadamente rezagada. Pensó en lo que Kirkja había dicho sobre su marido, sobre el hombre del que se estaba enamorando.

Sí, se estaba enamorando de Lachlann mac Gordon, y ese pensamiento la asustaba. Una vez se había jactado de que ningún hombre tenía el poder de hacer que se quitara la vida; ella era dueña de su destino. Pero si Lachlann había matado a Gunilda, era él quien controlaba el destino. Con qué facilidad Astrid podría convertirse en su próxima víctima... si lo que Berowalt había dicho era cierto.

Cuando llegaron al campamento, Astrid estaba completamente confusa y agitada. Viejos temores habían vuelto para atormentarla.

Se detuvo en el jergón de Brian, donde Cora la atendía. Como ella había temido, Brian estaba febril y dormía de forma irregular.

Lachlann y Cora sostenían antorchas cerca para que ella pudiera examinar la herida de su pierna. Con un paño humedecido en agua tibia, volvió a limpiarla. Luego, con su cuchillo, abrió una hierba de raíz cuidadosamente seleccionada y exprimió la pulpa blanca y gelatinosa sobre el corte en carne viva.

—Está mal —dijo Lachlann en voz baja.

—Sí.

A primera hora del día, inmediatamente después de que Ghaltair y Magnus hubieran regresado al campamento con Brian, Astrid le había rajado la pernera del pantalón. Ahora apartó el material, cogió la mano de Lachlann y dirigió la luz de la antorcha hacia abajo.

—He visto a hombres perder miembros con heridas mucho menos graves que ésta —dijo.

—Era lo que le estaba diciendo, sire —dijo Cora, inclinándose más cerca—. ¿Ve alguna raya en la carne?

—No —dijo Astrid. Tocó el muslo del guerrero—. Su cuerpo arde de fiebre, pero hasta ahora no veo otros signos que indiquen que la herida supura.

—¿Quedará lisiado si conserva la pierna? —preguntó Lachlann.

—No, sire. La cerda rasgó bien la carne, pero no seccionó el músculo. Aunque su pierna estará rígida y dolorida durante mucho tiempo, y lucirá una horrible cicatriz durante el resto de su vida, debería recuperarse por completo.

Cogió un frasco lleno de un líquido de color oscuro hecho con hojas de acedera.

—Sujétele los hombros —le indicó a Lachlann—. Quiero que tome varios tragos de esta poción para bajarle la fiebre y ayudarle a dormir.

Brian se despertó cuando Lachlann lo levantó. Abrió los ojos sombríos y enrojecidos por la fiebre.

—¿Qué está haciendo, milady? —balbuceó.

—Intentando curarle —dijo ella, y le puso el borde del frasco en la boca—. Beba un poco de esto.

Él tragó un poco, tuvo arcadas y apartó la cabeza de un tirón.

—¡Por todo lo sagrado! —vomitó el resto del trago—. Si la herida no me mata, señora, la cura seguramente lo hará.

Astrid se rio.

—Padrino Brian, vas por buen camino para recuperarte. Ahora, no tengo más hojas de acedera, y —sostuvo el frasco medio lleno—, sólo queda esta cantidad de tintura. Si desea descansar con cierta comodidad esta noche, tomará dos tragos de esto y se lo guardará.

Un espasmo de dolor le hizo hacer una mueca de dolor.

—Lo intentaré, señora —murmuró. Cuando Brian volvió a tumbarse dormido en su jergón, Astrid le echó el manto por encima. Miró a Lachlann.

—Con su permiso, sire, pasaré la noche con él.

—Permítame, ama —dijo Cora—. Está agotada por tener que cuidar de Engla.

—Sí, señora, estoy de acuerdo con Cora —dijo Lachlann.

Después de que Astrid se asegurara de que había preparado suficiente medicina para pasar la noche, dio instrucciones a Cora y se levantó. Lachlann la acompañó a su tienda.

—Volveré en breve, señora —dijo—. Me gustaría hablar más tiempo con lord Kirkja.

Astrid podía saber que Lachlann no olvidaría su anterior conversación con el sire de Einarland. Un ajuste de cuentas sería, en efecto, inminente.

—Iré con usted a interpretar —se ofreció ella.

—No hace falta —respondió él—. Iré a buscar a Niall.

Despedida sumariamente, ella murmuró:

—Buenas noches.

—Hablaré con usted cuando regrese, señora.

Ella asintió y se deslizó hacia el refugio. Sin encender una lámpara, se despojó de sus ropas y se puso la bata de dormir. Contenta por el grosor del jergón, se deslizó entre las mantas de la cama. De nuevo la consumían los pensamientos sobre Lachlann, sobre la negra hazaña que se le

acusaba de cometer, sobre lo que Kirkja le había pedido que hiciera.

No sabía dónde estaba su lealtad.

Pasó el tiempo. La actividad en el campamento se extinguió en la quietud. La única luz era la del gran fuego, que un guerrero atendía. Astrid dormitaba profundamente y finalmente la despertó el crujido de la tela cuando Lachlann apartó la abertura y entró en la tienda. Se arrodilló sobre el jergón.

—¿Está dormida? —preguntó.

—No —ella oyó el tintineo sordo mientras él se quitaba los cinturones de las armas y los dejaba cerca de la cama.

—¿Nos iremos temprano por la mañana, sire?

—No —dijo Lachlann—. Descansaremos parte del día.

—¿Ha revisado a Brian antes de venir a la tienda?

—Sí. Sigue durmiendo, y Cora dijo que está menos inquieto que antes. También he comprobado cómo está Engla. Está durmiendo profundamente.

Lachlann se quitó la camisa, se desabrochó los cuaranes y se deslizó fuera de ellos. Astrid yacía en silencio. Había estado esperando a que él la interrogara sobre su conversación con Kirkja. Ella no le facilitaría la inquisición.

—Supongo que usted y lord Kirkja tuvieron una charla amistosa —dijo.

—Sí.

Se quitó los pantalones y se estiró junto a ella. Ella había llegado a apreciar dormir con él. Estar juntos en la intimidad del jergón de su tienda siempre reavivaba de inmediato el fuego que sólo Lachlann mac Gordon podía encender en su cuerpo. Pero ahora se interponía entre ellos la noticia de que Lachlann podría haber asesinado a Gunilda y a su hijo nonato. La petición de Kirkja se interpuso entre ellos.

Ella tenía que decidir dónde estaba su lealtad: con el pueblo de Einarland o con su marido de las Highlands.

Ella se giró sobre su costado; él también lo hizo, estrechando su espalda contra su pecho desnudo y sus lomos.

—¿Qué noticias le ha traído Kirkja?

Inocente era la pregunta, pero doblemente significativa.

No dispuesta a responder a la pregunta, pero incapaz de mentir, Astrid se revolvió en su abrazo. Hasta que hubiera decidido qué hacer, tenía la intención de mantener su propio consejo.

Le pasó ligeramente la mano por el muslo hasta el pecho desnudo, empujando con el dedo la espesa mata de pelo negro. Su boca encontró su pezón; su lengua comenzó un suave asalto.

—Mi sire esposo —murmuró ella—, no discutamos asuntos intrascendentes.

Lachlann la estrechó entre sus brazos.

—Estoy de acuerdo, mi querida ¿Por qué deberíamos perder un buen rato hablando cuando podemos estar disfrutando de placeres carnales?

¡Placeres carnales! Las palabras clamaron en la cabeza de Astrid hasta que pensó que seguramente gritaría. Pero no lo hizo. Ni permitió que la odiosa burla la detuviera de aparearse con el bárbaro... de hacer el amor con el hombre al que llamaba esposo.

Capítulo 18

Astrid, vestida con sus pantalones y su camisa y lista para reanudar el viaje a la aldea de Lachlann, estaba de pie junto a el corral provisional que Lachlann había levantado para acorralar a los ponis y a los animales de carga. Pensando en todo lo que había ocurrido durante su acampada, observó a Rayo de Luna galopar entre la pequeña manada.

—Buen, señora, ¿ha dormido bien? —Lachlann se acercó al coral para ponerse a su lado.

—Sí, sire. —Astrid coloreó. Habían dormido poco.

Ella vio el brillo diabólico en sus ojos y el tic de su boca. No le cabía duda de que sus pensamientos eran los mismos que los de ella.

—¿Ha comido lo suficiente para romper el ayuno?

Ella asintió. Él levantó una mano y pasó ligeramente su dedo enguantado por debajo de cada uno de sus ojos.

—La piel está ensombrecida.

Ella se encontró con su mirada escrutadora y una vez más deseó poder detener las preguntas con el fuego de su pasión... la pasión que él había despertado en ella, la que compartía tan descaradamente con él.

—¿Quizás esté aún cansada?

Las palabras expresaban preocupación, pero ella oyó un trasfondo de sospecha, como si él supiera algo y la estuviera animando a confesar. ¿O era la culpa la que la hacía imaginarlo?

—No, sire, estoy más descansada y contenta de lo que nunca me he sentido.

Lachlann levantó las cejas.

—¿Quizás está preocupada por Brian? —De nuevo sintió como si Lachlann sospechara algo.

—No, sire. Cuando le cambié las vendas a primera hora de la mañana, estaba rabioso como un toro, listo para levantarse. Cojea y tiene mucho dolor, pero lo niega. —Miró por encima del hombro para ver a Brian hablando con Magnus—. Hablando de ellos, sire, creo que Magnus siente ternura por Engla.

—Tiene órdenes de cuidar de ella. —Dijo Lachlann.

Cogió la barbilla de Astrid y giró suavemente su cabeza para que se viera obligada a mirarle a los ojos. Esperó la respuesta a su pregunta, la pregunta que no tenía que repetir. Ella no lo había olvidado.

Había pasado la noche en sus brazos, dejando que la pasión borrara sus problemas, sus

dudas, dejando que dejara en suspenso el momento en que debía decidir entre Kirkja y su marido.

Había pasado la mañana considerando sus opciones y deseando poder tomar el camino más fácil. Lachlann no tenía forma de saber lo que Kirkja le había dicho, lo que le había pedido que hiciera. Nada la obligaba a decírselo. Nada más que su inclinación por la honestidad y su deseo de un matrimonio tranquilo entre ella y su marido. Nada salvo la oportunidad de que tuvieran un futuro juntos.

Lachlann rompió el silencio que había entre ellos.

—¿Qué le preocupa, señora?

La vida le había enseñado a Astrid que la honestidad, por dolorosa que fuera, era siempre la mejor solución para cualquier problema. Ella siempre había intentado adherirse a esta política y no podía, no quería, cambiar ahora.

—Lord Kirkja me informó de que Berowalt, nuestro emisario en el norte de Escocia, regresó a Esberborns el mismo día que partimos, sire.

—Eso me dijo Kirkja, —dijo Lachlann, con el rostro ilegible.

—También dijo...

Lachlann escuchó en silencio mientras Astrid repetía lo esencial de la conversación de Kirkja con ella. Omitió la petición de Kirkja de que se convirtiera en informante para él.

Cuando ella concluyó, Lachlann dijo:

—Usted ha puesto a mis pies acusaciones hechas por su gente, señora. ¿Ahora me pide mi versión de los hechos? —Sus ojos escrutaron de nuevo su rostro mientras añadía—: Me pregunto si está preparada para oírlo.

—Póngame a prueba, sire.

—No tengo alternativa. Pero me temo que mi respuesta no os complacerá, señora. —Todos los temores y dudas de Astrid volvieron a asomar con más fuerza que antes.

—Estabais casada con un hombre viejo e impotente, señora, que se refugiaba en la lectura y la impartición de la ley.

Astrid se erizó ante su evaluación de Ein-her.

—Habla como si eso fuera una debilidad, sire. No lo era. Mi marido era un hombre gentil, que vivía según altos ideales.

—No discutiré con usted lo que fue su primer marido, señora, pero su segundo y actual marido no es ninguna de esas cosas.

—Ahora está casada con un guerrero motivado por la pura necesidad de supervivencia, uno que vive por la espada. —Malcoim suspiró pesadamente—. Como ya le dije una vez, el rumor se construye generalmente sobre una base de verdad. Así es en este caso.

Se dio la vuelta y se alejó unos pasos. De espaldas a ella, apoyó la palma de la mano contra un árbol y miró a lo lejos.

—Dije la verdad cuando estaba en Einarland. Hice prisionera a Lady Gunilda cuando supe que era culpable de traición, pero no la asesiné a ella ni al hijo que dio a luz. Ella tomó su propia

vida y la de su hijo.

—Berowalt informó que fue golpeada hasta la muerte.

—La habían golpeado, pero no fue la paliza lo que la mató. —Lachlann se volvió para mirarla, su semblante duro e inflexible.

—¿Usted la golpeó?

Sus ojos se entrecerraron.

—¿Qué cree usted?

—Creo que es inocente de ambos cargos. No me hubiera casado con un hombre que golpea a mujeres inocentes o que es un asesino.

Acortó la distancia que los separaba.

—No soy un asesino, aunque confieso que quise matarla, pero de haberlo lo habría hecho con mis propias manos. —Su voz era tan cruel como su semblante—. Quería ponérselas alrededor del cuello y estrangularla hasta la muerte por la deshonra que había traído sobre mí y el nombre de mi familia. Quería matarla porque había tratado a traición a mi casa y a mi reino, porque intentaba negarme a mi hijo.

El miedo recorrió la espina dorsal de Astrid.

—Siento que haya perdido a su hijo, sire.

—Yo también, señora. Por eso nunca perdonaré a Gunilda. Ya había concebido a nuestro hijo cuando empezó a colaborar con los escoceses renegados. Desarrolló una repentina afición por la caza y me preocupé porque no se cuidaba. A veces, parecía que se arriesgaba deliberadamente a hacerle daño al niño.

Respiró profundamente.

—Poco sabía yo que sus excursiones de caza eran una treta. Se estaba asociando con el enemigo. Poco después huyó y se unió a ellos. Mis compañeros de clan y yo la buscamos hasta que la encontramos. —Con una mano agarraba el tronco de un árbol joven cercano: la otra la tenía flexionada en un puño—. Estaba embarazada de mi hijo, pero se acostaba con mi enemigo. Realmente quería matarla.

—¿Qué hay de él, sire?

Lachlann la miró.

—¿Mató a Kim?

—Lo habría hecho, —confesó—, pero Gunilda no quiso decirme quién era. Juré ante Dios que el día que lo averiguara, daría caza a ese bastardo y lo mataría.

El rostro de Lachlann era oscuro y furioso. Astrid sólo lo había visto así una vez, cuando había insultado su honor delante del Consejo de Justicia. Tembló ante la cara de una ira tan indisimulada.

—Mientras cabalgábamos de vuelta, Gunilda se burló de mí con su amante y me prometió que nunca tendría el hijo que deseaba. No dejaba de repetirme que se desharía de él. No le presté atención. Pensé que sólo quería hacerme enfadar. —Lachlann sacudió la cabeza como si aún no pudiera creer lo que había sucedido—. Debido a su estado viajábamos despacio, descansando

con frecuencia. No tuve ni idea de que había tomado el veneno hasta que ya se estaba muriendo. —Cerró los ojos: el sudor le goteaba en el labio superior—. Su muerte fue dolorosa, y no pude hacer nada más que mirar... mirar cómo moría.... No quiso decirme quién le dio el veneno, pero reconocí el frasco como uno de los de Sybil. Gunilda sí confesó que se suponía que las bayas sólo la habían enfermado lo suficiente como para matar al bebé... no a ella misma. Aun así, ante la muerte, se rió y se negó a decirme el nombre del hombre que dirigía a los conspiradores.

—Si fue Sybil, ¿supone que pretendía matar a Gunilda?

—En aquel momento no lo creí así. Sabiendo que Sybil temía que yo tuviera un hijo, un heredero, pensé que sólo había pretendido matarla. Pero a la luz de los últimos acontecimientos, he empezado a pensar de otro modo. Posiblemente Sybil esté trabajando con los renegados e Gunilda lo sabía. De ser así, Gunilda habría supuesto una amenaza para Sybil.

—Dándole a Sybil una buena razón para matarla, —añadió Astrid.

—Si algo de esto es cierto, ambos me traicionaron. —Lachlann caminó hacia donde estaba Astrid. Le cogió el cuello y la acercó suavemente—. Pienso poco en la gente que me traiciona, señora.

Alto, ancho y formidable, su rostro expresando toda su furia infernal, se plantó ante ella. Su cuerpo tembló y ella quiso huir.

—Berowalt fue capturado y encerrado, —dijo Astrid—. Afirma que fue por los hombres de su clan.

—No sé quién es el responsable —dijo Lachlann, con la mano masajeándole suavemente el cuello y el hombro—, pero yo no di la orden. Era el emisario de Einarland en nuestro reino. Sabía que enviaba mensajes a su pueblo y, en su mayor parte, sabía cuáles eran esos mensajes. En aquel momento no suponía ninguna amenaza para mi padre ni para mí. Ahora no estoy tan seguro. Pero investigaré este asunto más a fondo cuando llegue a casa. —La soltó y dio un paso atrás—. Ahora, señora, ¿han sido respondidas todas sus preguntas y disipadas todas sus dudas?

—Si es usted inocente, ¿por qué dejamos Esberborns con tanta prisa?

—Thomas y Ghaltair me trajeron noticias de que había grandes disturbios en el reino y de que Berowalt, supuestamente hecho prisionero por los hombres de mi clan, había escapado recientemente de su confinamiento y se dirigía a Einarland. Sabía que mis compañeros de clan no eran responsables de su captura, y no temía que Berowalt pudiera informar al rey, pero sí temía las mentiras y rumores que pudieran seguir. Con el tiempo podrían haberse demostrado falsos, pero eso me habría causado un retraso excesivo; podría haberme costado a mi esposa. No tenía tiempo que perder, señora, así que decidí regresar y librar mis batallas desde casa.

—¿Ha hablado tan abiertamente con Kirkja como lo ha hecho conmigo?

Asintió.

—Respeto a Lord Kirkja. Para que nuestros pueblos vivan juntos en paz, debemos decir la verdad y confiar los unos en los otros.

Lachlann apartó un mechón de pelo de Astrid por detrás. El talón de su mano se apoyó en su mejilla.

—¿Qué opina, señora?

Mirándole a los ojos insondables, Astrid dijo:

—Creía en usted, sire, y sigo creyendo en usted.

Astrid volvió la cara hacia la palma de su mano.

—Tome nota, mi señora, su lealtad pertenece ahora al clan Gordon y a su esposo, el jefe del clan Gordon. —Aunque hablaba en voz baja, sus palabras eran amenazadoras.

Astrid se apartó y le miró.

—Dije que llevaría sus colores con orgullo.

—No hablo de ropa ni de orgullo. —Su voz, afilada como una espada, la atravesó—. Estoy hablando de lealtad. No me traicionará otra esposa, señora. No toleraré a otra traidora.

—Me ha pedido que le crea, que acepte su palabra como verdad, —dijo Astrid—. También debe creerme.

Acercó su rostro al suyo, pero Astrid se tensó. Le dolía que él no le diera la misma confianza que le exigía a ella.

—¿Dijo Kirkja algo más, señora, que le causara inquietud? ¿Algo que crea que deba saber?

Insegura de sus sentimientos, insegura de la verdad, Astrid pensó que sería prudente no decir nada más.

—Nada de importancia.

Lachlann la miró profundamente antes de decir:

—Acepto que me está diciendo la verdad, señora.

—Así es.

—¡Sire! —La voz de Kirkja sonó desde la distancia.

Lachlann soltó la mano. Él y Astrid observaron cómo la guerrera de Einarland se acercaba a ellos.

—Quería agradecerle la hospitalidad que nos ha brindado a mí y a mis guerreros, sire, —dijo Kirkja.

Astrid comenzó la traducción.

Sin dejar de mirar a Lachlann, Kirkja le dijo a Astrid:

—Señora, recuerde todo lo que le hablé anoche. Por favor, considere mi petición. —Nerviosa, Astrid dudó y luego tradujo—: Lord Kirkja recordará todo lo que usted ha hecho para garantizar su comodidad y seguridad mientras esté en su país. Se lo agradece.

Los ojos de Lachlann se entrecerraron. Astrid sabía que se había dado cuenta de su vacilación.

—Dígale a Lord Kirkja que es bienvenido, —respondió Lachlann—. Espero que todas sus preguntas hayan sido respondidas satisfactoriamente.

Astrid tradujo para Kirkja, y luego dijo a Lachlann.

—Lo han sido, sire. Desea despedirse.

—Bien. —Lachlann inclinó la cabeza.

Kirkja se volvió hacia Astrid.

—Señora, me despido. La pongo a buen recaudo de los dioses.

—Gracias, sire. Os deseo un buen viaje.

—Esperaré ansiosamente noticias suyas. Recuerde, Lady Astrid, que Ein-her le enseñó la magia de las runas para que pudiera ayudar a su pueblo. Está casada con el bárbaro, pero es la portavoz de la ley para el pueblo de Einarland.

Kirkja se puso el casco.

—Lo que dices, Kirkja, es cierto en parte. Estoy casada con Lachlann mac Gordon, pero ya no soy legisladora de Einarland. Entrego mi lealtad a mi marido.

Kirkja sonrió tristemente.

—Que así sea.

—Te echaré de menos, Kirkja, —llamó Astrid.

Montó en su poni y enredó las riendas en sus manos enguantadas.

—Yo también te echaré de menos.

Mientras la guerrera de Einarland se alejaba, Lachlann dijo:

—¿Está triste, señora?

—Un poco, sire. Kirkja siempre ha sido un amigo para mí.

—Uno de estos días, será un líder más poderoso que Bjorn, —predijo Lachlann.

—Einarland será afortunada si Kirkja es su rey, —respondió Astrid—. Es un hombre sabio, mucho mejor líder que Bjorn. El pueblo le jurará lealtad con entusiasmo.

—Y usted, señora... —dijo Lachlann.

El tono de su voz hizo que Astrid le mirara.

—¿A quién jura lealtad?

—Usted es mi sire.

—Lo soy, señora. No lo olvides nunca.

—No lo haré, sire, no porque amenacéis con palabras y un ceño atronador, sino porque creo en vos. Le pido que extienda la misma cortesía hacia mí.

Mirándole directamente a su rostro tormentoso, con su ominosa advertencia aún helándola, respiró hondo como para armarse de valor.

—Había debatido contarle esto, sire, ya que no tiene importancia ni para usted ni para mí, pero lo haré. Puede creerme si lo desea. Porque Kirkja teme lo que pueda ocurrirle a la gente de Einarland, porque teme la traición de su pueblo, me pidió que me convirtiera en informante. Le dije que no lo haría.

—Kirkja no me dijo nada de este asunto

—Que me crea o no es su elección.

—Le creo.

—¿Me cree?

—Sí, sé que dice la verdad.

—Me cree.

Una sensación maravillosamente cálida se extendió por ella. Asintió, abrió la boca y volvió a cerrarla.

—Gracias, mi sire, por confiar en mí.

—Astrid... —Vaciló, pero no por llamarla por su nombre.

—¿Sí?

—Yo también tengo una confesión que hacer. —Ella esperó—. Hablo tu idioma.

La fría conmoción disipó la calidez. Astrid lo miró boquiabierta sin percatarse de que él había dejado de mantener las formalidades.

—He oído todo lo que Kikja y tú os habéis dicho.

—Nos ha estado espiando... ¡desde el principio! —exclamó ella.

Parecía desconcertado.

—Yo... quería ver si me contabas lo que dijo Kirkja.

—¡Ahora desearía no haberlo hecho! —gritó ella—. ¿Usted también escribe nuestra lengua, sire? ¿Es así como supo qué mensajes nos enviaba Berowalt? Usted los interceptaba y los leía.

—Sí.

La furia hizo temblar a Astrid. Una furia ardiente y consumidora.

—Todo este tiempo —habló despacio, enfáticamente—, ¿ha sabido lo que decíamos? Sin embargo, nunca me lo hizo saber.

—Tenía mis razones.

—¡Siempre tiene sus razones! —Volvió a gritar, sin importarle quién la oyera, sin importarle haber perdido los estribos—. Siempre intenta atrapar a la gente con mentiras y engaños. Bien, mi sire, uno de estos días oirá alguna verdad que no será de su agrado, y será su perdición. ¿No confía en nadie?

—Astrid, te pido disculpas. Yo también me debatí entre hacer o no esta confesión, pero quiero tu confianza. Te estoy dando la mía. Algo que no hice ni haré por Bjorn. Me convenía que nadie supiera que entiendo el idioma.

—¿Pero por qué no me lo dijo?

—Hasta ahora, esposa, tampoco estaba seguro de ti. Tú eres una mujer de Einarland.

—Yo soy su esposa.

—Sí, lo eres. —Lachlann sonrió suavemente. Gracias por contarme lo que Kirkja te pidió, y gracias por tu confianza. —Hizo una pausa y añadió—: Perdóname, Astrid, y créeme cuando te digo que a partir de ahora confiaré en ti.



Lord Lang estaba sentado en el Alto Asiento de su skáli en Ulfsbaer, Northland. Ingrid, su hermana, estaba sentada en el sitial de los invitados, observando tanto a su hermano como al alto y enjuto forastero enviado por Wyborm en Einarland que se hallaba ante ellos. Mientras el hombre hablaba, Ingrid escuchaba, pero su mirada descansaba en su hermano. Lang no tenía fama de paciente, y este visitante de allende los mares estaba provocando su ira.

—Como resultado, mi sire, —dijo Madelhari con una floritura de su mano que abrió su manto para revelar una gran cantidad de cadenas de oro, plata y cuentas alrededor de su cuello—, lamento decirle que su nombre ha sido deshonrado.

Sin moverse, Lang miró fijamente al hombre de Bjorn. Con una tranquilidad que desmentía su fuerza y su ira, preguntó:

—¿Quién ha traído esta vergüenza sobre mi nombre?

—Es un bárbaro de las Tierras Altas llamado Lachlann mac Gordon.

Lang se tensó.

—¿Un montañés, dice? —preguntó Ingrid.

—Sí, señora. Quería a la prometida de Lord Stefan, pero evidentemente no quiso pagar la dote de ruptura. Hace poco supimos que el barco que transportaba a su emisario y la dote de ruptura no había zarpado de nuestras costas cuando el bárbaro envió a sus guerreros tras él.

Ingrid se removió en el asiento, tratando de ajustar un cojín a su espalda. Lang ocultaba sus emociones, pero ella conocía bien a su hermano. Desde que su esposa había muerto siete inviernos atrás, Ingrid había vivido con él, sirviéndole de compañera, anfitriona y ama de llaves. Ella conocía la ira que bullía en su interior, el deseo de vengar su nombre y el de su hijo. Lang sólo vivía para Stefan.

El viejo lord se pasó una mano por el pelo, que aún era espeso y negro. Se tiró de la barba, que era igualmente oscura y espesa. El parecido entre Lang y Stefan era asombroso. Los ojos de Ingrid se empañaron al pensar en su sobrino.

Lang se centró en el colono de Einarland.

—¿Cómo se enteró de semejante traición, Madelhari?

—Su emisario, Ragnar, consiguió escapar del asalto marítimo. Aunque estaba gravemente herido, llegó a nuestra aldea con la sombría noticia. Estaba delirando y pasaron muchas noches antes de que pudiera contarnos lo que había sucedido. Quería partir inmediatamente hacia Northland, sire, pero no estaba en condiciones de hacerlo. El rey Wyborm prometió enviarle un mensajero.

Lang asintió.

—Para cuando Ragnar recuperó el conocimiento, el bárbaro y sus guerreros habían cruzado a salvo hacia su propio territorio. Mi sire Bjorn habría tomado el asunto en sus propias manos, pero le pareció imprudente hacerlo sin discutirlo antes con usted.

Lang levantó su cuerno para beber. Ingrid se levantó y lo rellenó con vino importado.

—Por encima de todas las cosas, sire, mi sire Wyborm desea la paz con usted y su pueblo, —dijo Madelhari—. Si dais vuestra palabra, está dispuesto a reparar él mismo la dote de ruptura.

Lang resopló y se dejó caer en su silla, mirando morosamente al fuego ardiente. Vació su cuerno de beber.

Ingrid se lo volvió a llenar. Volvió su mirada oscura y aterradora hacia Madelhari.

La visitante se inquietó. No es de extrañar, pensó Ingrid. Se había matado a mensajeros por entregar noticias menos sombrías que ésta, Cuanto más tiempo se revolcara Lang en su ira y resentimiento, más bebería. Pronto estaría ebrio. Ingrid amaba a su hermano pero no quería que hiciera un juramento cuando estaba borracho. Muchos norteños lo habían hecho, muy a su pesar.

Finalmente Lang dijo:

—¿Puede Ragnar identificar al hombre que dirigió el ataque a nuestro barco?

Madelhari asintió.

—Eso dice, sire.

—¿Cuánto falta para que se recupere lo suficiente para viajar?

—Una semana más, sire.

Lang asintió.

—Regresa a Einarland, Madelhari. Dígale a Bjorn que le agradezco su honor e integridad, pero que no puede asegurar el honor de otro pagando la dote de ruptura.

El lord dobló la mano en un puño y la golpeó contra el reposabrazos de su Alto Asiento.

—No descansaré hasta que este insulto a mi nombre y honor, al nombre y honor de mi hijo, haya sido vengado.

La postura de Madelhari se volvió más relajada.

—Mi sire Bjorn cree que la princesa Astrid y Lachlann mac Gordon conspiraron juntos, sire. Ambos son culpables de traición.

—Me cuesta creerlo, —dijo Lang—. Seguramente Ein-her no me habría hablado de un compromiso entre Astrid y mi hijo si fuera capaz de engañar.

—Ein-her era un anciano, sire, —dijo Madelhari—, fácilmente engañable por una joven hermosa. Bjorn pasó largas horas intentando disuadirle de que comprara la libertad de la mujer y se casara con ella.

Lang se pasó la mano por la barba.

—Lo que debe recordar, sire… —la voz de Madelhari era baja y tranquila— es que la princesa Astrid era una esclava, y se sabe que los esclavos son engañosos. Harán cualquier cosa para ganar su libertad.

—Si practicó el engaño contra mí y mi casa, será castigada, —una fina sonrisa cruzó el rostro de Madelhari. Lang le indicó que tomara asiento. Un sirviente le sirvió una copa de vino y los hombres bebieron en silencio.

Finalmente, Lord Lang dijo:

—Si los bárbaros de las Tierras Altas no tienen ningún respeto por nuestro territorio en los

mares, si asaltan nuestros barcos, yo mostraré el mismo desprecio por su territorio. Marcharé a través de sus tierras y asaltaré sus granjas y aldeas.

La promesa de Lang asustó a Ingrid. Temía por su vida y la de Stefan si navegaban hacia las costas de las bárbaras Tierras Altas.

—Sí, sire. —La sonrisa en el rostro de Madelhari se ensanchó.

—No será la primera vez que los norteños pisen las costas de las Tierras Altas, ni la primera vez que luchemos contra los montañeses.

Madelhari se llevó la jarra a la boca y la vació.

—Aun así, sire, debe tener cuidado con este bárbaro de las Tierras Altas en particular. Tenemos noticias de que mató al único vástago de sangre del rey Bjorn.

Madelhari se lanzó a la historia del engaño de Lachlann, contando cómo asesinó a Gunilda y a su hijo nonato en un arrebato de furia, cómo convenció a Bjorn para que adoptara no a una sino a dos mujeres y las hiciera herederas para siempre mediante la lectura de las runas y la erección de la piedra rúnica. Cuando Madelhari terminó de hablar, Lord Lang dijo:

—En efecto, este hombre es tan astuto como traicionero, un enemigo para nuestro pueblo.

—Si la historia de ese hombre es cierta, —dijo Ingrid en voz baja. Madelhari miró a Ingrid con dureza—. Es verdad, sire.

—Si no es así, —dijo Lang—, ¿sabe lo que hacemos en Northland a los que mienten?

Madelhari movió bruscamente la cabeza.

—Recuerde, sire, que está tratando con un hombre incivilizado, que no piensa como nosotros.

—Gracias por la advertencia, pero mi hijo y yo no tememos luchar por nuestro honor. Ningún hombre sobre la faz de la tierra es tan temible como Stefan Vadrfjord. Incluso los berserkers tiemblan ante la idea de librar batalla con él.

Mordiendo una sonrisa, recordando la burla de Bjorn hacia el hijo de Lang, Madelhari dijo socarronamente:

—Se dice, sire, que su hijo es en verdad un guerrero valiente y honorable, y que ahora es un vikingo.

—Sí, no hay mejor guerrero que mi hijo, —dijo Lang con orgullo—. Verdaderamente está bendecido con la fuerza de Thor y la sabiduría de Odín.

—Tengo entendido, sire, que su hijo hace marcas de los cursos de agua por los que navega.

El viejo sire asintió.

—Sí, es un maestro de las runas. Ahora usará su magia para encontrar una ruta a través de las vías fluviales de las Tierras Altas. La conversación ha terminado. La venganza pertenece a la casa de Lang. —Dio una palmada—. Comamos.

Contento por haber cumplido satisfactoriamente su encargo, Madelhari permaneció la velada festejando con el sire, no marchándose hasta altas horas de la madrugada. Después, manteniéndose en las sombras para asegurarse de que no le seguían, se dirigió a la orilla del agua y esperó. Pronto se le unió otro hombre.

—¿Eres tú, Madelhari? —preguntó la voz familiar.

—Sí.

Un guerrero salió de la oscuridad y se situó a su lado. Madelhari dijo en voz baja:

—Tengo un mensaje que quiero que lleves de vuelta a Bjorn, cuanto antes.

—¿No regresarás con nosotros?

—No, Lord Lang desea que me quede más tiempo. Que me marchara ahora despertaría sospechas que mal podemos permitirnos.

Mientras hablaba, Madelhari contemplaba el palangrero, sumergiéndose y balanceándose en el muelle.

—Dígale a Lord Bjorn que los dioses están con nosotros. Nuestro plan va según lo previsto. En cuanto Ragnar se recupere y Lord Stefan haya regresado de a-viking, Lord Lang tiene intención de vengarse. Pronto nos libraremos del montañés sin poner en peligro el acuerdo de paz entre nuestros dos pueblos.

Capítulo 19

Los viajeros se detuvieron al mediodía junto a un pequeño arroyo para descansar y beber. Astrid examinó la herida de Brian y comprobó que se estaba curando bien. Cuando se levantó, vio a Engla dormida en un grueso jergón bajo la sombra de un árbol. Más tarde, a lomos de Rayo de Luna, se alejó del grupo principal, buscando la sombra de un bosquecillo separado. Estaba cansada del joumey y anhelaba el día en que llegaran a la aldea de Lachlann. Apretando la mano sobre los ojos para protegérselos del resplandor de la tarde, miró a su alrededor. Luego desató la bolsa de agua, se la llevó a los labios y bebió profundamente.

Sus labios y garganta resecos agradecieron el líquido calmante. Mirando al otro lado del camino, contempló a su marido. Aunque cabalgaba con otros cuatro guerreros de las Tierras Altas, ella se había fijado en él de inmediato. No importaba cómo vistiera, era como un fuego oscuro que la atraía hacia él. Dominaba su entorno con su altura y su poderosa constitución. Dominaba a su pueblo con su personalidad enérgica, incluso despiadada. Un suave maullido llamó su atención. Miró a su alrededor pero no vio nada que pudiera estar provocando el ruido: ningún animal pequeño ni pájaro herido. Sujetó la piel de agua a su montura y guió a Rayo de Luna hacia delante. El maullido volvió a sonar. Ella se detuvo. Se esforzó por oír. El suave ruido procedía de cerca del suelo. Entrecerró los ojos contra la brillante luz del sol y escudriñó la tierra a su alrededor. Se bajó del poni y ató las riendas a la rama más baja de un árbol cercano. Luego, quedándose quieta, cerró los ojos y escuchó, sin atreverse a respirar. ¿Un grito? ¿Un gemido? No estaba segura de qué, pero sabía dónde. Con la mano en la empuñadura de su puñal, se dirigió con cautela hacia una mata de arbustos que crecía entre dos grandes arbustos. Arrodillándose, apartó una de las plantas ralas... y vio a un bebé envuelto en pañales sucios que yacía allí.

Astrid dejó caer su puñal y luchó entre los espinosos arbustos para alcanzar al infante.

Cuando puso la mano sobre el estómago del bebé, oyó el gruñido grave y vio la sonrisa con colmillos de un lobo. Asustada, Astrid dejó la mano donde estaba, pero su corazón se aceleró erráticamente. Lentamente, a medida que su respiración se hacía menos agitada, buscó en la zona signos de un altar o pruebas de que se hubieran dejado otros sacrificios cerca. No encontró ninguno.

El lobo gimoteó. El bebé olfateó.

—Ambos estáis heridos, —dijo Astrid—, pero ya no estáis solos. Yo cuidaré de los dos.

Habló en voz baja, tranquilizadora, esperando que el sonido de su voz tranquilizara al lobo.

—Creo que quieres al bebé —dijo Astrid—, pero vas a tener que confiar en mí si quieres que viva. —La miró fijamente a unos ojos conmovedores de color marrón dorado—. Quieres que viva, ¿verdad?

El lobo gimoteó y bajó la cabeza, con el hocico apoyado en el bebé. Como si el quejido del

lobo fuera una llamada de auxilio, tiró del corazón de Astrid. Seguía asustada, pero tenía que ayudar al bebé. Si el lobo se lo permitía, ella también lo ayudaría.

—¿Qué ocurre? —Movió la mano ligeramente, despacio, y tocó el hocico del animal.

El lobo se sobresaltó, gruñó por lo bajo y luego su resistencia se desvaneció. Su delgado cuerpo se convulsionó con una profunda respiración. Astrid se acercó, con cautela. Vio que la loba era una perra y que había sido golpeada tan severamente que su pelaje estaba enmarañado de sangre. Miró pensativa a Astrid.

—Si fueras humana, diría que me estás tomando la medida, —murmuró Astrid.

Mientras Astrid apartaba los arbustos, su mirada recorrió al animal moribundo. Vio el pelaje erizado en el cuello del lobo, la carne cruda y expuesta que sugería que había sido encadenado recientemente.

—Te han domesticado, —dijo, con voz baja y tranquila—. ¿Quizás escapaste para venir a buscar al bebé? O tal vez fuiste abandonada con el niño.

Astrid alargó la mano para tocar la carne viva que rodeaba el cuello del lobo.

—O tal vez alguien que amaba al bebé te abandonó deliberadamente para que lo cuidaras. Quien fuera tu dueño te mantuvo atada. —Cuando Astrid retiró la mano, vio la sangre: sintió su pegajosidad. El lobo gimoteó, y la ira se apoderó de Astrid. Odiaba la idea de que cualquier ser vivo hubiera sido encadenado y maltratado.

El bebé gimoteó con inquietud y Astrid lo alcanzó. Sabía que se arriesgaba, pero debía hacerlo. Cuando la agarró por la cintura, el lobo gruñó; abrió las mandíbulas y clavó los dientes en la carne de Astrid, intentando morder, pero estaba demasiado débil.

—Lobo, —dijo Astrid—, por favor, confía en mí. Cuidaré de los dos. Primero, déjame cuidar de la cría. Luego curaré tus heridas.

Como si lo hubiera entendido, la perra gimoteó y apartó los dientes. Apoyó la cabeza en el suelo junto al bebé.

Acercó al niño a sí misma. Astrid lo examinó rápidamente para determinar que sólo estaba sucio y un poco picado por los insectos. Se puso en pie y se dirigió a su carro y al de Lachlann, cogiendo una bolsa de comida. El lobo intentó arrastrarse detrás de Astrid, pero no pudo moverse. Astrid regresó y pronto estaba sentada en el suelo, acunando a la cría en el pliegue de un brazo y alimentando al lobo con la otra mano.

Una vez que la perra estuvo llena, Astrid abrió una jarra y dio de beber al animal. Vertió el resto del agua sobre la cara del lobo y luego sobre su cuello ensangrentado. Todo el tiempo Astrid hablaba al animal en voz baja y reconfortante. Pasó ligeramente la mano por las costillas del lobo, por su estómago y por sus flancos. La paliza había dejado largos y crudos tajos por todo el cuerpo. Astrid apartó el pelo ensangrentado y enmarañado para examinar las heridas. La cría soltó otro grito y Astrid supo que debía atenderla.

—Loba, tu hambre y tu sed han sido saciadas, —dijo Astrid—. Volveré para curar tus heridas. Ahora debo ocuparme de tu pequeña compañera.

Astrid caminó de vuelta al carro, y esta vez el lobo permaneció donde estaba sin hacer ningún esfuerzo por seguirle. Con una mano, juntó las mantas de la cama hasta que había creado un grueso jergón. El bebé soltó otro gemido lujurioso.

—Ya está, pequeñín, no llores.

Utilizando su puñal, cortó los pañales y se los quitó al bebé.

—Ah, mi pequeño amor, eres una belleza. Perfectamente formada.

Un paño húmedo y unas manos suaves pronto tuvieron a la muchacha limpia. Sus suaves maullidos se convirtieron, en gritos rabiosos. Riendo, Astrid se metió en el carro. Rebuscó en su pecho en busca de un guante de cuero. Al no encontrar ninguno, abrió uno de los baúles de Lachlann. Tras hurgar más, encontró un guante y le cortó uno de los dedos. Tras sujetarlo a un tarro de leche de cabra y miel, comenzó a alimentar a la niña.

—Ah, pequeña —arrulló, estrechando al bebé contra su pecho—, sorbes fuerte, pero lo comprendo. Tienes hambre y sed.

Astrid contempló con adoración el rostro querúbico con sus brillantes ojos azules, enmarcados por espesas pestañas castañas. Rozó los mechones de pelo castaño en la cabeza del bebé. Una manita, demasiado delgada, agarró con fuerza el dedo de Astrid, tirando también de su corazón.

—Cuidaré de ti, siempre. Lo prometo.

—¡Por todo lo sagrado! —exclamó Cora.

Astrid dio un respingo. No tenía ni idea de que la vieja sirvienta estuviera cerca del carro.

—Mi señora, ¿de dónde ha sacado eso?

Astrid no apartó los ojos de su preciado hallazgo.

—Yo también quería saberlo, esposa.

De nuevo Astrid dio un respingo. El pezón de leathem se deslizó fuera de la boca del bebé y lanzó un aullido. Cora cogió al bebé, pero Astrid apretó con fuerza. La niña era suya. Los dioses habían decretado que ella debía encontrarla y quedársela. El bebé lloró más fuerte.

Lachlann desmontó, enganchó a Dhubh-righ a la parte trasera del carro y miró con odio a Astrid. Ella contenía la respiración al verle. Se quitó el casco y lo colocó encima del poste trasero del carro. El sol brillaba en su pelo negro como el cuervo humedecido por el sudor. Sus ojos, ahora de un azul oscuro, se estrechaban bajo unas prominentes cejas negras. Sus labios se dibujaron en una línea de desaprobación.

Se pasó la mano por el pelo y el sudor resbaló por sus sienes y mejillas. Le oscurecía la camisa en el pecho y bajo los brazos. Pero incluso la transpiración y la suciedad no hacían más que aumentar el aura masculina de este hombre poderoso e intensamente sexual. La mano que descansaba sobre la empuñadura de su espada atrajo la mirada de Astrid hacia abajo, hacia sus delgadas caderas y sus largas piernas. Unos pantalones ajustados delineaban su cuerpo con tal fidelidad que se le secó la boca. Su corazón dejó de latir por un momento, y luego se precipitó en fuertes y erráticos latidos. Todo su cuerpo palpitaba al ritmo. Deseó que el bebé que sostenía contra su pecho fuera suyo, un niño que habían creado juntos.

—¿De dónde has sacado al bebé?

Reemplazando el pezón en la boca del bebé, Astrid levantó lentamente la cabeza para mirar los ojos azul fuego de su marido.

—La encontré.

Lachlann alargó la mano para tocar a la niña. El lobo se abalanzó sobre él.

—¡Fuego del infierno! —gritó y saltó hacia atrás. El lobo estaba tan débil que cayó al suelo a sus pies—. ¡Un lobo! —Sacó de un tirón su puñal.

Astrid le agarró la muñeca.

—No, sire, se está muriendo. No puede hacerle daño.

Lachlann se soltó y gritó:

—¿Qué quieres decir? Seguramente sabes que no debes comportarte tan irresponsablemente.

El bebé, al perder de nuevo el pezón de cuero, gritó, y Astrid se lo volvió a poner en la boca.

—Mire a la pobre perra, sire, y dígame cómo me he puesto en peligro. La loba se está muriendo. Casi le han arrancado la vida a golpes.

—La naturaleza cuida de los suyos, —dijo Lachlann.

—Puede que la naturaleza lo haga, sire, pero esto no es obra de la naturaleza, —espetó Astrid—. Es del hombre. La loba ha sido domada, pero ha sido encadenada tan fuertemente que su cuello está herido. Y ha sido golpeada. Mira los tajos a lo largo de su cuerpo.

La perra gimoteó y Lachlann estudió al animal. Manteniendo la cabeza entre las patas extendidas, el lobo se acercó a él.

—¿Ambas son hembras? —preguntó.

Astrid asintió y depositó al bebé sobre el jergón. Apartó el lino limpio en el que la había envuelto.

—Está perfectamente formada, sire.

Lachlann contempló a la niña pero no se ofreció a cogerla.

—Está escuálida.

—Ha sido mordida por algunos de los pequeños bichos. —Astrid rozó ligeramente con sus dedos la mejilla de la niña—. Y ha pasado un tiempo sin comer. Aparte de eso, está en buenas condiciones.

Como si la niña supiera que estaban hablando de ella, gorgoteó, pateó las piernas y lanzó los puños al aire.

—Fue abandonada, sire, —dijo Astrid—. La he examinado de cerca. Es una niña pequeña, pero no está enferma. Tampoco está lisiada ni mutilada de ningún modo. Quiero quedármela.

—Fue abandonada por una razón, —dijo Lachlann.

—Probablemente porque era una niña.

—Quizá fue un sacrificio a los antiguos dioses.

—No, —respondió Astrid—, creo que no. No encontré señales de un altar ni de otros sacrificios. Alguien -quizá su madre- la anidó a la sombra de los arbustos.

—Y la perra…

Astrid se encogió de hombros.

—Quizá ella y la cría pertenecían a la misma gente y ambas fueron abandonadas, —Se encogió de hombros—. No importa, sire. Tenemos que salvarlas a las dos.

La suavidad lacrimosa de la voz de Astrid tiró del corazón de Lachlann.

—Salvar al lobo será más seguro que hacerlo con el bebé, —señaló Lachlann. Cuando Astrid no respondió, continuó—: Según los Antiguos, rescatar a un niño abandonado atraerá la magia maligna sobre la tierra y el pueblo.

Astrid cogió al bebé y lo estrechó contra su pecho.

—En nuestra tierra, sire, podemos rescatar a un niño abandonado si queremos. —Ella buscó en su rostro—. Seguramente, sire, usted no cree en las viejas costumbres. Usted sigue a Cristo.

—Hay muchos otros a los que considerar aparte de mí.

—¿Cree en la costumbre de sus Antiguos?

—Hace dos lunas, habría dicho que no y no habría dudado en rescatar a la niña. —Lachlann se pasó los dedos por el pelo—. Pero el reino de mi padre está casi partido en dos. Mucha de nuestra gente aún se adhiere a las viejas costumbres. Si la rescatamos, creerán que hemos traído el mal sobre ellos.

Astrid le agarró la mano. Quitándole el guante, apretó su palma contra la barriga de la niña.

—Es una cosita pequeñita, sire. Si nos quedamos con ella, me aseguraré de que ninguna sufra. —Miró a la niña.

Lachlann suspiró.

—Muéstrame dónde la encontraste.

—¿No me cree?

—Prefiero verlo por mí mismo. Sin duda me interrogarán más tarde.

Los ojos de Astrid se iluminaron.

Indicándole el camino, le mostró dónde habían escondido al bebé. Miró a su alrededor, incluso cogió un palo para hurgar en los arbustos. Buscó cuevas y comprobó todas las pequeñas grietas de las laderas de los acantilados. Finalmente tiró el palo y regresó junto a Astrid.

—¿Está satisfecho de que no haya ningún altar? —le preguntó

—Sí.

—¿Rescataremos a la niña?

Él asintió:

—Pero no nos quedaremos con ella, Astrid.

—¡Qué! —exclamó ella.

Él le ahuecó el codo con la mano y la guió de vuelta al carro.

—Pagaré a una familia campesina para que la críe.

Astrid se apartó de él.

—No, no lo permitiré. Yo la encontré. Es mi hija.

—No esposa. Enviaré a buscar a Magnus. Él sabrá qué hacer con el bebé. —Mirando a lo lejos, Lachlann vio el destello cobrizo del casco de su padrino. Hizo un gesto con la mano.

—No me separaré del bebé, sire, —insistió.

El rostro ya pálido de Astrid se tornó de un blanco mortal. Vio algo más que desafío y terquedad en su expresión. Vio miedo en lo más profundo de sus ojos. Para ser una mujer tan grande, parecía delicada, vulnerable..., Lachlann sintió como si le hubieran dado cuerda con el golpe de un garrote. Aturdido por la sensación, vio cómo las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—¡Madre de Dios! —murmuró.

La rodeó con sus brazos y la estrechó contra él, apretando su mejilla contra su pecho. Ver aquellas lágrimas, saber que él las había provocado le hizo eructar como por una herida de cuchillo. Astrid no era una mujer que llorara con facilidad. Desde que la conocía, había afrontado las situaciones con diversión o desdén, pero rara vez con lágrimas.

—Astrid —le dijo—, prefiero mucho más tu lengua afilada que tu llanto.

Astrid se apoyó en él.

—Está tan indefensa, sire, y yo la quiero.

Lachlann suspiró.

—Ah, Astrid, dijiste que llegaría un día en que lamentaría haberme casado contigo. Quizá ese día ya haya llegado, —Miró por encima del hombro de su esposa a la vieja sirvienta, que se entretenía junto al carro—, Cora, nos quedaremos con la huérfana. Estarás a cargo de ella hasta que lleguemos al pueblo. Entonces la entregaré al ard-righ para que la juzgue.

Astrid se apartó y le miró.

—Quiero hacerme cargo de la niña; no quiero que sea huérfana.

Sus ojos verdes brillaban y su barbilla tenía una inclinación obstinada. Estaba dispuesta a luchar... y lucharía, Lachlann lo sabía.

—Astrid, debes aprender cuándo dejar de presionar.

Se miraron el uno al otro, trabados en una batalla silenciosa, hasta que Lachlann sonrió y le tendió la mano para acomodarle un rizo errante detrás de la oreja.

—¿No estás lo suficientemente atareada, ocupándote de mí y de mis necesidades, mujer?

Astrid le cogió la mano, apretando la palma callosa contra su mejilla.

—Tengo tiempo suficiente para hacer ambas cosas, sire. Y hay mucho espacio en mi corazón para amaros a los dos.

Sus dedos se enroscaron alrededor del cuello de ella, con firmeza, con suavidad.

—Si, esposa, me encuentro compitiendo por la atención con esa joven, lamentaré mi decisión de dejar que la acojas.

Riendo, con los ojos aún brillantes de lágrimas, Astrid le miró fijamente a los ojos. Luego ambos miraron al bebé. Ella yacía en el redondeado nido de sábanas. Con el pelo en llamas bajo

el sol de la luna tardía, se rió mirando a Lachlann y cogió ambos pies con sus pequeñas manos.

—¿Cómo la llamaremos, sire?

Lachlann miró asombrado a la mujer que había tomado por esposa. Siempre le había parecido hermosa. Hoy resplandecía, suave, cálida y maternal. Podía imaginársela con su hijo... su hijo... en su pecho. No podía describir su asombro, su alegría ante ese pensamiento. ¡Cuánto más gozosa sería la realidad!

—No tengo experiencia en poner nombres a los niños.

Justo entonces, Ghaltair se acercó y se bajó de su poni con fluida facilidad.

—¿Me buscaba?

Lachlann frunció el ceño.

—No, me refería a Magnus.

Ghaltair vio al bebé y miró a su jefe.

—¿De quién es el niño?

—Es una niña abandonado, —explicó Lachlann.

Ghaltair se acercó a Astrid.

—Me encargaré de él por ti.

—No lo harás. —Astrid apartó al bebé de él.

—No, —dijo Lachlann—. Ve a buscar a Magnus y dile que venga. Le necesito.

—Sí. —Ghaltair miró con desaprobación a Astrid. Dio un paso y su bota se acercó al lobo. Éste gruñó. Ghaltair saltó. Maldijo y pateó al animal.

—¡Déjala! —gritó Astrid.

Con el puñal desenvainado, Ghaltair giró sobre sí mismo y miró a Astrid con puro odio.

—¡No vuelvas a gritarme así, mujer!

Tan débil como era la perra, se levantó a cuatro patas, con los pelos del cuello erizados. Lachlann agarró la mano del arma de Ghaltair y la retorció hasta que el guerrero dejó caer su puñal al suelo.

—¡No vuelvas a hablar a mi esposa con semejante falta de respeto! —tronó.

—¡Mataré a la perra! —murmuró Ghaltair.

—¿De cuál estás hablando? —preguntó Lachlann con voz engañosamente suave.

Ghaltair miró de Astrid a la perra loba y al bebé. Lentamente su mirada volvió a Lachlann.

—La loba. Hay que matarla. Cualquiera puede ver que es portadora de la enfermedad.

—Sí, es cierto, —aseguró Astrid—. Es una humana de mente enferma.

—Tal vez, señora, la gente que la golpeó estaba en su derecho. No tenemos forma de saber qué les hizo el lobo.

—Recoge tu puñal, —dijo Lachlann—, y reúnete conmigo al frente de la compañía. Envía a Magnus de vuelta.

—Sí. —Ghaltair escupió la palabra mientras se arrodillaba y recuperaba su arma.

—Ghaltair, tú y yo tendremos una charla más tarde, —dijo Lachlann—. Encuentro tu comportamiento intolerable e inaceptable.

Los ojos del joven guerrero se entrecerraron; sus labios se adelgazaron. Con el rostro marcado por líneas duras e inflexibles, Lachlann le devolvió la mirada.

Astrid se estremeció. Sujetando al bebé con fuerza contra su pecho, vio cómo Ghaltair se daba la vuelta, montaba en su poni y se alejaba al galope.

—Es un hombre duro, mi sire.

—Yo diría que es un muchacho amargado, —respondió él—, pero no puedo permitirle tales libertades. Si un guerrero no puede controlarse, no es mejor que los animales que le rodean.

—Ghaltair tiene mucha ira y hostilidad encerradas en su interior.

—Sí, —estuvo de acuerdo Lachlann—. Pero te prometo, Astrid, que no te volverá a molestar, ni a ti, ni a los tuyos. Puedes contar con ello.

Magnus subió poco después.

—Ghaltair me dijo que viniera y me habló del bebé. ¿Quieres que cuide de ella por ti y la señora?

—No, mi señora se quedará con ella.

Magnus se quitó el casco y, como Lachlann había hecho antes, se pasó los dedos por los mechones humedecidos por el sudor. Sorprendido, frunció el ceño hacia su jefe.

—Sé que estás enfadado con Ghaltair, pero tiene razón. No puedes quedarte con el bebé. —Su acento se espesó; su voz se alzó. Cuando Lachlann levantó una mano silenciadora, Magnus le agarró del brazo y le apartó. —Piensa. Ya hay mucho malestar entre los clanes. Los Antiguos nos enseñan que la mala suerte llega al reino y a la persona que rescata al niño. especialmente un niño que ha sido sacrificado a los dioses. No sabemos si el bebé no estaba destinado a ser sacrificado.

—Busqué un altar y no encontré ninguno—respondió Lachlann.

—Eso no significa que no hubiera uno.

—He hablado. —Lachlann miró a su esposa. Sostenía a la niña en brazos mientras inclinaba la cabeza y le arrullaba suavemente.

—¡No estás centrado! —exclamó Magnus—. Desde que esta mujer ha entrado en tu vida, tu vara se ha mantenido dura mientras que tu cabeza se ha ablandado.

—No digas ni una palabra más, —advirtió Lachlann—, o pagarás por ello, seas amigo o no.

—Puedes castigarme si quieres, —indicó Magnus mordazmente—, pero el rescate de este niño proporcionará a los disidentes el arma que necesitan para demostrar que tú y Fergus no sois buenos para el clan... Si ocurren algunas cosas malas, Lachlann, lo llamarán magia negra y te culparán a ti.

—Nos aseguraremos de que no pase nada, —señaló Lachlann,

—Malcoim, no es un juego al que estés jugando, —advirtió Magnus—. En la época de los

Antiguos, cuando se hacían sacrificios humanos con frecuencia, intervenir era un crimen que se pagaba con la muerte. Incluso hoy, algunos de los nuestros creen que los dioses nos castigarán a menos que reciban su sacrificio de apaciguamiento.

—Sólo diré esto una vez más, Magnus. Busqué un altar pero no encontré ninguna. Además, le recuerdo que mi padre es cristiano.

—Pero es ard-righ del reino del norte de Escocia—. señaló Magnus. —Ha pasado toda su vida trabajando para unir a los clanes del norte de Escocia, e incluso ahora los lazos son tenues. Siempre ha caminado por una cuidadosa línea entre las viejas y las nuevas costumbres. Lo que estás haciendo, Lachlann, podría destruir no sólo aquello por lo que tu padre ha trabajado, sino también aquello por lo que tú has trabajado.

—Tendremos que encargarnos de que no sea así.

—Sire—, dijo Astrid.

La mirada de Lachlann volvió a su esposa y al bebé. Junto a Astrid estaba Cora sosteniendo una jofaina con agua fresca.

—La ceremonia, sire, —incitó Astrid.

—¿Harás este sacrificio por una niña enferma? —Preguntó Magnus.

—Lo haría.

Magnus sacudió la cabeza.

—Serás testigo de cómo acojo a este niño—dijo Lachlann a su padrino.

—Por todo lo sagrado. —Magnus se encrespó—. ¡No puedes poner un nombre al niño!

—Claro que sí, —dijo Astrid—. Sabes muy bien que no podemos acogerla a menos que su nuevo padre le otorgue un nombre.

Magnus rodeó a Astrid.

—¿Sabe, señora, que rescatar a una niña abandonada…?

Lachlann agarró el brazo superior de Magnus, sus dedos mordieron la carne nervuda.

—Calla, —ordenó, su voz fría y dura sólo para los oídos de Magnus—. He tomado mi decisión. Viviré con las consecuencias.

Magnus fulminó a Lachlann con la mirada y luego volvió a colocarse el casco en la cabeza.

—Que así sea.

Lachlann, seguido por el guerrero de ceño fruncido, se dirigió hacia donde estaba Astrid.

—Sujeta al bebé. —le dijo Astrid a Lachlann. Cuando él no hizo ningún esfuerzo por alcanzarla, Astrid le cogió la mano y le colocó los brazos. Puso al bebé en ellos—. Es fácil de sostener.

Lachlann había empuñado armas de guerra con facilidad y precisión. Había acariciado mujeres con igual destreza. Pero nunca había sostenido a un bebé. Era tan pequeña que sus nalgas cabían fácilmente en la palma de una mano. Sus ojos eran azules, del color de un lago de las Highlands. Sus mechones de pelo en la cabeza eran de un rojo intenso. Resplandecía como el fuego a la luz del sol.

Brian cabalgó hasta unirse a ellos. Miró sorprendido a Lachlann:

—Bueno, ¿qué tenemos aquí? —Lachlann frunció el ceño y Brian se rió—. ¿Has tenido una niña, Lachlann?

—Un nombre, Astrid, —exigió Lachlann con impaciencia—. ¿Cómo deseas llamarla?

—Es un bebé especial. Démosle un nombre especial.

Brian desmontó y cojeó hasta el lado de Lachlann.

—Un nombre, —murmuró con incredulidad—. ¿Vas a ponerle nombre al bebé, Lachlann?

—Sí, Brian, —respondió Astrid.

El ceño de Lachlann se frunció.

—Catriona, —sugirió Cora.

Magnus se colocó a la derecha de su jefe, Brian a la izquierda. Cora se acercó a Lachlann y le tendió la palangana.

Claramente aturdido, Brian dijo:

—¿Vas a bautizarla?

—Sí, Brian, —espetó Lachlann. Mojó los dedos en el agua y la roció sobre la cabeza del bebé.

—Como atestiguan Magnus mac Niall y Brian mac Lagan, ambos padrinos del clan Gordon, a partir de hoy eres Catriona, —miró Lachlann a sus dos padrinos, como retándoles a refutar sus palabras—. Y perteneces a Lachlann mac Gordon, jefe del clan Gordon, príncipe del norte de Escocia y a su esposa, la princesa Astrid de Einarland.

Cora tiró el agua y volvió a colocar la jofaina en el carro. Astrid empezó a rebuscar en uno de los baúles.

—Astrid, ¿quieres coger al niño? —ladró Lachlann.

—Un momento. —Astrid sacó varias piezas de lino—. Quiero vestirla para el viaje.

Catriona gorgoteó y Lachlann la acercó más a su i pecho. Le besó la frente, incapaz de creer que fuera tan suave y dulce. Entonces sintió que una humedad fluía por sus manos, bajaba por su camisa y sus pantalones, salpicando sus cuaranos. La nena se echó a reír y se metió los puños en la boca.

Brian y Magnus soltaron una carcajada. Ni siquiera la mirada de Lachlann los detuvo.

—Astrid... —Lachlann habló siniestramente.

—Acabaré en un abrir y cerrar de ojos, esposo, —dijo Astrid, dándole la espalda.

Oyó el tijeretazo y el chasquido de las tijeras.

—Esta niña moja.

Astrid saltó del carro.

—Sí, sire, nació con esa habilidad.

—¿Te hace gracia, esposa?

—A mí sí, Lachlann, —admitió Brian con regocijo.

Tijeras en una mano, trozos de lino blanco en la otra, Astrid sacudió la cabeza, su pelo plateado brillando a la luz del sol.

—No me río con acritud, sire. Le encuentro entrañable.

—Entrañable. —Magnus resopló—. Recordaré la palabra cuando lleguemos a la aldea y presente a este niño al ard-righ.

—Ah, Magnus, amigo mío —dijo Brian—, tengo la sensación de que la vida está cambiando de verdad para los Gordon.

—Sí, y para nosotros también, —refunfuñó Magnus.

—Ponga a Catriona aquí, esposo, —le ordenó Astrid—. Juntos le pondremos el pañal.

—La acostaré, —dijo Lachlann—, pero no le pondré el pañal, señora.

Con delicadeza, Lachlann tumbó al bebé sobre las sábanas y observó cómo Astrid le limpiaba el cuerpo con un paño húmedo y luego la secaba a golpecitos con un suave polvo blanco. Mientras Astrid rebuscaba un paño con el que ponerle el pañal a la niña, Cora dijo:

—Parece como si llevara mucho tiempo envuelta, ama. Déjela sin ropa un ratito para que disfrute del sol y del aire fresco. Yo la vigilaré.

—Sí. —afirmó Astrid, y se dirigió hacia Lachlann—. Ahora, sire, atenderé al lobo. ¿Me pasará mi botiquín?

—¿Siempre has tenido predilección por rescatar almas perdidas? —preguntó Lachlann.

—Sí. —A pesar de sus gruñidos, Lachlann ayudó a Astrid con el lobo. Movió al animal para que Astrid pudiera limpiar las heridas y aplicar el ungüento. Cuando ella terminó de untar bálsamo en la última herida, él se levantó.

—Hemos terminado, Astrid. Ya es hora de que sigamos nuestro camino.

Astrid reunió sus frascos y los devolvió al cofre.

—La perra está débil, sire. Me gustaría llevármela. Si la dejamos aquí, es probable que muera.

Lachlann se quitó las ramitas y la suciedad de los pantalones.

—Esposa, eres realmente una mujer con un corazón y un alma bondadosos, pero no vamos a rescatar a todos los animales desafortunados que encontremos entre Einarland y mi aldea. Uno, no tenemos espacio, y dos, no tengo ninguna inclinación a hacerlo.

—Si la dejamos, sire, morirá.

—¿Propones que también acojamos a la loba? —Él enarcó una ceja, pero Astrid vio el brillo en sus ojos.

Sonrió y asintió. Lachlann bajó la mirada al mismo tiempo que el lobo gimoteaba y acariciaba con el hocico la mano de Astrid.

—Astrid, tu corazón generoso será mi perdición. Puedo ver que ésta va a ser una escena recurrente en nuestro matrimonio. —Aún así, le devolvió la sonrisa.

Thomas subió a caballo y se unió a ellos.

—¿Cuál es la causa del retraso, Lachlann?

—Un bebé, —anunció Cora y le tendió a Catriona—. Lord Lachlann y la princesa Astrid la han acogido.

Sorprendido, Thomas sólo pudo mirar fijamente de la niña a Lachlann y viceversa.

—Thomas, —dijo Lachlann secamente—, has llegado a tiempo para ayudarnos con el rescate.

Thomas miró dubitativo al bebé que se retorcía.

—No soy un hombre casado, Lachlann. No sé nada sobre el cuidado de bebés.

—No estoy hablando del bebé, —dijo Lachlann en voz baja—. Estoy hablando del lobo.

—¿El lobo?

—Sí. —Lachlann cargó el botiquín de Astrid en el carro—. Mi esposa desea rescatar también a la perra loba moribunda.

Thomas, Brian y Magnus miraron sin simpatía a la loba.

—¿Quién nos dice que no se volverá contra nosotros? —.preguntó Brian.

Astrid frotó la cabeza de su paciente.

—Yo digo que no lo hará.

—Bueno, señora… —Brian retrocedió mientras ella se levantaba y se acercaba al carro— declaro que la vida no ha sido la misma desde que los Gordon se casaron con usted.

—Eso es un hecho, señora, —convino Lachlann.

Brian sonrió.

—Esperábamos un cambio, pero no del tipo que usted nos ha traído.

—Pero es bueno—, añadió Thomas. —Me gusta especialmente ver cómo cambia el Gordon.

—Thomas, muchacho, —dijo Lachlann—, será mejor que cuides tu lengua. No he olvidado la paliza que me diste la última vez incluso cuando jugamos al juego de mesa.

—Fue una dulce victoria, Lachlann, —confesó Thomas.

—Sí, estoy seguro de que lo fue, —replicó Lachlann—. ¿Cuántas joyas perdí contra ti?

—Tres, —respondió Thomas.

—Ah, Lachlann, —se burló Brian—, me hace bien al alma verte comportarte como el resto de nosotros, simples mortales.

—Puede que le haga bien a tu alma, padrino, pero no le hace ningún bien a mis arcas del tesoro.

Thomas, Brian y Magnus se rieron. Al principio Lachlann los fulminó con la mirada, pero finalmente se unió a ellos.

—Sí, Thomas, estuvo muy bien cuando derrotaste a Lachlann la última vez, —coincidió Brian—. Es la primera vez que le ganas.

—Y la última, —declaró Lachlann.

Thomas y Astrid intercambiaron una mirada cómplice, pero lejos de cualquiera de los dos confesar que ella también era una consumada jugadora.

Los guerreros de Lachlann recogieron al lobo con suavidad, a pesar de sus quejas, y lo depositaron en la parte trasera del carro.

—Ahora, Cora, —dijo Astrid—. Vestiré al bebé.

—Entonces nos pondremos en marcha, —anunció Lachlann—. Padrinos, procurad que la compañía esté lista para partir.

Pasado el momento de frivolidad, rescatado el lobo, los tres hombres volvieron a centrar su atención en el asunto que tenían entre manos. Asintieron, montaron en sus caballos y se alejaron.

—Tan pronto como hayas vestido al bebé, esperaré que te unas a mí.

Antes de que ella dijera una palabra, Lachlann añadió:

—Nos quedaremos con el bebé y el lobo, pero cabalgarás conmigo.

—Cuidaré bien de ella, señora, —prometió Cora añadiendo—, y también del lobo. —Apartó a Astrid para susurrarle—: Es justo que, como esposa del jefe, cabalgues con él. Su gente lo esperará de ti.

Astrid miró a Lachlann, al bebé y luego de nuevo a él. De mala gana asintió.

—Sí, sire, cabalgaré con usted.

—Bien, —espetó Lachlann, y miró sus ropas sucias—. Ahora me ocuparé de lavarme.

—Traeré su ropa limpia, —dijo Astrid, apresurándose a obedecer.

Cogiendo al bebé, Cora regresó a su carro. Lachlann se dirigió hacia el arroyo para lavarse y cambiarse. Cuando regresó, colgó su ropa mojada sobre la barandilla del carro. Estaba desatando las riendas de Dhubh-righ cuando se fijó en el juego de guantes que yacía en el suelo del carro. Los recogió.

—¡Mis guantes! ¿Qué hacen ahí fuera? —Se quedó boquiabierto al ver el guante mutilado —. Esposa, ¿qué ha pasado?

Astrid se limpió las manos en el lateral del pantalón.

—Corté uno de los dedos, sire. Lo necesitaba hacer la pequeña.

—¡Cortaste mis guantes ceremoniales! —Su rostro se ensombreció y la miró fijamente desde debajo de unos párpados encapuchados.

Astrid tragó saliva. Todas las prendas de vestir eran valiosas, pero las ceremoniales eran singulares. Benditas, portaban la magia especial de los dioses. Al cortar la de Lachlann, ella había destruido su magia buena, el poder que la prenda le proporcionaba.

—No sabía que eran guantes ceremoniales, sire. Sólo pensaba en el niño.

—Esposa, ordenarás a tu sirviente que le haga a la niña sus propias pertenencias cuanto antes.

—Sí. —Astrid volvió a lamerse los labios resecos. Puso su mano sobre el brazo de Lachlann—. Mi sire, Cora tiene mucha magia en su costura, y adora al mismo dios que usted.

Podría hacerle otro par de guantes ceremoniales.

Lachlann frunció el ceño.

—Los guantes eran especiales, señora. —dijo—. Mi madre me los cosió.

—Yo también soy una buena costurera. Le coseré unos guantes nuevos y los bordaré con emblemas mágicos. Prometo poner en ellos un gran poder. Tal vez no tan bueno como el de su madre, pero…

Pasaron largos y agonizantes segundos. Una sonrisa se dibujó en su rostro: entonces soltó una risita, el suave sonido se convirtió en una carcajada profunda y retumbante. En sorpresa y asombro Astrid le observó; sonrió, luego rió con él.

Finalmente se secó las comisuras de los ojos.

—Cóseme otro par de guantes, esposa. Estoy seguro de que tendrán más magia que mis últimos. —Se acercó más a ella—. ¿Recuerdas el pacto que hicimos sobre tu uso de pantalones? —Cuando ella asintió, él dijo—: Hagamos ahora otro pacto. —De nuevo ella asintió—. Prométeme que si te empeña en destruir alguna de mis propiedades, me permitirás tener algo que decir en el asunto.

—Sí, sire.

Se puso tan cerca que ella pudo ver las líneas de su piel, sentir el calor de su aliento. Ella olió los aromas calientes y terrosos del sudor, el sol, el cuero y el hombre. La atrajeron hacia él.

Apoyó la cara en su pecho y apartó la camisa para sentir la carne caliente de su pecho bajo la palma de la mano.

—Gracias por permitirme quedarme con la niña, sire. Y el lobo.

Su lengua siguió el recorrido caliente de su mano sobre él. Se estremeció,

Lachlann entrelazó sus dedos a través de su pelo y le echó la cabeza hacia atrás. Su boca se cerró sobre la de ella.

Rodeada por su fuerza y su poder, por su hambre, Astrid respondió plenamente a su beso. Ella era suya. Él lo sabía; ella también. Le abrió la boca, dispuesta a dar poco o tanto como él quisiera tomar. Ella le amaba. Sí, le amaba. Su amor la estaba llevando más allá de los límites emocionales que había conocido antes.

El beso fue largo, ardiente y exigente. Su urgencia le hizo áspero, pero a Astrid no le importó porque su propia necesidad era igualmente urgente. Las manos de él se deslizaron por su espalda, ahuecando sus nalgas. La acercó más a su dureza.

Como siempre que se unían, también lo hacían el calor y el deseo, envolviéndolos, dulces como la miel y sin sentido.

—Astrid, —susurró, arrastrando la boca por su garganta, detrás de sus orejas. Su aliento, rozándola cálidamente, era tan evocador como el calor húmedo de su boca—. Debemos poner fin a esto o te tendré entre los arbustos.

—Creo que daría la bienvenida incluso a los arbustos, sire, si me llevara de nuevo a la dicha. —Perdida en la emoción que sólo Lachlann podía despertar en ella, Astrid se aferró a él —. Empiezo a comprender el letching. Es una emoción de lo más deliciosa, ¿verdad?

Lachlann le subió lentamente las manos por la espalda y se enderezó. Seguía abrazándola, pero su agarre se había aflojado.

—Me alegro de que me esté enseñando su arte, —continuó ella suavemente—. Disfruto con nuestro placer carnal.

Respirando profundamente, se acurrucó más cerca de él, negándose a dejar que se apartara. Lo atrajo hacia sí y apoyó la mejilla en su pecho. Escuchó el latido firme y febril de su corazón.

—Sire, —murmuró ella—, ¿pueden todos los montañeses dar tanto placer a sus mujeres?

Las manos de Lachlann rodearon la parte superior de sus brazos y la apartó de un tirón de él. El movimiento fue tan repentino que la cabeza de ella se echó hacia atrás.

Maldiciendo en voz baja, la fulminó con la mirada.

—No lo sé, y no me importa lo que hacen otros Highlanders, esposa, —dijo—. Debes saber que soy el único Highlander que puede hacerlo contigo.

Astrid gritó suavemente cuando el agarre de él en sus brazos se hizo más fuerte.

—Eres mía, Astrid. Sólo mía. No cometas el error de buscar consuelo en los brazos de otro.

Desaparecida la alegría de los momentos anteriores, Astrid le miró fijamente a la cara.

—No pretendía nada con mis palabras, sire, —dijo en voz baja—. Sólo quería que supiera que aprecio que me enseñe a hacer letch, que lo disfruto de verdad. No soy Gunilda, sire. No me parezco a ella en nada

Lachlann la soltó y ella dio un paso atrás.

Quería decirle al montañés que sentía ternura por él, que le importaba, pero él era un hombre que sólo daba pasión, que sólo quería recibir pasión. Ella había prometido antes que no intentaría arrancarle una promesa mientras él no estuviera dispuesto a darla.

Se llevó la mano a la mejilla, la luz del sol centelleando en su alianza matrimonial, recordándole que el suyo era un matrimonio por contrato. Ella había iniciado el acuerdo y cumpliría su parte al pie de la letra, y al hacerlo protegería su corazón lo mejor que pudiera.

En un esfuerzo por convencerle de su lealtad, le dijo:

—Hice un acuerdo matrimonial con usted, sire, y lo cumpliré. Pase lo que pase.

Sus palabras no le calmaron. Su rostro se volvió más estruendoso. Sus ojos eran llamas azules de furia.

—¡Sí, esposa, lo harás!

Capítulo 20

A medida que el viaje continuaba, Astrid perdió la noción del tiempo. Cuanto más se acercaban a la aldea de Lachlann, más tiempo pasaba con sus guerreros. Incluso sus noches las pasaba planeando y organizando. La mayor parte del tiempo dormía fuera de la tienda, sobre su tartana. Cuando Astrid le interrogó al respecto, dijo que no deseaba perturbar su sueño.

Ella le echaba de menos, le quería con ella, pero sabía que él era primero un rey y un guerrero, y después un marido. Siempre antepondría el deber a ella. Ese era el camino del guerrero. Ese era el camino de un matrimonio basado en la conveniencia, no en el amor. Para tener a Lachlann, Astrid debía compartirlo.

Volcó su afecto en Catriona, manteniendo al bebé con ella todo lo que podía cuando viajaban, alimentándolo y jugando con él cuando se detenían a descansar. A medida que la loba a la que Astrid llamaba Gydag ganó fuerza, se abrió paso en el afecto de Astrid, y en la tienda de Astrid al final del día. También se ganó el respeto a regañadientes de todos los que viajaban con la compañía. En varias ocasiones Ghaltair intentó hacerse amigo de Gyda, pero al lobo no le caía bien. Siempre le gruñía. Incluso se disculpó ante Astrid por su rudeza. Ella aceptó las disculpas, pero no aceptó sus propuestas de amistad. No confiaba en un hombre que maltrataba a niños y animales.

Durante las largas noches que Lachlann pasaba lejos de Astrid, llevaba a la niña a su tienda y dormía con ella. Mientras Astrid tuviera a Catriona... y al lobo... no estaba sola.

Una tarde agotadora, Lachlann detuvo a la compañía y les ordenó que se detuvieran para pasar la noche... por última vez. El pueblo se encontraba a medio día de cabalgata sobre la siguiente subida. Todos estaban cansados, pero la expectación aligeraba el ánimo del campamento.

Varios guerreros montaron tiendas; algunos cazaron; otros recogieron leña para el fuego. Al anochecer, los cazadores regresaron para aderezar su presa. Astrid, Cora y Engla prepararon el meala de la noche, un suculento festín de carne de venado con verduras que habían sido suministradas desde los almacenes de Esberborns.

Los guerreros se relajaron de verdad por primera vez desde que habían iniciado el viaje; jugaron a juegos de mesa, rieron y charlaron bulliciosamente. Lachlann se sentó con sus hombres, sin unirse a los juegos y raramente participando en la alegría. La mayor parte del tiempo simplemente observaba.

—Niall, —dijo Astrid, sentándose junto al joven—, ¿por qué estás tan cabizbajo?

—Rompí la lengüeta de mis pipas, —respondió—, y no tengo repuesto. Mis cañas de repuesto se destruyeron.

—¿Cómo? —preguntó Astrid.

—Parece como si las hubieran masticado hasta hacerlas pedazos.

—Probablemente fue esa perra loba, —exclamó Ghaltair.

Astrid miró y vio al guerrero sentada en el suelo cerca del fuego.

—Gyda no destruye las posesiones de los demás, —aseguró Astrid.

—No estoy culpando a Gyda, —indicó Ghaltair—. Es culpa de Niall. No es cuidadoso con sus cosas. En varias ocasiones no ha hecho bien su trabajo.

Astrid no había conocido a Ghaltair cuando comenzó el viaje, pero desde que ella y Lachlann habían rescatado a Catriona y Gyda, había desarrollado una fuerte aversión hacia él. Se aprovechaba de los defectos de los demás. Para Astrid, esto sugería que había una debilidad en él. Ella confiaba en los instintos de Gyda, y al lobo no le gustaba Ghaltair.

—Ghaltair tiene razón, —dijo Niall—. He sido descuidado. Incluso si el lobo masticó las cañas, fue culpa mía por no vigilarlas mejor. Lachlann está muy enfadado conmigo.

Astrid echó un vistazo a su marido, que la miraba morosamente a ella y a Niall.

—No creo que esté tan enfadado como tú crees.

—Más, señora. Casi me gritó cuando se enteró de que no podré tocar la canción de los Gordon cuando entremos en el pueblo.

—¿Tan importante es? —preguntó Astrid.

—¿Qué si es importante? —Niall se enderezó—. ¡Es muy importante!

—Corey podrá soplar la lur, —dijo Astrid en un esfuerzo por animarle—. Y está el tamborilero.

—Sí, —dijo entre dientes apretados—. Corey soplará su lur y el tamborilero tocará el tambor, pero son las gaitas las que anuncian la llegada de los Gordon. Ningún jefe que se precie va sin su gaitero. —El muchacho se golpeó el pecho con los dedos—. Soy yo quien debería tocar la gaita.

—Déjame ver tus gaitas, —dijo Astrid—. Tal vez juntos podamos reparar tu caña.

El rostro de Niall se iluminó.

—¿Usted cree, señora?

—¿Cuál está rota? —replicó Astrid.

Es la siunnsear.

Niall se apresuró a entrar en su tienda y regresó con su gaita. Mientras Astrid inspeccionaba el instrumento, el muchacho hablaba de ella como si fuera su amada.

—Realmente amas tus gaitas, ¿verdad? —dijo ella.

—Sí, ama, eso hago. —Los ojos de Athur brillaron—. Sé hacer hablar a las gaitas. Mi padre me enseñó, y su padre tocó antes que él.

Observó cómo Astrid sujetaba con cuidado las gaitas y estudiaba la lengüeta dañada.

—Podremos arreglarla, Niall, para que puedas tocar la canción de Gordon. Tengo algunas cañas extra en mi botiquín.

—No me diga, señora, —interrumpió Ghaltair con sarcasmo—, que tiene un milagro para las gaitas en su botiquín.

Astrid miró en su dirección.

—Sí, Ghaltair, mi botiquín está lleno de milagros de un tipo u otro. Para tener milagros, sólo hay que creer en ellos.

—¿Usas juncos como medicina? —preguntó Niall.

—No, los utilizo para que los pacientes que no pueden tragar de una jarra puedan chupar líquido a través de ellos. También lleno los juncos con medicina y, cerrando un extremo con el pulgar, los utilizo para dosificar las gotas. Así es como pongo tinturas en los ojos doloridos. — Mientras Astrid hablaba, pasó la mano por el tartán con flecos que cubría la bolsa de aire de piel de oveja Sus dedos se enredaron en una lágrima.

—¿Quieres que lo arregle?

—Sí, mi señora.

Con un bufido, Ghaltair se levantó y se alejó de la compañía. Astrid se alegró. Mientras trabajaba en las tuberías, ella y Niall continuaron su conversación.

Muchas veces durante la velada, Astrid encontró la mirada oscura y melancólica de Lachlann sobre ella y una mirada en sus ojos que le decía que estaba hambriento de ella, tan hambriento de ella como ella de él. Anticipándose a su noche juntos, hizo planes para que Cora se quedara con Catriona. Cuando Astrid terminó, se dirigió al arroyo y se bañó. Después de secarse, se salpicó con agua fresca de hierbas y se puso una túnica larga y limpia.

Mientras regresaba por el campamento, se detuvo frente a Lachlann y lo contempló. Sintió sus vísperas sobre ella mientras recorría lentamente la distancia que la separaba de su tienda. Antes de entrar, se volvió y volvió a mirarle. Él se levantó.

—¡Lachlann! —Un jinete entró al galope en el campamento y se apeó ágilmente de su poni.

Sin apartar los ojos de Astrid, rozando al explorador, Lachlann dijo:

—Oiré tus noticias por la mañana.

—Es muy urgente, —dijo el joven.

—Mañana, —insistió Lachlann, y continuó hacia su tienda.

—Es un mensaje de su ard-righ.

Lachlann se detuvo. Suspiró. Astrid sabía cuál debía ser su elección.

—Vete a dormir, esposa.

Su decepción era tan aguda que se sintió segura de que su corazón estallaría, de que enloquecería de anhelo por el tacto de este hombre.

—¿Puedo esperarle despierta, sire? —llamó,

—Descansa, Astrid. Lo necesitas, —dijo él con amabilidad y con una renuencia casi a regañadientes—. No sé cuándo me acostaré.

Lachlann volvió sobre sus pasos y rodeó con un brazo la espalda del joven explorador. Lo

condujo al centro del campamento, donde, hablando en voz baja, los montañeses se apiñaban alrededor del fuego.

Adormecida, apenas consciente de lo que ocurría a su alrededor, Astrid entró en la tienda y se tumbó en el jergón de forma que pudiera ver a través de la abertura entreabierta. Luchó contra el sueño todo el tiempo que pudo con la esperanza de que su marido acabara viniendo a la cama. Pero al final aceptó que no vendría.

Se dirigió a la tienda de Cora a buscar a Catriona. A pesar de las susurrantes protestas de la sirvienta, a pesar de saber que podría molestar al bebé, cogió la cesta. Tendría a su niña -la niña que los dioses le habían dado- con ella esta noche.

Cuando volvió a entrar en su tienda, se acurrucó en la cama y acurrucó a Catriona en la curva de su vientre. El suave y cálido bebé que yacía junto a ella le trajo consuelo y paz. Gyda, dando tanto a Astrid como a Catriona un lametón de buenas noches, se tumbó a la espalda de Astrid.

—Eres mía —susurró Astrid—. Fue un regalo de los dioses, y nadie te va a separar de mí.

Catriona inspiró profundamente, su cuerpecito se estremeció y se frotó los ojos cerrados con los puños.

—No volverás a ser abandonada, amor, ni serás una esclava como yo. Siempre te protegeré.

Astrid cogió una de las pequeñas manos y pronto los deditos aferraron la de Astrid. A ella le encantaba el apretón de las delicadas manos.

—Soy huérfana, —murmuró Astrid, con los párpados cada vez más pesados—, pero tú, Catriona, no lo serás. Eso, amor, es una promesa.

Astrid se durmió.



—Señora

Desde hermosos sueños, Astrid oyó que alguien la llamaba ame. Sintió el calor del sol en la cara.

—Señora.

Se agitó y levantó los párpados cargados de sueño para ver a Cora inclinada sobre ella. Gyda seguía tendida a su espalda, alerta y vigilante.

—Dese prisa y vístase, —le indicó la vieja sirvienta—. Hoy cabalgaremos hacia la aldea de Lachlann.

—¿Dónde está? —Astrid se incorporó y se frotó los ojos—. Preparándose para el viaje.

Astrid miró su lado intacto del jergón.

—Estuvo despierto toda la noche.

Cora asintió.

—Aquí tengo su ropa. —Le entregó a Astrid una blusa de seda roja y unos pantalones negros que había estado cosiendo para ella desde que habían iniciado el viaje.

Astrid los cogió.

—Necesito dar de comer a Catriona.

—Dejaré que Engla lo haga, —respondió Cora—. Su esposo dijo que debíamos darnos prisa, y la dejé dormir todo lo que pude.

Astrid puso a Catriona en su cesta y se la entregó a la sirvienta. Gyda salió trotando detrás de Cora. Astrid se levantó y empezó a vestirse. Recordando su discusión con Lachlann respecto a su ropa, sonrió. Le encantaba el tacto de la suave tela contra su cuerpo y estaba especialmente orgullosa de tener ahora sus propios cuaranes, que se ajustaban a sus pies sin la ayuda de un grueso forro interior. Lachlann la había llevado consigo cuando le pidió a Thomas que le ajustara el pie y le cosiera las botas. Incluso se había sentado a su lado mientras Astrid discutía su diseño con el guerrero.

Poco después Cora y Gyda regresaron a la tienda. Gyda se tumbó en el jergón y Cora ayudó a Astrid a terminar de vestirse. Después de que Cora cepillara el pelo de Astrid hasta dejarlo brillante, le ciñó el tartán sobre los hombros.

—Ya está, señora. —Cora dio un paso atrás—. Me alegro de que por fin tenga una camisa y unos pantalones propios que ponerse. —Pasó las palmas de las manos por los hombros de Astrid y por su espalda—. Está muy hermosa. Enorgullecerá a su esposo cuando cabalgue hacia el pueblo. Llegará en breve.

—¿Vendrá a buscarme él mismo?

—Eso ha dicho, —Cora cogió las manos de Astrid entre las suyas y las apretó con fuerza, tranquilizándola—. ¿Está nerviosa?

—Sí—, dijo Astrid, —un poco. No hay necesidad de estarlo.

—Me casé con el bárbaro para salvar a Engla y a su bebé, —dijo Astrid—. En aquel momento no pensé en muchas de las consecuencias. Desde que iniciamos el viaje, he tenido tiempo para pensar. Me crié en la casa del rey como una esclava. No sé nada de ser la esposa de un cacique, ni mucho menos de ser una princesa.

—Tiene una buena cabeza sobre los hombros, ama. —le aseguró Cora, acercándose para coger la cara de Astrid con ambas manos—. Se adaptarás rápidamente. Aunque está mal que yo lo diga, señora, será la esposa de un buen jefe.

—Gracias, —murmuró ella, y se obligó a sonreír—. Ojalá estuviera tan segura como tú.

Cora le dio una palmadita en la mejilla y dio un paso atrás.

—No se preocupe. Todo irá bien.

—Iré a ver a Catriona.

Saliendo de la tienda, con Gyda pisándole los talones, Astrid cruzó el campamento para encontrar a Engla sentada en el borde trasero del carro con el bebé en brazos.

—Oh, Astrid. —Engla sonrió alegremente—. Es una cosita tan dulce.

Astrid cogió al bebé en brazos y lo abrazó con fuerza. Catriona era suya, suya para amarla. Mientras tuviera al bebé no estaría sola entre extraños.

—Pronto tendré un bebé propio, Astrid.

—Sí. —Acarició al bebé, pero Catriona sólo recibiría un poco de cariño. Con la barriga llena, estaba lista para jugar.

Minutos después, Magnus, guiando a Moonbeam, se acercó a Astrid.

—Dese prisa, señora, su marido la espera.

Astrid cruzó la mirada y vio a Lachlann a la cabeza de la columna. El sol bruñía su pelo negro; la brisa se lo apartaba salvajemente de la cara. Su camisa y sus pantalones negros resaltaban su físico musculoso, sus rasgos apuestos. y le recordaron aquella noche, aparentemente tan lejana, en que él apareció en Esberborns para informar al rey y a la reina de la muerte de Gunilda. Aquella noche había vestido los mismos pantalones y camisa negros. Hoy estaba igual de guapo, tal vez incluso más, pero no era ni de lejos tan oscuro y melancólico. Se echó la tartana sobre un hombro y se la abrochó. Aceptó el casco de uno de sus hombres. Impaciente, miró a su alrededor. Sí, pensó Astrid, estaba listo para partir.

Le dio un último beso a Catriona antes de entregársela a Cora. Después de ponerse los guantes, permitió que el padrino la ayudara a montar. Tomando las riendas, condujo a Moonbeam al frente de la compañía, donde Astrid se unió a Lachlann. Gyda trotó junto a Moonbeam.

Con Lachlann en su semental negro, ella en su yegua roja dorada, se colocaron uno al lado del otro.

—Hoy, esposa, llegaremos a mi aldea, —dijo Lachlann.

—Sí, sire.

—¿Estás ansiosa por llegar a tu nuevo hogar?

—Sí, sire, —contestó ella—, pero también estoy asustada,

Él cogió una de sus manos entre las suyas.

—No lo estés. Estoy contigo.

—Sí, eso me da fuerzas.

Le soltó la mano, levantó la izquierda y la llevó hacia delante. La compañía comenzó a moverse. Astrid mantuvo la cabeza alta y se sentó un poco más erguida mientras contemplaba al hombre del estandarte que cabalgaba justo delante de ellos. Como todos los guerreros de las Tierras Altas, montaba el poni como si hubiera nacido para ello, con los hombros cuadrados y la cara hacia delante. Como la primera vez que Astrid lo había visto, iba vestido con el chaleco rojo de mangas acuchilladas que se ajustaba sobre la corta túnica amarilla. En su mano izquierda sostenía en alto el estandarte de hierro que portaba los colores de los Gordon. A ambos lados del hombre que llevaba el estandarte cabalgaban otros dos guerreros, vestidos con el mismo colorido atuendo. Corey llevaba el cuerno; Niall sostenía las gaitas.

Partieron a primera hora de la mañana y a, mediodía ya habían cruzado el valle.

—Nos queda media hora de camino, —aseguró Lachlann sobre una colina que custodiaba el valle.

Astrid vio el pueblo. Incluso desde esa distancia era una vista grandiosa. Grandes campos, pulcramente cuidados y divididos por bajas vallas de piedra, rodeaban toda la aldea, que estaba protegida por un profundo foso, dos puentes retráctiles y empalizadas de madera. La aldea de Lachlann era mucho más grande que Esberborns, y mucho más colorida. Los estandartes rojos y amarillos colocados de forma intermitente alrededor de las murallas crujían al viento.

Ya había empezado a reunirse gente de lugares distantes del reino para la ceremonia matrimonial. Tiendas y pabellones de todos los tamaños, formas y colores -los colores siempre reflejaban el clan o la casa familiar- se habían levantado en los terrenos que rodeaban la aldea. Recintos provisionales de madera acorralaban a caballos y bueyes. Los ancianos se sentaban y charlaban en pequeños grupos; las mujeres mayores cocinaban mientras las más jóvenes preparaban sus mercancías para el trueque.

Los niños jugaban.

En un prado entre dos rodales de árboles, los guerreros practicaban sus habilidades marciales. Dos luchaban; un tercero arbitraba. Unos pocos -los más afortunados, señaló Lachlann- clavaban lanzas especiales en una bolsa de cuero rellena suspendida por una cuerda de la rama de un árbol alto. Muchos más practicaban esgrima; aún más lanzaban otro tipo de lanzas a blancos fijos. La mayoría practicaba el tiro con arco. Astrid se imaginaba que todos estaban sumidos en un espíritu festivo.

—¿Ahí es donde vamos a vivir? —preguntó.

—Sí, en el pueblo de los Gordon, —dijo Lachlann—. Muchos de los nuestros prefieren vivir en granjas alejadas del asentamiento, pero siempre buscan refugio allí cuando nos atacan. —Señaló una montaña en la distancia—. Beinn Lachlann.

El orgullo subrayó sus palabras.

Astrid se volvió para contemplar el rostro sonriente de su marido. Él la hacía sentir como si fuera la única persona que existía en el mundo. Una sonrisa y unas pocas palabras de él la hicieron compartir su alegría por estar en casa.

Aunque iba vestido completamente de negro, a excepción de su tartán, que blandía holgadamente sobre un hombro, no era el guerrero melancólico que ella conoció. La emoción suavizaba sus duros rasgos.

—Ahora será tu hogar.

—Si tu gente me acepta, —respondió Astrid en voz baja. Te aceptarán, señora.

A lo lejos, detrás de Lachlann, Astrid vio a Ghaltair revisando uno de los carros. Levantó la vista al mismo tiempo y sus miradas se cruzaron. De nuevo vislumbró hostilidad en su semblante y supo que iba dirigida hacia ella. Una vez se lo había mencionado a Lachlann, pero él se había encogido de hombros.

No había vuelto a mencionarlo.

—Eres hermosa, Astrid, —le oyó decir.

—¿Cree que su pueblo me aceptará, mi sire, porque usted dice que soy hermosa?

Se rieron juntos.

—Apreciarán tu belleza, —dijo él—, pero te aceptarán como mi esposa porque eres

inteligente y sabia, y porque eres una líder. —Astrid sintió que su mirada recorría cada rasgo de su rostro antes de deslizarse hasta la blusa de seda roja y los pantalones negros.

Sus ojos se oscurecieron hasta convertirse en azul ahumado, y Astrid no tuvo que preguntarse por sus pensamientos. El suave material de la blusa se ceñía a sus pechos, revelando su plenitud. Los pantalones se ajustaban perfectamente a sus caderas y muslos.

—Siento un fuego en el vientre cada vez que te miro, —confesó con una voz ronca que envió ondas de placer a través de ella.

—Si te sientes así, sire, ¿por qué no has venido a nuestra tienda en las últimas noches?

Tan apasionadamente inflamados estaban sus ojos, sus palabras, que Astrid bajó las pestañas. Aun así, no pudo evitar que su cuerpo respondiera.

—Me he mantenido alejado porque cuando estoy cerca de ti, sólo pienso en ti, en tu pasión y tu fuego. Tenía que estar alerta. Un rey no es bueno para su pueblo si es prisionero de la pasión.

Los pechos de Astrid se tensaron mientras el anhelo se enroscaba a través de ella para residir en el bajo vientre. Le dolía la posesión de su marido; anhelaba reclamarlo como sólo un hombre y una mujer pueden hacerlo en el apareamiento.

—Míreme, Astrid —le dijo Lachlann—. Quiero conocer tus pensamientos.

Astrid le dejó ver el hambre de respuesta en sus ojos. Riendo alegremente, le cogió la mano y la apretó.

—Astrid, eres una delicia

—Que siempre lo sea, sire.

La risa se desvaneció pero no la sonrisa de sus labios. Sus ojos se volvieron sombríos.

—Sí —dijo lentamente—, que siempre lo seas.

Todavía estrechando su mano, volvió su atención a su entrada triunfal en su aldea.

—Ho, Corey—, llamó, —haz sonar el cuerno. Que la gente sepa que el Gordon está en casa.

Corey sopló tres veces, el grueso estruendo resonó por todo el valle. A lo lejos oyeron sonar tres veces el cuerno que respondía. Aclamando, agitando ramas en el aire, la gente se situó en la muralla que enmarcaba la entrada del pueblo. Otros se agolpaban a través de la puerta abierta hacia el puente retráctil que atravesaba la enorme zanja anular.

—Lachlann, —llamó Thomas, con su arrugado rostro envuelto en una sonrisa—. Es bueno estar de nuevo en casa, entre amigos.

—Sí.

—Y entre lindas muchachas escocesas, —añadió Ghaltair.

Los hombres rieron y se sentaron un poco más erguidos en sus ponis, Incluso los animales percibieron un cambio; sus andares eran un poco más enérgicos y agitaban sus colas.

—Debería tener un nuevo hijo o hija, —exclamó Brian.

—Probablemente una muchacha, —se burló otro—. ¿Cuántas muchachas tenéis ahora

Sorcha y tú, Brian, muchacho?

—Tres, pero no me importaría tener otra.

—Tampoco a mí si se parece a su madre, —dijo Ghaltair.

—Bueno, reconozco que soy más musculoso y peludo que mi señora esposa. —Brian extendió un brazo musculoso— pero no soy tan difícil de mirar.

Sus palabras fueron recibidas con sonoras carcajadas.

Sus risas eran contagiosas y Astrid disfrutaba con ellas. Aunque nerviosa, ella también esperaba saludar a sus familias. Estaba ansiosa por conocer a la madre y al padre de Lachlann.

Aunque aún estaban a varios kilómetros del pueblo, Lachlann ordenó a Niall que empezara a tocar la gaita.

El gaitero, que también era el bardo, empezó a soplar las gaitas. El sonido ululante no le resultó tan desagradable a Astrid como la primera vez que lo había oído. Era la melodía de la gaita de su marido. Todos sabrían que Lachlann mac Gordon regresaba victorioso de la… caza.

Sí, tenía a su presa: su esposa Einarland.

Cuando los guerreros de Lachlann gritaron el grito de guerra, unos escalofríos cubrieron el cuerpo de Astrid y se estremeció. Aferró con fuerza la mano de Lachlann.

—¿Estás asustada? —preguntó él.

—Un poco ansiosa. El sonido de sus gaitas y su grito de guerra no ayudan en nada.

Lachlann sonrió.

—Puede que el grito de guerra del clan Gordon siempre envíe una punzada de miedo por tu espina dorsal, pero llegarás a amar la música de las gaitas.

—Es el sonido de las Tierras Altas.

—Ah, me encanta ese sonido, —dijo Cora con un suspiro.

—Es uno sin el que puedo vivir, —replicó Engla, tapándose los oídos con fuerza—. Nunca he oído uno igual en mi vida.

Cora se rió.

—Acostúmbrate. Lo oirás mucho a partir de ahora.

Cora sonrió mientras se sentaba en el asiento del carro, sacudiéndose de un lado a otro. Las lágrimas le escocían en los ojos. Por primera vez en muchos años entraba en un pueblo gobernado por su gente. Estaría rodeada de aquellos que hablaban su misma lengua, que compartían sus mismas creencias. Ella estaba en casa.

Y también lo estaba su ama.

Mirando a Astrid y Lachlann, sonrió. Eran realmente un espectáculo. Cabalgando juntos a la cabeza de la columna, ambos iban vestidos con sus mejores galas, propias de un jefe de clan y príncipe del norte de Escocia y su esposa.

El pelo de Astrid, recogido con peinetas decoradas, colgaba en largas ondas por su espalda y brillaba a la luz del sol de la mañana. Cora estaba orgullosa de la camisa y los pantalones que había confeccionado para su ama, a petición de Lachlann. Sí, pensó Cora, se había encaprichado

realmente de su señora esposa, de lo contrario no habría acogido a la niña que ahora yacía dormida en una cesta velada al lado de Cora.

Catriona se revolvió. Se relamió y hundió la barbilla en el pecho, apoyando un puño en la mejilla. Arrugando suavemente, Cora apartó el velo y ajustó el escote del vestido del bebé, que había confeccionado con restos de tela sobrante de la camisa nueva de Astrid.

Sentada al otro lado de la cesta del bebé, Engla miró a lo lejos.

—Magnus ha sido amable con nosotras, —dijo.

—Sí, —respondió Cora, volviendo al nórdico—. Es un buen hombre. —Tras una pausa, continuó—: Creo que quizá es un poco más amable con nosotras porque está interesado en ti.

Los ojos de Engla se redondearon y sus mejillas adquirieron un delicado tono rosado.

—¡Bromeas, Cora!

—No, he visto cómo te mira.

Mientras Cora hablaba, Magnus giró sobre su poni y les devolvió la mirada.

—Sí, te tiene cariño, —concluyó la anciana.

Suspirando, Engla volvió a retorcerse y puso una cara que no le resultaba cómoda.

—Pronto llegaremos al pueblo—, dijo Cora en voz baja—, y ya no tendrás que estar sentada en estos duros asientos.

Engla asintió. Flexionó los hombros y se puso las manos sobre el vientre.

—Estoy engordando.

—Sí, así es la maternidad.

—Me alegro de tener mi libertad, —dijo Engla—, pero me pregunto por Sven.

—Seguro que sí.

—Aunque era mejor como herrero que como guerrero, era amable a su manera.

—Estoy segura, —asintió Cora—. ¿Todavía sientes ternura por él?

Engla bajó la cabeza y jugó con los flecos de su chal.

—Sentía ternura por él... o eso creía. Me acosté con él porque iba a comprar mi libertad y casarse conmigo. —Miró a la mujer mayor, con el corazón turbado—. Cuanto más nos alejamos de Einarland, menos pienso en Sven.

Cora puso una mano sobre la de Engla.

—No te preocupes. A veces confundimos la ternura de la gratitud con la del amor. ¿Te sientes ahora atraída por Magnus?

—Sí, —murmuró Engla—, pero dudo que le interese una mujer que lleva el hijo de otro hombre.

—Creo, Engla, hija mía, que Magnus sí te encuentra atractiva, estés o no embarazada. Si no, no fruncería tanto el ceño cuando está lejos de ti, y no estaría todo el tiempo cerca de nuestro carro, —dijo Cora—. Aun así, ni tú ni nadie puede hacer nada hasta que Astrid se quede embarazada.

Engla sonrió.

—Espero que oigamos buenas noticias bastante pronto, —dijo Cora. Entonces lord Lachlann se encargará de que te cases como es debido. Quizá con Magnus.

—¿Tú crees?

—Magnus es su mejor amigo, y tú eres la amiga más querida de Astrid. Creo que tal vez se podría persuadir a uno de ellos o a los dos para que te desposaran con Magnus si él lo pidiera.

La idea agradó a Engla, y sonrió al ver a Magnus cabalgando hacia ellas.

—Es guapo, Cora—, aseguró—. De hecho, mucho más guapo que Lord Lachlann.

Cuando llegó al carro, dijo en gaélico:

—Mi señora Engla, ¿se encuentra bien?

Habiendo aprendido esta frase de Magnus, Engla asintió.

—Está deseando llegar al pueblo, —indicó Cora—. Se encuentra un poco abatida.

—Sí, —dijo Magnus, su mirada recorrió el abdomen hinchado de Engla y luego volvió a su rostro. Sonrió—. Su pelo es del color de las hojas de otoño.

Cora se volvió para mirar a Engla.

—Sí, así es, —murmuró.

—¿Qué dijo? —preguntó Engla.

Cuando Cora tradujo, Engla se ruborizó. Magnus se rió.

—¿No deberías volver al frente? —preguntó Cora—. Pronto entraremos en la aldea.

—No, cabalgaré a su lado, buena mujer. —dijo—. No muchos hombres tienen la bendición de cabalgar junto a dos mujeres hermosas.

—¡Acht! —Cora rió y repitió sus palabras para Engla, que le sonrió tímidamente.

—Lachlann y la princesa Astrid son realmente una pareja muy guapa, ¿verdad? —dijo Magnus.

—Sí, —murmuró Cora.

—Me alegrará verlos bendecidos con un hijo.

—Y estoy segura de que ellos también serán felices, —dijo Cora.

—Espero que sea pronto, —añadió Magnus—. Muy pronto.

Capítulo 21

-Esposa, ¿qué es lo que le interesa tanto como para mirar continuamente por encima del hombro? —Preguntó Lachlann.

—Me preocupa que Catriona cabalgue en la retaguardia de la compañía. Levantamos tanto polvo.

—Sabes muy bien que no puedo permitir que la niña cabalgue con nosotros, precisamente en este día.

Astrid miró al frente, pero Lachlann vio el brillo de las lágrimas en sus pestañas.

—Astrid, me presionas mucho, —dijo suavemente—. Y tus lágrimas me conmueven. Cuando se trata de ti, a veces me comporto como un joven insensible y dejo atrás la razón.

—¿No podríamos dejar que el carro vaya directamente detrás de nosotros?

Sacudió la cabeza.

—Traigo a casa una segunda esposa de Einarland, una a la que toda mi gente no está convencida de que necesite. Debo superar sus miedos y prejuicios. También debo averiguar quién de entre nosotros está creando problemas entre nuestro pueblo y los pictos, quién está destruyendo las alianzas de paz que intento construir. Con todo esto contaba. Pero ahora, gracias a tu naturaleza cariñosa, esposa, tengo aún más con lo que lidiar. Ahora también estoy trayendo a la aldea un lobo herido, que se está recuperando rápidamente, y sólo tengo tu palabra de que está domesticado.

—De eso estoy segura, —respondió Astrid.

—Por extraño que pueda parecer, Astrid, no me preocupa tanto explicar la presencia del lobo como la del niño.

—El suyo es un pueblo extraño, sire, que ve menos valor en un niño que en un animal.

—Sí, pero muchos piensan así.

Astrid asintió, y Lachlann vio que tenía miedo. Quiso abrazarla, apretar su rostro contra su pecho y ahuyentar esos temores. Había pensado que encamarse con ella saciaría su anhelo, que con el tiempo se aburriría de ella. Hasta ahora no.

Cada día que pasaba Lachlann deseaba a Astrid más que antes. Su deseo era tan intenso que le enfurecía. Se había apartado de ella en un esfuerzo por acabar con su letargo, pero la abstinencia sólo había intensificado su deseo por ella.

Aún así, se dijo a sí mismo, todo acabaría eventualmente. Siempre lo hacía. Debía hacerlo. Los dioses le habían elegido para ser rey. Como elegido, debía toda su vida al bienestar de su pueblo. Con este fin hacía planes; trabajaba para hacer realidad sus sueños y ambiciones. No

podía permitir que nada se interpusiera en su camino.

—Lachlann, tu gente no hará que nos deshagamos de Catriona, ¿verdad? —preguntó Astrid.

—He aceptado a Catriona en mi casa... para bien o para mal, esposa, —respondió él—. Hablaré en su defensa ante el ard-righ.

—Hablaré yo también si lo prefiere —añadió Astrid.

Él resopló.

—Eso, esposa, sería mi perdición. Soy el señor de estas tierras y muy capaz de hablar por mí mismo. Ahora, gira la cabeza hacia delante y endereza los hombros. Cuando cabalguemos hacia mi aldea, presentaré a mi esposa para que mi gente la vea.

—¿Está orgulloso de su esposa, sire?

Sus ojos eran del verde del brezo y el helecho en primavera. Su pelo brillaba como el resplandor de la luna. Cada vez que la miraba, la veía de nuevo y era más hermosa que antes.

—Astrid, te presentaré con el mayor orgullo.

Una sonrisa trémula rozó sus labios.

—Gracias, esposo.

—Ahora, calla, y mira hacia delante,

Sus labios se curvaron en una deliciosa... y tentadora... sonrisa.

—Sí, esposo.

Un cálido placer lo invadió. Se sintió amable con ella. Unos minutos más tarde, Astrid observó a lo lejos una gran colina surcada y rodeada de senderos de arriba abajo. Cuanto más se acercaban, más curiosidad sentía.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Se llama la Colina del Laberinto. La atraviesa un túnel llamado la Cámara de Fuego. Se utilizaba como lugar de culto antiguo.

—Los caminos están claramente marcados. —Astrid se llevó las manos a los ojos para cortar el resplandor—. Parece que todavía están en uso.

—Sí, la gente sigue haciendo peregrinaciones anuales, —respondió—. En la cima de la colina hay un estanque con una fuente de agua clara que los montañeses consideran sagrada. Llevan ofrendas a Nuestra Señora del Lago, de quien se dice que visita el estanque una vez al año, a mediados del verano. Los pocos que han visto a la señora afirman haber recibido un milagro de ella. Hay cámaras empedradas en el interior de la colina, —añadió Lachlann—, pero los peregrinos ya no las utilizan. Aunque tardan más en hacer la subida, utilizan los caminos exteriores.

—La describe como una colina sagrada, sire, pero sólo con mirarla siento miedo. Tendría que desear un milagro desesperadamente para escalarla, —confesó Astrid.

—Sí, es de temer, —dijo Lachlann—. En la antigüedad se realizaban allí pruebas de ordalía. Los túneles empedrados de la cámara forman un anillo alrededor de la ladera. Una parte de la cámara se llenaba de fuego y la otra de agua de manantial. Los que se enfrentaban a la

ordalía eran obligados a un de un extremo a otro del túnel. Los ancianos dicen que si el fuego no te mataba, lo haría el agua.

—Pero, los que escaparon demostraron su inocencia, —adivinó Astrid.

—La tradición nos dice que ninguno ha vivido un juicio así, —dijo Lachlann—. Sólo he presenciado personalmente dos pruebas de fuego, y ninguna de las dos personas sobrevivió.

Ella jadeó.

—¡Todavía lo usáis!

—Lo hacíamos hasta que Fergus se convirtió en ard-righ. Lo prohibió.

Aliviada, Astrid murmuró:

—Bien. —Aún así, como si alguna fuerza sobrenatural tuviera el control de sus ojos, no podía apartar la mirada de la ladera.

De nuevo se estremeció.

Lachlann cogió su mano entre las suyas y apretó.

—No te alarmes. Ahora todas las peregrinaciones son pacíficas. La gente lleva sus exvotos a Nuestra Señora y regresan de su viaje con historias de alegría y regocijo.

Agradecida por la calidez y la fuerza de su mano, por su cariño. Astrid le devolvió la sonrisa.

—Quizá algún día, Astrid, tú y yo hagamos un viaje al lago sagrado.

—Quizás. —Astrid sabía que era un viaje que temería más que anticipar.

Poco después del mediodía, llegaron a la gran pradera que rodeaba la aldea; salieron del camino y entraron en una carretera profundamente surcada. Gritos de celebración sonaban a su alrededor. La canción de los Gordon retumbaba en el aire, Lachlann y la compañía cruzaron el puente principal hacia el recinto amurallado. Desde todos los lados les apretujaba gente animosa, su adulación y felicidad se sumaban al aire festivo. La gente agitaba pancartas de vivos colores y exuberantes ramas de árboles verdes. Jóvenes y ancianos por igual arrojaban helechos y brezos al camino delante del jefe que regresaba y su compañía.

Los saludos resonaban a su alrededor. Los niños, riendo y gritando, arrojaron grano de cereal sobre ellos. Las mujeres de la aldea corrían junto a los ponis, tocando las cuaranas de Lachlann y Astrid y los arreos de los ponis. Los ancianos blandían sus armas.

Preocupada por Catriona y Gyda, a quienes había ordenado montar en el carro con Cora, Astrid miró hacia atrás por encima del hombro, pero los aldeanos se habían agolpado tan cerca que no pudo localizar inmediatamente el carro. Mientras ella y Lachlann avanzaban lentamente, siguió buscando detrás de ella. Entonces vio a Magnus atravesar a caballo la puerta de la aldea. A continuación llegó el carro. Cora y Engla estaban ambas radiantes de felicidad, aunque por razones diferentes, supuso Astrid. Entre ellas yacían la cesta del bebé - y Gyda. Con la cabeza alta, la loba miraba a su alrededor.

—Mira, Lachlann, —llamó una mujer,

Astrid se volvió para ver a una aldeana que sostenía a su pequeño bebé.

—Ha nacido mientras no estabas.

—¡Él! —exclamó Lachlann. La mujer asintió.

Lachlann detuvo el poni y se inclinó para tocar la frente del bebé.

—¡Un niño!

—Sí. —Su cara resplandeció—. Por fin un niño.

Lachlann apartó el cobertor del bebé.

—Ah, Sorcha, alabado sea Dios. Se parece a ti y no a Brian. Estábamos preocupados por el bebé.

La mujer volvió a reír.

—¡Sorcha! —llamó Brian. Pasó al galope junto a Lachlann—. ¿Eres tú, amor?

—Soy yo, Brian. —Apartándose de Lachlann, la mujer corrió hacia el fornido guerrero, que se deslizó de su poni, sin signos de cojera en su andar—. Y nuestro hijo.

Brian agarró a su mujer por la cintura y la levantó a ella y al bebé en el aire.

—Muchachos, ¿habéis oído? Soy padre de un niño.

—Bueno, entonces, Brian, —dijo Thomas—, no tendrás que estar intentando tener más hijos.

—Ah, bueno, yo no diría o eso, —replicó Brian—. Seguro que no lo haría. —Entre sus grandes y musculosos brazos acunó al bebé y echó hacia atrás el cobertor. Sonrió y canturreó suavemente. Astrid le observaba con ternura.

Giró la cabeza para mirar a su esposa.

—Pero habría querido igual al bebé si hubiera sido una niña.

Los ojos de Sorcha brillaron y asintió con la cabeza.

—Lo sé.

Astrid se sintió como si la hubieran pillado escuchando a escondidas. Rápidamente apartó la cabeza. A pesar de toda la amabilidad de Lachlann, deseó que el cordón de amor que unía a Sorcha y Brian la uniera a ella y a Lachlann.

—Aquí, señora. —Sacada de sus pensamientos, bajó la vista para ver a un niño que le entregaba un ramo de flores. Ella las aceptó con agradecimiento. Más flores y talismanes le fueron arrojados, más bendiciones pronunciadas.

Felizmente, ella los aceptó todos. A diferencia de los súbditos de Bjorn, los de Lachlann la querían, y parecían quererla a ella.

—Mi señora.

Astrid sintió que alguien tiraba de la pernera de su pantalón. Miró a una anciana que estaba de pie junto a su poni.

—Recogí esto para usted. —Ella levantó un ramo de flores—. Bienvenida al clan Gordon.

Los ojos azules estaban envejecidos, pero vivos y alerta. Tocó con su mano la punta del zapato de Astrid y murmuró una oración.

—Que Dios la bendiga, señora, —dijo.

—Gracias, —respondió Astrid, con lágrimas en los ojos—. ¿Quién es usted?

—Soy Feich, la Mujer Sabia y la comadrona. Si me necesita, vivo al otro lado del pueblo.

—¿Cree que voy a necesitarla pronto, comadrona?

—A su tiempo, —respondió la mujer.

Cuando Lachlann vio a Feich, una sonrisa suavizó sus facciones.

—Buenos días, vieja amigo.

—Buenos días para ti, Lachlann. —Ella se movió alrededor de los ponis para poder caminar a su lado—. Es bueno tenerte en casa.

—Es bueno estar en casa.

Ella puso una mano, retorcida y anudada por la artritis, sobre su muslo.

—Las aguas turbias se agitan, hijo mío. Los problemas están en camino.

Lachlann puso una mano enguantada sobre la de ella.

—Sí, he sentido la agitación.

—Son grandes problemas. —Feich se echó el chal sobre la cabeza y se alejó—. Debo irme ahora. Tengo trabajo que hacer.

Astrid observó a la anciana hasta que fue engullida por la multitud. Cuando volvió a mirar a Lachlann, él también la perseguía con la mirada.

—¿Es ella de la que me hablaste?

Él asintió.

—Ella me trajo al mundo y ha estado conmigo toda mi vida. Es una de las pocas personas en las que confío implícitamente.

Con el ceño fruncido, Lachlann se sumió en el silencio. La gente seguía presionándoles, entregándoles amuletos y pociones, bendiciéndolos en los nombres del nuevo dios y de los antiguos.

Finalmente, Lachlann preguntó:

—¿Qué te parece tu hogar, esposa?

—Es hermosa, —respondió Astrid—. Los edificios son magníficos. Nunca había visto nada igual.

Tampoco había visto nunca calles y paseos semejantes. Todas estaban pavimentadas y enlosadas con piedra, los cascos de los ponis repiqueteaban sobre ellas mientras correteaban por el pueblo. La calle principal conducía directamente al Gran Salón; otras calles y caminos conectaban los numerosos edificios.

Al final de la calle y a la derecha vio una enorme plataforma semicircular de madera que se elevaba en el aire.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Asientos al aire libre, —respondió Lachlann—. La Gran Tribuna. Cada fila de asientos está elevada un peldaño por encima de la anterior, para que todos los que se sienten en ella

puedan ver sin distracciones.

—Es maravilloso, —aseguró ella. Señaló hacia una pequeña cabina semicircular en la base de la plataforma de asientos. Una tela brillante formaba un dosel sobre la estructura de mimbre tejido. Desde ella, el Gran Rostrum se abría en abanico, cada grada más amplia—. ¿Es para el orador?

Asintió.

Detrás se extendía un campo de torneos. Astrid había visto muchos campos así en Einarland. Miró las casas, las más grandes residencias, las más pequeñas dependencias. Tiendas de alimentos. Casas de baños. Talleres. Casas de sirvientes. Cobertizos para animales. Perreras. Establos. Corrales llenos de animales diversos. Caballos, vacas, cabras, ovejas, cerdos y gallinas corrían a lo largo de la muralla exterior del pueblo.

Grandes huertos rodeaban las dependencias. Estaban pulcramente trazados y divididos con vallas de piedra, al igual que los campos más grandes de las afueras de la aldea. A la derecha de la Gran Sala había cinco hornos de fundición, no muy diferentes de los de Einarland. Junto a ellos había pilas de carbón vegetal, mineral de pantano y madera. El mineral de pantano se quemaba con carbón vegetal en estos grandes hornos de arcilla para formar hierro. Cerca había una gran cabaña. A juzgar por los yunques, varillas de hierro forjado, martillos, tenazas y fuelles que vio esparcidos por allí.

Astrid supuso que allí trabajaba el herrero.

A la izquierda, más adelante, había una gran caseta de almacenamiento. Las grandes puertas estaban abiertas y Astrid vio varios carros, arados y otros vehículos apiñados en su interior.

Siguieron adelante, con la gente moviéndose a su lado.

Lachlann señaló un gran edificio rectangular con tejado de paja.

—El Salón Pequeño, —dijo.

Sorprendida, Astrid sólo pudo mirar. La Sala Pequeña era más grande que la Gran Casa de Wyborm.

—Aquí viven mis guerreros personales, —anunció.

—¿Y sus familias? —preguntó Astrid.

—No. Cuando los hombres se casan, se trasladan a sus propias granjas. Esto es para los guerreros solteros que no tienen familia. Por aquí están las casas de huéspedes. Cada una tiene dos habitaciones.

Hizo un gesto con la mano para incluir cuatro grandes estructuras que flanqueaban la Pequeña Sala. De nuevo Astrid se sorprendió por el lujo de la aldea. Cada uno de estos edificios era más grande que su casa, y las dos habitaciones de cada uno proporcionaban intimidad, una extravagancia que sólo permitía la casa de Bjorn en Einarland.

—Dos de nuestros principales festivales en las Tierras Altas se celebran en primavera y otoño. Como se reúne tanta gente en el pueblo de ard-righ para la celebración, traen sus propios pabellones. Pero si sólo nos visitan unos pocos, todas nuestras aldeas tienen casas de huéspedes como éstas.

—Verdaderamente, su aldea es hermosa, esposo, —murmuró Astrid—. Nunca había visto tantas estructuras tan grandes en un solo lugar.

Mientras seguía mirando, vio un gran edificio con forma de tienda, cuyo tejado de paja sobresalía en el aire.

—¿Qué es eso?

—La cabaña de los tejedores, —indicó él—. Es lo suficientemente grande para muchos telares.

—¿Significa esto que no hay telares en las casas?

—No. Aunque si lo deseas, puedes tener uno para tu uso personal, —respondió él. Las mujeres utilizan estos telares comunales para producir material con el que hacemos trueque. Dedican muchas horas a la semana a tejer en estos telares. Cualquier artículo de trueque que recibimos a cambio pertenece al pueblo y va al almacén del clan. Lo que los individuos fabrican y por lo que comercian es suyo.

—Ustedes cuidan de los suyos, —dijo Astrid.

—Sí. —Señaló—. Y ese, esposa, es mi... es nuestro hogar.

Astrid contempló asombrada el enorme e imponente edificio rectangular que tenían delante.

—El Gran Salón, —dijo Lachlann con orgullo.

—Está construida de forma diferente a la Gran Casa de Bjorn, —señaló Astrid—, La suya tiene puertas en todos los lados. Y las aberturas más pequeñas en lo alto de la pared, ¿qué son?

—Ventanas, —explicó—. Permiten la entrada de luz y aire fresco en el edificio.

—Pero en tiempo frío o lluvioso imagino que pueden ser molestas.

—Cuando llueve, enrollamos solapas de cuero sobre las ventanas. Las contraventanas de madera las cubren cuando hace frío.

—Es maravilloso, —murmuró Astrid—. No he visto nada igual en toda mi vida. Verdaderamente, es un hombre rico, esposo.

—Sí, mi pueblo y yo hemos sido bendecidos. —respondió Lachlann—. Fergus ha sido un rey bueno y sabio, enseñándonos a dar libremente a la tierra todo lo que nos da.

Una valla de zarzo tejido, tan alta como la cintura de Astrid, rodeaba la finca de Lachlann, incluyendo todas las dependencias, las casas de huéspedes y el Pequeño y Gran Salón. Un anciano, con el rostro arrugado en una gran sonrisa, les abrió la verja. Entraron a caballo.

—Bienvenido a casa, mi sire —Miró a Astrid—. Y a usted también, mi señora.

—Es bueno estar en casa, Cleit, —dijo Lachlann—, Saluda a tu nueva señora, la princesa Astrid.

—Bienvenida al territorio de Gordon, princesa Astrid—, dijo Cleit. —Estábamos deseando que llegara a casa

—Gracias, Cleit—, dijo Astrid, un cálido resplandor la llenó.

Levantó la vista para ver a una pareja anciana y digna que entraba en el porche del Gran

Salón y se colocaba bajo el dosel de tela escocesa roja y amarilla.

—Mi madre y mi padre, —indicó Lachlann.

—Sí, esposo lo sabía por su descripción de ellos.

La reina era hermosa. La luz del sol de la tarde daba una suavidad etérea a su rostro, que estaba enmarcado por delicados velos de un tono azul más claro que la larga túnica que llevaba. Aunque el rey, de pie a su lado, era mucho mayor, seguía siendo una figura formidable. Su barba y su espesa cabellera, más corta que la de Lachlann, eran de un blanco puro. Ambos contrastaban dramáticamente con el manto azul noche que llevaba.

Lachlann y Astrid detuvieron sus ponis frente a la casa y Lachlann desmontó. Caminó alrededor de su poni, cogió a Astrid por la cintura y la depositó en el suelo. Astrid estaba tan nerviosa que tenía las manos húmedas. En ese momento no podía ver al rey y a la reina, pero sentía sus miradas clavadas en ella.

—Bienvenido a casa, hijo mío, —dijo la reina, con voz profunda y melodiosa—. Te hemos echado de menos estas dos lunas que has estado fuera.

—Saludos. Esposa, te presento a mi madre Ard-banrigh Muireall,

Con un brazo alrededor de los hombros de Astrid, la guió hacia delante.

Astrid habría reconocido a la madre de Lachlann en cualquier parte. Alta y majestuosa, tenía el pelo negro y los ojos azules... como los de Lachlann. Pero sus ojos tenían una tristeza persistente que sugería que había soportado muchas penurias. Lachlann abrazó a su madre, luego se apartó y se volvió hacia Fergus.

—Y mi padre.

Fergus no era tan alto y musculoso como Lachlann, pero seguía siendo un hombre corpulento. Abrió los brazos y abrazó a Lachlann con fuerza.

—Gracias a Dios, estás en casa, Lachlann.

—Sí, Fergus, gracias a Dios.

—Han pasado muchas cosas desde que te fuiste.

—Sí, eso he oído. —Las cejas de Lachlann se juntaron en un ceño fruncido—. Cuando Ghaltair llegó a Einarland me dijo que te habías desmayado.

—Tendré que hablar con este hombre, —dijo Fergus—. No es nada para preocuparse, y le dije que no te preocupara con ello.

—Te respeto ardientemente, padre mío, pero no debes disciplinar a mis hombres, —respondió Lachlann—. Ellos saben lo que me concierne y lo que no. También saben que todo lo que os concierne a ti y a mi madre es de suma importancia para mí. Mataría al hombre que me ocultara noticias sobre vuestra salud.

—Simplemente me desmayé. Ahora estoy mejor. —Dio un paso atrás y sonrió amablemente a Astrid—. Ahora, preséntanos a tu esposa.

—Sí. —asintió Muireall.

Lachlann atrajo a Astrid hacia el círculo familiar.

—Padre, madre, esta es la princesa Astrid de Einarland, mi esposa.

—Astrid, querida. —Muireall alargó la mano para estrechar las de Astrid entre las suyas. Mientras Astrid contemplaba los ojos de su suegra, pensó en lo parecidos que eran a los de Lachlann. Muireall hizo que Astrid se sintiera como si fuera la única persona en el mundo en ese momento—. Bienvenida a nuestra familia.

—Gracias.

—Sé que no podemos ocupar el lugar de tu familia, pero a mi esposo y a mí nos gustaría ser tus amigos.

—No conoce a su familia, —dijo Lachlann—. Ambos padres murieron en una plaga cuando ella era un bebé. Como pago de una deuda, Bjorn la convirtió en su esclava. Su primer marido compró su libertad.

La simpatía suavizó los ojos de Muireall.

—Entonces, Astrid, me gustaría ser algo más que tu amiga. Quizá algún día me veas como a tu madre.

—Sí, —dijo Astrid—, eso me gustaría.

Muireall abrazó a Astrid y luego dio un paso atrás.

—Lachlann nos mandó decir que eras alta como yo, y lo eres. —La reina inclinó ligeramente la cabeza hacia un lado y estudió a Astrid—. También dijo que eras hermosa. También lo eres.

—Gracias. —Astrid sintió que sus mejillas se sonrojaban de placer.

—Astrid. —Fergus tomó las manos de ella entre las suyas —Me uno a mi esposa para darte la bienvenida al norte de Escocia. Nos complace tenerte en nuestra familia.

—Gracias, mi sire.

Lachlann miró a su alrededor.

—¿Dónde está Sybil? Pensé que seguramente estaría aquí para recibirnos.

—Sus sirvientes están montando su pabellón fuera de la empalizada del pueblo, —respondió Fergus—, pero ella y Angus aún no han llegado.

—Ah, sí, —dijo Lachlann secamente—. Ella lleva ahora los colores de Angus. Me sorprendió oír hablar de su matrimonio.

Fergus frunció el ceño.

—La prisa con la que se casaron me disgustó. Angus no había guardado el debido luto por Lily. —El rey sacudió la cabez—. Fue indecente.

—Basta de cotilleos. —La reina rodeó con su brazo el de Fergus—. Te felicito, hijo mío, por tu elección de esposa.

—Sí, y yo también, —asintió el rey.

—Estoy segura de que estás ansiosa por instalarse en tu nuevo hogar. —añadió Muireall.

—Así es, —respondió Astrid—. Ya he vivido bastante tiempo en refugios temporales, mi reina madre.

Lachlann se giró y gritó:

—Cleit, empieza a desembalar los carros. —Inmediatamente varios mozos salieron corriendo de la casa. En voz baja, Cleit dio órdenes.

Lachlann, con el brazo aún alrededor de los hombros de Astrid, la guió hasta el porche del Gran Salón. Sonrió a la joven que estaba de pie en la puerta abierta.

—Lucy, —dijo—, tu ama, la princesa Astrid.

La muchacha hizo una reverencia.

—Señora.

—Mi esposa y yo estamos cansados, —continuó Lachlann—. Nos apetece una buena comida y descansar.

Ella asintió y se retiró; él se volvió hacia sus padres.

—¿Nos acompañáis?

—No. —dijo Fergus—. Volveremos a la casa de huéspedes. Cuando hayáis descansado, venid a verme y hablaremos.

—Ama, —gritó Cora.

Astrid miró a su alrededor y vio un carro que se detenía frente a la Gran Casa. Magnus, bajándose de su poni, ayudó a bajar a la vieja sirvienta antes de volver su atención hacia Engla.

Con el asa de la cesta del bebé enroscada en su brazo y el bebé llorando a gritos, Cora caminó rígidamente hasta el lado de Astrid. Gyda la siguió enérgicamente.

—Creo que tiene hambre, además de estar cansada de cabalgar.

Muireall y Fergus lanzaron miradas desconcertadas a Astrid y a su criada.

—Por supuesto que lo está. —Astrid apartó el velo de polvo y se asomó entre las mantas —. Hola, querida, —murmuró mientras levantaba a Catriona de la cama.

—Sabía que habías estado casada antes, —dijo la reina—, pero nadie me dijo que tenías un bebé.

Rápidamente Lachlann dijo:

—Catriona es nuestro bebé.

La reina pareció sorprendida.

—La hemos encontrado. —añadió Lachlann.

—La encontraron. —repitió la reina.

—La habían abandonado, —explicó Astrid—. Lachlann y yo la rescatamos y la adoptamos.

—Que Dios se apiade de nosotros, —murmuró Fergus.

—Sí, —respondió Lachlann—. No es enfermiza ni deforme, y busqué señales de un altar o de otros sacrificios. No encontré ninguno.

—¿La encontraste cerca de un bosquecillo o junto a un arroyo de agua? —preguntó el rey. Lachlann asintió—. Pero si cualquiera de los dos hubiera sido utilizado como altar, padre, habría habido señales.

—Sí, —asintió Muireall.

Fergus asintió, pero no parecía convencido.

—Es hora de alimentar a Catriona, esposo, —dijo Astrid—. La llevaré dentro.

Lachlann asintió.

—Visitaré aquí fuera un rato más con mi padre.

—¿Te ocuparás de Gyda?

—La loba se ha ocupado de sí misma, señora.

Muireall miró al enorme animal que estaba sentado al lado de Astrid.

—¿Esta es su mascota?

—Tenemos una loba, —respondió Lachlann—, pero no estamos seguros de que sea una mascota. Si mi esposa se sale con la suya, la perra se convertirá en un miembro más de nuestra casa.

Astrid sonrió a su marido; sus padres rieron suavemente. Sosteniendo a Catriona contra su pecho, Astrid describió el descubrimiento de Gyda a su suegra mientras entraban en el Gran Salón, Cora y Gyda venían tras ellas.

Cuando Astrid hubo terminado su relato, Muireall dijo:

—Puedes quedarte con tu lobo. Personalmente mantengo perros como mascotas de mi casa.

Astrid jadeó asombrada por lo que la rodeaba. Gyda trotó por la habitación, investigando los rincones y olfateando el mobiliario. Bien iluminado porque todas las ventanas estaban abiertas, el interior era más encantador y lujoso que el exterior. Un fuego ardía intensamente en la hoguera rectangular con bordes de piedra, pero la brisa de principios de verano que soplaba por la habitación disipaba gran parte del calor. Mesas de caballete y bancos, sillas y pequeños taburetes estaban situados alrededor de la sala.

En el extremo más alejado había otra puerta -llevaba a la cocina, supuso Astrid- y un gran estrado de piedra que dominaba la sala. Los dos Altos Asientos estaban ornamentadamente tallados e incrustados con joyas y metales. Muchos tapices colgaban por la sala, pero uno excepcionalmente grande y colorido colgaba de la pared detrás del estrado.

Catriona lanzó un grito cuando Astrid alcanzó el Asiento Alto. Gyda corrió hacia atrás y se acomodó sólo cuando se cercioró de que Catriona no estaba herida. Sentada, Astrid apartó las mantas y levantó al bebé.

—Calla, pequeña, —murmuró—. Mamá te va a dar de comer.

—Iré a la cocina a prepararle la leche, —se ofreció Cora.

—Si lo deseas, Astrid, —dijo Muireall cuando la sirvienta se marchó—, le conseguiremos a Catriona una nodriza.

Astrid sonrió y asintió. Gyda se tumbó a los pies de su ama.

—Creo que eso le gustaría más, y sería más sano para ella. —Hizo una pausa y luego preguntó—. No tendría que darle a Catriona a la nodriza para que se la quedara, ¿verdad?

No. —contestó Muireall—. Isabel y su marido, Lug, llevan casados poco más de dos inviernos. Su hija apenas es mayor que Catriona. Como Lachlann tiene muchas casas de huéspedes cerca del Gran Salón, Isabel y Lug podrían vivir en una de ellas hasta que Catriona sea destetada.

Cuando Astrid asintió, Muireall dio una palmada y llamó:

—Lucy.

La joven corrió hacia la reina.

—Tengo un mensaje para Isabel, —le ordenó Muireall—. Dile que quiero que se convierta en la nodriza de Catriona.

Lucy parecía desconcertada.

—Para mi... nieta, —añadió Muireall,

Limpiándose las manos en el enorme delantal que cubría la parte delantera de su vestido, Lucy asintió y se apresuró a cumplir la orden de la reina.

Cora regresó al Gran Salón desde la cocina.

—Aquí está el biberón.

Catriona tomó la tetina con ávida determinación. Muireall se quedó mirando a Astrid.

—Mientras la alimenta, ama —dijo Cora—, desempaquetaré sus pertenencias.

—Sí.

La anciana, siguiendo a los sirvientes que habían llevado los baúles de Astrid al Gran Salón, se dirigió a la cámara de dormir en el extremo opuesto.

—Catriona es una niña preciosa, —aseguró Muireall.

Astrid apartó un mechón de pelo de la frente del bebé.

—Magnus estaba enfadado porque la rescatamos y adoptamos.

—Estaría preocupado por la antigua ley, —dijo Muireall, con los ojos nublados—. Algo que debemos hacer con frecuencia, ya que hay mucho descontento en el reino.

—¿El descontento es por el culto al nuevo dios? —preguntó Astrid.

—Sólo indirectamente, —respondió Muireall—. En última instancia es sobre el poder y quién va a ejercerlo. Hay una facción de guerreros que afirma que Fergus y Lachlann son cobardes porque creen en el nuevo dios y en sus leyes de paz. Piden un retorno a las viejas costumbres y a la gloria de la guerra. —Muireall suspiró—. Pero basta ya. Ahora que Lachlann ha vuelto, estoy segura de que podrá sofocar el descontento.

Catriona ahuecó el biberón con ambas manos y sorbió satisfecha.

—¿Cree que la gente se resentirá de que hayamos salvado a la niña? —preguntó Astrid, volviendo sus temores.

—Puede que lo hagan, —dijo Muireall—, pero basándonos en lo que ha dicho Lachlann, el ard-righ concederá asilo a Catriona.

—¿Se puede impugnar la decisión del rey?

—Sí, si hay suficientes personas descontentas con ella, pueden solicitar a su jefe de clan que la recurra ante el Consejo de los Jefes. —Muireall puso una mano tranquilizadora en el hombro de Astrid—. No te preocupes, Lachlann protegerá a la niña.

—La quiero, —aseguró Astrid—. No podría dejarla atrás, mi reina.

—No, no podrías, —coincidió Muireall. Su voz se suavizó—. Tampoco lo habría hecho. Sé que muchas personas abandonan a sus hijos cuando no pueden cuidar de ellos, pero yo no lo haría. —Se quedó callada un momento y luego añadió—: ¿Por qué las mujeres que quieren tener hijos no los tienen y las que no los quieren tienen tantos?

La pregunta no exigía respuesta, así que Astrid no dio ninguna. Movió la mano, su alianza de oro en forma de hoz brillando a la luz del sol que se colaba por el agujero de humo.

Muireall dijo en voz baja:

—Llevas el anillo de Lachlann.

—Sí.

—Su padre mandó diseñar y elaborar ese anillo mucho antes de que yo diera a luz. —Sonrió, su expresión se volvió nostálgica—. Cuando nos casamos, declaró que yo daría a luz nada menos que a dos hijos. A cada uno le daría un anillo especial con una gran magia.

—¿Siente que lo lleve puesto? —preguntó Astrid.

Muireall negó con la cabeza.

—No, te queda bien en el dedo, como si estuviera hecho para él. Me alegro de que Lachlann te lo regalara. Le quedó pequeño hace muchos años, pero siguió llevándolo en su dedo más pequeño.

Muireall se levantó y se acercó a una de las ventanas abiertas, enmarcada a ambos lados por tapices de pared. Mirando al exterior, pasó las manos por los flecos decorativos de la parte inferior. Bajo la supervisión de Cleit, los sirvientes siguieron trayendo los enseres domésticos de Astrid, y Cora dirigió su colocación y desembalaje.

Muireall dijo:

—Mi marido, el padre de Lachlann, Camshron, planeó dar a cada uno de sus hijos un anillo el día en que cada uno se convirtiera en guerrero y mandar a hacer uno nuevo cada tres o cuatro inviernos. —Se llevó la mano a la boca. Sus pestañas brillaban con lágrimas no derramadas—. Pero los incursores marinos de las Tierras del Norte le mataron a él y a nuestro hijo mayor antes de que esto ocurriera.

—Lo siento, —dijo Astrid.

Muireall se secó los ojos.

—Pido disculpas. No pretendía cotorrear como una tonta—. Sujetando al bebé contra su hombro, Astrid se unió a su suegra junto a la ventana. —Entiendo que amara a su marido y a su hijo y que aún llore su muerte.

—Sí, —murmuró Muireall—, creo que lo entiendes.

Catriona dio un sonoro eructo, soltó un aullido aguerrido y empezó a agitar los brazos. Muireall y Astrid se rieron. Estirada frente al asiento alto, con la cabeza apoyada en el suelo

entre las patas, Gyda abrió un ojo.

—Necesita un baño—, dijo Astrid.

—Mi señora, —llamó Fergus desde la puerta—, ya es hora de que nos vayamos.

—Ave. —La mirada de Muireall se deslizó de Astrid al bebé—. Si no te importa, Astrid, me gustaría llevarme a Catriona conmigo. La bañaré y la cuidaré hasta que mandes a buscarla.

Con suavidad, Astrid colocó a la niña en los brazos extendidos de la reina.

—Es una buena bebé, —aseguró.

—Y yo seré una buena abuela, —prometió Muireall.

Capítulo 22

Sujetando su casco bajo un brazo, Lachlann se detuvo en la puerta abierta cuando Muireall pasó rozándole con Catriona en brazos. Con sus ojos azules centelleantes de diablura, sonrió a su hija.

—Os dejaré a ti y a tu esposa descansar, hijo mío.

Gyda se había levantado y estaba de pie junto a Astrid, que acariciaba con los dedos la coronilla de la cabeza del lobo.

—Gracias. —Lachlann miró a Astrid, que permanecía junto al Asiento Alto en un derrame de la luz del sol de la tarde—. Ambos estamos cansados, madre.

Muireall rió suavemente.

—Sí, hijo mío, ya he sufrido ese cansancio antes.

La estruendosa risa de Lachlann se unió a la de su madre. Las mejillas de Astrid se enrojecieron mientras Muireall los dejaba a solas.

Lachlann dejó su casco sobre la mesa. Mientras se acercaba a Astrid, se quitó los guantes y los colgó del brazo del asiento alto. A la orden de su ama, Gyda volvió a tumbarse frente al Asiento Alto.

Cuando Lachlann se puso de pie ante Astrid, agarró cada uno de sus hombros con un firme apretón y miró profundamente sus expresivos ojos verdes. No se acostumbraba a su belleza y por ello siempre se sobresaltaba al contemplarla.

—Bien, esposa, ¿qué te parece tu nuevo hogar?

—Es encantador, esposo, —dijo ella. La brisa agitaba mechones de pelo alrededor de su cara. Lachlann alargó la mano para apartarle un rizo de la mejilla y le pasó la punta del dedo por una de las cejas.

—¿Qué te parecen las numerosas cámaras?

—He estado convenciendo a los criados de que Gyda no les hará daño, y he estado atendiendo a Catriona. No he tenido tiempo de verlas, —respondió ella.

—¿Ni siquiera has visto tu dormitorio? —preguntó él.

—No, —susurró ella.

—Entonces, esposa, es hora de hacerlo.

—¿Sólo de mirar, esposo?

Lachlann rió suavemente.

—Ah, esposa, me enciendes con tu flirteo. Nunca cambies.

—El tiempo cambia a todas las personas, —respondió ella.

—Sí. —Sintió un momentáneo ramalazo de tristeza—. Así es, Astrid.

Lachlann reconocía que sus sentimientos por Astrid eran diferentes de los que tenía por otras mujeres. Pero la experiencia pasada le había enseñado que, aun así, sus tiernos sentimientos se alterarían inevitablemente. Con el tiempo su deseo menguaría. Temía que así fuera con Astrid, y no quería que eso ocurriera. Ella había aportado algo nuevo y fresco a su vida; él quería conservarlo.

—El cambio no es necesariamente malo, —aseguró Astrid—. Es simplemente un hecho de la vida.

Sonriéndole, aceptando la alegría del momento, Lachlann apartó sus pesados pensamientos.

—Sí, esposa, lo es, —Cogió su mano entre las suyas—. Ya es hora de que hagas un recorrido por tus dominios.

Empezó a guiarla hacia la cámara de dormir, pero Astrid tiró de su mano.

—Entonces empezaremos por la cocina, esposo, —indicó ella, con sus ojos verdes brillando—. Puesto que las matronas pasan allí la mayor parte del tiempo, debería inspeccionarla primero.

—Esposa, en esta casa la matrona pasa la mayor parte del tiempo en la cámara de dormir. —Tiró de ella para que le siguiera.

Dejando que Gyda durmiera con aburrida indiferencia a sus burlas, Lachlann y Astrid recorrieron el Gran Salón hasta su cámara de dormir privada.

—Oh, esposo, —jadeó Astrid cuando Lachlann hubo cerrado la puerta tras ellos—, es precioso.

La cama estaba elevada sobre cuatro patas con un gran cabecero; el piecero estaba decorado de forma similar, aunque era más pequeño y bajo. Una colcha bordada se extendía sobre un grueso colchón, y dos grandes cojines para la cabeza descansaban sobre el cabecero. A los pies de la cama se había colocado un arcón.

El suelo estaba cubierto de helechos frescos, al igual que en la habitación principal, y su limpia fragancia perfumaba la estancia. Una mesa de caballete bajo la ventana había sido pulida hasta alcanzar un alto brillo, al igual que las dos sillas situadas a ambos lados de la misma.

—Una ventana. Tenemos una ventana en nuestra cámara de dormir. —Astrid suspiró y corrió por la habitación para mirar fuera. Lachlann la siguió hasta colocarse detrás de ella—. Es tu montaña.

Una brisa entró por la ventana. Astrid olió la frescura del aire libre. Sintió como si estuviera inhalando el calor y el brillo del propio sol.

Se giró en sus brazos.

—Oh, esposo, ésta es sin duda la casa más maravillosa y hermosa que he visto nunca. Y tengo mi propia ventana. No tengo que salir de casa para ver la luz del sol y sentir su calor en mi cara. Cada mañana puedo asomarme y ver la belleza a mi alrededor.

—Esposa, —la besó en la frente—, Tú eres lo más bello de esta habitación.

—Mi sire, —llamó Cleit desde fuera de la puerta—. El amo de los sabuesos ha venido a verle. Dice que es un asunto de cierta urgencia.

Lachlann suspiró.

—Dígale que la dama y yo estaremos allí. —Miró a Astrid con resignación—. Beattie no habría venido si su visita no fuera importante. Necesito verle.

Aunque estaba decepcionada, Astrid dijo:

—Por supuesto, esposo. Es el jefe del clan.

Volvieron al Gran Salón para ver a un hombre grande y corpulento de pie frente al estrado. Con él había dos muchachos.

—Buenos días, Beattie, —dijo Lachlann

—Buenos días, milord, milady.

Astrid saludó al visitante.

—¿Cómo van los sabuesos? —preguntó Lachlann.

—Bien, sire. Están listos para la persecución. Llevan demasiado tiempo olfateando a esos zorros.

—Sí, me imagino.

—¿Zorros? —Preguntó Astrid.

—Sí—, respondió Lachlann—. Siempre terminamos nuestro torneo de verano con una persecución de zorros. Cerca de la hora de la persecución, capturamos el número necesario de zorros y los encerramos.

—El maestro de la persecución me ha dicho que uno de ellos ha muerto, —dijo el guardabosques—. El plateado.

—Sí, pero mis hombres ya están buscando un sustituto. Tendremos el número adecuado para cuando comience la cacería pasado mañana,

Lachlann sonrió.

—Ahora, Beattie, ¿cuál es su razón para estar aquí?

—Estos dos muchachos, sire. —Puso una mano sobre el hombro del muchacho más grande —. Este es John. —Su otra mano se posó sobre el chico más pequeño—. Este es Ronan. Los padres de los chicos murieron en uno de los asaltos al ganado de los pictos. Mi esposa y yo los acogimos.

—Eso está bien, —dijo Lachlann.

—Quería que supiera que los chicos se ganan la comida y el alojamiento cuidando de las perreras y los sabuesos. Ayudan a mi esposa con el huerto y ella les hace la ropa. Pero, sire. —Beattie se detuvo para inspirar profundamente—. A mi esposa y a mí nos gustaría adoptar a los muchachos. Y para eso, necesitamos su permiso.

—¿Estáis contentos viviendo con Beattie y su esposa?

—Ave, —dijeron ambos muchachos.

—Son buenos muchachos, sire. Serán fuertes guerreros.

—¿Han comenzado su entrenamiento?

El guardián asintió.

—Puedes adoptarlos, Beattie, —dijo Lachlann—, y le daré un estipendio mensual para ayudar a pagar sus gastos. En el momento oportuno envíeselos a Brian. Él acogerá a los niños.

John y Ronan miraron a Beattie y sonrieron.

—Esposa, —dijo Lachlann, —¿crees que tal vez podemos encontrar a Beattie y a los chicos una recompensa?

—Sí, esposo, —respondió Astrid—. ¿Qué tal unas manzanas y unos higos? También puedo hacerles una maravillosa pasta dulce de higos para untar en su pan caliente por la mañana.

Los muchachos asintieron con entusiasmo.

—Y unas hermosas telas y pieles para Beattie y su esposa.

—Gracias, mi señora. —dijo Beattie—. Mi esposa y yo apreciamos su generosidad. Ahora, sire, le deseamos un buen día.

—Enviaré a Cleit con la mercancía más tarde, —prometió Lachlann.

—Gracias, sire.

Astrid y Lachlann acompañaron a sus invitados hasta la puerta y se quedaron en el porche mientras el guardián y los dos muchachos se marchaban. Al oír a Magnus gritar el nombre de Lachlann, se giraron para verle de pie en el porche del Pequeño Salón.

—Forbes y Baird han llegado, —llamó Magnus—. Nos han retado a ti y a mí. Incluso han hecho una apuesta.

Lachlann se rió.

—Forbes, pensé que cuando te derroté la última vez no volverías a desafiarme.

—Tengo que admitir que me venciste, —dijo el mayor de los dos hombres—, pero ahora tengo a uno de mis parientes más jóvenes para ayudarme. Nosotros dos, —señaló al otro hombre —, somos los mejores del Clan Kinsey. Nos enfrentaremos a ti y a Magnus. Si los dos ganáis, podréis tener ese puñal mío que siempre habéis querido. Magnus puede tener la lanza de caza.

—Guarda tus fuerzas para las contiendas de mañana —dijo Lachlann.

Forbes echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—Es la primera vez, Lachlann, que rechazas un desafío. ¿Te estás volviendo débil en tu vejez?

Lachlann también se rió.

—Sólo más sabio, Forbes.

—Lachlann —llamó Magnus—, piensa en mí si no quieres hacerlo por ti.

Lachlann miró a Astrid y luego a los tres guerreros.

—Piensa en ello—, le animó Magnus—. Es el puñal que siempre has querido, Lachlann.

No tardaremos mucho en conseguirlo, y luego podrás volver con tu dama.

—¿De qué clase de concurso está hablando? —preguntó Astrid.

—Lucha de brazos, —respondió Lachlann.

—¿Mañana tendréis el mismo concurso? —preguntó.

—Mañana todos los guerreros que lo deseen competirán entre sí en justas selectas, —explicó.

Las risas resonaron en la Pequeña Sala.

—Quiero la lanza de caza de Forbes, Lachlann—, dijo Magnus. —¿Su lanza de jabalí?— preguntó Lachlann.

—Sí.

—Está lejos de mi intención impedirlo.

—¿Vas a unirte a los guerreros? —preguntó Astrid.

—Sí, —respondió Lachlann.

Guió a Astrid al Gran Salón. Ella parpadeó mientras sus ojos se acostumbraban al interior más oscuro.

—No tardaré mucho, —prometió Lachlann—. La lanza de Forbes es una de las mejores del reino. Magnus hará bien en tenerla.

—¿Y tú deseas tener el puñal? —La irritación hervía en el interior de Astrid.

—Sí, esposa, quiero el puñal de Forbes.

—¿Más que a mí?

Los ojos de Lachlann se entrecerraron y sus rasgos se endurecieron, pero cuando habló, su voz era suave.

—No hay que elegir, Astrid. Sólo tengo que elegir en qué orden tomo cada una.

Lachlann decía la verdad, pero las palabras dolían. Siempre que Astrid creía que casi la amaba, volvía a convertirse en el frío y duro guerrero de las Tierras Altas. Aun así, en ese momento, ella lo deseaba. Todo su cuerpo le dolía por su posesión.

Cualquier tiempo que Lachlann pasara lejos de ella sería largo, pensó. Le irritaba que la dejara para ir a jugar con los hombres. Ella secundaría de buen grado sus deberes como jefe, pero no jugaría de segunda a sus juegos. Haría que él se tomara tiempo para ella. Puede que él nunca la amara, pero a veces ella debía ser lo primero.

Éste era un momento así, en el que ella sentía un gran anhelo que sólo él podía satisfacer.

Le puso una mano en el antebrazo y se acercó más a él.

—Creía que íbamos a descansar, esposo.

—Lo haremos, Astrid, a su debido tiempo.

—Bien.

Cogió sus manos entre las suyas y le besó Al principio sus labios estaban cerrados, pero a medida que ella le tentaba, su boca se ablandó y se amoldó a la suya.

Se habían apareado muchas veces durante su corto matrimonio, pero Astrid nunca había sentido la confianza necesaria para tomar las riendas, para entregarse totalmente a la pasión que fluía a través de ella. No había estado lo bastante segura de su habilidad ni de su atractivo. Pero ahora, de pie en su casa, le parecía maravillosamente correcto tentar a su amante, el hombre que la había introducido en la pasión.

Él la había llevado a la dicha. ¿Por qué no podía ella hacer lo mismo por él?

—Esposa, ¿qué estás haciendo? —preguntó él, sus labios moviéndose contra los de ella mientras hablaba.

—Ya lo sabes, esposo. A su debido tiempo ha llegado.

Con sus manos aún entrelazadas, cerró la puerta de una patada y se apoyó en ella. Volvió a besarle, esta vez tomándose su tiempo mientras sus labios y su lengua le seducían. Cuando por fin se apartaron, su respiración era irregular, sus ojos vidriosos por el hambre.

Astrid se apretó contra él y empezó a frotarse contra él.

—Esposa, debo... —Inhaló profundamente—. Irme.

—Sí, esposo, lo harás... a su debido tiempo.

A través de sus capas de ropa, ella sintió sus músculos acordonados. Le sacó la camisa de los pantalones y pasó las manos por debajo para tocar la carne cálida y palpitante. Prolongó la exploración para hacerla minuciosa y atormentadora.

Le subió la tela y bajó la cabeza para rozarle el pecho con besos. Cuando le chupó el pezón, él se arqueó contra ella.

Con voz gruesa y ronca dijo:

—Esposa, ¿piensas excitarme para que no pueda dejarte sin acostarme contigo?

—Sí. —Continuó su investigación con una creciente sensación de poder y urgencia.

—Astrid, eres toda una tentación.

Sus palabras se vieron interrumpidas cuando Astrid introdujo su mano por debajo de su faja de cuero, dentro de sus pantalones, y tocó la sensible piel que había debajo. Bajó la mano y sintió cómo el cuerpo de él respondía a su tacto. Aspiró.

—¿Qué me dices, esposo?

—Esto.

Lachlann le cogió la cara entre las manos. Su boca se deslizó por la de ella mientras sus dedos se enredaban en su pelo. Aún así, ella no cedió el control, no dejó que él se convirtiera en el agresor. Ella había iniciado esto; lo completaría.

Movió los labios, los abrió y deslizó la lengua entre los de él. Con una confianza recién descubierta, se perdió voluntariamente en la pasión. Iría más allá del deseo para demostrar su amor a Lachlann.

Para su sorpresa, su descubrimiento físico de Lachlann la llevó a un descubrimiento interior de sí misma. Siempre se había enorgullecido de tener el control, de ser extremadamente prudente al tomar sus decisiones, de sopesar todas las opciones antes de elegir. Por este hombre lo dejó todo a un lado para mostrarse salvaje y deseosa. Deseaba a su marido con un deseo que

trascendía todo lo demás.

—Me entrego a ti, esposa.

—¿Esposa? —murmuró ella.

—Astrid.

Aturdido por el deseo, Lachlann se entregó al fuego que Astrid hizo arder en él. No estaba seguro de conocer a esta criatura lasciva que tenía entre sus brazos, pero la tendría.

Llevaba tan poco tiempo con él y, sin embargo, ya sabía exactamente dónde tocarle, cómo acariciarle, cómo despertar sus pasiones hasta el punto álgido. En su alcoba, ella lo dominaba. Aun así, él se deleitaba en su poder como mujer, confiando en que ella utilizaría ese poder para darle placer, no para esclavizarlo.

Su sabor siempre había sido maravilloso; ahora era más oscuro y maduro, plenamente maduro. Su cuerpo era como el gran fuego cuando él le ahuecó las nalgas con ambas manos y la apretó contra él. Con sus labios, sus manos, ella le recordó lo que se había perdido, lo que les había negado a ambos durante las últimas noches.

Astrid se deleitaba en sus proezas como mujer. Su tacto le hizo sentirse débil, desesperado de anhelo. Ella puso de rodillas a este salvaje bárbaro. El conocimiento la llenó de embriagador regocijo. Apretó los labios contra el punto de pulso acelerado de su cuello. Apoyó la mejilla en su pecho. Un estremecimiento recorrió su cuerpo.

—Astrid, —gimió.

—Lachlann.

Las manos de ella se deslizaron desde los pantalones de él. Rozaron su pecho hasta enredarse alrededor de su cuello. Su boca se movió por su mejilla, hasta su garganta, su oreja.

—Quiero tenerte ahora, esposo. Me rindo

Ella le mordisqueó el labio inferior.

—De buena gana, —murmuró.

Los labios de ella rozaron una esquina de su boca.

—Con mucho gusto, mi señora esposa.

Ella levantó ligeramente la cabeza para mover la boca.

—Ahora, Astrid.

Su boca se inclinó sobre la de ella con desesperación. Ella le cogió la cabeza con las manos, comunicándole su propia urgencia.

—Ahora, Lachlann.

Él la estrechó entre sus brazos y la llevó a su cámara de dormir. Una orden tajante de Lachlann hizo que Gyda se escabullera de la cama y saliera de la habitación.

Despojándose de sus ropas, tumbados en la gran cama, buscaron, exigieron, tomaron con avidez. Con el cuerpo resbaladizo por el sudor, Astrid estaba cerca de la dicha. Abriendo las piernas a Lachlann, guió su dureza hacia su interior. En el momento en que ella lo recibió, se enzarzaron en un ritmo urgente, impulsándose mutuamente a mayores alturas.

Más y más alto subieron. Alcanzaron el pináculo.

Ambos jadearon cuando el fulgor se estremeció a través de ellos. Aferrados el uno al otro, flotaron lentamente de vuelta a la tierra.

Exhausto, repleto, Lachlann abrazó a Astrid hasta que se quedó dormida. Se levantó, la tapó y se vistió en silencio, luego se dirigió a una mesa al otro lado de la habitación y sacó una flor del jarrón. Volviendo a la cama, la depositó sobre la almohada de ella y se inclinó para besarla.

—Hasta mi regreso, Astrid.

Astrid se removió, abrió brevemente los ojos y sonrió. Levantó una mano y la colcha cayó bajo sus pechos.

—Mi amante esposa, —susurró Lachlann.

Astrid le pasó ligeramente un dedo por la mejilla.

—Te doy permiso para irte, esposo.

—Gracias, Astrid, —Se dirigió a la puerta.

—Esposo

Se detuvo y se volvió.

—Será mejor que vuelvas con ese puñal.

Se rió suavemente.

—Sí, esposa, lo haré.



Los rayos iridiscentes del sol poniente se colaban por la ventana de la casa de invitados. Muireall estaba sentada en una silla, mirando hacia la cesta donde dormía Catriona. La reina se inclinó y enderezó los edredones. Pasó la punta de los dedos por los mechones de pelo rojo fuego de la cabeza de Catriona.

Fergus se colocó detrás de su esposa, con las manos sobre los hombros.

—Es una niña preciosa —dijo Muireall.

—Sí, pero me temo que nos traerá problemas, —replicó él.

—Tal vez no. —Muireall se recostó contra su marido y puso una mano sobre la de él—. Lachlann se aseguró de que no hubiera altar ni señales de sacrificios.

—Sí. —Fergus le apretó el hombro—. Aún así, me preocupa. La encontró junto a una arboleda y un arroyo.

—Pero puede que no sea un antiguo lugar de sacrificios, esposo.

—Cierto, pero el hecho de que pudiera serlo dará veracidad al argumento contra la niña.

Suspirando, Fergus se acercó a la ventana y miró hacia fuera.

Preocupada, Muireall le miró.

—¿Te duele otra vez el pecho?

—Siento una opresión —confesó—, pero no es doloroso.

—Temo por tu vida.

Fergus le sonrió.

—No lo hagas, esposa mía. Aún no es hora de que cruce al otro lado. Aún tengo trabajo que hacer aquí. Hay mucho que resolver... incluso que comprender.

—¿Como qué? —interrogó Muireall.

—Cuando tú y Astrid estabais dentro alimentando a la muchacha. Lachlann y yo hablamos. Me contó que Berowalt, el emisario de Bjorn en nuestro reino, fue apresado y mantenido prisionero. El hombre escapó y regresó a su pueblo con la historia de que Lachlann había asesinado a Gunilda y a su hijo nonato, y que para evitar que los sureños supieran la verdad sobre la muerte de Gunilda, miembros del clan Gordon habían capturado y torturado a los testigos.

—¡La gente de Lachlann no habría hecho eso!, —exclamó la reina—. Eso socavaría sus propios esfuerzos por llegar a un acuerdo pacífico con ellos.

—Alguien lo hizo, —aseguró Ergus—. ¡Seguramente no fue ninguno de los nuestros!

—Yo pensaría que no, pero Lachlann así lo cree. Si Gunilda hubiera vivido, podríamos haber sabido más sobre una posible rebelión entre los escoceses del norte. Así las cosas, debemos esperar y ver.

—Salve, mi sire Ard-righ Fergus, —llamó un joven desde la puerta.

—¿Quién va? —Respondió Fergus.

—Corey mac Niall del Clan Gordon.

—Entra, —respondió Fergus.

El muchacho entró en la habitación.

—Lord Lachlann y los guerreros le invitan a reunirse con ellos en la Sala Pequeña. Han hecho apuestas y están disputando, sire.

Muireall sonrió.

—Únete a ellos, Fergus. Te hará bien. Hoy están actuando como muchachos, y tarde o temprano te necesitarán para resolver una disputa entre ellos.

Fergus rió con su esposa.

—Corey, dile a Lachlann que me reuniré con él en breve.

Después de que el muchacho se marchara, Fergus preguntó a la reina:

—¿Vendrás conmigo?

—No, estoy cansada. Me quedaré aquí para estar con la niña.

—Si no tuvieras a la niña, ¿vendrías conmigo?

—Sí, —respondió ella—. lo haría. ¿Está celoso?

—Un poco, esposa. Me he acostumbrado a tener toda tu atención, —hizo una pausa—. Podría quedarme contigo.

Ella negó con la cabeza.

—No, estoy esperando a Isabel. Hablaré con ella para que sea la nodriza de Catriona. Se aburriría con nuestras charlas de mujeres, esposo. Además, quiero que Astrid y Lachlann pasen tiempo juntos:. Le dije a Cora que le dijera a su ama que me quedaría con la niña hasta que viniera a por ella mucho más tarde.

—Ha sido muy sabio por tu parte —indicó.

—La gente necesita estar cerca de Astrid para que aprendan a quererla y a confiar en ella, —explicó Muireall.

—Será difícil para muchos de ellos después de lo que nos hizo Gunilda. Y el hecho de que Lachlann rescatara al bebé, a petición de Astrid, no va a hacer que se gane el cariño de los corazones de nuestra gente. El maestro de caza ha informado hoy de que el zorro plateado ha muerto.

Muireall le miró sorprendida.

—Sabes que algunos interpretarán la muerte como un mal presagio, —dijo él—, una señal de que los dioses están descontentos.

Muireall asintió.

—Quizá podamos cazar otro zorro antes de la persecución.

—Tal vez, —respondió Fergus. Lachlann ya ha enviado a sus mejores cazadores tras uno.

Fergus miró sombríamente a su esposa, que seguía enderezando en la cesta las mantas que no necesitaban ser enderezadas.

—¿Te he preocupado, esposa?

Muireall asintió y rozó con la punta de los dedos la cabeza de Catriona.

—Vas a concederle asilo, ¿verdad?

—Sí, lo haré. Pero si un número suficiente de personas impugna mi decisión, Lachlann se verá obligado a llevarla ante el Consejo de los Jefes para un juicio final. Podrían exigirle que la devolviera a su lugar de abandono.

—Soy dolorosamente consciente de esa posibilidad, esposo.

Mucho después de que Fergus se hubiera marchado, Muireall se sentó a ver dormir a Catriona. Había pasado tanto tiempo desde las pocas y cortas semanas durante las cuales había cuidado de sus propios hijos. La soledad renovada y la desesperación por la pérdida de su hijo mayor la invadieron; había aprendido a vivir con ese sentimiento, lo había mantenido oculto en las arcas secretas de su corazón, pero sólo se había desvanecido un poco en los últimos treinta años...

Muireall había hablado en serio cuando le dijo a Astrid que habría rescatado a Catriona si la hubiera encontrado. Y lo habría hecho tanto si encontraba también un altar o pruebas de sacrificios como si no. Nadie la habría detenido.

Una criada entró en la habitación, apagó el fuego central y encendió varias lámparas.

Cuando se marchó, Muireall se puso en pie, se abrazó el pecho con los brazos y paseó por la habitación. Sabía muy bien lo que se sentía al abandonar a un bebé indefenso.

Mucho tiempo atrás se había visto obligada a contemplar la posibilidad de abandonar a uno de sus hijos, pero el destino bajo la apariencia de los asaltantes marinos de Northland le había quitado la elección de sus manos. Matando a un hijo, su hijo mayor, habían salvado la vida del menor.

Sólo una persona en el norte de Escocia, Feich, sabía que Muireall había dado a luz a dos hijos gemelos. Feich y Muireall habían vivido con este secreto durante los últimos treinta años.

Tanto si seguían a Cristo como a los Antiguos, la gente de las Tierras Altas creía que los partos múltiples significaban que la madre había concebido un hijo del diablo. El hijo menor -o si eran niño y niña, la niña- era sacrificado a los dioses porque se creía que era el maligno. Si los incursores marinos de NorthlandS no hubieran atacado la aldea, matando tanto al marido de Muireall como al gemelo mayor, la tradición habría exigido el sacrificio del menor, Lachlann, a los dioses.

Muireall había sido sincera con Lachlann al hablarle de su hermano mayor, pero no le había dicho que era gemelo. Ni se lo diría nunca. Incluso cuando, de pequeño, Lachlann había dicho a menudo que sentía como si una persona especial compartiera su vida, Muireall no le había confesado el secreto de su nacimiento.

El propio Lachlann era especial, un hombre que Muireall creía ordenado por los dioses para unir a las distintas tribus de las tierras altas del norte. Queriendo que no albergara dudas sobre su destino, se negó a agobiarle con el pasado.

Que él fuera gemelo era un secreto que ella se llevaría a la tumba.

Hacer sus votos de nuevo no disminuyó los temores de Muireall, que volvieron a atormentarla de nuevo. Por primera vez en años se sintió arrastrada al pasado. Pensó en Camshron, su amado esposo, que era tan parecido a Lachlann en su juventud y vitalidad. Nunca dudó de que él, y no el diablo, le había dado los dos hijos que llevaba en su vientre. Incluso recién nacidos, se habían parecido a su padre. Siempre recordaba el momento en que Camshron había cogido en brazos por primera vez al mayor, sin saber aún que tenía un segundo hijo idéntico.

—Esposa —había dicho—, nunca he contemplado un bebé tan perfecto.

Se giró para mostrar el niño a su hermano menor.

—Geoffrey, ¿qué opinas del futuro rey?

Muireall había pensado a menudo que Geoffrey estaba celoso de Camshron, y cuando había mirado al bebé, sus sospechas se habían confirmado. Como Geoffrey tenía la cabeza inclinada, Camshron no podía verle la cara, pero desde la cama donde yacía, Muireall sí podía. En su semblante pudo ver el odio que sentía por el bebé.

— A mí me parece escuálido, —dijo.

Sonó el gemido lascivo del segundo niño. El agua salpicó. Los pies se arrastraron. Sorprendido, Camshron miró a Muireall, luego hacia la esquina oscurecida. La comadrona salió de las sombras, donde había estado lavando al gemelo, a la luz del fuego.

—Su otro hijo, sire, —dijo Feich—. Igual de hermoso y perfectamente formado

—¡Gemelos! —susurró Camshron.

—¡Del demonio! —exclamó Geoffrey, horrorizado, retrocediendo asustado.

—No. —Feich sacudió la cabeza—. Ambos bebés son sus hijos, sire, y ambos han sido elegidos por los dioses, cada uno destinado a ser un gobernante de la gente.

—La mujer miente. —Geoffrey retrocedió alejándose de Camshron y del niño—. Nunca quise que te casaras con la princesa escocesa, Camshron. Ella cree en una religión extraña y querría que nos apartáramos de las viejas costumbres. Ella es del diablo, Camshron, una mujer malvada.

—¡No, sire! —Aunque estaba débil, Muireall se impulsó en la cama—. No soy malvada, sire. No he hecho nada malo. Recuerda la visión que recibí después de concebir.

Camshron, que aún sostenía al hijo mayor, se acercó a la comadrona y miró al muchacho más joven.

—Sí, —dijo lentamente—, lo recuerdo, señora.

—Un ángel se me apareció, sire, mientras me bañaba en el arroyo sagrado. Profetizó que usted y yo tendríamos dos hijos, cada uno destinado a la grandeza.

—Sí, señora, —Camshron suspiró pesadamente.

—No escuches a la mujer, Camshron, —dijo Geoffrey—. Acaba con ella y con los niños, o atraerás la ira de los dioses sobre nosotros.

—Mi sire, —dijo Feich—. la dama dice la verdad. Aunque lo intentéis, no podréis matar a los niños. Están marcados por los dioses.

—¿Marcados? —preguntó Camshron.

—Acércate al fuego y te lo mostraré —ordenó. Cuando ambos se acercaron a la luz del fuego, Feich señaló una pequeña mancha marrón en la rodilla derecha del hijo mayor. Levantó al hijo menor y le señaló la rodilla izquierda. El mismo tipo de marca, sire.

—Es una marca maldita, —espetó Geoffrey—. El diablo los ha reclamado, Camshron. Tan seguro como que permites que uno de ellos viva, tu reino está en peligro. Debes matar a Muireall y a los gemelos.

—No. —Dijo Camshron—. No puedo, Geoffrey.

—Como rey, debes hacerlo, —insistió—. Un rey es rey sólo porque es elegido por los dioses, y como tal debes anteponer el bienestar de tu pueblo. Debes destruir al malvadoMuireall y a los gemelos.

Al final, los líderes religiosos habían convencido a Camshron de que debía sacrificar a uno de los gemelos, pero él lo había aplazado. Las palabras de Geoffrey parecían haber sido proféticas. El mal en forma de invasores marinos de Northland descendió sobre la aldea. Camshron y el gemelo mayor fueron asesinados.

Sabiendo que el pueblo siempre creería que había hecho caer sobre ellos la ira de los dioses, Muireall y Feich habían tomado a Lachlann y escapado en ponis de las Tierras del Norte que encontraron amarrados en el bosque cercano.

Incluso cuando un incursor marino de las Tierras del Norte se les echó encima de repente,

Muireall no perdió el valor. Sobresaltada y asustada, estrechó a su bebé contra su pecho y miró fijamente al guerrero. Él le devolvió la mirada. Luego se dio la vuelta y se alejó, permitiendo que Muireall y Feich huyeran sin sufrir daño alguno. Desde aquel día, Feich se había consagrado a Lachlann.

Los suaves gritos de Catriona sacaron a Muireall de sus pensamientos. Se arrodilló junto a la cesta. Sostenía a Catriona contra su pecho cuando llegó una llamada del exterior.

—Salve, Ard-banrigh Muireall.

—¿Quién va? —Llamó Muireall.

—Isabel.

—Entra, —dijo Muireall, y volcó toda su atención en el presente.

Capítulo 23

Astrid abrió los ojos al suave resplandor de la luz del fuego que provenía de la puerta. Al principio pensó que estaba en casa, en su cama, luego vio a Gyda tumbada sobre la colcha y recordó. Estaba en Beinn Lachlann, en el pueblo de su marido, en su nuevo hogar. Al oír un ruido en otra habitación se levantó de la cama. Localizó sus pantalones y su camisa en el suelo, donde los había tirado antes, y se vistió rápidamente.

El calor inundó su rostro al recordar el frenético acto amoroso entre ella y Lachlann, y que ella lo había iniciado. A decir verdad, se había vuelto bastante descarada a la hora de aparearse con Lachlann. Hoy 'se había despojado de la última de sus inhibiciones.

Sentada en el taburete bajo, se puso las cuaranas y se dirigió a la entrada con cortinas. Oyó el ligero ruido sordo cuando Gyda saltó de la cama y se unió a ella. Apartando la coloidal ropa de cama, Astrid atravesó la puerta y entró en el Gran Salón. El fuego aún ardía con fuerza en el hogar y las lámparas de los calderos proyectaban un suave resplandor dorado.

Ella y Gyda pasaron junto al pozo de fuego hasta el estrado.

—Cora, —llamó ella.

—Sí, ama. —La anciana apareció en la puerta trasera que daba a la cocina. Limpiándose las manos en el delantal, entró en el Gran Salón.

—Deberías haberme despertado.

—Lachlann dijo que le dejara descansar, que estaba agotada por el viaje.

—Sí, lo estaba. —En efecto, había estado gloriosamente agotada por el viaje... el último viaje que ella y Lachlann habían emprendido hacia la dicha.

—¿Dónde está Lachlann?¿Todavía en la Pequeña Sala?

Cora asintió.

—¿Y Engla?

—Se ha retirado a una de las casas de huéspedes, —respondió Cora—. Lord Lachlann está permitiendo que las dos vivamos juntas.

—¿Y Catriona? ¿La tiene todavía la reina?

—Sí. Está bastante prendada de la pequeña.

—Quizá debería ir a buscarla.

—La ard-banrigh dijo que la traería más tarde. Pensó que quizás le gustaría celebrarlo esta noche con Lachlann.

—¿En el Salón Pequeño? —Preguntó Astrid y Cora asintió—. Sí, me gustaría. Prepárame

un baño.

Astrid regresó a la cámara de dormir, abrió uno de sus baúles y empezó a ordenar su ropa. Al no encontrar lo que buscaba, abrió otro baúl... y otro.

—¿Qué túnica busca? —preguntó Cora al entrar en la cámara.

—La blanca ribeteada en hilo verde.

—Permítame que se la busque, ama, —se ofreció Cora—. Como empaqué su ropa, sé dónde está todo.

Rápidamente Cora desató un gran baúl, levantó la tapa y sacó dos pequeños cofres, que entregó a Astrid.

—Colorantes cosméticos para su cara, y sus peines y cepillos para el pelo.

Astrid dejó las dos cajas sobre la mesa de caballete. Mientras se peinaba, Cora abrió otro baúl. Para cuando Astrid terminó su baño, unos lisos trozos de cristal de planchar se calentaban en el fuego, y una larga y estrecha tabla de planchar de hueso de ballena se había colocado sobre la mesa.

Pronto Astrid, ataviada con ropas frescas y recién planchadas, recorría el sendero iluminado por la luna hasta el Pequeño Salón, desde donde podía oír bulliciosas risas y cantos. Al entrar vio a Fergus y Lachlann sentados en los Asientos Altos bajo un enorme dosel de tela escocesa roja y amarilla. Alrededor de la sala colgaban diferentes estandartes de clanes. Los guerreros, cada uno con los colores de su clan, celebraban el casamiento de su príncipe.

Lachlann también se había bañado y cambiado de ropa. Resplandeciente, vestido con unos pantalones azul noche y una camisa azul más clara, su tartán brillaba intensamente a la luz del fuego, al igual que el broche de oro prendido sobre su hombro derecho, a Astrid le parecía el mismísimo dios del sol.

Astrid vestía una larga túnica blanca y velos verdes diáfanos. Su única joya era el anillo de matrimonio que le había regalado Lachlann. Manteniéndose erguida, ella cuadró los hombros e inclinó un poco más la barbilla, esperando que no se le cayeran los rizos que Cora le había peinado en la coronilla. Los velos de encaje que envolvían su cabeza y enmarcaban su rostro se deslizaron por su espalda formando una cola. Caminó por el pasillo hacia el Asiento Alto.

Lachlann blandía un puñal en el aire.

—Más vale que sea el puñal que le quitaste a Forbes, esposo, —dijo Astrid, alzando la voz para hacerse oír por encima del ruido.

—Sí, esposa, lo es. —Él se levantó y bajó del estrado de piedra hacia ella, tendiéndole la mano.

Ella se calentó ante la adoración de sus ojos.

—Estás muy hermosa, Astrid, —le dijo sólo para sus oídos.

—Tú también estás muy apuesto, esposo.

—¡Salve, padre mío, Ard-righ Fergus! —llamó una voz femenina profunda y sensual. Lachlann se puso rígido incluso antes de ver a la mujer que hablaba. Cesó el jolgorio. El silencio cayó sobre la sala. Lentamente Astrid se volvió para ver a una mujer de pie en la puerta abierta.

—Sybil —habló Fergus, levantándose—. Me alegro de que hayas llegado, hija mía. Estaba preocupado por ti y por Angus.

Una de las mujeres más hermosas que Astrid había visto nunca avanzó entre la multitud hacia su padre. Sus ojos ceñudos, enmarcados por pestañas muy ennegrecidas, brillaban con frialdad. Su cabello, de un rojo intenso y ardiente, estaba apartado de su rostro y colgaba por su espalda en una larga trenza. Alta y voluntariosa, vestía una camisa marrón dorada del mismo color que sus ojos y unos pantalones marrón oscuro. Su ropa delineaba sus pechos llenos y sus caderas suavemente curvadas.

—Angus y yo tuvimos algunos problemas en el territorio de Kinsey, —dijo Sybil—. Los pictos asaltaron nuestro ganado.

Alrededor de la Pequeña Sala, los guerreros se pusieron en pie, frunciendo el ceño en señal de desaprobación hacia los pictos.

—Les dimos caza, —continuó Sybil—, pero escaparon. Sin embargo, conseguimos recuperar nuestro ganado.

—Ojalá hubierais atrapado a esos miserables malditos. —Un guerrero al que Astrid no reconoció golpeó la punta de su puñal contra el tablero de la mesa—. Ya es hora de que enseñemos a los pictos que los escoceses no somos los cobardes que nos creen.

—Sí, —gritaron los demás.

Es un tema que Angus y yo tenemos intención de plantear en la reunión del consejo, —dijo Sybil, dirigiendo su mirada a Lachlann—. Bien hecho, hijo adoptivo.

—Sybil, —dijo Lachlann.

—Pasé por la casa de huéspedes antes de venir a la Pequeña Sala. —Se acercó a Lachlann, su olor a hierbas llegó hasta Astrid—. Vi a tu hija, hermano, la que se llama Catriona.

—Sí.

—Muireall dijo que la niña fue abandonada y que tú la rescataste.

—Sí—.

—En una arboleda cerca de un arroyo corriente, —continuó Sybil.

Astrid abrió la boca para hablar, pero Lachlann la agarró del brazo y apretó. La mordedura de sus dedos en su carne no le dolió tanto como las insinuaciones de Sybil de que la niña iba a traer el mal a la tierra.

—¿Mi madre también te dijo que busqué en la zona un altar, y pruebas de otros sacrificios a los Antiguos, y no encontré ninguno?

—Ella lo dijo, pero a veces, Lachlann, la gente no construye un altar visible cuando hace sacrificios. Habrías hecho bien en dejar a la niña.

Astrid se tensó. La persistencia de Sybil en declarar que Catriona era malvada, el dulce olor de su esencia de hierbas y el calor de la habitación sofocaron a Astrid. No se consideraba una mujer violenta, pero en aquel momento estaba tan enfadada con la hermana adoptiva de Lachlann que deseaba arremeter físicamente contra ella.

—La niña habría muerto si no la hubiéramos rescatado, —dijo Lachlann.

—Mejor que muera ella —Sybil hizo una pausa y miró alrededor de la sala. Quería gritar al mundo que Lachlann le había arrebatado su derecho de nacimiento y que iba a recuperarlo, pero debía esperar su momento. Hablaría con palabras suaves, para aplacar a los guerreros y garantizar su lealtad a su causa—. Mejor que ella muera, Lachlann, a que nuestra tierra y nuestro pueblo sufran. Conoces las enseñanzas de los Antiguos. Si el rey está lisiado o enfermo, lisia y enferma a su reino.

—Yo no soy rey, —dijo Lachlann—, y tampoco estoy lisiado ni enfermo. Tampoco lo está la niña. Así que no puedo traer nada de esto a la tierra.

—La tierra nos pertenece a todos, —dijo Sybil, provocando gritos de acuerdo a su alrededor—. Cada uno de nosotros tiene una responsabilidad para con ella. Al rescatar a un niño abandonado, pides la venganza de los dioses. Este castigo no te será impuesto sólo a ti, sino a todos nosotros.

En toda la Pequeña Sala los guerreros gruñeron y asintieron con la cabeza.

—¿Por qué no tuviste en cuenta a tu pueblo cuando tomaste esta decisión, Lachlann? —.La mirada de Sybil se posó en el par de oro que rodeaba el cuello de Lachlann—. ¿Olvidaste que has sido elegido por los jefes de los clanes del norte de Escocia para convertirte en rey cuando mi padre muera? ¿Olvidas tan rápidamente que llevas el símbolo de la confianza de nuestro pueblo en tu liderazgo?

—No he olvidado nada, —respondió Lachlann.

Sybil miró a Astrid.

—Tal vez no puedas pensar en otra cosa que en tu esposa Einarland. Aunque parece bastante simple.

Astrid inspiró profundamente, inhalando de nuevo la pesada dulzura de la esencia de hierbas de Sybil. Habló en gaélico.

—Me tiene en desventaja, señora. Yo no la conozco.

Sorprendida al descubrir que Astrid hablaba su idioma, Sybil se quedó boquiabierta.

—Princesa Astrid —-Lachlann rodeó la cintura de su esposa con la mano—- te presento a mi hermana adoptiva, la princesa Sybil.

—Pero sólo recientemente tratada como hermana, —señaló Sybil.

—Puedo imaginarlo, —comentó Astrid secamente—. Es usted una mujer hermosa, mi señora. Puedo entender el encaprichamiento de cualquier hombre por usted.

La risa de Sybil carecía de humor.

—Eres encantadora. Astrid. Muy diferente de Gunilda. Ella no tenía chispa ni fuego y no hablaba nuestro idioma cuando llegó aquí.

—Tengo una sirvienta que hablaba gaélico y me enseñó el idioma.

—Gunilda era mi amiga, —dijo Sybil—, Quizá tú y yo también seamos amigas.

—No, señora, —respondió Astrid—, soy muy selectiva con aquellos a los que llamo amigos.

Se miraron fijamente hasta que Sybil se encogió de hombros y se dirigió a la mesa de

caballete más cercana. Cogió una jarra y se la tendió a una sirvienta para que la llenara de cerveza. Luego la levantó.

—Por la caza, muchachos, y a la espada de las Highlands.

—¡Oíd! Oíd! —resonó por toda la sala mientras los guerreros agitaban sus jarras en el aire, derramando la cerveza por los lados.

Astrid miró a Lachlann en busca de una explicación.

—La espada de las Highlands es una espada especial que el ard-righ hace fabricar cada año para los juegos de verano. Se la regala al guerrero que gana la persecución del zorro—. Señaló a Magnus. —Él lleva una. Incluso desde aquí se puede ver lo bellamente diseñado y fabricado que está.

—Sí.

—No sólo está bien elaborada como arma, sino que también es bella y mágica. Los diseños recorren ambos lados de la hoja. Todos los jefes quieren tenerla.

—Magnus es tan vanidoso, —señaló Sybil, que incluso mandó hacer su yelmo al mismo herrero para que hiciera juego con su espada.

—Tiene derecho a estar orgulloso, —respondió Lachlann, indignándose por el menosprecio de Sybil hacia su mejor hombre, uno de los guerreros más valerosos del norte de Escocia—. No muchos pueden presumir de haber capturado vivo al zorro plateado en la persecución anual.

—¿A quién se le permite cabalgar en la persecución? —preguntó Astrid.

—Los jefes de clan, sus esposas, los invitados de honor y los padrinos seleccionados, —respondió Lachlann.

—¿A alguno de ellos se le permite matar a la presa?

—No, esposa, —dijo Lachlann. Esto es simplemente una persecución, no una caza. A nadie se le permite matar a los zorros. Nuestro objetivo es capturarlos y traerlos vivos. Todo el año atrapamos zorros, para tener un zorro rojo que represente a cada clan. También capturamos uno plateado. Como nos explicó Sybil, el guerrero que captura el zorro plateado gana la persecución. Cuando el juego termina, los zorros capturados son devueltos a la naturaleza.

—¿El plateado también?

—Sí, también.

—Debes de tener una gran colección de espadas, esposo —señaló Astrid—,“si has ganado la persecución durante muchos veranos.

—No, esposa, no las atesoro. Sólo tengo mi espada, Las otras espadas se las he dado a guerreros valerosos que no tienen medios para conseguirse un arma digna.

—¡Qué conmovedor! —Sybil sonrió satisfecha.

—¿Es por esto también por lo que ayudaste a Magnus a conseguir la lanza de jabalí apostando? —preguntó Astrid.

Lachlann sonrió.

—Sí, es una de las mejores lanzas de jabalí de las Tierras Altas, y Forbes fue tan tonto

como para apostarla.

—¿Forbes? —gritó Sybil—. ¡Forbes, del clan Kinsey! ¿Un miembro de mi clan apostó su lanza de jabalí?

Lachlann sonrió.

—Magnus se la ganó, hermana.

—No me extraña que sus guerreros sean los mejor armados del reino, —gritó Sybil, con el ceño fruncido—. Es porque os aprovecháis de los guerreros de otros clanes.

—No, hermana —Lachlann rió en voz alta—. Simplemente nos aprovechamos de su insensatez y la convertimos en nuestro beneficio.

Sybil se volvió hacia Astrid.

—Tal vez Lachlann se las haya ingeniado para conseguirte un arma de uno de mis hombres que puedas utilizar en la persecución del zorro pasado mañana.

—Mi esposa no nos acompañará, —dijo Lachlann. Sybil le miró con recelo.

—Como las mujeres de Einarland no se unen a sus hombres en la caza, —explicó Lachlann —, mi esposa no tiene las habilidades necesarias para la persecución.

—Es una pena que no tenga las habilidades necesarias, —dijo Sybil burlonamente.

—Sí, —coincidieron muchos de los guerreros.

—Atrapar a los zorros y traerlos vivos es mucho más peligroso que matarlos, —señaló Lachlann—. Instruiré a mi esposa durante todo el año. El próximo verano ella participará en la caza.

—Si todavía está aquí, —indicó Sybil.

—Aquí estaré, señora, —replicó Astrid, negándose a dejarse intimidar.

—Nuestras mujeres son fuertes, —dijo Sybil—. especialmente las que somos esposas de jefes y reyes. Nos enseñan desde pequeñas a ser cazadoras.

—Sí, —gritó una nueva voz masculina—. Mi esposa es una de las mejores cazadoras del reino.

Sybil se giró.

—¡Angus!

Con una amplia sonrisa en el rostro, Magnus se levantó y se dirigió hacia el recién llegado que estaba de pie en la puerta.

—Angus, me alegro de verte. Te hemos echado de menos esta víspera. Ya hemos tenido muchas contiendas.

Un hombre moreno de cejas espesas y ojos hundidos entró en la sala. La tela escocesa roja y verde de su tartán acentuando su oscuridad, no era mayor que Lachlann, pero su rostro estaba más curtido. Llevaba el pelo largo, de un tono castaño oscuro, retirado de la cara y atado con una cinta en la nuca.

—Hola, Angus —dijo Lachlann—. Me alegro de volver a verte. Permíteme felicitarte por tu reciente matrimonio con mi hermana adoptiva.

Angus inclinó secamente la cabeza.

—Es bueno que hayas decidido regresar al reino, Lachlann, pero no tenemos tiempo para estos tontos juegos de guerra. Tenemos que protegernos no sólo de otros animales, sino también de que los pictos se lleven nuestro ganado. Se están adentrando en el reino. Como han tachado de cobardes a los escoceses del norte, hacen incursiones impunemente, llevándose tanto nuestro ganado como nuestros ponis.

—Así nos lo ha contado Sybil, —aseguró Lachlann.

—Ya es hora de que hagamos algo para detener esta humillación. —bramó Angus, con la mano curvada en un puño—. Somos tontos si pasamos el tiempo del día justando y persiguiendo zorros.

—En cualquier caso, nuestra persecución del zorro puede que no sea tan interesante este año como lo ha sido en el pasado, Angus, —indicó Sybil—. Si he entendido bien al maestro de la persecución correctamente, el zorro plateado murió ayer.

—Es extraño que el zorro plateado muriera, —dijo Sybil socarronamente—. No recuerdo que esto haya sucedido antes.

—Es la maldición, —murmuró un anciano guerrero—, Los Antiguos están enfadados porque tu novia Einarland rescató al huérfano.

—No, no es la maldición, Tindell, —respondió Lachlann—. Según el maestro de caza, el zorro estuvo enfermo durante un tiempo. He enviado a mis guerreros a buscar otro.

—Pero aún no han encontrado ninguno, —dijo Tindell—. Sigo diciendo que es la maldición de la niña sobre nosotros.

—Sí, —fueron los gritos de varios guerreros—. Puede que ya estemos malditos.

Tindell se levantó y gritó:

—Fergus, ¿le has concedido asilo a la huérfana?

—Sí, Tindell, —respondió Fergus—. No encontré ninguna razón para no concedérselo.

—Yo digo que el asunto debería ser llevado ante el Consejo de Jefes, —indicó Tindell—. Nos concierne a todos, y digo que es un asunto maldito.

Un coro de “sí” llenó la sala.

—Todo lo que tenemos que hacer para saber que los dioses están volcando su ira sobre nosotros es ver a los guerreros pictos robando nuestro ganado, —apuntó Angus—. Deberíamos cazar y matar a estos hombres que se llevan lo que es nuestro.

—Sí. —Tindell agitó su larga espada en el aire—. Ya es hora.

Fergus levantó las manos.

—Guerreros del norte de Escocia, de acuerdo con los poderes otorgados al ard-righ, he tomado la decisión de conceder asilo al huérfano. Si consideran que el asunto debe presentarse ante el Consejo de los Jefes, ya saben lo que deben hacer. Hasta entonces, el asunto está zanjado.

—Hasta entonces. —Sybil escupió las palabras.

Fergus le lanzó una mirada mordaz.

—Ahora, disfrutemos de reunirnos para la ceremonia del matrimonio escocés de mi hijo adoptivo. —Caminó hasta situarse detrás de Lachlann y Angus. Poniendo una mano en la espalda de cada guerrero, dij—o: Dejemos a un lado nuestra ira y hostilidad y hagamos buena magia para la competición de mañana.

Lonnie, jefe del clan Galway, se levantó para hablar.

—¿Cómo podemos hacer buena magia si los dioses no nos sonríen? Yo digo que debemos resolver esto ahora.

—No, Lonnie. —Fergus miró sin inmutarse al enorme guerrero—. Llevaremos el asunto ante el consejo sólo si la mayoría de los jefes lo solicita. Yo, ard-righ del reino del norte de Escocia, he hablado. Que así sea.

Por un momento Astrid no estuvo segura de lo que iba a ocurrir. Los guerreros, con el ceño fruncido, parecían poco dispuestos a escuchar el consejo del rey. Comenzaron a moverse lentamente por la sala, cada uno acercándose al lado de su sire.

Angus levantó el brazo, blandiendo su hacha de batalla.

—Fergus tiene razón. El ard- righ ha hablado. Que así sea. —Hizo una pausa—. Tal vez, amigos míos y compañeros guerreros, sea hora de que consideremos un nuevo ard- righ.

Asentimientos y gruñidos de acuerdo sonaron por toda la Pequeña Sala.

—Hasta ese momento, —dijo Fergus—, yo soy ard-righ y mi palabra se mantiene. Vino —ordenó, y dio una palmada—. Traigan el vino importado.

Los jóvenes hicieron rodar varios barriles.

—Es hora de celebrar, —gritó Fergus.

Los aplausos resonaron en toda la sala y, por un momento, la tensión pareció disiparse. La celebración comenzó una vez más. Astrid, que permanecía cerca de Lachlann, se sentó en una silla más pequeña junto a él, viéndole forcejear con Ghaltair. Angus se situó junto a ellos.

—Ah, Ghaltair, —gritó Sybil—, has ganado a Lachlann dos de cada cuatro veces. —Se acercó al joven guerrero—. Tal vez estés en camino hacia la jefatura de un clan,

—Sí, señora, es un hecho que lo soy.

El rostro de Lachlann estaba tenso, sus músculos flexionados.

—El joven cachorro tendrá que ganar tres de cinco antes de ser mejor que yo, Sybil, y aún no es lo suficientemente guerrero para hacerlo, —Lachlann emitió un gruñido, un tirón, y aplastó la mano de Ghaltair contra la mesa—. Es mi juego, Ghaltair.

—Sí, es tu juego, —concedió el joven guerrero—. Pero uno de estos días, Lachlann, será mío. —Ghaltair se levantó y sonrió a su jefe—. Pasado mañana, prometo que el zorro plateado será mío.

—Si los dioses nos permiten tener un zorro plateado, —intervino suavemente Sybil.

—Los dioses lo permitirán—, aseguró Lachlann.

—Sí, los dioses lo permitirán, —repitió Ghaltair—. Por orden de mi jefe, señora. Estoy en camino ahora para perseguir a una de estas escurridizas criaturas. Si tengo la suerte de capturar una, lo haré en la persecución.

—Ah, muchacho, —dijo Thomas mientras se unía a ellos—, ten cuidado con tus fanfarronadas. Brian es quien encontrará ahora al zorro plateado. Tendrá mucha suerte si consigue uno de los rojos. En la persecución Lachlann ha perdido el zorro plateado sólo tres veces desde que se convirtió en guerrero, dos a Magnus y una a Brian.

—Siempre hay una primera vez, padrino, —dijo Sybil.

Magnus se abrió paso entre los hombres que rodeaban a Lachlann y Ghaltair, y se sentó frente a su sire.

—Es hora de aligerar el ambiente. Permítanme mostrarles a todos al hombre que ha sacado lo mejor, y aún puede sacar lo mejor, de los Gordon.

Lachlann sonrió a su amigo. Astrid se relajó y se reclinó en la silla. Sujetando su jarra de cerveza con ambas manos, dio un sorbo a su vino y observó la lucha de brazos entre los hombres. Su marido perdió tres de los cinco lanzamientos, y a ella le pareció que lo hacía deliberadamente para rebajar la tensión. Entonces vio a Sybil avanzando hacia el Asiento Alto.

Cuando la princesa estuvo junto a Astrid, le dijo:

—Llevas el anillo de Lachlann.

Astrid sentó su jarra de cerveza en el brazo de la silla y miró su anillo de matrimonio.

—Había pensado que sería mío, —dijo Sybil—. Debería haberlo sido.

—Pero no lo es.

Ambas mujeres miraron fijamente a Lachlann.

—Le amaba, como he amado y nunca amaré a otro hombre.

Los rasgos de Sybil eran fríos y ásperos. Sus ojos, ensombrecidos por la hostilidad y la malevolencia, atraparon y sostuvieron la mirada de Astrid; la hipnotizaron, sin soltarla.

—Yo habría sido mucho mejor consorte de Lachlann. Me han enseñado desde niña a ser la esposa de un rey. ¿Cómo puedes ser su esposa y ayudarle a gobernar a su pueblo cuando no entiendes sus costumbres ni a su gente? ¿Cómo puede una mujer que una vez fue esclava entender el honor y la obligación real?

—Una vez fui esclava, pero ahora soy la esposa de Lachlann, y le haré sentir orgulloso.

—Sí, como en la caza.

—Es sólo un juego de habilidad, —dijo Astrid.

—Pero la persecución es un preludio de la caza. Es una prueba del temple de un guerrero. ¿Cómo sabemos que tienes temple si no te pruebas a sí misma?

Durante todo este tiempo, Astrid había dudado a veces de poder ser una consorte adecuada para su marido, pero se había repetido a sí misma que su amor por él sería suficiente, que darle un hijo bastaría. Pero las burlas de Sybil jugaban con sus imaginarias carencias.

—Demostraré mi valía, —respondió Astrid en voz baja—, a mi manera.

Sybil sonrió sardónicamente.

—Eso no servirá. Debes probar tu temple a la manera de las Tierras Altas. Si no lo haces, no serás aceptada... tanto si das a luz a un hijo de Lachlann como si no.

—Y usted, señora, va a hacer todo lo que esté a su alcance para ver que yo sea desacreditada, ¿no es así?

—Sí, eso haré.

Después de que Sybil se alejara, Astrid se sintió de nuevo inundada por pensamientos de inseguridad e inadecuación. Vio a su marido mientras él y varios hombres más lanzaban sus dardos a una diana en la pared. Cansada de los juegos y de las burlas e insultos de Sybil, Astrid se levantó y se unió a su marido.

—Esposo, con tu permiso me retiraré. El día me ha alcanzado y estoy cansada.

—Está bien, esposa. —Lachlann miró a su alrededor y luego dijo—: —Sin embargo, quería presentarte a Celdún.

¿Quién es?

—Es el jefe del tercer clan más grande del norte de Escocia y uno de mis más firmes partidarios. —Tanto para sí mismo como para ella, murmuró—: Quería hablar con él sobre Berowalt y las incursiones de los pictos. Magnus, —llamó Lachlann.

Astrid vio al padrino sentado en una de las mesas de caballete frente a un tablero de juego.

Levantó la vista.

—¿Qué quieres Lachlann?

—¿Has sabido algo de Celdún?

Con la figura del juego enroscada en su mano levantada, Magnus se inclinó hacia atrás.

—No, no he sabido nada. ¿Ocurre algo?

Lachlann negó con la cabeza.

—Quería presentarle a la princesa Astrid antes de que se retirara.

Asintiendo, Magnus devolvió su atención al juego.

—Haré las presentaciones más tarde, esposa, —Lachlann se inclinó para besarla en la frente—. Que tengas dulces sueños.

—Gracias, esposo. —Decepcionada porque realmente quería que Lachlann se fuera con ella, se dio la vuelta y abandonó el salón.

Capítulo 24

Agradecida por la fresca brisa vespertina, Astrid no caminó directamente de regreso al Gran Comedor. Como si la guiara una fuerza sobrenatural, se dirigió en dirección contraria y no se detuvo hasta que estuvo frente a una pequeña cabaña bien apartada de los demás edificios.

—¿Me necesita, ama? —preguntó una voz femenina.

Sobresaltada, Astrid se volvió para ver a la anciana -la Mujer Sabia- saliendo de entre las sombras.

—Yo... no... lo sé, —respondió Astrid—. No sabía que venía a su casa.

Feich sonrió.

—Entre. Compartiremos una taza.

—¿Té de brezo, por casualidad?

—Ya lo verá.

Astrid siguió a Feich a través de la puerta hasta la cabaña de una sola habitación. Las brasas brillaban en la hoguera central. Fragantes hierbas ardían en un plato poco profundo; una pequeña lámpara emitía una luz pálida.

—Siéntese allí, señora. —Feich hizo un gesto hacia la mesa—. Estaré con usted dentro de un rato.

Mientras Astrid se sentaba en el banco, la anciana se arrodilló junto al fuego y sumergió un cazo en un gran caldero de líquido burbujeante. Una vez hubo llenado una taza, se enderezó y se dirigió a la mesa, donde se sentó frente a Astrid. Astrid estudió la bebida que Feich le había puesto delante.

—Esto no se parece al té de brezo de Cora, —observó.

—No lo es. Es una poción preparada especialmente para usted.

—¿Sabías que iba a venir? —Astrid miró el rostro arrugado de la Sabia.

—Sí, es una poción de hierbas que le ayudará a concebir un hijo. Y le doy este amuleto para protegerla contra el mal.

Astrid miró un largo cordón hecho con tres tramos de hilo de colores trenzados. Anudadas en el cordón a intervalos regulares había plumas de diferentes colores.

—Cuelgue esto donde sólo usted pueda verlo, —instruyó la anciana—. Como le he dicho, le protegerá contra la magia maligna.

Feich cogió el cordón y ató los extremos formando un círculo. Luego lo pasó por la llama de la lámpara y por el humo de las hierbas. Mientras lo rociaba con sal y agua, canturreó:

—En los nombres de las diosas y del dios ...por el aire, la tierra, el fuego y el agua, yo...

Con la mirada fija en el amuleto, Astrid escuchó a la anciana. Cuando terminó el encantamiento, realizada la bendición, Feich le dijo a Astrid que bebiera la poción.

—Muchos considerarán que ya ha pasado su edad fértil, —dijo Feich, entregando el amuleto de la pluma a Astrid—, pero le dará a Lachlann el hijo que necesita.

—Un niño, —musitó Astrid. Eso no es suficiente para Lachlann. Quiere un hijo. ¿No es tu magia lo bastante fuerte para garantizarle un hijo?

—Mi magia es fuerte, —aseguró Feich—, tan fuerte que le garantizo que producirá el hijo que Lachlann necesita para completar su objetivo como rey de los montañeses. —La anciana puso una mano sobre la de Astrid. —Lachlann amará a sus hijos y será un buen padre para ellos.

—Nunca lo he dudado, —respondió Astrid. Miró la mano artrítica que reposaba sobre la suya. Contempló las plumas que revoloteaban en la brisa del atardecer—. ¿Llegará mi marido a quererme algún día, anciana?

Feich retiró la mano. Tras una larga pausa, dijo:

—Siempre la honrará como a su esposa.

Dolida por la respuesta, Astrid apartó la mano.

—Hablo de amor, no de honor, fidelidad o cualquier otra cosa. Quiero saber que soy la primera en su corazón.

—Un buen rey, uno elegido por los dioses, no tiene esa libertad. —respondió amablemente la anciana—. Siempre su pueblo y su reino deben ser lo primero.

—Sí. —Astrid suspiró—. Él me lo dijo.



Con sus pensamientos turbados, Lachlann abandonó la Pequeña Sala con su padre. Soplaba una brisa que le alborotaba el pelo y agitaba el dobladillo de su tartán sobre las piernas.

—Me preocupa todo lo que está ocurriendo en el reino, padre. La perfidia y la muerte de Gunilda. Las incursiones de los pictos. Y esta noche he visto a muchos de los jefes de clan que nos habían sido leales cambiar su lealtad a Angus.

—Sí, —murmuró Fergus.

—Y Celdun ni siquiera estaba presente. Nadie ha sabido nada de él desde que abandonó su aldea. —Lachlann levantó la mano para frotarse la nuca—. Estoy preocupado por mi viejo amigo. No es propio de él llegar tarde sin avisar.

—Corren tiempos difíciles, hijo mío —dijo Fergus, continuando el diálogo que había mantenido con Lachlann durante toda la noche—-, y al igual que tú, temo que aquellos a quienes habíamos contado como fieles seguidores y amigos puedan abandonarnos. Veo que la tenue unión entre los clanes se desmorona. Temo que todo lo que hemos logrado pueda durar poco.

—Porque Angus y Sybil están manipulando los acontecimientos para adaptarlos a sus

propios fines.

—Sus seguidores crecen día a día, —convino Fergus—. Muchos quieren volver a las viejas costumbres. ¿Viste el número de jefes que apoyaron a Sybil cuando arremetió contra ti por haber rescatado al niño? Sí, hijo mío, hay un gran número, incluidos nuestros amigos, que creen que deberíamos llevar el asunto ante el consejo.

Fergus hizo una pausa y respiró hondo varias veces. Se llevó la mano al pecho.

Preocupado, Lachlann le cogió por los hombros.

—¿Le duele? —Bajando la mano y enderezándose, Fergus negó con la cabeza.

—Estoy cansado, —respondió—, y me fatigo con facilidad.

—La carga de tu reino pesa sobre tus hombros,

—Sí, hasta cierto punto es así, —confesó Fergus—. Lo que más pesa sobre él, hijo mío, es este conflicto entre Sybil y tú.

—Ha sido evidente esta noche.

Fergus comenzó a caminar de nuevo, aunque esta vez un poco más despacio.

—Ambos sois mis hijos, ella nacida de mis entrañas y de mi corazón, tú de mi corazón. No soporto veros luchar como lo hacéis.

Los dos hombres caminaron un trecho antes de que Lachlann dijera:

—Ojalá pudiera ser diferente, padre. No te hago daño deliberadamente en lo que concierne a Sybil, pero no puedo estar de acuerdo con ella.

—Hijo mío, tienes que intentar trabajar con Sybil. No puedo ver cómo se destruye el trabajo de toda mi vida por culpa de dos líderes de carácter fuerte.

—¿Deseas que vaya en contra de las enseñanzas de Cristo? —preguntó Lachlann—. ¿Que vuelva a las viejas costumbres?

—No, no te pido que te retractes de todo lo que crees. Pero hay un término medio por el que Sybil y tú podéis caminar. Podéis mezclar las dos cosas y crear un mundo mejor para vuestro pueblo. Recuerda, Lachlann, que la presión para volver a los Antiguos no viene sólo de Sybil. Viene también de otros jefes. Quieren declarar la guerra a los Pictos. Ciertamente las incursiones de ganado Pictos justifican represalias por el código del guerrero.

—Sí, y prometo que si los Pictos son realmente responsables de las incursiones, seré el primero en buscar retribución. —Lachlann detuvo sus pasos y se volvió para mirar en el rostro iluminado por la luna de su padre—. Pero no podemos atacarles, padre, hasta que sepamos con certeza que son culpables.

—¿Dudas de la palabra de tu propio pueblo? ¿Tienes una alianza más fuerte con el pueblo de tu padre biológico que con el mío?

—No, padre. —Es cierto que soy mitad escocés y mitad picto, pero soy plenamente tu hijo adoptivo. Mi lealtad pertenece al clan Gordon y al reino del norte de Escocia. Desde que me convertí en guerrero y recibí mi visión, he dedicado mi vida a mi pueblo y a su bienestar. Todas las decisiones se basan en esto, padre.

—Eso está bien, —dijo Fergus.

Reanudaron la marcha y ninguno de los dos habló hasta que estuvieron frente a la casa de huéspedes. Fergus puso una mano sobre el hombro de Lachlann.

—Buenas noches, hijo mío. Espero que el mañana traiga mejores noticias que este día.

Mucho después de que Fergus hubiera entrado en la cabaña y cerrado la puerta, Lachlann permaneció de pie en el sendero contemplando la lejana montaña. A veces veía el parpadeo de las luciérnagas y sonreía. Recordó las noches en que Angus y él habían jugado juntos de niños, persiguiendo a las ilusorias criaturas.

Siguió hacia el Gran Comedor. Su mano se enroscó alrededor del picaporte, pero no abrió la puerta. Voces del pasado le llamaron, y una vez más miró las colinas circundantes. Con la misma seguridad con que le habían hecho señas cuando era un muchacho, le llamaban esta noche. Siempre había sentido que intentaban contarle un secreto.

Se alejó de la aldea, sumergiéndose cada vez más en el pasado. Como había hecho tantas veces, se preguntó cómo habría sido su vida si su padre y su hermano mayor hubieran vivido. ¿Se habría vuelto la gente del reino de su padre biológico contra él como parecía estar haciéndolo la gente de su reino adoptivo?

Å Ilante su vida Lachlann se había sentido solo por algo... por alguien. Tal vez fuera el padre que nunca conoció o el hermano que perdió, o ambos. Aunque Astrid había traído gran felicidad y satisfacción a su vida, Lachlann sabía que aún le faltaba algo. ¿Nunca encontraría esa parte de él que le faltaba?



Al regresar de la cabaña de Feich, Astrid iba a buscar a Catriona cuando vio a Lachlann caminando por la calle principal. Al principio pensó que tal vez había venido a buscarla. Le saludó con la mano, pero él pasó de largo sin mirar en su dirección. Ella le llamó; aun así, él no dejó de caminar. Corrió detrás de él, pero estaba tan lejos que no pudo alcanzarle. Para cuando cruzó el puente a las afueras del pueblo, Lachlann ya no estaba a la vista.

Pensando que volvería pronto, esperó en la puerta del pueblo durante un largo rato. Incluso caminó hacia la colina varias veces y encontró el camino desgastado. Una parte de ella quería seguirle: otra la instaba a regresar al Gran Salón.

Finalmente cedió a su deseo de ir tras él. Esforzándose por ver en el resplandor de la luna, subió cautelosamente por el desgastado sendero. Subió más y más alto. Sin aliento cuando llegó a la cima, se detuvo. A lo lejos vio una luz. Se dirigió hacia ella. Finalmente se quedó escondida entre un grupo de arbustos, mirando fijamente a su marido y a Sybil.

Hipnotizado, Lachlann se quedó fuera de la entrada y contempló la cueva donde él y Angus habían jugado de niños. Sólo que ahora no estaba llena de espadas y escudos de juguete.

Estaba llena de mesas y taburetes, los muebles dispuestos alrededor de un enorme pozo de fuego central. Un gran caldero suspendido de un gancho de metal colgaba por encima de las llamas danzantes. Su vapor se elevaba en espiral en el aire. Frascos y viales decoraban las mesas, todos llenos de líquidos oscuros y turbios. Platos de hierbas humeantes reposaban sobre las

mesas. Velas llameantes, de todos los tamaños, formas y colores, parpadeaban por toda la cueva.

Vestida con una túnica vaporosa, Sybil, estaba de pie frente al enorme fuego. Su cabello castaño colgaba suelto por su espalda. Con las manos en alto, murmuraba suavemente.

Lachlann sólo podía mirarla. Siempre le había parecido hermosa; esta noche no pensaba de otro modo. La luz del fuego se filtraba a través del fino material de su túnica para revelar su cuerpo desnudo debajo.

El susurro se convirtió en canción. Ella cogió un instrumento musical, hecho de cuero estirado sobre un armazón redondo con hileras de pequeños medallones de metal ensartados en alambres alrededor del borde. Mientras bailaba, el seductor vaivén de sus caderas, los melancólicos punteos de los discos vibrantes, tocaban cuerdas de la memoria en Lachlann. Comprendía a Sybil, conocía sus motivos, percibía la maldad que corría en lo más profundo de su ser, y aun así se sentía atraído por ella.

Siempre lo había hecho.

Sybil giró sobre sí misma, su vestido y su cabello girando alrededor de su cuerpo. Con los brazos por encima de la cabeza, sus pechos balanceándose mientras respiraba profundamente, le sonrió.

—Te estaba esperando. —Su voz ronca lo envolvió, atrayéndolo más cerca. Era oscuramente bella y seductora—. Me preguntaba cuánto tardarías en recibir mi mensaje.

—No recibí ningún mensaje, de lo contrario habría llegado antes.

Cumpliendo la promesa que le había hecho a su padre, Lachlann tenía toda la intención de hablar con Sybil y llegar a un acuerdo. Temía por la vida de su padre si la unión de los clanes escoceses se disolvía.

—Sí, lo hiciste, mi amor. —Se pasó la lengua por los labios rojos como bayas—. Si no, no estarías aquí en absoluto.

Ella se movió hacia él. Él se movió hacia ella. Cuanto más se acercaba a la cueva, más fuerte era el aroma de las hierbas burbujeantes, más fuerte era la fragancia del agua de hierbas que ella siempre llevaba. Ella alargó la mano y pasó un dedo por el broche de oro de su hombro.

—Me alegro de que hayas venido, —le dijo.

—Yo también, —respondió Lachlann—. Llevo toda la noche deseando hablar contigo... a solas.

Sybil se rió.

—Me tienes a solas, mi lujurioso guerrero. ¿Qué me dirías?

Perdido en sus recuerdos, Lachlann la miró fijamente a la cara. ¿Cómo podía ser tan hermosa y a la vez tan malévola?

—¿Recuerdas esta cueva, Lachlann?

—Sí. —¿Cómo podía olvidarla?

—Aquí fue donde hicimos el amor por primera vez.

Astrid no podía oír lo que decían sin acercarse más. Pero ella no se acercaría más. No estaba segura de por qué. Tal vez temía que Lachlann prefiriera realmente a Sybil antes que a

ella. Sólo sabía que se le partía el corazón. Tenía que alejarse de ellos.

Llena de emociones agitadas -dolor, ira, decepción y humillación- Astrid volvió sobre sus pasos. No se quedaría allí para ver lo que ocurría entre su marido y la mujer que había sido su amante en un tiempo... tal vez volvería a serlo.

—¡Cómo te atreves a subir aquí para intentar convencerme de que cambie de opinión! —gritó Sybil, con el rostro contorsionado por la ira—. Estás aquí porque yo te he convocado, no porque tú elijas estarlo. Nunca dudes de la fuerza de mis poderes.

—No dudo de ellos, —respondió Lachlann—, pero también respeto la fuerza de mis poderes.

—No son tan grandes como los míos, —afirmó Sybil—. ¿Sufrió mi padre dolores en el pecho hace poco?

Un frío temor se instaló en torno a Lachlann.

—Tal vez, —dijo.

Sybil se rió.

—Sí, los sufrió. Salí temprano de la Pequeña Sala y vine aquí a nuestra cueva, Lachlann. —Se acercó a una de las mesas de caballete y pasó los dedos por los bordes exteriores del instrumento musical, el tintineo de los discos metálicos resonó en el aire nocturno—. Hazme el amor, Lachlann. Que sea como en los viejos tiempos para nosotros.

Ella alargó la mano para tocarle, pero él la esquivó.

—No, Sybil, ambos estamos casados.

—Pero nosotros matrimonios son de conveniencia. Yo me casé para ser la esposa de un jefe y tú para tener un hijo.

—No obstante, cada uno de nosotros ha hecho votos.

—Nunca tendrás un matrimonio basado en el amor, Lachlann. No permitiré que ames a otra mujer. Ni tendrás un hijo de tus propios entrañas. Morirás sin descendencia.

—¿Por eso mataste a Gunilda?

—Se suicidó, —respondió Sybil—. No quería gestar a tu hijo. Le dije cuántas bayas debía comer para deshacerse de él. Comió demasiadas.

—¿Y Berowalt, Sybil? ¿Qué sabes de su captura?

—¿El emisario del rey Bjorn? —Ella se encogió de hombros—. No sé nada más que lo que he oído, y es que hiciste que tus hombres de clan lo capturaran para que no llevara a Einarland la noticia de que habías matado a Gunilda.

—Sabes que eso no es cierto.

—¿Lo sé? —Sonrió.

—Feich ha visto agitarse las aguas, —dijo Lachlann—. ¿Sabes lo que quiere decir?

—Sí. —Sybil cogió una jarra y vertió un poco del líquido en una pequeña taza—. Los clanes de los escoceses del norte están abandonando el nuevo camino, Lachlann. Estamos volviendo a los viejos dioses, a la antigua forma de vida con su gloria y honor. Hombres que

habías contado como amigos leales y partidarios se están uniendo a Angus y a mí.

Lachlann acortó la distancia entre ellos.

—Afirmas que tu primer interés es el bienestar del pueblo, pero utilizas la religión, Sybil, para controlar y ganar poder, no para adorar a ningún dios, ni al nuevo ni a los antiguos.

—Díselo a Angus y a los que me siguen—. Ella rió suavemente—. A ver si te creen.

—Tú y Angus, —dijo Lachlann—. No habría pensado en vosotros dos juntos. Lily era demasiado joven para haber muerto tan trágicamente.

¿Lo era? —Dijo Sybil—. Era una estúpida que estaba en medio.

Sybil se acercó al fuego, deslizó el cazo de calabaza en la mezcla hirviendo del caldero y removió. No dijo nada, pero no hizo falta.

Lachlann comprendía perfectamente lo que ella le decía. Podía recordar las maldiciones de los que servían a los Antiguos. La agitación de las aguas negras. Las muertes inesperadas de personas perfectamente sanas.

—Mi padre también está enfermo, —dijo Sybil—, y cuanto más se oponga a mí y a mis seguidores, peor será.

—Deja a Fergus fuera de esto, —gritó Lachlann—. Por el amor de Dios, Sybil, ¡ese hombre es tu padre!

—Fergus es un hombre, Lachlann, como cualquier otro. —Ella habló fríamente—. Le he dado la oportunidad de unir sus fuerzas a las mías, pero prefiere escucharte a ti y a ese tonto cristiano de sumo sacerdote, Rudie.

—Es cierto que

Fergus escucha el consejo del sumo sacerdote, —convino Malcoim—, pero el ard-righ también busca el consejo de todos sus jefes. Estás enfadado porque él toma sus propias decisiones.

—Estoy enfadada porque toma decisiones equivocadas, —dijo Sybil.

—Sólo porque no son sus decisiones.

—He encontrado a alguien que me ayude, —Sybil se regodeó—. Angus. Alguien a quien el pueblo respeta y a quien escuchará.

Dejó el cazo a un lado y se puso de pie una vez más. Sonrió, una curvatura siniestra de los labios. Una sensación espeluznante recorrió a Lachlann. La maldad que emanaba de aquella mujer era aterradora. Sabía que Sybil no dejaría que nada se interpusiera en su camino para conseguir lo que quería. La brisa del atardecer acarició el suave material de su túnica, moldeándolo contra sus pechos llenos y sus caderas redondeadas. Mechones de pelo castaño volaban sobre su rostro.

—Te dije hace tiempo, Lachlann, que sería la ardbanrigh del reino, y así será. Te pedí que te unieras a mí, pero te negaste.

Se acercó a donde él estaba y se apretó contra él, apoyando las palmas de las manos en su pecho.

—Antes de que sea demasiado tarde renuncia a tu creencia en el nuevo dios. Vuelve a las

viejas costumbres conmigo y compartamos la gloria del reino de los escoceses del norte.

Lachlann la agarró de ambas manos y la apartó de un manotazo. Ella cayó de rodillas frente al fuego.

—Me deseas, Lachlann, —se burló ella—. Tu cuerpo está duro con pensamientos de hacerme el amor. —Como una víbora, se deslizó hacia él.

—Eres una mujer malvada, Sybil, pero no eres más poderosa que los seguidores del nuevo dios. Eres una seguidora de la oscuridad, pero los nuevos caminos han traído la luz. Luz que desecha la oscuridad de tus hechizos y rompe tu magia.

Sybil se echó hacia atrás, estirando las piernas y apoyando su peso en las palmas de las manos, echando los pechos hacia delante. Se echó a reír.

—Dilo si quieres, Lachlann, pero no te lo crees. Incluso ahora deberías empezar a preocuparte por las vidas de tu padre adoptivo, tu madre... tu esposa... y esa huérfana que rescataste. Ella será tu perdición. Agitaré aún más a la gente, para que te exijan que la devuelvas al lugar de abandono. Incluso ahora puede estar enferma.

Lachlann se volvió y comenzó a caminar por el sendero hacia la aldea.

—Las aguas turbias se agitan, Lachlann. La muerte se cierne sobre el clan Gordon.



Astrid se había perdido mientras descendía por la montaña y había tardado mucho tiempo en regresar al Gran Salón. Cuando abrió la puerta y entró en la sala principal, vio a Cora sentada en una silla en el extremo opuesto de la habitación. La anciana estaba bordando. Gyda salió de uno de los rincones oscuros y se acercó a su ama.

—Esperaba encontrarte en la cama, —dijo Astrid.

Cora anudó su hilo y dejó el bastidor a un lado.

—Catriona está un poco irritable desde que la reina la trajo a casa.

Jarvja se apresuró a arrodillarse junto a la cesta de la niña. Gyda se colocó a su lado, hundiendo la nariz en las mantas. La pálida luz de la solitaria lámpara parpadeaba sobre Catriona.

—¿Crees que está enferma, Cora?

—Es muy posible que tenga la tripa revuelta. Esta noche ha mamado por primera vez de los pechos de su nodriza.

Desesperada, Astrid miró a Cora a la cara.

—¿Qué haré si se pone enferma?

—¿Le preocupa cómo aceptarán los aldeanos la noticia?

—No, —dijo Astrid—, me preocupa la niña. La quiero.

—Ella estará bien. Dele tiempo para que se adapte.

—No tuvo problemas con la leche de cabra que le preparaste. Quizá deberíamos volver a ella.

—La leche de Isabel es probablemente la mejor para ella, —dijo Cora—. No nos preocupemos excesivamente. Si le parece bien, ama, la llevaré a mi cabaña esta noche.

—No, —indicó Astrid—. La quiero aquí conmigo.

—Será lo mejor, —dijo Cora suavemente—, si nadie sabe de su enfermedad, señora. La gente del pueblo ya está agitada porque usted y Lord Lachlann salvaron a la niña. Si ciertas personas se enteran de que está enferma, podrían exigir que Lord Lachlann la devolviera al lugar donde fue abandonada.

—Gracias por tu preocupación, Cora, pero ella se quedará conmigo. Es mi hija y cuidaré de ella

—¿Debo quedarme aquí en la Gran Casa con usted? —Preguntó Cora.

—Te lo agradecería.

—Deje que el bebé duerma cerca de mí, —pidió Cora—. Si se despierta, iré a buscarla.

—No, la tendré conmigo. —Astrid cogió las asas de la cesta y la levantó con cuidado para no despertar al bebé—. Si te necesito, te llamaré.

Como había hecho tan a menudo en el viaje desde Einarland, se fue a la cama sólo con su niña y su lobo. Pero no se durmió inmediatamente. Se preocupaba por Catriona; se preguntaba por Lachlann.

A altas horas de la madrugada, Astrid despertó de un sueño irregular. El fuego se había convertido en brasas. Gyda se había acurrucado alrededor de la cesta de dormir de Catriona. En la bruma resplandeciente Lachlann se estaba desvistiendo. Cuando sólo llevaba pantalones y cuarentones, apuró el fuego y se sentó a la mesa para servirse una jarra de vino. Sujetándola con ambas manos, se inclinó hacia delante y miró fijamente las llamas.

La crudeza de su expresión tocó una cuerda en lo más profundo de Astrid, pero no fue suficiente para apagar las llamas de la ira que aún latían en su interior.

—Así que, mi sire esposo, ha decidido regresar a casa.

Vestida con su traje de dormir, se deslizó fuera de la cama.

—Suenas arpía, señora.

—No, sire, estoy enfadada.

Echó un vistazo para ver la cesta de dormir de Catriona.

—¿Por qué duerme la niña con nosotros?

—Esta noche ha mamado por primera vez de los pechos de su nodriza. Ha estado quisquillosa.

—¡Cristo y crucificado! —Lachlann maldijo. Las palabras de Sybil volvieron a atormentarle. De nuevo sintió que los fríos y atenazadores tendones del miedo le envolvían y apretaban—. Recemos para que no enferme. La gente ya está preocupada por haberla rescatado.

—Sí, varios de los jefes de clan exigieron que Fergus llevara el asunto ante el consejo para que lo juzgara, —dijo Astrid—. ¿Crees que lo hará?

—No lo sé. Mi padre está preocupado por los disturbios.

—No dejaré que se queden con Catriona, —dijo Astrid—. Ella es mía. Los dioses me la dieron.

Lachlann se reclinó en la silla y suspiró.

—Tal y como lo ve la mayoría de la gente, mi señora esposa, tú se la robaste a los dioses.

—¡No es así! Los dioses son mucho más fuertes que los simples mortales. Si no hubieran querido que la tuviera, me lo habrían impedido. Además, —añadió—, ¿qué dios quiere una niña de sacrificio? Ella no tiene ningún valor.

—¿Blasfemas? —preguntó Lachlann con un asomo de sonrisa.

—Si decir la verdad es blasfemar, entonces soy culpable.

—Me has convencido. —Lachlann soltó una risita, pero Astrid no rió a su vez—. Pero no es por mí por quien debemos preocuparnos. Es por todo el Consejo de los Jefes.

Astrid se acercó más a Lachlann.

—No dejaré que me arrebaten al niño.

Inspiró profundamente y, de repente, se dio cuenta de que estaba inhalando la esencia de hierbas que llevaba Sybil. Se echó hacia atrás.

—Te vi salir de la aldea, —dijo.

—Sí.

—Te llamé, pero no contestaste.

—No te oí. Supongo por el tono de tu voz, esposa que sabes adónde fui.

—Sí.

Tomó un sorbo de vino y bajó la copa.

—Pero te fuiste demasiado pronto para saber lo que pasó, —adivinó.

—Lo sé, —acusó Astrid—. Vi lo que ocurría. Y aunque éste sea un matrimonio político, es un matrimonio. No tienes derecho a estar con Sybil,

Lachlann se levantó lentamente de la silla.

—Aunque eres mi esposa, será mejor que no vuelvas a hablarme en este tono. Yo, y sólo yo, determino lo que tengo derecho a hacer. ¿Entendido? —Enfadado, la fulminó con la mirada. Se sentía culpable porque no amaba a Astrid; sólo se desvivía por ella. Sintió una emoción aún más profunda, tal vez humillación o ira o ambas, porque su cuerpo había respondido a Sybil. No había cedido a sus deseos, pero la había deseado. Le molestaba que ella aún tuviera ese poder sobre él

—Te entiendo, Lachlann mac Gordon, pero tú también debes entenderme. —Astrid ardía de ira—. No toleraré que me trates así. Hasta que no hayamos cumplido al pie de la letra los términos de nuestro contrato matrimonial, lo cumplirás. No toleraré a otra mujer en tu vida ni en tu cama.

La mano de Lachlann se enroscó con fuerza alrededor de la copa.

—¿Pretendes decirme lo que puedo o no puedo hacer?

—Mientras yo cumpla nuestro acuerdo, tú también lo harás. Una vez que te haya presentado a tu hijo… entonces y sólo entonces podrás cambiar nuestra relación. Y, esposo, ya he establecido las reglas para eso también,

Lachlann tiró la copa al suelo y caminó hacia donde ella estaba. Se miraron fijamente.

—Te dije una vez, Astrid, que hasta que nos casáramos te dejaría establecer algunas reglas. Ahora estamos casados y yo soy tu sire. Harás lo que yo diga, cuando yo lo diga.

La experiencia anterior de Lachlann con Sybil le había dejado conmocionado, pero no se lo confesaría a Astrid. Hacerlo sería admitir una debilidad. Como jefe del clan Gordon, como heredero del ard-righ, no podía tener debilidades. Lachlann nunca dudó de su destreza como guerrero, pero había empezado a dudar de su fuerza para decir no a las viejas costumbres, a los viejos hechizos. Había sido testigo del dolor de su padre; ahora era testigo de la enfermedad del bebé.

—He prometido llevar tus colores con orgullo, —dijo Astrid, irguiéndose en toda su estatura—, y lo haré. Soy una mujer de palabra. Pero espero de ti la misma consideración.

Lachlann se inclinó y recogió su copa. El silencio era denso y pesado en la habitación.

—Seguramente, esposo, —continuó Astrid—, ella no te ha cegado a la verdad. Es una mujer malvada que quiere destruirte, y al hacerlo destruirá a cualquiera o cualquier cosa que se interponga en su camino. Tú mismo me contaste lo que le hizo a Gunilda.

—Admito que es una enemiga peligrosa.

—¿Entonces por qué, esposo? ¿Por qué acudiste a ella? —Astrid se abrazó a sí misma—. Oh, no respondas a eso. Sé por qué fuiste a ella. Es una mujer hermosa y deseable. Pero... —Sus palabras se interrumpieron.

Lachlann dejó el vaso sobre la mesa. Suavemente dijo:

—Sybil es todo lo que has descrito, esposa, y más. Ella es una adicción.

Los labios de Astrid temblaron, pero se obligó a contener las lágrimas y se apartó de él.

No dejaría que la viera llorar

—Pero no acudí a ella por las razones que tú crees.

—¿No?

—Fui a verla porque mi padre me lo pidió. Hablar con ella. Nada más. —Ella oyó el chapoteo del vino mientras Lachlann rellenaba su copa—. ¿Me crees?

—Ave, —dijo ella en voz baja. Entonces date la vuelta y mírame.

Ella lo hizo. De nuevo se miraron fijamente.

—No me he acostado con otra mujer desde que te conocí, —aseguró él—. No lo haré. Yo también honro mi palabra.

A Astrid le complació su confesión, pero con todo su corazón deseaba que fuera una confesión de amor, no de honor.

—Esta noche, esposa, he visto a guerreros que no había visto en varias lunas, guerreros que

había considerado leales a mí, a mis ideales y sueños, cambiar su lealtad a Sybil. Prometí a mi padre que trabajaría con ella para lograr un compromiso pacífico, pero no ha sido así. —Se llevó la copa a la boca y bebió varios tragos de vino—. Se han llevado a cabo muchas deslealtades mientras he estado fuera, y me temo que Sybil es el origen de ellas

—La verdad siempre triunfa, —dijo Astrid.

Lachlann le dedicó una sonrisa triste.

—Ojalá tuviera tu capacidad para creer en lo mejor. De alguna manera, a menudo he formado parte del lado más oscuro de la vida. Tengo más fe en ello que en lo bueno.

—Sybil no puede, no quiere, ganar contra ti, —aseguró Astrid—. Sean cuales sean tus defectos -y los tienes, sire-, el engaño y la mentira no están entre ellos. Eres bueno, no malo.

El rostro de Lachlann se suavizó.

—Astrid, todos tenemos la capacidad de engañar y mentir, y la mayoría cometerá esos pecados si se presentan las circunstancias adecuadas.

—Eres un campeón, un líder, —le recordó Astrid.

—Un campeón no es más que un hombre con una reputación exagerada. Y ser líder es una prenda difícil de llevar. Estoy preocupado porque uno de mis más firmes partidarios, el jefe Celdun del clan Donal, aún no ha llegado para la celebración del matrimonio. —Bebió otro sorbo de vino—. Quizá también haya cambiado de lealtad.

—No, esposo —dijo Astrid—, seguramente no.

Lachlann volvió a su silla y se sentó, mirando al fuego.

—Ha sido un día muy largo, esposo —dijo Astrid en voz baja—. Las cosas tendrán mejor aspecto cuando despierte al día siguiente.

—Eso espero, esposa.

—¿Has comido?

—No.

—Te traeré algo de la cocina.

Entrelazando sus dedos con los de ella, la subió a su regazo.

—Aunque suene codicioso, esposa, tengo un hambre insaciable de lo que hay aquí. Te quiero a ti, sólo a ti.

Le cogió la cara con una mano y la levantó. Sus labios cubrieron los de ella en un beso profundo y hambriento. Sujetándola con ambos brazos, se levantó y se dirigió a la cama, tumbándola. Mientras ella miraba, él se despojó de sus cuaranes y pantalones, y pronto estuvo tumbado desnudo junto a ella.

Sus manos se movían sobre el cuerpo de ella, desesperadas, ardientes.

—Que Dios me ayude, Astrid, —susurró entrecortadamente—, pero te necesito. No quiero, pero te necesito.

La confesión sonó dura pero maravillosa. Astrid conoció al rey-guerrero que hablaba, luchando interiormente con el hombre al que llamaba esposo y amante. Se entregó a la belleza

del momento. Siempre antes Lachlann sólo había confesado que la deseaba. Ahora, una parte de él admitía que la necesitaba y que ella lo necesitaba a él.

Por primera vez desde que se habían unido, Astrid sintió como si Lachlann se permitiera entrar en su mundo, en su pasión, en su necesidad. El momento fue uno de los más estimulantes que jamás había experimentado.

Cuando ambos se saciaron y Lachlann se durmió, unas brasas resplandecientes iluminaron de nuevo la cámara de dormir. Astrid estrechó a su marido entre sus brazos. Rezó para que esta noche, al darle consuelo y solaz además de pasión, le hubiera abierto las puertas del corazón. Rezó para que pronto ella estuviera en su corazón como él ya estaba en el suyo.

Capítulo 25

Sentada junto a Lachlann y sus padres en una plataforma elevada, vio a Engla abriéndose paso entre la multitud hasta llegar a su lado. Finalmente esta se agachó y susurrando para que sólo Astrid la oyera, le dijo:

—Catriona está inquieta y la nodriza se niega a alimentarla. Teme la ira de los Antiguos. Por su culpa, las demás sirvientas se están poniendo nerviosas.

Astrid suspiró.

—Iré en breve.

Lachlann se inclinó más hacia Astrid y le preguntó en voz baja:

—¿Ocurre algo, Astrid?

Astrid repitió el mensaje de Engla.

—¡Sangre de Cristo! —Lachlann maldijo en voz baja y cerró la mano en un puño. Sybil, sentada al otro lado de sus padres, se echó hacia atrás.

—¿Pasa algo, hermano?

—No, Sybil. Vuelve a prestar atención a los juegos. —La risa burlona de Sybil hizo que Astrid se estremeciera.

Lachlann dijo a su esposa:

—Atiende el asunto, esposa.

—Sí, esposo. —Ella se levantó.

—¿Te marchas, Astrid? —preguntó Muireall.

Astrid asintió.

—Debo supervisar los preparativos para el banquete de esta noche, mi reina madre.

—¿Quieres que te ayude?

—No, por favor, disfruta del juego —dijo Astrid, y añadió con una sonrisa—: Me gustaría demostrarle a mi marido lo eficiente que soy como administradora de la casa.

—Eso está muy bien, querida, pero creo que lo más sensato sería demostrar que eres indispensable.

—Eso, mi señora reina, es en efecto lo que haré.

La suave risa de la reina siguió a Astrid mientras se apresuraba hacia el Gran Salón, donde encontró a Isabel desplomada en uno de los bancos. Cora, sosteniendo a la inquieta niña en sus

brazos, estaba sentada cerca de la ventana abierta. Gyda yacía a sus pies. Lucy y Cleit se paseaban nerviosas a ambos lados del hogar.

—Mi señora, —dijo Cleit—. me alegro mucho de verla. El bebé está empeorando.

—No está peor, —intervino Cora—. Sólo está más inquieta.

—E Isabel… —Cleit continuó.

—No voy a alimentarla más —Isabel plantó las manos en las caderas y miró desafiante a Astrid—. Debería haberla dejado donde la encontró. Ella puede traer la plaga de los dioses sobre todos nosotros.

—Calla tu parloteo, mujer, —ordenó Astrid. Cogió a Catriona de Cora y la estrechó contra sus pechos—. Si una plaga cae sobre ti, será cosa tuya, no de Catriona. La niña simplemente se está acostumbrando al cambio de leche.

Astrid se volvió hacia Cora.

—¿Cuáles son sus síntomas?

—Sus intestinos se están reafirmando.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Está maldita, —indicó Isabel—. Se inquieta continuamente.

—¿Tu bebé nunca ha llorado? —preguntó Astrid.

—Sí, pero mi niño no fue abandonado, —respondió Isabel—. No, señora, no alimentaré a ese bebé con las mismas papillas que alimento al mío. No me arriesgaré a lastimar a mi propio hijo.

—Cationa no está maldita, —declaró Astrid en el mismo momento que la niña se ponía a llorar—. Considera lo que ella ha soportado. Todos nosotros estamos bajo presión. Isabel, si Catriona dejara de llorar, ¿aceptarías darle de comer?

—No.

—¿Y si sus intestinos se ponen más firmes?

Cleit se acercó más a Isabel.

—Adelante, muchacha, —dijo—. Sabes que los Gordon no habrían traído a la niña a casa si estuviera maldita.

—No. —Ella negó enérgicamente con la cabeza—. Tengo miedo.

—Vete entonces, —dijo Astrid—. Encontraré a otra persona que la amamante.

—Será un milagro si lo hace, ama, —dijo Isabel—. Se ha corrido la voz por todo el pueblo sobre la enfermedad de la niña abandonada.

—¡Vete! —ordenó Astrid—. Si me entero de que difundes una sola palabra de maldad sobre este niño, me aseguraré de que seas debidamente castigada. He oído que en algunos países a la gente que difunde chismes maliciosos se le puede cortar la lengua.

Los ojos de Isabel se redondearon y se ahuecó la parte inferior de la cara con la mano.

—Aquí no tenemos esa costumbre, —señaló, con la voz apagada.

—No estés tan segura, —dijo Astrid—. Estoy casada con el jefe del clan, y soy una persona importante y persuasiva. Tal vez, pueda persuadir a mi marido para que ordene semejante castigo.

Temerosa, Isabel retrocedió hasta la puerta y se escabulló por ella. Astrid volvió su atención hacia Catriona.

—Engla, trae un trozo de raíz de ruibarbo de mi botiquín y ponlo a hervir. —Mientras Astrid se dirigía hacia la cámara de dormir, con Gyda a su lado, gritó por encima del hombro las instrucciones para hervir la raíz.

—No la dejes por ningún motivo

—Aye, —respondió Engla.

—Cleit, Lucy, —ordenó Astrid—. vosotras dos encargaos de los preparativos del banquete. Cora, volveremos a la antigua forma de alimentar a Catriona. Parecía funcionar mucho mejor.

Para cuando Engla llevó la bebida de hierbas a la cámara de dormir, Astrid había calmado al bebé y le había cambiado el pañal sucio.

Catriona yacía en medio de la cama, dando patadas con las piernas. Engla le pellizcó la nariz.

—Ah, Astrid, para ser tan pequeña, Catriona crea un gran hedor.

—Pero sus intestinos son mucho más firmes, —respondió Astrid. Cogió el recipiente y una cuchara y se sentó en la cama junto al bebé—. Y después de una dosis de esto se sentirá mejor.

—No harás que le corten la lengua a Isabel, ¿verdad? —preguntó Engla.

—No. —Astrid suspiró y limpió las gotas de medicina de la barbilla de Catriona—. Ni siquiera sé que exista esa costumbre en ninguna parte.

Engla se acercó a su amiga y le puso una mano en el hombro.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Todo irá bien.

Botella de leche en mano, Mora entró en la cámara de dormir.

—¿La alimento? —preguntó.

—No, lo haré yo, —respondió Astrid—. Vosotras dos ayudad con los preparativos del banquete. No quiero que nada más salga mal.



cuando Lachlann entró en el Gran Salón, Catriona dormía plácidamente en su cesta. Cora y varias muchachas estaban en las puertas colocando los percheros para las jofainas, altos postes con circulos de hierro forjado donde se podían colocar las jofainas con agua y colgar las toallas.

Más arriba, en la sala, estaba colocada la mesa alta, sobre la que había un hermoso mantel de lino bordado por la propia Astrid. Detrás de ella había seis sillas, todas pulidas hasta alcanzar un alto brillo. Sobre la mesa, delante de cada silla, había una copa de plata, una fuente y una cuchara. Las sirvientas estaban sentadas en un rincón alrededor de una mesa arreglando lámparas; los hombres y los niños colocaron mesas de caballete y bancos a lo largo del vestíbulo. Varias chicas, dirigidas por Lucy, las cubrieron con manteles blancos. Siguieron otras con los adornos de la mesa. Éstos incluían jarras, cuencos y cucharas de madera tallados a mano y decorados con joyas. El olor de la comida cocinándose impregnaba todo el edificio. Una camarera entró desde la cocina, con un pequeño caldero en una mano y una cuchara en la otra.

—Esta es la salsa especial que quería para la ternera, ama. ¿Le gustaría probarla?

—Sí. —Astrid sumergió la cuchara en la espesa salsa y se tocó los labios con la punta de la cuchara—. Añade un poco más de ajo y una pizca de mostaza. ¿Has hecho la pasta de mostaza? —La mujer asintió. —¿Y la cabeza de jabalí con pudin de músculo?

—Está a punto, al igual que el estofado de ardilla. Las tartas de fruta están sabrosas. Además, ama, según sus instrucciones, los mariscos han sido perfumados con jazmín, romero y caléndula.

—Bien. Que Lucy revise las tartas de miel.

Cuando la sirvienta se marchó, Astrid miró alrededor de la habitación, intentando ordenar sus pensamientos y decidir qué debía hacer a continuación. Tuvo la sensación de que la miraban fijamente. Se volvió y vio a Lachlann apoyado en la puerta.

—Esposo, —dijo—, no te he visto entrar.

—No, esposa, has estado ocupada—. Él caminó hacia ella. —¿Va todo bien?

—Ahora sí, —respondió Astrid—. ¿Estás listo para tu baño, esposo?

—Sí. —Se despojó de sus guantes y el manto.

Astrid dio una palmada.

—Catriona está mucho mejor, pero me temo que Isabel ha corrido la voz por el pueblo sobre su enfermedad.

—Es algo de lo que nos ocuparemos si surge.

—Creo que la frase adecuada sería cuando surja.

Astrid se dirigió a la Mesa Alta, donde movió las copas, primero a la derecha, luego a la izquierda y finalmente de vuelta a sus posiciones originales.

—Dudo que aquellos que evocan volver a las viejas costumbres dejen pasar esta oportunidad, —Astrid volvió a dar una palmada y gritó—: Cleit, ocúpate de que la bañera de tu sire se llene de agua.

—Sí, —llamó el anciano.

Tres achicadores, todos muchachos jóvenes, salieron corriendo de la cocina, llevando calderos de agua caliente; tres más les siguieron con cubos de agua fría. Tras ellos salieron dos muchachos más, uno llevando un cuenco de jabón blando hecho con grasa de cordero, ceniza de madera y sosa, otros llevando hierbas perfumadas y flores.

—¿Vas a bañarte ahora, esposa? —preguntó Lachlann.

—No, esposo. Tengo más cosas que hacer antes de que todo esté listo para esta noche. He dispuesto que tus padres y Sybil y Angus se unan a nosotros en la Mesa Alta.

Lachlann asintió.

—También haz que Cleit prepare dos mesas más pequeñas y sillas delante del estrado. Puede que tengamos invitados inesperados esta noche, y querré que tengan un puesto de honor.

—Lucy —gritó Astrid—, trae más fuentes para dos mesas más.

La cabeza de Lucy asomó por el marco de la puerta de la cocina.

—No tenemos más, señora.

Astrid sintió como si el peso del mundo descansara sobre sus hombros. Sybil se había burlado de ella para que demostrara su temple, y sabía que esta noche era su primera gran prueba. Todo debía salir a pedir de boca; la comida debía ser deliciosa y abundante; el vino debía fluir libremente toda la velada. Una brisa fresca soplaba a través del edificio, y Astrid agradeció las ventanas abiertas. Al menos el Gran Comedor estaría fresco.

—Mira en mi gran baúl de utensilios de cocina, —le indicó Astrid—. He traído conmigo unos hermosos cuencos tallados a mano. Deberían quedar bien en estas mesas. Además, haz que Cora que busque mis mantelerías de colores. Deberían añadir un toque de elegancia y hacer estas mesas especiales.

—Sí, ama. ¿Y cucharas y copas?

—Encontrarás cucharas de sobra, —aseguró Astrid. —En cuanto a las copas, busca los cuernos engastados con joyas y con soportes de filigrana dorada.

—Sí. —Lucy se alejó dando saltitos.

Mientras Lachlann tomaba su baño, Astrid siguió super- visando la comida. En parte se mantenía ocupada porque le dejaba poco tiempo para pensar en sus problemas. También lo hacía porque -como había señalado su suegra- quería demostrar que era indispensable para su marido. Cierto, Lachlann le había hecho el amor la noche anterior después de ir a ver a Sybil, incluso le había dicho que la necesitaba, pero no había admitido más que desearla. Necesitar a alguien era diferente de querer a alguien, y querer era diferente de amar. En una época, Astrid había pensado que dejarse llevar sería suficiente para ella.

Cuando había descubierto que no lo era, había mantenido la esperanza de que podría hacer que Lachlann se enamorara de ella porque le quería. Pero había renunciado a esa esperanza. Amar a alguien no garantizaba el retorno de ese sentimiento.

Astrid se acercó al gran caldero que había sobre el fuego en la cocina. Muchos alimentos se cocinaban en el enorme caldero. Sacó una gran bolsa de cuero, desató la correa y probó el pudin. No estaba hecho. Ató la bolsa y la volvió a echar en el agua hirviendo. Comprobó el recipiente con los siete pollos. Se estaban cocinando muy bien. Se había erigido un asador sobre un fuego más pequeño, donde un muchacho que utilizaba una vieja diana de tiro con arco mojada como pantalla para el fuego, atendía a los cerdos que se estaban asando. Sujeta al armazón, debajo de la carne, había una larga sartén para recoger los goteos. Astrid arrancó un trozo de pan de una de las hogazas recién horneadas apiladas sobre la mesa. Lo sumergió en el líquido caliente y luego lo probó.

—Está sabroso, —indicó Astrid.

—Sí, lo está, mi señora —respondió el muchacho. Astrid enarcó una ceja. —Para estar seguro, mi señora, —explicó rápidamente el muchacho—, lo he estado probando todo el tiempo para asegurarme de que estaba bien sazonado.

Astrid sonrió.

—Para estar seguros.

Arrancó otro trozo de pan y lo untó en la salsa. Mientras mordisqueaba, dijo:

—Asegúrate de poner muchos cuencos de goteo en la mesa. Quiero que todos tengan más que suficiente para mojar su pan.

—Sí, ama—, respondió el muchacho, girando lentamente el asador. Ella dio varios pasos, se detuvo y se volvió.

—¿Y, Keenan?

—¿Aye? —Levantó la vista—. Dependeré de ti para que pruebes las gotitas y ocasionalmente la carne para asegurarme de que tiene el sabor adecuado. Keenan sonrió y movió la cabeza.

—Sí, ama.

Satisfecha de que todo iba bien, Astrid dejó caer su paño de cocina sobre el perchero junto a la puerta de la cocina y regresó al Gran Comedor. Apartándose del cuello los mechones de pelo humedecidos por el sudor, fue a colocarse frente a una de las ventanas abiertas. Cerró los ojos y disfrutó de la fresca brisa. Sonó el timbre. Luego una segunda y una tercera vez.

—Invitados de honor, —gritó Lucy y corrió hacia la puerta.

Lachlann, recién vestido, salió de la cámara de dormir abrochándose el botón del cuello de la camisa.

—¿Esperabas a alguien en particular? —preguntó Astrid.

—A Celdun, —respondió él.

Astrid y él salieron al porche y observaron cómo la compañía de guerreros subía por la calle principal.

—¿Es tu amigo? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, no son los colores de Celdun. Son guerreros pictos.

Lachlann salió del porche hacia el camino. Se detuvo al llegar a la pequeña puerta que daba al patio interior del Gran Salón y levantó una mano.

—Salve, jefe Fibh del clan Ogilbinn de los pictos del norte.

El guerrero picto, un hombre joven no mayor que Lachlann, detuvo su poni. Respondió en gaélico.

—Salve, Lachlann del Clan Gordon.

—Nos honra con su presencia. Bienvenido a la celebración de mi matrimonio.

—Recibí su mensaje, —respondió Fibh, y Lachlann asintió—. Le felicito por su matrimonio. —Se quitó el casco y se pasó la mano enguantada por el pelo negro—. Gracias por invitarnos a compartir su celebración y la caza del zorro. Para demostrarles lo honrados que estamos, les hemos traído un regalo especial.

Hizo un gesto con la mano y dos de sus guerreros desmontaron. Astrid observó cómo sacaban una jaula de madera y la ponían delante de Lachlann.

—Un zorro plateado, —anunció Fibh con orgullo.

Astrid sonrió y suspiró aliviada. Uno de sus problemas había terminado. Ahora Sybil ya no podría culparla por la falta de un zorro de premio.

—Lo hemos cazado para ti, —continuó el guerrero picto—. Ahora, Lachlann del clan Gordon, 'dependerá de ti atraparlo por ti mismo si pretendes ganar la espada de las Tierras Altas.

—Gracias, —respondió Lachlann, e intercambió una mirada cómplice con Astrid—. Me siento honrado. Ahora mi pueblo sabrá que los dioses nos sonríen. —Lachlann pasó el brazo por el hombro de Astrid y la acercó más a él—. Jefe Fibh, quiero presentarle a mi esposa, la princesa Astrid

—Princesa Astrid, —dijo Fibh.

—Jefe Fibh, —dijo Astrid, e hizo una reverencia—. Bienvenido a nuestro hogar. Por favor, entre y comparta con nosotros nuestras bendiciones.

Fibh asintió.

—¿A dónde deben ir mis guerreros?

—Al Pequeño Salón hasta que nos reunamos para el banquete más tarde esta noche, —respondió Lachlann, y luego llamó a uno de los mozos de cuadra que se habían reunido en la puerta.

—Robbie, corre a la Pequeña Sala y dile a Magnus que deseo verle.

Para cuando Robbie regresó con Lachlan, los ponis de los pictos habían sido conducidos a los establos.

—Ocúpate de la comodidad de los guerreros de Fibh, —instruyó Lachlann a su mejor hombre—, y notifica a mi padre, el ard- righ, que tenemos invitados de honor en el Gran Salón.

—Sí.

—Me preocupan estos asaltos al ganado, Lachlann, —dijo Fibh—. Desde que recibí tu mensaje, he mantenido mis ojos y oídos abiertos. No he visto ni oído nada de mi gente.

—Pero hay un traidor entre nosotros, —aseguró Lachlann.

Astrid pensó que seguramente los dioses le sonreían. Catriona había mejorado mucho y el festín se estaba desarrollando de maravilla. No había oído más que cumplidos sobre los alimentos que servía, y los invitados de honor se sintieron realmente complacidos cuando ella les entregó como regalo el cuerno para beber engastado con joyas y los soportes de filigrana de oro. Sybil, sentada en la Mesa Alta con sus padres, su hermano adoptivo y su marido, miró durante todo el banquete. Comió poco, pero bebió mucho. Su copa nunca estaba vacía. Con aprensión, Astrid no le quitaba los ojos de encima. No dudaba de que Sybil intentaría arruinar la celebración; sólo se preguntaba cuándo.

—La cabeza de jabalí con pudin de sesos está suculenta, —declaró el jefe Fibh—. Gracias por honrarme con una comida tan digna.

—Fue una cacería digna, —respondió Lachlann.

—Por guerreros dignos, —añadió Sybil.

Astrid se tensó.

—A diferencia de muchos guerreros de los que oímos hablar, —continuó Sybil, —nuestros guerreros cazan ejemplares dignos.

Fibh depositó su anca de carne en el plato, se limpió las manos en el paño que colgaba de su cuello y se levantó.

—¿Detecto un significado más profundo en sus palabras, señora?

—No, sire, —Sybil también se levantó, apoyó su peso en las palmas de las manos y se inclinó hacia delante para fulminar con la mirada al jefe picto—. Sólo hay un significado, Fibh de los pictos. Tú y tus guerreros no sois honorables.

—¡Sybil! —gritaron Fergus y Lachlann al unísono. Fibh se sacudió el paño del cuello y lo arrojó a la mesa.

—Ha insultado nuestro honor, señora.

—Mi sire Fibh, —llamó su atención Fergus—, pido disculpas por el comportamiento de mi hija.

—Una disculpa no retracta el insulto. —declaró Fibh.

—No se necesitan disculpas cuando se dice la verdad, —explicó Sybil.

—Sybil, —gritó Fergus—, deja de hablar de una vez. Estás poniendo en peligro a todo el reino.

El ard- righ se volvió hacia Angus.

—Jefe Angus, retire a su esposa inmediatamente y procure que no participe en ninguna de las festividades del matrimonio. También le dará diez vacas selectas al jefe Fibh para pagar el insulto que su esposa le ha hecho.

—Mi esposa y yo abandonaremos el Gran Salón, —anunció Angus—, pero no pagaremos diez reses al jefe picto. No cuando han despreciado descaradamente los tratados de paz que negociaron con nosotros y han hecho incursiones en lo más profundo de nuestros territorios. No cuando han matado a mujeres y niños indefensos.

—Mi pueblo es inocente de estos cargos, —indicó Fibh—. Hemos cumplido nuestro acuerdo con su pueblo.

Fergus, respirando profundamente, se llevó una mano al pecho.

—Angus, —ordenó—, llévate a Sybil.

—Me iré, padre —aseguró ella—, pero sólo porque me niego a estar en el mismo edificio con guerreros deshonrosos.

Sybil rodeó la Mesa Alta, bajó del estrado y se acercó al jefe picto.

—Esto es lo que pienso de usted.

Y le escupió en la cara. En toda la sala, los guerreros se giraron hacia sus jefes de clan, con las manos apoyadas en sus armas.

—Aquellos que deseen volver a la gloria de las viejas costumbres, —dijo Sybil—, síganme.

—Jefes del reino del norte de Escocia, —gritó Lachlann—, no podéis marcharos con Sybil y Angus sin acumular deshonor sobre vosotros mismos, deshonrando vuestros votos ante Dios y ante los demás jefes de clan. Antes de que decidáis si seguís a Sybil y Angus, celebremos una reunión del Consejo de Jefes y discutamos nuestros problemas. Veamos si podemos resolverlos sin deshonor ni derramamiento de sangre.

—Sí, —gritó Lonnie del clan Galway—. Yo quiero volver a la gloria de las viejas costumbres, pero no seguiré a Sybil y Angus sin reunirme primero con el consejo.

Lentamente, a regañadientes, la mayoría de los guerreros estuvieron de acuerdo.

—Nos reuniremos después de la cacería, —declaró Fergus.

—No; —gritó Lonnie—. No después de la cacería, mi sire rey. Este asunto debe zanjarse antes de que continuemos la celebración, antes de que reafirmemos el matrimonio de Lachlann con la sureña.

Los asentimientos recorrieron a coro el Gran Salón.

—Mis señores... —comenzó Fergus, pero Tindell interrumpió.

—Jefes del norte de Escocia, ¿celebramos a mano alzada la reunión del consejo antes de la caza del zorro?

Todos los jefes de clan de la sala levantaron la mano.

—Que así sea, —acordó Fergus.

—Mi señora esposa y yo nos despedimos, —anunció Angus.

—Alto, —gritó Tindell—. Ard-righ Fergus, durante todo este día he oído a mucha gente quejarse amargamente de que haya dado asilo a la huérfana llamada Catriona. A mano alzada, me gustaría saber el número de jefes que desearían apelar su decisión ante el Consejo de Jefes.

Fergus asintió. Las manos se alzaron por todo el Gran Salón.

—Cuéntalas en voz alta, Tindell, —ordenó Fergus. —Si es mayoría, accederemos a su petición.

Cuando Tindell hubo terminado de contar, dijo:

—Tenemos mayoría, mi sire rey. Este tema será tratado por el Consejo de los Jefes.

—Que así sea.

—Nos despedimos ahora, ard-righ —aqnunció Angus.

Fergus asintió de nuevo.

Mientras salían, dijo:

—Mi sire jefe Fibh, como muestra de mi sincero pesar por esta desafortunada escena, le regalo diez cabezas de mi ganado selecto y tres de mis mejores sabuesos...

Fibh asintió con la cabeza.

—Le agradezco su generosidad, ard-righ Fergus.

Balanceándose ligeramente hacia delante y apoyando las manos en la mesa, Fergus respiró hondo varias veces.

—Jefe Fibh, nos sentiríamos honrados si usted y sus guerreros nos acompañaran... —Hizo una pausa, respirando de nuevo con esfuerzo—. Si se unieran a nosotros para la ... caza.

Fergus se agarró el corazón y se desplomó lentamente en el suelo.

—¡Padre! —gritó Lachlann, y corrió hacia la figura arrugada.

—¡Fergus! —Muireall, con el rostro ceniciento, también cayó de rodillas junto al ard-righ. Astrid se deslizó entre Lachlann y Muireall.

—Dadle un poco de aire fresco. —ordenó. Después de examinarlo, dijo:

—Llévenlo a la cámara de dormir. Yo cuidaré de él allí

—No, —ordenó Muireall—. Llévalo a la casa de huéspedes, donde nos alojamos.

—Es la maldición, —gritó Tindell, mientras la gente se separaba para dejar que cuatro de los mejores hombres de Lachlann sacaran a Fergus del Gran Salón.

—El huérfano ha traído la maldición de los Antiguos sobre nosotros.

—Lachlann ha traído esta desgracia sobre nosotros al rescatar al huérfano, —gritó el jefe de los Galway—. Estamos malditos hasta que la llevemos de vuelta a su lugar de abandono.

—¡Padre! —Sybil entró corriendo en el Gran Salón.

Lachlann la atrapó, pero Sybil se zafó.

—Si mi padre muere, —gritó—, te haré responsables, Lachlann mac Gordon. Exigiré la sentencia de muerte al Consejo de Jefes.



Astrid llegó a la casa de huéspedes justo detrás de Lachlann y sus padrinos. Apenas hubieron tumbado a Fergus en la cama, Astrid empezó a desempaquetar sus medicinas y a dar órdenes a los criados. Encendieron el fuego en el hogar central y colgaron de la viga del techo un gran caldero, que llenaron de agua. Entre los frascos y los flagelos dispuestos sobre una mesa cercana había un mortero y una maja. Astrid medía minuciosamente sus hierbas y raíces y las molía. En pequeños estantes de hierro forjado colocados sobre el pozo de fuego preparaba bálsamos y pastas. Éstas las extendió sobre el pecho de Fergus, cubriéndolas con paños calientes y húmedos. Hervía hierbas y raíces y preparaba pociones.

Habiendo llegado poco después que Astrid, Feich se arrodilló junto a la cama y entonó sus hechizos mágicos. Colgó talismanes por la habitación. Muireall, tras encender velas y colocarlas junto a una cruz de madera en el arcón junto a la cama de Fergus, rezó por su marido. Lachlann se paseaba de un lado a otro y finalmente se marchó a altas horas de la madrugada para acallar un alboroto que había estallado en el Gran Salón entre los caciques. Astrid se sentó en la cama junto

al rey y le hizo tragar varios tragos de una poción de hierbas.

Cuando hubo hecho todo lo que sabía hacer, salió de la casa. Feich se unió a ella. Apoyada en la pared exterior, Astrid miró hacia el Gran Salón.

A través de las ventanas abiertas, pudo ver a Lachlann de pie frente a la Mesa Alta, hablando en voz baja con los jefes que estaban sentados ante él.

Todo parecía tranquilo, pero Astrid sabía que la tensión era alta; estaba tensada como la cuerda de un arco. Cualquier cosa podía hacerla estallar.

—¿Va a morir Fergus? —preguntó a la anciana.

—Puede que no. Ven conmigo.

—Tengo que ver cómo está Catriona, —dijo Astrid. Cuánto tiempo parecía haber pasado desde que Fergus se había desmayado.

Mientras recogía su botiquín y sus provisiones de la cámara de dormir del Gran Salón, Astrid recordó que había dado instrucciones a Cora para que se quedara con Catriona durante la noche.

—¿Dónde está? —preguntó Feich.

—Con Cora.

—Ella está a salvo. Ahora, ama, si queremos salvar a Lachlann debemos salvar al rey.

Sin discutir más, Astrid siguió a la anciana fuera de la aldea. Cuando llegaron a un claro en la ladera de la montaña, Feich se sentó y se quitó los zapatos.

—Haz lo mismo, —ordenó. Cuando Astrid estuvo de pie con los pies descalzos, Feich le dijo:

—Cierra los ojos.

Astrid hizo lo que le decían.

—Respire profundamente, —dijo Feich, bajando la voz—. Uno. Dos. Tres. —Siguió contando, cada vez más despacio.

Cuando Astrid estaba completamente relajada, oyó a Feich decir:

—Siente la energía, la fuerza vital, pulsando a través de su cuerpo.

—Sí, —murmuró Astrid.

—Visualice una luz blanca que llena su cuerpo. Entrará por la parte superior de su cabeza y bajará lentamente, saldrá por sus pies y volverá a subir, rodeando su cuerpo. —Astrid asintió —. Ésta es la luz de la curación. Ahora dirija la energía hacia abajo, a través de las plantas de los pies hacia la tierra que hay debajo.

Cuando Astrid estuvo completamente calmada, Feich le indicó que se tumbara en el suelo con los ojos cerrados, las piernas separadas y los brazos extendidos en línea con los hombros. Las palmas de las manos apoyadas en el suelo y la cabeza apuntando hacia el este. Respiró profundamente y, siguiendo de nuevo las instrucciones de la Sabia, sintió la energía de la tierra.

—Respire profundamente, —escuchó.

Finalmente la sintió latir; oyó el latido profundo y sonoro de la Naturaleza. Se permitió

fluir con el latido. Respiró y se fundió en la luz blanca.

—Repita después de mí, —le ordenó Feich.

Astrid lo hizo.

—Madre Tierra, no conozco los nombres de los dioses de los escoceses, pero ellos te conocen, como yo te conozco a ti. Tú nos has dado la vida a todos nosotros. Por favor, deja que tu energía dadora de vida fluya a través de mí. Deja que mi luz sea más fuerte que la oscuridad de la magia de Sybil.

—Cuando sientas que te absorbe la energía de la tierra, imagina que puedes ver a Fergus, —indicó Feich—. Imagínatelo claramente tumbado a tu lado en la misma posición exacta.

—Ahora dirija la luz hacia él, —explicó Feich. Astrid lo intentó una y otra vez.

—No puedo, —gritó—. Sigo perdiéndolo.

—Inténtalo de nuevo, —ordenó Feich—. Concéntrese. Respire profundamente y relájese.

Suavemente, la anciana continuó.

—Sybil está agitando las aguas, hija mía, pero eres más fuerte que ella. Tú eres la que los dioses han ordenado para ser la esposa de Lachlann, para ser la madre del niño.

Astrid sintió el aguijón de las lágrimas.

—Relájate, —pidió Feich, con voz baja, familiar y tranquilizador—. Visualiza la luz curativa mientras fluye a través de ti hacia Fergus.

Respirando profundamente, sintiendo el frescor de la noche a su alrededor, Astrid imaginó la energía fluyendo a través de ella. Recordó lo pálido que había estado Fergus tumbado en la cama. Visualizó a Lachlann levantando a su padre en brazos y llevándolo al prado. Lo tumbó junto a Astrid, luego la miró y sonrió.

—Esposa, —le dijo—, confío en ti.

Entonces ... y sólo entonces... Astrid imaginó el radiante flujo de luz dorada saliendo de su cuerpo y entrando en el de Fergus.

—¡Lo hice!, —gritó—. Lo hice, Feich. Veo la luz blanca, la energía curativa entrando en su cuerpo.

—Sí. ¿Qué más ves?

—Veo a Fergus sonriendo a Muireall y veo a Lachlann sonriéndome.

Lentamente, Astrid dejó que la energía abandonara su cuerpo. Se tumbó en el prado, contemplando el cielo tachonado de estrellas.

—Es hora de que regresemos, —dijo Feich

—¿Está curado Fergus?

—Si él desea estarlo, así será.

Las mujeres se calzaron y emprendieron el camino de regreso a la aldea. Cuando entraron en la casa del rey, Lachlann estaba en la puerta de la cámara de dormir.

—¿Dónde has estado? —preguntó, con el rostro dibujado por la preocupación.

—Ha estado cuidando de tu padre, —respondió secamente Feich—. ¿Cómo está?

—Ha recuperado el conocimiento, pero aún está débil, —respondió Lachlann.

—Dejadme todos, —pidió Feich—. Pasaré la noche con él.

—Yo me quedaré contigo. —indicó Astrid.

La anciana sacudió la cabeza.

—No, muchacha, es algo que debo hacer sola.

—Por favor, —dijo Astrid.

Moviéndose a su lado, Lachlann le pasó un brazo por los hombros.

—Ven, —le dijo—. Feich sabe lo que hace. Es hora de que te acuestes.

Ella asintió. Su agotamiento la alcanzó y se marchitó contra él.

—Lo siento, —murmuró—. No sabía lo cansada que estaba.

Lachlann la estrechó entre sus brazos y la sacó de la casa de huéspedes, atravesando la aldea hasta el Gran Comedor. Cuando llegó a su dormitorio, Gyda se levantó y los olfateó. Satisfecha, regresó a su jergón en el rincón. Lachlann tumbó a Astrid en la cama y se estiró a su lado. Su pelo plateado, que brillaba delicadamente a la luz del fuego, caía sobre el cojín de la cama.

—Gracias, —murmuró ella.

Él le apartó los mechones de pelo de la cara.

—Duerme, esposa.

—¿Y Catriona?

—Está durmiendo profundamente en la cabaña de Cora, y Sorcha ha aceptado amamantarla.

—¿Sorcha no teme a los Antiguos?

—No. Quería que te dijera que te está agradecida por haber salvado la pierna de Brian. Le diste la vida a su marido; ella se la dará a nuestro hijo.

Aunque Astrid se sentía como si estuviera agotada de energía, se impulsó sobre la cama. Lachlann la empujó de nuevo hacia abajo.

—¿Qué haces?

—Tengo algo para ti, —dijo ella, y volvió a sentarse.

—Puede esperar.

—No, es algo que quiero que tengas ahora. —Se deslizó fuera de la cama y se dirigió a un arcón de almacenaje. Abriéndolo, sacó un par de guantes—. Estos son tuyos.

Él los cogió.

—Nuevos guantes ceremoniales, —dijo ella—. Los he fabricado con las pieles de los animales que mataste cuando aún estábamos en Einarland. Están bendecidos y tienen una gran magia, tanto la mía como la tuya. Iba a dártelos como regalo durante nuestra ceremonia de matrimonio escocesa, pero quiero que los tengas ahora.

Lachlann rozó con el pulgar el suave cuero. Les dio la vuelta, estudiándolos. Tan pulcro y hermoso como las apretadas puntadas que mantenían unido el cuero era el bordado decorativo en hilo naranja y amarillo: una antorcha flameante. La miró.

—Te traerán suerte durante la caza y durante la audiencia ante el Consejo de los Jefes.

Pocas veces en su vida recordaba Lachlann haberse sentido humillado. Ahora se sentía así.

—Gracias, esposa. —Dejando los guantes sobre la cama, se levantó y la tomó en sus brazos.

—Lachlann, todo irá bien ante el consejo, ¿verdad?

—Sí.

—No deseaba causarte daño a ti y a tu pueblo.

—No lo hiciste, esposa. Este es un caso en el que la vida no nos dio elección. Ahora afrontamos las consecuencias de lo que hicimos con orgullo y con la conciencia tranquila.

Astrid, sintió el cálido mordisco de las lágrimas.

—Sé que nuestro matrimonio se basó en la conveniencia, sire, pero yo... he llegado a amarte.

Él la miró durante largo rato antes de decir:

—Astrid, siento ternura por ti, y desearía poder decir que te amo, pero no, no puedo, profesarte amor.

Astrid le puso suavemente la mano sobre la boca.

—No, esposo, no te disculpes. Uno no puede ofrecer lo que no siente.

—El amor, esposa, es una emoción que me ha eludido todos estos años. —Con el pulgar le secó las lágrimas.

—Quizás la has eludido, esposo.

—Quizás.

La besó ligeramente en la frente.

—Le prometo, esposa, que no me perderá a mí ni al bebé. Soy su protector y seguiré siéndolo. Tengo un plan para salvar a Catriona si el consejo decreta que debe ser devuelta al lugar de abandono.

—¿Y tú, Lachlann? —Las lágrimas se derramaron por sus mejillas—. Sybil no descansará hasta que te hayas quitado de en medio. ¿Tienes algún plan para ti?

Habló con voz suave y tranquilizadora.

—No tengo intención de morir pronto, esposa. Aún tengo muchas promesas que cumplir, muchos deseos que satisfacer, muchos más viajes que hacer hacia la dicha... contigo. —Le sonrió con tanta ternura que Astrid sintió que iba a derretirse—. Ahora, esposa, ¿quieres meterte en la cama y descansar?

Una sonrisa tembló en sus labios.

—Sí.

Capítulo 26

Las nubes se acumulaban en el cielo nocturno, tapando por completo la luna y las estrellas. De pie en la ladera de la montaña, fuera de la cueva sobre la aldea de Lachlann, Sybil contempló las tiendas y pabellones que se habían levantado alrededor de las empalizadas. Entre todas las viviendas provisionales, la suya destacaba; era, con mucho, la más grandiosa. Incluso a la luz del fuego podía distinguir sus colores. Oyó un ruido en los arbustos detrás de ella.

—Te esperaba antes, Ghaltair, —dijo. Ahora llevaba un taparrabos de cuero y una túnica corta que apenas le cubría los pechos. Una faja de cuero rodeaba su cintura y de ella colgaba una larga cadena de oro. Sabiendo que Ghaltair la seguía, se dirigió al fondo de la cueva. Cuando estuvieron en una pequeña sala, se quitó el casco. Las velas colocadas en los nichos de las paredes proyectaban un resplandor dorado. Sirvió dos copas de vino.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí, la trampa está preparada. De camino a la aldea de Lachlann, Celdun interceptará el mensaje que condenará a Lachlann, tal y como planeaste.

—De un modo u otro, Lachlann caerá en desgracia y morirá.

—Aunque tenemos un problema, —dijo él—. El viejo ha empezado a sospechar de mí.

Tomando un trago de vino, Sybil enarcó una ceja mientras él continuaba hablando.

—Me oyó preparar el plan para que Celdún interceptara el mensaje. Sospecho que me ha estado siguiendo.

—No eres tan cuidadoso como deberías, Ghaltair, —murmuró Sybil—. Tu descuido me irrita.

Ella le acercó una copa de vino.

—¿Sabes lo que tendrás que hacer?

Cuando él asintió, ella dijo:

—Entonces hazlo, y no dejes ninguna prueba. Que nadie sepa que tú eres el culpable.

—Sí.

Él la miró a los ojos oscuros y sensuales. Ni siquiera la luz de la lámpara podía disminuir su belleza, su promesa de placer. Como siempre que la miraba, su cuerpo respondía. Incluso ahora podía ver cómo la mirada de ella se movía hacia la entrepierna de sus pantalones. Ella se deleitaba en su poder para excitarlo, al igual que él.

Sin embargo, le enfurecía y le humillaba saber que ella tenía ese efecto en todos los hombres.

—¿Dónde está Angus? —le preguntó—. ¿Sigues enfadado porque me casé con él?

—No era necesario, —refunfuñó—. ¿Por qué no podías haber esperado sólo un poco más?

Ella se acercó más a él.

—Estuve a punto de no venir, —aseguró.

—Pero lo hiciste.

Siempre lo hacía.

—Mientras cabalgaba esta noche, vi que Berowalt y su séquito se dirigían a la aldea, —dijo Ghaltair.

—Lachlann ya está investigando el informe de Berowalt sobre su captura y tortura. No tardará en saber con certeza que sus miembros del clan no son culpables del crimen.

—Y que yo lo soy. —La risa ronca de Sybil llenó la cueva—. Puede adivinar todo lo que quiera, pero no puede probar nada.

Mojó un dedo en su vino y lo pasó por los labios de Ghaltair.

—¿Tienes miedo, mi amor? —Ghaltair temblaba de necesidad por ella.

—¿Cómo puedes llamarme tu amor? —exclamó—, cuando te casaste con Angus, cuando intentaste que Lachlann hiciera el amor contigo.

—Así que estabas escuchando a escondidas la otra noche. Se suponía que estabas cazando al zorro plateado. —De nuevo Sybil se rió—. Porque yo maté al otro. Parece que la mala magia persigue a Lachlann, y no pasará mucho tiempo antes de que otros se cansen de ella.

—La esposa de Lachlann también estaba mirando—, dijo Ghaltair, incitando a Sybil.

—Bien. Va a ser más difícil de controlar de lo que fue Gunilda.

—Sí, es un tipo diferente de mujer. —Ghaltair apuró el contenido de su copa—. No convencerás a la princesa Astrid de la maldad de Lachlann, como hiciste con Gunilda. No la persuadirás para que se deshaga de su hijo, si lo concibe, o para que acabe con su propia vida.

—No me eches a mí toda la culpa de la locura de Gunilda, amor mío. Tú también estabas allí para animar a Gunilda, ¿verdad? —Ghaltair no respondió—. Supongo que no has forjado ninguna amistad con Astrid.

—No. —Escupió la palabra, ardiendo de humillación al recordar cómo ella se había atrevido a gritarle, a darle una orden.

Sybil le puso la mano en el brazo.

—Estás tenso, amor. ¿Estás pensando en la vez que rescató al niño y al Lobo?

—Ella me gritó—, dijo entre dientes apretados—. Ella, una mujer de Einarland, una vez esclava, me gritó una orden, y Lachlann la defendió.

—Te humilló delante de toda la compañía, —aseguró Sybil, incitándole.

—No, ésa no es la forma de actuar de Lachlann, pero cuando me llevó aparte para hablar conmigo, para decirme que me mataría si volvía a actuar de forma tan irrespetuosa con su esposa, todo el mundo supo lo que ocurría. Todos empezaron a bailar asistiendo a la princesa Astrid. Especialmente Brian.

—Pensé que ya te habrías quitado de en medio a Brian. Me lo prometiste, Ghaltair.

—Lo habría hecho, pero Astrid le salvó—. Ghaltair pasó el dedo por el borde de su copa de vino. —No fue difícil hacer que Brian buscara al poni en la zona donde paría el jabalí, y una vez que cargó, hubo tanta confusión que no tuve ningún problema en desprender a Brian del poni.

—¿Nadie puede señalarte con el dedo acusador? —preguntó Sybil.

—No, sólo fuimos Brian, Magnus y yo. El poni de Brian tropezó y Lachlan cabalgó a un lado y delante de él. Yo iba detrás, al otro lado de Brian. Le di una patada en el pie para desequilibrarlo. Más tarde pensó que el poni le había empujado contra un árbol cercano. Para cuando Lachlan y yo nos defendimos del jabalí, la pierna de Brian estaba gravemente herida. No había contado con que la sureña tuviera tantos conocimientos de hierbas y medicina, Sybil.

—¿No tenías el frasco de pólvora que te di? —preguntó ella.

—Sí, y cuando ni Magnus ni Brian estaban mirando, pude espolvorear un poco del veneno sobre la herida abierta. Después pude poner un poco en una de sus vendas. Pero después de eso o Astrid o esa vieja sirvienta suya se quedaron con Brian. —Se encogió de hombros—. En este caso, Sybil, la magia de Astrid parece ser más fuerte que la tuya. Brian la alaba porque su herida se ha curado y no cojea.

—¡Nunca digas que la magia de esa mujer es más fuerte que la mía! —chilló Sybil—. ¡Es culpa tuya! No realizaste bien tus tareas.

Sumida en sus pensamientos, Sybil se paseaba por la cueva.

—¡Odio a Astrid de Einarland! —aseveró Sybil

La ira y los celos hacía Astrid llenaron a Ghaltair de cierta satisfacción.

—Va a ser una espina en nuestro costado.

—Entonces tendremos que eliminarla, Ghaltair.

—Sí.

Recogió la jarra de vino de la mesa de caballete. Mientras rellenaba su copa, miró los enormes y numerosos cofres apilados contra la pared de la cueva y sonrió. Con una sonrisa, Sybil siguió su mirada y levantó su copa.

—Por un trabajo bien hecho, amor. —dijo Sybil.

Ghaltair echó la cabeza hacia atrás y rió.

—Ah, era eso, ¿verdad, Sybil? Nos enorgullecíamos de ser asaltantes del mar. Sólo dejamos uno vivo para contar que Lachlann mac Gordon le robó la dotación de ruptura a lord Lang. Siempre creerá que Lachlan es el hombre que vio.

—Sí.

De nuevo Ghaltair rió, el recuerdo de su incursión corriendo a través de él con el mismo poder que había tenido el día que él y sus hombres habían atacado el barco de Lang.

—Nos aseguramos de que los norteños nos oyeran usar los nombres de Lachlann varias veces.

Sybil se acercó al alijo de mercancías y pasó los dedos por un casco con incrustaciones de

cobre y joyas. Movió la mano hacia una espada larga ornamentada, también decorada en cobre y joyas, que yacía a su lado. Ghaltair la siguió hasta situarse detrás de ella.

—Una réplica exacta del casco de Lachlan y de su espada de las Highlands, —presumió—. Yo mismo llevé ambos junto con un tartán con los colores de los Gordon. Y fui yo quien hirió al emisario de Lang, un hombre llamado Ragnar. Me aseguré de que reconocería el casco, la espada y los colores de Lachlann, si alguna vez los volvía a ver.

—Nadie sospechará jamás de nosotros, —dijo Sybil—. Ni siquiera mi querido y amado esposo. Pronto Lord Lang navegará hacia las Tierras Altas y exigirá venganza. Matará tanto a Lachlann como a Magnus.

La mano de Sybil se enroscó con fuerza alrededor de su copa.

—Vivo para el día en que gobernaré sobre todo el norte de Escocia.

—Hasta entonces, Sybil, —indicó Ghaltair—, deberíamos ser más cuidadosos con nuestros encuentros. Ahora estás casada con Angus, y no quisiera que Lachlann se enterara de que soy…

—Tendremos que vernos, —dijo ella suavemente—. Tienes cosas que quiero, Ghaltair, que debo tener.

Dejó caer su copa al suelo. El vino se encharcó antes de filtrarse lentamente en la tierra endurecida. Ella se acercó más a él, le quitó su propia copa y la arrojó lejos. Comenzó a desabrocharle el cinturón de armas. Ghaltair le agarró las manos para detenerla. Ella se rió y se apartó; él la dejó.

Siempre le traicionaba su cuerpo cuando se trataba de Sybil.

—No te preocupes. Nadie vendrá.

Una leve sonrisa jugueteó en su boca mientras le sacaba la túnica de los pantalones y se la sacaba por encima de la cabeza. Con un crujido cayó al suelo.

Sus ojos se oscurecieron de pasión: sus manos vagaron ardientemente sobre él.

—No puedo vivir sin ti.

Incluso ahora, sabiendo qué clase de mujer era, Ghaltair sentía dolor por ella; su cuerpo respondía rápida y plenamente. Fue todo lo que pudo hacer para no arrancarle del cuerpo la túnica corta sin mangas y el taparrabos. Su tersa piel, tostada hasta un bronce dorado por el sol, estaba aceitada y lisa. Sabía lo gloriosa que sería sin ropa que estropeara su impecable perfección. Cómo brillaría a la luz de la lámpara. Cómo sabría.

Pero ella siempre quería ser la agresora. Él se lo permitía porque le proporcionaba un placer exquisito. Nunca en su vida había probado algo tan delicioso como Sybil. El dolor de su ingle se intensificó. Llevaba el pelo tirante hacia atrás de la cabeza, sujeto por un tanga de cuero en la nuca. Largos pendientes colgaban de sus orejas. Brazaletes a juego rodeaban sus antebrazos y muñecas. De la faja de cuero que rodeaba su cintura colgaba una larga cadena de oro.

—¿Y Angus? —preguntó, sabiendo que su voz ronca delataba su pasión por ella.

—¿Qué pasa con Angus? —Oyó la sonrisa en su voz.

Ghaltair se preguntó cuánto tiempo pasaría antes de que Sybil se cansara de él y buscara otro amante, antes de que trabajara en el cuerpo de otro guerrero, enseñándole los muchos y variados secretos de la pasión. Los celos, y el miedo a perderla, se apoderaron de él.

—¿También a él le dices palabras así?

—Confórmate con lo que te digo, —le dijo ella. Sus manos viajaron desde su estómago hasta su pecho, rozando sus pezones a medida que avanzaban. Se detuvieron y ella le marcó el pezón con la uña. El deseo le recorrió el pecho hasta la ingle. Su virilidad se tensó contra sus ajustados pantalones.

Ella se inclinó más hacia él. Sus labios tocaron el medallón de oro que colgaba de la cadena de su cuello. Luego besó la piel bajo la cadena, a ambos lados del medallón. Deslizó las manos hasta su faja, sus dedos se deslizaron bajo ella.

—¿Has jugado alguna vez a este tipo de juegos con Angus? —le preguntó.

—Angus nunca ha jugado en su vida. Siempre ha sido fiel al código del guerrero. —Una sonrisa desagradable torció los labios de Sybil—. Por eso es tan importante para nosotros y nuestra causa.

Apretó suavemente sus labios contra los de Ghaltair y susurró:

—Ahora dejemos de hablar, mi amor. Yo te deseo. Y tú me deseas a mí. Ahora.

De nuevo le marcó el pezón con su larga uña, y luego tocó con la punta de la lengua el plano pecho. El rostro de Ghaltair se contrajo de pasión. Estaba a punto de perder el control, y eso era lo que Sybil quería.

—Tú, Ghaltair, eres joven y hermoso, y tu vida no ha hecho más que empezar.

Ella mojó su mano en perfumado aceite y la rozó sobre su pecho liso. Ninguna mujer adoraba el cuerpo de un hombre como Sybil. Le frotó el pecho con ambas manos; rodeó su cuerpo, acercándolo, y le recorrió la columna con las manos. Cada movimiento hacía que sus manos penetraran más profundamente en la parte trasera de sus pantalones, sus dedos aceitados se deslizaban fácilmente sobre sus nalgas, entre ellas. Los pechos de ella, cubiertos de suave cuero, se frotaban contra el pecho de él.

—Igual que te he enseñado los secretos de tu cuerpo y del mío, —canturreó ella—, te enseñaré sobre la vida. Siempre me han gustado los hombres más jóvenes.

Cayó de rodillas, su boca rozó los suaves contornos de su pecho y estómago hasta la faja de cuero que rodeaba su cintura. Sybil frotó su mejilla contra el cuero, sobre las hebillas doradas. Echó la cabeza hacia atrás, con su pelo rojo enredándose alrededor de sus piernas y pies. Con la punta de la lengua trazó el contorno de sus labios. Rodeándole con los brazos, ahuecando sus nalgas, le atrajo más hacia ella. Apoyó la mejilla contra su muslo y sintió su dureza.

—Te deseo.

Le pasó una mano por la otra pierna. Aún arrodillada frente a él, le desabrochó la faja y la apartó. Cogió la cinturilla de sus pantalones y tiró de ellos hacia abajo para revelar su turgente excitación. Se inclinó hacia atrás para contemplarle.

—Tu dotación es magnífica, —murmuró.

—Sybil- —gimió él—. No deberíamos estar haciendo esto. ¿Y si alguien...?

—Nadie lo hará —repitió Sybil.

—Todas las mentiras que dijimos, Sybil, todos los engaños, —murmuró Ghaltair—. Mentir a Angus y asesinar a su mujer, ponerle en contra de su mejor amigo, robar ganado a

nuestra propia gente y matarla en el proceso.

Ghaltair dejó de hablar y sacudió la cabeza.

—Angus no vivirá mucho más, —aseguró Sybil—. Se lo prometo. Ten paciencia. Un día serás jefe del Clan Gordon, y luego ard- righ.

Ella tocó su miembro hinchado.

—Ahora, mi amor, te mostraré un placer como nunca has experimentado... ni siquiera conmigo.



Lachlann se paró frente a la ventana abierta y observó las nubes de tormenta arremolinarse contra el cielo grisáceo de la mañana. Su padre adoptivo dormía en la cama, su madre en un jergón en el suelo a su lado. Feich estaba sentada en un rincón rodeada de sus amuletos y talismanes. Por toda la habitación parpadeaban lámparas y velas. La cama crujió y Lachlann se volvió.

—¿Todavía es de noche? —preguntó Fergus.

Lachlann se acercó a la cama.

—No, sólo está oscuro porque el cielo está nublado. Vamos a tener una tormenta primaveral.

Como para acentuar sus palabras, un relámpago surcó los cielos y estalló un trueno.

—¿Dónde está tu madre?

—Dormida en el suelo a tu lado.

Al escuchar las voces Muireall se despertó, se sentó y se apartó el pelo de la cara.

—¿Cómo te encuentras?

Fergus inhaló profundamente.

—Estoy cansado, mi amor. Extremadamente cansado, —Cerró los ojos y se quedó quieto durante unos minutos—. Fibh... Lachlann, ¿le corregiste el insulto?

—Sí. Le di diez de mis vacas selectas, cinco bueyes y tres ponis de las Tierras Altas.

Fergus sonrió débilmente.

—Ese fue un insulto caro.

—Sí.

Muireall se sentó en la cama junto a su marido. Metiendo la mano en la jofaina del arcón cercano, escurrió un paño y le secó suavemente la cara.

—Debo prepararme para la reunión del consejo, —indicó Fergus.

—No, —dijeron a la vez Muireall y Lachlann.

—Hasta el momento en que sea destituido de mi cargo, —espetó Fergus, su voz fuerte con

propósito—. soy ard-righ del reino del norte de Escocia. Presidiré la reunión.

—Esposo, —habló Muireall, con la voz llorosa—, si no tienes cuidado, no presidirás nada. Tu cuerpo está débil; sólo puede soportar hasta cierto punto.

—Madre tiene razón, —intervino Lachlann.

—Debo presidir, —insistió Fergus—, Las tensiones son demasiado altas. Sybil y Angus han agitado a nuestros jefes hasta estar a punto de la rebelión.

—Los jefes están preocupados y piensan que volver a las viejas costumbres devolverá la estabilidad a sus vidas, pero no son tontos. —explicó Lachlann—. Atenderán a razones, padre.

—Eso esperas. —Fergus suspiró. Cogió la toallita de la mano de Muireall y la tiró al suelo —. Quiero levantarme de esta cama y vestirme.

—Fergus, —suplicó Muireall—, por favor ten cuidado.

—Quítate de mi camino, esposa.

Muireall se levantó.

—Te ayudaré, esposo.

Lentamente, Fergus se incorporó en la cama y permaneció sentado unos minutos mientras hacía acopio de sus fuerzas.

—Hijo mío, ¿te has vestido para la reunión?

—No.

—Ya es hora de que lo hagas.

Fergus balanceó las piernas en el suelo y se levantó inestablemente. Tanto Lachlann como Muireall estaban preparados para cogerle si se caía. Sin ayuda recuperó el equilibrio.

—¿Estás listo para responder a cualquier cargo que se presente contra ti?

—Sí.

—Entonces sigue tu camino, —ordenó Fergus. Se volvió hacia la anciana que se acurrucaba en un rincón—- Feich, gracias por tus conjuros y hechizos mágicos, pero ya es hora de que te vayas. Tengo mucho que hacer.

Lachlann cruzó la habitación y bajó la mano hacia la anciana. Ella apoyó su palma en la de él y dejó que la ayudara a ponerse en pie.

—Sí, —afirmó ella—. ya es hora, Fergus.

Lachlann la condujo fuera de la habitación. Cuando abrieron la puerta principal de la casa de invitados, fueron recibidos por una ráfaga de viento. Feich salió al pequeño porche, se llevó una mano nudosa a los ojos y miró la negrura de la tormenta.

—Hoy vamos a tener una auténtica tempestad, —anunció—. La turbulencia está en consonancia con la actitud del pueblo.

Se alejó de Lachlann y se dirigió hacia su casa.

—Pero una vez que termine, el mundo estará más limpio... y mejor



Preocupado por la salud de su padre y por el destino del rey, Lachlann se dirigió lentamente a la Gran Casa, pero no entró inmediatamente. Rodeó la parte trasera y se apoyó en la valla del corral. Oyó pisadas. Era un hombre, pudo darse cuenta, pero no se volvió.

—Buenos días, Lachlann, —dijo Magnus—. A primera hora de la mañana el jefe Fibb escogió sus bueyes, ganado y ponis. Poco después él y sus guerreros partieron.

—Los oí, —respondió Lachlann—. Con tanto malestar y hostilidad abierta, Fibh hizo bien en marcharse.

—Sybil y Angus han pasado la noche agitando a los jefes. Ella está intentando convencerles de que, viva o muera su padre, su estado es culpa tuya. Ella está presionando para tu muerte, Lachlann.

—No me matarán tan fácilmente, —respondió Lachlann—. Y no estoy preocupado por mí mismo. Estoy acostumbrado a enfrentarme a la muerte, estoy resuelto a aceptarla honorablemente en el momento que me corresponda. Pero temo por la seguridad de Astrid. Es una mujer valiente, pero no está acostumbrada a nuestra tierra ni a nuestras costumbres. Sin mí estará sola.

Lachlann se volvió hacia su padrino, hacia su mejor amigo.

—Fracasé en mi deber hacia ella, —dijo—. Es mi esposa y mi primer deber es protegerla.

—Cometiste un grave error al permitirle rescatar a la niña, —coincidió Magnus.

—No, no me arrepiento de haber salvado a la niña, pero debería haber puesto el bienestar de mi pueblo por encima del blando corazón de mi esposa. Debería haber insistido en que entregáramos el bebé a una familia campesina para que lo criara como propio. Como heredero del trono del norte de Escocia, no tenía derecho a acoger al niño. Mi irresponsabilidad contribuyó al creciente malestar en el reino.

—No seas tan duro contigo mismo, Lachlann. Un hombre tiene sentimientos tiernos por la mujer que ama, y hace juicios suaves cuando se trata de ella.

Sentimientos tiernos. Mujer que ama. Juicios suaves. Frases que Lachlann no habría pensado que pudieran aplicarse a él. Se había enorgullecido de permanecer emocionalmente distante. Disfrutaba de los placeres carnales, pero nunca había permitido que su corazón fuera ofrecido. Hasta ahora. Hasta Astrid. Y complacerla permitiéndole quedarse con el niño podría costarle ahora todo lo que apreciaba. Más o menos en ese momento, un mozo de cuadra sacó a los ponis de los establos y los soltó en el corral.

Lachlann se llevó los dedos a la boca y silbó. Dhubh-righ aguzó las orejas y trotó hacia su amo. Acarició la camisa de Lachlann, buscando una golosina.

—Si el consejo decretara la muerte por mis acciones, tengo derecho a hacerles una petición de muerte, una que no puedan rechazar por ley.

—Sí—.

frotó la frente del semental y le dio de comer hierba.

—Les pediré que concedan santuario a Astrid y que velen por el cumplimiento de todos los términos de nuestro contrato matrimonial.

Magnus asintió.

—Pero eso no basta. Habrá quienes quieran a mi esposa muerta. —Lachlann se volvió hacia Magnus—. Te pido que te conviertas en el protector de Astrid. Habrá quienes protesten, pero ante el consejo también te entregaré a Engla como esposa.

El rostro de su amigo se iluminó.

—¿No he adivinado mal, amigo mío? —preguntó Lachlann.

—No, tengo tiernos pensamientos para Engla.

—¿Y por su hijo?

—Sí, adoptaré al niño.

Lachlann asintió.

—Astrid es la hermana legal de Engla, así que entonces, amigo mío, se convierte en tu obligación protegerla... así como a Engla.

—Lo haré, —prometió Magnus—. Hasta la muerte.

—También te pido un favor aún mayor. Cuida de la niña

—¿Catriona?

—Sí, la he bautizado y le he dado mi nombre. Es mi pupila, mi hija adoptiva. Es mi deber protegerla. Conmigo fuera del camino, muchos la verán como una amenaza. Como la de Astrid, su vida correrá peligro. Si el juicio va en su contra, —indicó Lachlan—, la niña será devuelta al lugar donde la encontramos.

—Salvaré a la niña.

Sonó la sirena.

—La reunión de los jefes comenzará pronto, —dijo Lachlan—. Es hora de que me vista.

—Te deseo lo mejor, amigo mío.

Los dos hombres se miraron durante largo rato. La sirena sonó por segunda vez. Se abrazaron fuertemente y luego, sin decir palabra, Lachlan se dio la vuelta y se alejó. Lachlann permaneció de pie un momento más, contemplando la pradera más allá del corral. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en un poste. Todo lo que podía ver era una mujer de ojos verde bosque y pelo plateado. Estaba rodeado de su risa y su bondad. La deseaba. Con cada fibra de su cuerpo. Más aún, quería protegerla y quererla, cuidar de ella. En su memoria la vio estrechando a su bebé, Catriona, contra su pecho. El mismo calor y asombro que había sentido cada vez que la veía le invadió el cuerpo. Astrid había tenido un aspecto tan suave y maternal. Incluso ahora Lachlann no podía describir su asombro, su alegría ante aquellas imágenes. Ningún precio era demasiado alto para pagar por la vida de su esposa y de su bebé. Debía convencer al consejo de que perdonara a Astrid y a Catriona.

—Lachlann. —escuchó a Astrid pronunciar su nombre.

Se volvió para verla venir hacia él, vestida con una larga y vaporosa túnica amarilla, del tipo plisado que llevan las mujeres de Einarland. Su pelo plateado, reluciente a la luz de la

mañana, fluía sobre sus hombros y bajaba por su espalda. Sus ojos verdes brillaban. Sus labios sonrosados sonreían.

—No me has despertado, —reprendió.

—No, quería que descansaras.

La luz se filtraba a través de la tela transparente para siluetear su figura y recordarle a Lachlann su dulzura y bondad.

—¿Cómo está tu padre?

—Débil, pero mejor, —respondió Lachlann, y luego le contó lo que Fergus planeaba hacer.

—No te preocupes, —le dijo Astrid—. Es un hombre fuerte.

Se acercó a él y le puso una mano en el pecho. El calor se convirtió en fuego y abrasó a Lachlann hasta lo más profundo de su ser, resucitando todas aquellas sensaciones que sólo Astrid podía evocar.

—¿Planeabas asistir a la reunión del consejo sin mí, esposo?

—Será mejor que no estés allí para escuchar sus acusaciones.

—No creo que sea lo mejor, —indicó Astrid—. Debemos enfrentarnos a ellos juntos.

Ella se inclinó hacia delante para apretar sus pechos contra él mientras sus labios rozaban ligeramente los de él. Él la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí.

—Esposo, no puedo saciarme de tu sabor.

—Ah, esposa, me temo que mi hambre de ti nunca podrá ser aplacada.

El viento soplaba con fuerza, envolviéndolos en el tartán de él y la falda de la túnica de ella.

—Lo que siento por ti es como el mar que rodea todos los reinos de esta tierra, —dijo ella —. Nunca se secará.

Sus bocas se tocaron, cada una dando, cada una tomando por igual. La pasión se encendió entre ellos, pero ninguno tenía el deseo de apartarse. Sólo tenían hambre de abrazarse, de conocer el calor de su abrazo, la seguridad de sus deseos compartidos. Lachlann retiró su boca de la de ella y enterró su rostro en la dulce curva de su cuello y hombro. Aspiró su fragancia.

—Agua de fresa, —murmuró.

—Sí, —Inclinando la cabeza, ella le miró a la cara. Sus ojos brillaban como joyas verdes —. He caído bajo, mi sire esposo. Haré casi cualquier cosa para mantenerte en mi cama. Para traerte a mi corazón.

Los brazos de Lachlann se estrecharon en torno a ella.

—Mi dulce, dulce Astrid. Siento lo mismo por ti.

Con la cara apretada contra el pecho de él, ella murmuró:

—Si es amar, Lachlann, te amo.

—Sí, esposa. —Por un momento el brillo de sus ojos se apagó, luego la sombra pasó. Se apartó—. Debo dar instrucciones a mis mejores hombres. Volveré a la sala en breve.

—¿Dónde será la reunión?

—Normalmente en el Gran Rostrum, —respondió Lachlann, su mirada se dirigió al cielo oscurecido—. Pero con la tormenta que se avecina, nos reuniremos en el Gran Salón.

—Estaré lista, —dijo Astrid. Le dio un rápido beso a Lachlann y se apresuró a ir al Gran Comedor.



Astrid se detuvo junto a la cuna colocada cerca del Asiento Alto del Gran Salón y miró al bebé dormido. Qué contentada había estado Catriona desde que había empezado a mamar de los pechos de Sorcha.

Tal vez éste fuera el único hijo que ella y Lachlann tendrían. Recordó sus palabras a Lachlann la noche en que él le había pedido que fuera su segunda esposa, cuando ella le había jurado que nunca le daría un hijo. Tal vez los dioses la habían escuchado y harían realidad sus palabras. Muchas veces, durante su breve matrimonio, ella se había arrepentido de la precipitada promesa. Feich había dicho que concebiría un hijo de Lachlann, pero ¿y si no lo hacía? El pensamiento la asustaba a la vez que la entristecía.

Cora se llevó a Catriona con ella, Gyda la siguió. Astrid fue a buscar a Lachlann. No podía soportar estar lejos de él, ni siquiera un segundo. Lo encontró en la casa de baños, sentado en una bañera de agua. Se arrodilló a su lado.

—Si no recuerdo mal, esposo mío, dijiste que bañarme y frotar tu cuerpo formaría parte de mis deberes de esposa.

—Hmm, eso dije.

A ella le encantaba cuando su voz descendía a ese timbre bajo y ronco. Le tocó la punta del pecho con el dedo húmedo. Ella aspiró un suspiro. La fina tela empapó el agua para volverse transparente y adherirse a ella como otra capa de carne. Su pezón se frunció y sobresalió. El jabón se deslizó de su mano al agua. Empezó a buscarlo.

—No faltaré a mis deberes de esposa, —murmuró. Su mano se cerró en torno a la virilidad de él. Él le cogió la cabeza y acercó sus labios a los suyos.

—No quiero que seas negligente. —Momentos después ella estaba sin ropa.

No tardaron mucho en yacer desnudos en el banco de madera, con los cuerpos húmedos y brillantes por el vapor que llenaba la habitación. La boca de él estaba pesada y llena, su piel sonrojada. La pasión brillaba en sus ojos azules. Astrid se preguntó cómo había podido pensar alguna vez que eran fríos y duros. Su mirada era como fuego líquido. Lachlann alargó la mano para aplastarle el pelo. Astrid le besó el pecho. Él gimió y ella sintió el temblor de su carne bajo su boca. Sus labios se abrieron paso hasta un pezón. Frotó su lengua sobre él. Lachlann emitió un sonido inarticulado y sus dedos se aferraron aún más a su pelo, tirando de su cuero cabelludo. Astrid sintió el pinchazo del dolor, pero era dulce y embriagador. Hizo que el sabor de su carne contra su lengua fuera aún más placentero.

—La primera vez que te vi, me agitaste la sangre. Creí que sólo era un letargo. —La besó

con fuerza, apasionadamente—. Ahora me agitas el corazón, y sé que es amor.

—¡Oh, Lachlann!

La besó de nuevo, tan profundamente, tan ricamente.

—Te amo, Astrid.

Manantiales de alegría burbujeaban en su interior. Astrid pensó que se ahogaría de puro placer. Sólo pudo repetir:

—Oh, Lachlann.

Le besó la boca, las mejillas, toda la cara. Ella se rió. Se rieron juntos. Ningún momento en la vida de Astrid había sido tan dulce, tan per- fectamente maravilloso. Se abrazaron. Él la amaba. Ella le amaba.

—Me quieres, —susurraba ella una y otra vez.

—Te quiero, —repitió él, intuyendo de algún modo que ella necesitaba volver a oír esas palabras.

Una vez más jugó con su pecho hasta que ella se arqueó hacia él, perdida en la pasión, atrapada en el delirio de felicidad provocado por su confesión. Lachlann bajó la cabeza y se llevó el pezón a la boca. Astrid jadeó mientras un placer tan exquisito que era casi dolor inundaba su cuerpo. Él la amaba. Lachlann le chupó el pecho, su lengua rodeando y azotando el pezón. Su boca se ensanchó hambrienta y succionó con fuerza y profundidad. La amaba. Todo iría bien. Astrid casi sollozó en voz alta mientras el deseo la abrasaba e instalaba una palpitación entre sus piernas. Incluso esto la intensificó, y se movió inquieta, buscando satisfacción.

Aunque habían hecho el amor recientemente, se sentía como un hambriento liberado en un banquete. No podía saciarse de ella, de tocarla, saborearla, amar. Su boca se movió hasta el otro pecho de ella y empezó a acariciarlo. Murmuró su nombre contra su piel, su mano buscando y encontrando su feminidad. Ella estaba lista para él. Excitado, deslizó sus dedos en el lugar caliente y húmedo entre sus muslos. Astrid se movió contra su tacto. Estiró una mano para acariciar su hombría, para estrecharla suavemente y darle el mismo placer que él le estaba dando a ella. Lachlann gimió y se dio la vuelta, tirando de Astrid debajo de él. Las piernas de ella se abrieron. Se deslizó dentro de ella y empezó a empujar. Astrid acompañó sus movimientos. Su ritmo hizo que sus sensaciones ardieran sin control. Se movían juntos en un frenesí desesperado. Empujando. Exigiendo. Tomando. Dando... hasta que por fin la pasión estalló en lo más profundo de ellos, palpitando a través de sus cuerpos en una última plenitud salvaje y enervante. Astrid le rodeó fuertemente con los brazos. Lachlann se estremeció mientras su semilla se vertía en ella, mientras ella la recibía amorosamente. Jadeante, se desplomó contra ella, agotado de toda energía y flotando en una bruma de pasión agotada.

Astrid enterró la cara en su hombro y se aferró a él. Pasó mucho tiempo antes de que Lachlann rodara sobre un costado, con la mano aún apoyada en el estómago de Astrid. Su otro brazo estaba bajo su cabeza. Le sonrió, perezoso, agotado y completamente contento. Se inclinó hacia ella y le besó ligeramente el hombro.

—Ojalá llevara en mi vientre a nuestro hijo, —murmuró—. Un hijo que se parezca a ti.

—O una hija que se parezca a ti.

Astrid se levantó sobre un codo.

—¿Una hija?

—Sí, después de que tengamos un hijo. Sería negligente en mis deberes de rey, esposa, si no le proporcionara un futuro jefe.

Astrid sonrió y le pasó el dedo por los labios.

—¿Esa es su única razón para querer hijos, esposo? —Él capturó sus dedos con los dientes.

—No, mi amor, yo tendría una hija con el verde del bosque en sus ojos y rayos de luna en su pelo. Tendría a la hija de mi esposa para amarla y apreciarla.

Se rieron, pero al mirarse a los ojos, la risa se desvaneció con la pura alegría de ser. Él bajó la cabeza, sus labios apenas rozaron los de ella.

—Te quiero, Astrid, —susurró entrecortadamente—. Te quiero.

El corazón de Astrid se hinchó de felicidad. Era un hombre tan duro, incluso severo, la mayor parte del tiempo. Ella le había visto inflexible, cortante implacable. Eso hacía que su suave confesión y su tierno toque fueran aún más especiales.

—Lachlann —sus palabras fueron un gemido desgarrador—. Tengo tanto miedo. Acabamos de encontrarnos. No puedo soportar perderte.

—Aquella primera noche que hablamos, aquella noche en Einarland en mi cámara de dormir, te dije que el nacimiento y la muerte son el ciclo de la vida. Para algunos es un círculo más largo que para otros. No sabemos cuándo nuestra vida ha seguido su curso completo.

—Si te perdiera, —dijo ella—. no tendría ni siquiera una parte de ti. Tenemos a Cationa, pero no tengo un hijo de nuestra sangre.

Empezó a llorar, los sollozos secos y desgarradores de alguien para quien las lágrimas no brotaban con facilidad.

—Hace mucho tiempo dije que nunca te daría un hijo, —sollozó—. Pero no lo decía en serio. Creo que tal vez los dioses me castiguen por ello y no conciba a tu hijo.

—No, —susurró él—. Los dioses no son tan mezquinos, amor.

Ella le rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en su pecho y gritó todas sus frustraciones y confusiones. Suavemente, la mano de Lachlann recorrió su cabeza y su espalda mientras la otra la estrechaba contra él. Se acurrucó a su alrededor de forma protectora, apoyando la mejilla en su pelo.

—Te prometí un hijo, —le dijo él—, y te lo daré.

Ella hipo y Lachlann se rió entre dientes

—Seguiremos haciendo el amor hasta conseguirlo, —le indicó él.

Desconcertada, Astrid se apartó.

—Hemos estado haciendo eso.

—No. Nos hemos apareado. Hasta hoy no hemos hecho el amor.

Astrid sonrió.

—Eso me encantará.

Astrid levantó la cara y Lachlann enterró su boca contra la de ella. Esta vez, cuando hicieron el amor, fue dulce y lento. Se tomaron su tiempo para explorar, saborear, satisfacer su curiosidad y despertar sus pasiones al máximo. Por fin alcanzaron juntos la cima ardiente de la plenitud y descendieron flotando suavemente para descansar en las orillas de la dicha.

—Ahora, Astrid, vayamos a luchar contra los lobos que aúllan a nuestra puerta.

Capítulo 27

Estalló la tormenta. La lluvia caía implacable sobre el Gran Comedor. Lachlann y Astrid estaban de pie a un lado de la Mesa Alta, contemplando al hombre que permanecía bajo el estrado frente a ellos. Gyda estaba sentada junto a Astrid, con sus ojos castaños dorados fijos en el desconocido.

—Lord Lachlann, —dijo Berowalt—. gracias por recibirme a una hora tan temprana.

—Nos complace recibir a cualquier emisario del rey Bjorn a cualquier hora del día, —respondió Lachlann, y luego dijo a Cleit—: Por favor, ocúpate de que la comitiva de Berowalt se aloje en el Salón Pequeño.

El anciano asintió y cogió el manto húmedo que Berowalt le entregó. Cuando Cleit abandonó la sala principal, el guerrero de Einarland se quitó los guantes y agitó las manos para indicar todos los cofres que se habían colocado a su alrededor.

—Princesa Astrid, le traigo a usted y a su marido regalos de boda de su familia y amigos de Einarland.

—Por favor, vuelva a Einarland con el mensaje de que mi marido y yo damos las gracias a nuestra familia y amigos, —indicó Astrid.

—Sí —estuvo de acuerdo Lachlann.

—Nos alegramos de que esté aquí para unirse a nosotros en la celebración escocesa de nuestro matrimonio.

—Yo también, lord, —dijo Berowalt—, pero debo confesar que también estoy aquí por otros asuntos diplomáticos. A los relativos a la relación entre nuestros dos reyes.

—Sí, —afirmó Lachlann—, he estado anticipando esta visita.

—¿Puedo hablar en privado con usted, lord? —preguntó Berowalt.

—Puede hablar libremente delante de mi esposa, —respondió Lachlann.

El guerrero de Einarland inclinó ligeramente la cabeza en señal de reconocimiento. En silencio, los sirvientes entraban y salían de la habitación, preparando la Alta Mesa para la comida de la mañana.

—Como sabes, —comenzó Berowalt, acercándose al hogar—, el rumor se ha extendido rápidamente por su reino y el nuestro de que asesinaste a tu primera esposa, Gunilda.

Lachlann cruzó los brazos sobre el pecho.

—Como usted sabe, eso no es más que un rumor.

—Mi rey acepta que es un rumor, sire, —Berowalt esperó un momento antes de añadir—:

Pero fui capturado y hecho prisionero cuando intenté regresar a Einarland con el informe de la muerte de la princesa Gunilda.

—Sí, lo he oído, —aseguró Lachlann—. Fui retenido por guerreros del Clan Gordon, sire. Su clan. Parece que no deseabais que llegara a Einarland con la noticia de la muerte de la princesa antes de que llegarais allí y negociarais por vuestra segunda esposa

—Los hombres de mi clan no os retuvieron prisionero, —aseguró Lachlann—. No puedo probarlo, ni sé quién le hizo prisionero. Pero estoy investigando el incidente, Berowalt. Puede informar de ello a su rey. Cuando conozca la respuesta, será el primero en saberlo. También puedes hablar en privado con la princesa Astrid y con Engla. Hágales las preguntas que quiera para satisfacer su curiosidad de que están siendo bien tratadas.

—Gracias, sire, —dijo Berowalt—. Haré precisamente eso.

—La comida de la mañana está preparada, —anunció Lucy.

Astrid se volvió hacia Berowalt.

—¿Ha roto el ayuno?

—No, señora, he viajado deprisa con la esperanza de llegar a tiempo para su ceremonia nupcial.

—Por favor, únase a mi marido y a mí para la comida de la mañana, —invitó Astrid.

—Lo haré.

Mientras los sirvientes entraban con bandejas de comida, Berowalt ocupó un lugar en la Mesa Alta junto a Lachlann. Lucy les sirvió las jarras llenas de leche y avena caliente en los cuencos.

—También tengo otras graves noticias que traerle, lord Lachlann.

Preguntándose si la situación podía volverse más grave, Lachlann enarcó una ceja.

—A su regreso a Northland, el barco de Lord Lang fue atacado por salteadores de las Highlands.

Berowalt sazonó su avena con varias cucharadas de los goteos de carne calentada que Lucy le entregó.

—Robaron la dote de ruptura y mataron a todos los guerreros de Lang menos a uno.

Lachlann se echó hacia atrás.

—¿Guerreros de las Highlands? —preguntó Astrid.

—Sí, Ragnar, el emisario de Lang, escapó para volver a Einarland con la historia.

—¿Puede identificar a alguno de estos incursores marinos de las Highlands? —preguntó Lachlann, revolviendo miel y leche en su avena.

—Sí.

—Lord Kirkja quiere que sepa que uno de nuestros comerciantes, Madelhari —el sureño miró a Astrid, que asintió indicando que le conocía— ha informado de que Lord Lang de Northland ha jurado navegar hasta las costas del norte de Escocia para vengar su honor. Ha hecho un juramento de sangre para matarle a usted, jefe Lachlann del clan Gordon.

—¡A mí! —exclamó Lachlann—. No sé nada de la dote de ruptura robada. ¿Soy el único Highlander a quien Lord Lang se le ocurra culpar?

Astrid dejó la cuchara y bajó las manos a su regazo. Su corazón nunca había estado tan oprimido.

—Usted es la única a la que él tiene motivos para culpar, —indicó Berowalt.

—Si fueron montañeses escoceses los que atacaron su barco, —señaló Lachlann—, podrían haber sido de cualquiera de varios reinos.

—Ragnar informa de que uno de los asaltantes era un hombre al que reconoció como uno de los miembros de su clan.

—Uno de mis hombres, —repitió Lachlann con incredulidad.

—Sí, sire. Ragnar dijo que le reconocería si volvía a verle. Este asaltante de las tierras altas se jactaba de que usted, Lachlann mac Gordon del clan Gordon, había tomado a la novia de Lord Stefan sin pagar la dote de ruptura. Se regodeó en que deshonraba al guerrero de las Tierras del Norte

—Es mentira —murmuró Lachlann—. ¿Por qué iba a poner en peligro el futuro de mi reino con un acto tan ruin?

—No lo sé, sire, —apuntó Berowalt—. Al decirle esto, sólo cumplo órdenes que me ha dado lord Kirkja.

—Sí, así es, —dijo Lachlann. Después de que terminaron su comida matutina, Lachlann acompañó a Berowalt a una de las casas de huéspedes libres y lo vio cómodamente instalado. Cuando regresó al Gran Salón, se reunió con Astrid en su dormitorio.

Ella cogió su tartán mojado y lo colgó cerca del fuego para que se secara.

—¿Estás preocupado, esposo?

—Sí.

—¿Por la llegada de Stefan en busca de venganza?

—No tanto por eso, esposa, como por quién en mi reino es un traidor.

Lachlann miró por la ventana la tormenta. Negras nubes se arremolinaban; retumbaban los truenos; garras de relámpagos arañaban el oscuro cielo.



El viento aullaba. Rugía. Azotaba sin piedad una vela azul y blanca con los colores de la Casa del Lobo. Azotó el turbulento mar contra el langskip. Preparada para la tormenta, con su manto volando a su alrededor, Ingrid se puso de pie sobre el lypting y contempló al capitán del barco, su sobrino, el único hijo de su hermano, su heredero. Stefan Vadrfjord era, en efecto, hijo de su padre, un guerrero y campeón de gran reputación. Sus rasgos fuertemente cincelados definían un rostro robusto y apuesto que estaba bien afeitado. Al cuello llevaba un torque de plata del que colgaba un gran y grueso martillo de Thor. Pero no necesitaba el collar para anunciar su nobleza.

Su porte aristocrático lo hacía por él. Gobernaba con tranquila autoridad, afiladas habilidades para la batalla, y un cuerpo terso y aparentemente fuerte. Su alta estatura y su postura segura hacían temblar a los hombres fuertes y desfallecer a los débiles. Nadie cometió dos veces el error de pensar que su porte tranquilo y sus intereses intelectuales eran signos de debilidad. Sentado en la cubierta del langskip con Stefan estaba su enorme lobo gris plateado, cuyo pelaje mojado brillaba como los diamantes.

Stefan había encontrado al lobo cuando era un cachorro. Había bautizado al animal con el nombre de Ulf y lo había criado como mascota. Ulf había jurado lealtad a Stefan y sólo a él. Nadie se atrevía a tocar a Stefan en presencia del lobo. Ingrid se inclinó más hacia su hermano, que estaba de pie junto a su hijo. Aunque Lang era él mismo un hombre alto y corpulento, su hijo era más alto y formidable.

—Hermano mío, deberías dar gracias a los dioses por haberte dado un hijo tan digno, —Lang asintió.

El rocío del océano tocaba su piel y se pegaba en gotas a su barba.

—Lo hago, hermano. Cada día envío una oración especial a Thor Ingrid devolvió la mirada a su sobrino, un hombre que desafiaba la costumbre al no llevar barba, que registraba descripciones de tierras y habitantes extraños y hacía dibujos representativos de las rutas que había recorrido.

No le importaba que la gente se riera a sus espaldas, pues nadie se atrevía a reírse en su cara. Se gloriaba de su educación y de su habilidad para leer y escribir las runas, de su capacidad para hablar y escribir en varias lenguas. También se gloriaba de su destreza física. De niño había estado inusualmente dotado, con una fuerza y una sabiduría que superaban las de la mayoría de los niños de su edad. Para alegría de su padre, Stefan siempre había destacado en todo lo que hacía, juegos y concursos de la mente, de resistencia y agilidad, de fuerza. Temprano en la vida, Stefan había tenido su visión -verdaderamente extraordinaria- y se había convertido en un guerrero. Su visión había sido tan memorable que rápidamente había sobresalido por encima de otros de su edad. Se había convertido en un guerrero y marinero tan sobresaliente que Lang había tolerado a regañadientes sus aficiones más inusuales. El barco dio un bandazo. Ingrid tropezó y se habría caído, pero Stefan alargó la mano y la agarró.

—Cuidado, tía, o serás una con el agua.

Su voz profunda y rica se elevó por encima del clamor. Por extraño que pareciera, Ingrid sintió que Stefan podía dominar incluso a los elementos si así lo deseaba. El viento chillaba a través de las jarcias. El langskip se sumergió, luego se encrespó con las olas crecientes. Se negaba a ceder su soberanía al mar salvaje. Tan arrogante y confiado como el barco, Stefan apoyó sus pies, calzados con botas hasta la rodilla, contra el lippting y cruzó los brazos sobre su grueso y ancho pecho. Sus ojos azul plateado bajo las cejas negras miraban fijamente las nubes atronadoras y las olas montañosas. El viento jugaba contra su pelo negro que se había escapado del casco de plata ornamentado que llevaba; ondeaba el manto azul, tensando la tela contra el broche de plata que lo sujetaba alrededor de sus anchos hombros. El furor de la tormenta azotaba espumarajos de sal en su rostro y contra sus pantalones de cuero engrasado y su camisa blanca.

—No podríamos pedir mejor tiempo para probar nuestro barco, —señaló Lang.

—Sí, padre, —respondió Stefan—. Si aguanta esto me llevará a las Tierras Altas y me traerá de vuelta a Northland victorioso, con nuestro honor restaurado. No pasará mucho tiempo

antes de que Ragnar esté completamente recuperado y listo para navegar conmigo.

—En cuanto se haya recuperado del todo, Ragnar partirá, —respondió Lang—. pero tú no, hijo. Esta es mi batalla, no la tuya.

El anuncio de Lang alivió la ansiedad que Ingrid había sentido desde que el emisario de Bjorn, Madelhari, había anunciado que Lachlann mac Gordon, el sire de la guerra de las Tierras Altas, había robado la dote de ruptura a Lang y asesinado violenta e innecesariamente a todos los guerreros de Lang. Stefan echó un brazo sobre los hombros de su padre.

—No, padre. Esta es mi batalla. Tu sangre es mi sangre, tu nombre mi nombre. Tu deshonra es la mía.

Lang se frotó la barba.

—Yo soy quien te desposó por poderes con una mujer de la que nunca habías oído hablar, y mucho menos conocías. Un compromiso del que no eras consciente.

—Eso no importa, padre. Ella era mi prometida, y el compromiso se rompió deshonrosamente, trayendo la vergüenza a la Casa del Lobo. No descansaré hasta haber sido vengado. Lo juro por los dioses en este día.

Stefan sacó su espada de la vaina. Sujetando la empuñadura con ambas manos, la levantó en el aire, la larga y gruesa hoja brillando en plata bajo la espeluznante luz gris tormenta.

—Thor, dios del trueno y del relámpago, y guardián de los Juramentos, escúchame hoy. Juro que mataré a este traicionero caudillo de las Tierras Altas por traer la vergüenza a la casa de mi padre.

El trueno retumbó tan fuerte que Ingrid sintió que el barco vibraba bajo ella. Los relámpagos atravesaron el cielo oscurecido y parecieron entrar por la punta de la espada y llenar a Stefan con su brillo, su corriente mortal. La lluvia cayó en una espesa cortina y, a través de ella, Ingrid vio a su sobrino. Verdaderamente, su nombre era acertado. Elemental, virulento, vengador, Stefan Langsson era en verdad el hijo de Lang Thorssonn.



El sonido del cuerno murió y fue sustituido por el ulular de las gaitas mientras Niall tocaba la canción del clan Gordon. Los guerreros de Lachlann, sentados en las mesas que bordeaban el Gran Salón, e levantaron y chocaron repetidamente sus lanzas contra sus escudos redondos y tachonados, hasta que el clamor reverberó por todo el edificio. Mientras que antes a Astrid le había parecido sólo ruido, hoy era música. La inspiró. Ataviada con la túnica blanca y los velos que le regaló la reina, Astrid se mantuvo erguida. Como había hecho la noche anterior, la única joya que llevaba era el anillo de matrimonio que le había regalado Lachlann.

Contenta de que tanto Catriona como Gyda estuvieran en la cabaña de Cora con la vieja sirvienta, Astrid cuadró los hombros e inclinó un poco más la barbilla. Precisamente hoy debía lucir regia, y Cora le había asegurado que así era. Llevaba el pelo recogido sobre la cabeza en un espiral trenzado y el rostro enmarcado por delicados velos.

—Lachlann mac Gordon, —anunció el heraldo—. Princesa Astrid de Esberborns de

Einarland.

Orgullosa, Astrid recorrió el pasillo junto a su marido en dirección a los Asientos Altos, donde estaban sentados el rey y la reina. Sybil y Angus se sentaron a la izquierda de Fergus y Muireall; a su derecha se habían reservado dos sillas vacías. Para ella y Lachlann, pensó Astrid. Se obligó a sonreír a Sybil cuando pasaron junto a ella. Debajo del estrado, las sillas se extendían en semicírculo. En ellas se sentaban los siete jefes de clan del reino del norte de Escocia, y el sucesor de cada jefe, su mejor hombre elegido.

Notoriamente ausentes estaban Celdun, del clan Donal, y su sucesor. De nuevo Lachlann se preguntó dónde estaría su amigo; le preocupaba no haber recibido ningún mensaje suyo. Astrid volvió su atención hacia la reina. Sobre sus hombros había una vaporosa túnica blanca ribeteada con pieles del mismo color. Debajo llevaba una larga túnica de un suave tejido azul. Una delicada seda velaba su cabeza y su cuello; una cadena de oro ceñía su cintura. Sonrió a Astrid. Astrid le devolvió la sonrisa. Luego miró a Ard-righ Fergus, rey soberano del reino del norte de Escocia. Estaba un poco pálido, pero por lo demás no mostraba efectos de su enfermedad. Vestía túnicas blancas que denotaban verdad y pureza, le había explicado Lachlann. Atada a su costado llevaba la gran Espada de la Justicia. En su mano derecha sostenía una larga varita blanca rematada con un gran cristal de cuarzo.

Tanto Astrid como Lachlann se inclinaron ante el ard-righ y el ard-banrigh.

—Soberano lord Fergus, mi madre la reina, —murmuró Lachlann.

El ard-banrigh golpeó ligeramente a Lachlann y Astrid con su cetro.

—Jefe Lachlann del clan Gordon. Princesa Astrid, —reconoció—. Levántense.

Ambos se enderezaron. Fergus les hizo señas para que se sentaran.

—Jefe Lachlann, Princesa Astrid, habéis sido convocados ante el Consejo de los Jefes. —Fergus hizo un gesto a un joven—. Pronunciad los cargos.

El muchacho se colocó ante el estrado, frente al rey y la reina y los jefes. Con voz alta y clara, dijo:

—Jefe Lachlann, el Consejo de Jefes está preocupado por su falta de lealtad al reino. Con el consentimiento del consejo, fue al reino de Einarland para casarse con una hija nativa de Lord Bjorn. En su lugar, se casó con una mujer que el rey Bjorn adoptó. En el viaje de vuelta a casa con su esposa, usted rescató a una niña abandonada. Según nuestro antiguo código legal, éste es un delito castigado con la muerte. —Las palabras resonaron por todo el Gran Salón.

—Jefe Lachlann, —dijo el ard-righ—, responda a los cargos.

Lachlann, resplandecientemente vestido con pantalones azul noche y camisa roja, se levantó y caminó hasta situarse bajo el estrado frente a los jefes y el rey.

—Jefes de los escoceses del norte, en primer lugar me dirigiré a mi matrimonio con la princesa Astrid de Esberborns de Einarland. Viajé a Einarland para casarme con un pariente consanguíneo de Lord Bjorn. El consejo se mostró escéptico ante la idea de que me casara con una segunda mujer de Einarland. Bjorn no tenía parientes consanguíneos viviendo en su tierra. Los más cercanos vivían en Northland. Si me hubiera casado con una de esas mujeres, su lealtad no habría sido hacia Einarland ni hacia su nuevo hogar por matrimonio.

Lachlann hizo una pausa, su mirada se movía de un jefe a otro, mientras les daba tiempo

para comprender sus palabras.

—Según la ley de Einarland, un niño adoptado se considera un niño nativo. El rey Bjorn y su esposa adoptaron a la princesa Astrid, por lo que se convirtió en su hija nativa. —Caminó lentamente alrededor del semicírculo de sillas—. Supuse que esto contaría con su aprobación porque tenemos una costumbre similar en nuestra tierra.

Largas zancadas llevaron a Lachlann hasta el hogar en el centro de la sala. Desde uno de los postes del pasillo, desató una antorcha y la apagó Con el extremo carbonizado, trazó un círculo y lo dividió en cinco partes iguales.

—Se dice que el parentesco sanguíneo está representado por dos de estas divisiones. —Ennegreció dos de las formas de cuña—. El parentesco de crianza está representado por las otras tres. Esto significa que son más importantes que los parientes consanguíneos, ¿no es así?

Volvió a colocar la antorcha en el poste.

—¿Quién quiere hablar?

Uno de los jefes se levantó.

—Luthe, habla, —pidió Fergus.

—¿Cómo sabemos que los sureños considerarán a esta mujer como su pariente de sangre y cumplirán sus acuerdos con nosotros?

—La princesa Astrid lee y escribe el futhark, las letras de su pueblo, —respondió Lachlann —. Estas runas tienen una gran magia y son eternas si se escriben en una piedra. La princesa Astrid hizo tallar el contrato entre ella y el rey Bjorn en un monumento de piedra, que se erigió en Einarland. Mi mejor hombre, Magnus, y varios de mis guerreros de confianza, entre ellos Ghaltair y Thomas, pueden dar fe de ello. Lord Kirkja en Einarland garantiza este monumento de piedra rúnica.

Luthe asintió.

—Estoy satisfecho.

—¿Alguien más quiere hablar? —preguntó Fergus.

Cuando nadie se puso en pie, dijo:

—Diríjase al segundo cargo, jefe Lachlann.

Astrid empezó a animarse. Lachlann era un orador elocuente. Observó que los jefes parecían satisfechos con su respuesta. No así Sybil. Astrid miró a la reina e intercambiaron una sonrisa esperanzada.

—Mis señores, jefes de los clanes de los escoceses del norte, —dijo Lachlann—. rescaté y acogí a una niña abandonada. Catriona es ahora un miembro de mi casa, bajo mi protección. Un jefe mayor se levantó.

Fergus le reconoció.

—¿Por qué ha ido en contra de nuestras costumbres? —Miró a Lachlann desde debajo de unas cejas desgreñadas y blancas.

—Fui contra las costumbres de los Antiguos, —indicó Lachlann—, pero no fui contra las enseñanzas de Cristo.

Lachlann hizo un gesto con la mano hacia el Alto Asiento del rey. Miró a Rudie, el sumo sacerdote cristiano del norte de Escocia, que estaba de pie a un lado y ligeramente detrás del ard-righ. En respuesta a la invitación de Lachlann para oficiar la ceremonia nupcial, Rudie había llegado a la aldea a primera hora de la mañana. Como viejo amigo de Fergus y Muireall, se alojaba con ellos. Habiendo estado en un retiro religioso en las montañas durante los últimos meses, no se había enterado del descontento entre los caciques.

—Sumo Sacerdote, —habló Lachlann—, explique las enseñanzas de Cristo sobre los sacrificios humanos y la salvación de las almas perdidas

Rudie, un hombre corpulento vestido con camisa y pantalones de color pardo, dio un paso al frente. Era uno de los pocos hombres de las Tierras Altas que lucía barba. Con su manto negro ondeando a su alrededor, se pasó una gran mano por su escaso pelo castaño.

—Cristo enseña que fue el único sacrificio humano que debemos ofrecer a Dios.

—Según nuestra nueva religión, —explicó Lachlann—. Cristo es todopoderoso y no necesitamos otros dioses. ¿Y qué hay del Cristo que busca a los que están perdidos?

—Aunque Cristo tiene noventa y nueve ovejas en su redil, —prosiguió el sacerdote—, busca a la perdida.

Luthe volvió a hablar.

—No me preocupan las ovejas en la historia del Cristo. Me preocupan nosotros y nuestras ovejas, nuestro ganado, nuestras familias. Los antiguos dioses son muchos, Cristo sólo es uno. ¿Puede él salvarnos del castigo de los otros dioses? Yo digo que no. Tendremos mal de algún tipo.

—No, —aseguró Lachlann—. ¿No has oído al buen padre? Dios es más fuerte que todos los dioses antiguos y nos recompensará por salvar almas perdidas. Este bebé estaba perdido. Mi señora y yo seremos recompensados por haberla salvado. Y al rebosar nuestra copa de bendiciones, se derramará sobre la tierra y la gente. Tendremos muchas bendiciones, Luthe.

La gente en el Gran Salón estaba tan callada que podía oírse el clip de las cuaranas de Lachlann mientras se movía frente a cada miembro del consejo.

—Mi señora y yo cumplimos las leyes de la tierra porque traemos la curación al pueblo. Sustituimos la guerra por la paz, el miedo por la fe y la pena por la felicidad.

Angus se levantó.

—Mi soberano rey, me gustaría hablar.

Fergus inclinó la cabeza.

—Sólo tenemos la palabra de Lachlann de que él y su señora traen todo este bien a nuestra tierra. Soy escéptico ante estas promesas. Los que hemos estado aquí hemos sido testigos del mal que nos ha sobrevenido desde que rescataron a la huérfana.

—¡Sí! —gritaron varios de los jefes.

—Aunque no comparto vuestros temores, —dijo Lachlann—. los comprendo. Honro al dios cristiano, pero también acepto que muchos de ustedes aún adoran a los Antiguos. Si complace al consejo, haré un sacrificio a los antiguos dioses de mayor valor que la huérfana.

La sorpresa y el interés se registraron en los rostros de los miembros del consejo.

—¿Por qué harías eso? —exigió Sybil.

Lachlann se tocó el cuello.

—Por mi pueblo y mi tierra.

—¿Cuál es el sacrificio? —preguntó Fergus.

—Ofrezco veinticinco bueyes selectos, diez vacas lecheras, cinco ponis de las Tierras Altas. —dijo Lachlann—, Y mi semental.

Astrid jadeó; los jefes se quedaron boquiabiertos.

—Hijo mío, —exclamó Fergus—, ¿has...?

—Según nuestras leyes, —dijo Lachlann—, ésta es una paga de mucho mayor valor que una niña huérfana. Sí, mayor incluso que un hijo varón. Un sacrificio que las antiguas deidades aprobarían y aceptarían.

Lachlann se volvió hacia su padre.

—Mi soberano rey, he hablado. Dejo el juicio a la sabiduría de los jefes.

En voz baja, Fergus dijo:

—Jefes del reino, discutid el asunto entre vosotros para que podáis emitir un juicio.

Mientras Lachlann se dirigía a su asiento, el muchacho que había recitado los cargos se movió para colocar un enorme caldero frente al Alto Asiento del ard-righ. De una bolsa repartió dos piedras a cada jefe. Fergus se puso en pie.

—La piedra negra para la culpabilidad. La piedra blanca para la inocencia.

Astrid se inclinó cerca de Lachlann y susurró:

—Fuiste elocuente. No esperaba que sacrificaras tanto por la niña.

—La he acogido, —dijo él—. Ella es mi responsabilidad. Y tú la quieres. —Lachlann estrechó la mano de ella entre las suyas y la apretó contra su muslo.

Astrid preguntó:

—¿Crees que aceptarán el sacrificio por la vida de Catriona?

—No lo sé. He dicho y hecho todo lo que he podido.

Uno a uno, los jefes se levantaron y se acercaron al caldero. El ping de las piedras golpeando el fondo del recipiente reverberó por todo el edificio. Astrid se sentó en el borde de su silla. Con las manos húmedas se apartó los velos de la cara. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras rezaba para que el número de piedras blancas superara al de las negras. Cuando cada jefe hubo vuelto a su silla, el último permaneció de pie. Emitió su voto pero permaneció junto al caldero.

—Ard-righ Fergus —dijo—, nuestro voto está listo para ser contado.

—Hazlo, Tindell. —El guerrero volcó el caldero y separó las piedras en dos montones. Astrid se sintió como si estuviera más tensada que la cuerda de un arco. El montón negro parecía más grande.

Tindell se movió para que Astrid no pudiera ver. Contuvo la respiración y observó cómo

Tindell contaba. Al principio las piedras negras superaban en número a las claras.

Luego creció el montón de piedras más claras. Tindell se levantó.

—Por votación, el consejo acepta el sacrificio de los bueyes, el ganado y el semental para la huérfana.

Astrid jadeó de alegría. Las puertas del Gran Salón se abrieron de par en par. Una ráfaga de viento roció lluvia sobre los que estaban sentados más cerca de la entrada. Un enorme guerrero, vestido con camisa de manga larga, chaleco de cuero y pantalones, entró a grandes zancadas en el edificio con un aspecto tan salvaje e indómito como las tierras salvajes de las Highlands. Detrás de él caminaban Magnus, Ghaltair y Brian, con los rostros desencajados y sombríos.

—¡Celdun! —exclamó Fergus.

—Salve, Ard-righ Fergus, —dijo el jefe Celdun.

—Hemos estado preocupados por ti, —dijo Fergus—. Nos alegra que hayas llegado a tiempo para la celebración.

Celdun miró a Lachlann.

—A tiempo para descubrir a un traidor entre nosotros.

Lachlann estudió los semblantes de sus mejores hombres antes de mirar al jefe del clan.

—¿Quién sería ese traidor? —preguntó.

El pecho de Celdun se hinchó mientras suspiraba profundamente.

—¿Quién, Celdun? —Preguntó Lachlann en voz baja.

Como si las palabras le salieran del alma, Celdun dijo:

—Las pruebas apuntan hacia ti, mi amigo

Astrid se quedó helada, sintiendo que el miedo constreñía su corazón. Todos los rostros estaban blancos y mostraban consternación. Incluso la expresión de Angus registraba sorpresa. Salvo Sybil que sonrió.

Capítulo 28

El viento se precipitó a través de una ventana abierta. Sopló un ligero chorro de lluvia contra Astrid y agitó sus velos, el material rozando suavemente su rostro. Celdun agitó una mano y uno de sus guerreros entró en el Gran Salón llevando al hombro un fardo envuelto en tartán. Vass, uno de los jóvenes jinetes de Lachlann, entró con él. El miembro del clan Donal depositó su carga en la base del estrado. Brian hizo un gesto al explorador para que se colocara cerca de él. Celdun echó el manto hacia atrás para revelar la forma sin vida de Thomas. El semblante de Lachlann se endureció. Celdun señaló al muerto.

—Es el maestro de sus jinetes.

Lachlann asintió.

—Sí, es Thomas.

—He encontrado esto sobre él. —El jefe de los Donal agitó un mensaje

—Que Lachlann lo lea para nosotros, —instruyó Fergus.

Lachlann cogió el mensaje, su mirada se movió rápidamente sobre las marcas.

—Léelo en voz alta, —ordenó Fergus.

Mientras Lachlann seguía mirando la marca, Astrid supo que el mensaje no presagiaba nada bueno.

—Mi sire, —dijo Sybil en voz baja—, ya que Celdun ha dicho que el mensaje condena a Lachlann como traidor, quizá deberíamos permitir que lo leyera otra persona.

Lachlann lanzó una mirada mordaz a Sybil.

—No soy ni un traidor ni un mentiroso.

—Sólo tenemos tu palabra —prosiguió Sybil.

—Su palabra siempre ha demostrado ser buena, señora, —dijo Celdun.

—Sí, —respondió Fergus—. Sin embargo, alguien más debería leer el mensaje.

—Léelo, Ghaltair, —pidió Brian.

—Ghaltair es el amo de mis ponis, Sybil. —dijo Lachlann con sarcasmo—. ¿Te importa que lea el mensaje?

Ella negó con la cabeza. Ghaltair cogió el marcador de Lachlann.

—No tengo por qué leerlo. Ya lo hice cuando lo encontramos, —dijo—. Es un mensaje dirigido al jefe Fibh de los pictos de Lachlann mac Gordon. Ordena a Fibh matar a Angus y Sybil. Resonaron gritos de indignación y rabia. Se desató el caos en el Gran Salón mientras los

guerreros se ponían en pie de un salto y discutían entre ellos; otros se apresuraron a ponerse en pie junto a sus jefes.

—¡Sentaos todos y cállense! —ordenó Fergus, su voz se elevaba fácilmente por encima del clamor—. No toleraré más arrebatos como ése—. Lentamente los hombres volvieron a sus lugares.

—Mi nombre está en el mensaje, pero yo no envié el mensaje, —explicó Lachlann—. Es cierto que tanto Angus como Sybil han cuestionado mi derecho a dirigir, pero no he intentado matar a ninguno de ellos.

—Le vendría bien que murieran, —apuntó Tindell—. En este momento Angus tiene más apoyo entre nosotros que cualquier otro jefe. Si tuviéramos que celebrar una elección para otro ard-righ, es probable que Angus fuera nuestra elección.

—Sí, —aseguró Lonnie del clan Galway—, Lachlann tiene razones para matarlos.

—Sabía que hemos estado hablando de elegir un nuevo rey y un nuevo heredero al Alto Trono, —añadió Luthe.

—Dije que las pruebas apuntan a Lachlann, —rugió Celdun—. No dije que fuera él. Conozco al muchacho. He luchado a su lado muchas veces. Como tú, Tindell, y tú, Luthe.

Celdun fue a colocarse junto a Lachlann.

—Por mucho que desee el Alto Asiento, no cometería un asesinato por él. Creo en Lachlann, y por mi parte no elegiría a Angus para ser nuestro ard-righ.

—Sí, —añadió Brian—, todo lo que Celdun presentó es un mensaje con una directiva escrita para matar a Angus y Sybil. Cualquiera podría haberla escrito.

Astrid se levantó.

—Mis señores, cualquiera que sepa leer y escribir sus cartas podría haber hecho estas marcas y haber firmado con el nombre de Lachlann. —Señaló a Ghaltair—. Incluso él podría haberlo hecho.

Ghaltair la miró con abierta hostilidad.

—Excepto que no ganaría nada haciéndolo, señora.

—No estoy hablando de motivos en este momento, Ghaltair, —indicó Astrid.

—Él es el que saldría ganando si Angus y Sybil estuvieran muertos, —dijo Tindell.

Fergus agitó su cetro.

—Sentaos todos. Celdun, cuéntanos qué ha pasado.

—Nuestro ganado ha estado desapareciendo, —dijo Celdun—. De hecho, una incursión me impidió salir de mi aldea. Luego recibí un informe de que se habían avistado asaltantes en el lado opuesto de mi territorio. Investigamos y encontramos extrañas huellas de poni y una daga picta. Varios guerreros y yo partimos para descubrir la identidad de nuestro visitante. Seguimos sus huellas y nos encontramos con Lachlan y Brian por el camino. Estaban siguiendo las mismas huellas.

—Como lo estaba Ghaltair cuando nos encontramos con él, —dijo Brian.

Fergus miró a los guerreros de Lachlann. Los tres asintieron. Magnus, con el casco bajo el

brazo, se adelantó.

—Brian y yo habíamos estado cazando al zorro plateado para la persecución cuando nos dimos cuenta de las huellas. Por las marcas de los cascos pensamos que el poni pertenecía a Thomas.

Como parecía que el poni cojeaba, pensamos que Thomas podría estar en apuros.

—Nosotros... er... nos preguntábamos por qué se dirigiría en esa dirección, —aseguró Brian—. Estábamos preocupados por él porque había estado actuando de forma extraña desde que el jefe Fibh y sus guerreros habían llegado a la aldea, así que empezamos a seguir su rastro. Fue entonces cuando nos encontramos con Celdun y nos unimos a él.

—Seguimos las huellas de Thomas durante un largo trecho, —explicó Celdun—. Finalmente le vimos reunido con Nabhin, el mejor hombre del jefe Fibh. Evidentemente hicimos un ruido que les alertó de nuestra presencia. Ambos hombres intentaron escapar. El picto logró escapar, pero el poni de Thomas tropezó y cayó. Cuando alcanzamos a Thomas, vimos que se había roto el cuello y estaba muerto. A poca distancia de su cuerpo encontramos el mensaje.

La muerte de Thomas nos apena en más de un sentido, —dijo Lachlann—. Era un guerrero honorable, el maestro de mis jinetes, y no es culpable de ninguna perfidia. Lamento que no pueda hablar en su propio nombre y que no podamos interrogarle para averiguar por qué llevaba este mensaje y se reunía con Nabhin.

—Sabemos por qué, —gritó Angus—. Estaba cumpliendo sus órdenes, entregando un mensaje a su amigo picto.

Ignorando a Angus, Lachlann se volvió hacia Celdun.

—¿Tienes algo más que decir?

—Después de recoger el cuerpo de Thomas, rastreamos y encontramos al muchacho esperando más allá del punto donde recogimos el rastro de Thomas por primera vez.

Lachlann se volvió hacia Vass, que se retorcía la gorra entre las manos.

—Cuéntanos qué pasó, muchacho.

—Thomas y yo cabalgamos hasta tarde anoche. Thomas dijo que algo iba mal y que quería averiguar qué era. Creía que otros, además de nosotros, llevaban mensajes a los pictos. Estábamos siguiendo un rastro. No sé de quién era porque Thomas no lo dijo. Entonces oímos que se acercaban jinetes. Thomas me escondió a mí y a los ponis de repuesto, y me dijo que no saliera por ningún motivo. Luego se marchó cabalgando y no volví a verle.

—¿Puedes identificar al hombre con el que supuestamente oíste hablar a Thomas? —preguntó Angus.

Vass negó con la cabeza.

—¿Reconocerías su voz si la volvieras a oír?

El muchacho lo pensó durante un momento.

—Hablaban en voz baja.

—Pero tal vez podrías, —sugirió Lachlann.

—Sí, tal vez.

—Deje en paz al muchacho. No puede añadir nada, —dijo Angus.

—Si supiéramos quién es este hombre, —señaló Lachlann—, podríamos interrogarle y saber más sobre lo ocurrido.

—Pero no podemos, —argumentó Angus—. El chico dice que hablaban demasiado bajo para que él pudiera oírlos.

Sus discusiones continuaron. Los ánimos se caldearon; se intercambiaron insultos. No se resolvió nada. Finalmente, Luthe dijo:

—No podemos probar que sea culpable de esta perfidia, Lachlann, pero una nube de sospecha se cierne sobre su cabeza. Como dijo Ghaltair, él no tenía motivos para escribir y enviar semejante señal. Usted sí.

—Tal vez, Luthe, Lachlann pueda demostrar su inocencia, —dibujó Sybil—. Hay una forma de probar su inocencia más allá de toda sombra de duda.

El Gran Comedor se quedó en silencio; nadie se movió. Todos esperaban las siguientes palabras de Sybil.

—Dejemos que los dioses decidan, —dijo ella—. Juicio por ordalía en la Cámara de Fuego.

—¡Cristo y Él crucificado! —exclamó Fergus.

—Nuestra Santa Madre tenga piedad, —murmuró Muireall, y apretó su cruz contra su pecho.

Juicio por ordalía. Cámara de fuego. Astrid casi se derrumbó en su silla.

—¡No! —Fergus se levantó—. No tendré ningún juicio por ordalía. He prohibido el uso de la Cámara de Fuego. He escuchado atentamente y no encuentro pruebas lo bastante contundentes como para convencerme de que mi hijo adoptivo, el heredero del Alto Asiento del reino del norte de Escocia, esté en conspiración con los pictos o que haya intentado asesinar a Angus o a Sybil. Es inocente.

Tindell se acercó al pasillo central.

—Fergus, por mucho que deteste la idea de un juicio por ordalía, debo decir que no estoy seguro de la inocencia de Lachlann. —El viejo guerrero se esforzó por hablar—. Quiero creerle, pero han pasado tantas cosas. Es en parte picto. Sería fácil para él. —Se interrumpió y se encogió de hombros.

—Tal vez, Ard-righ, —dijo Lonnie—, deberíamos hacer una votación a mano alzada. Así podríamos determinar mejor qué curso de acción debemos tomar.

—No, —Fergus dijo—. Ya he hablado.

—Padre, —dijo Lachlann—, varios de tus jefes han expresado sus dudas. Me gustaría que levantaran la mano.

Fergus se quedó mirando a Lachlann un largo rato antes de suspirar y asentir.

—Aquellos jefes y sus padrinos designados que quieran que Lachlann se someta a la ordalía, que levanten la mano.

Poco a poco se fueron levantando las manos por todo el edificio. De los catorce jefes y sus

padrinos designados, seis votaron a favor de la ordalía, siete votaron en contra, Lachlann se abstuvo.

—Padre —dijo Lachlann—, se han expresado suficientes dudas como para que me someta a la ordalía.

—¡No! —gritaron al unísono Muireall y Astrid.

—No lo permitiré. El voto está claramente a tu favor, —dijo Fergus, el viento moviendo su túnica alrededor de su cuerpo para revelar la Espada de la Justicia.

—La votación está a mi favor, —convino Lachlann—, pero no me he ganado su confianza. Si he de ser heredero del Alto Trono, debo tenerla. Me someteré.

—¡No! —Astrid corrió al lado de Lachlann

—Vuelve a tu asiento, esposa, —le ordenó.

Ella empezó a sacudir la cabeza hasta que vio que su expresión se endurecía. Con el corazón partiéndosele por dentro, retrocedió lentamente y se sentó. Se agarró al borde de la silla con ambas manos, temerosa de que si no lo hacía se caería.

—Lachlann, —dijo Fergus—, por favor, reconsidéralo.

—No soy culpable, padre, pero acepto el desafío. Acepto someterme al juicio por ordalía después de mi ceremonia de matrimonio.

—No, —gritó Angus—. No podemos permitir que este matrimonio se solemnice por los ritos escoceses hasta que se demuestre la inocencia de Lachlann. Si naciera un niño, bendecido por la costumbre y por Dios, tendría derecho de primogenitura.

—Sí —afirmó Luthe—, lo que dice Angus es cierto.

—Estoy de acuerdo con tus condiciones, Angus.

—Al día siguiente entonces, —gritó Angus.

—No, —dijo Fergus—. La Cámara de Fuego no puede estar lista para mañana. Como no se ha utilizado en años, necesitamos tiempo para prepararla.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Angus.

—El segundo día después de mañana.

—Que así sea.

Mientras los miembros del consejo y los guerreros salían en fila del Gran Salón, Astrid permanecía al lado de su marido, con el brazo alrededor de él. Fergus y Muireall seguían sentados en los Altos Asientos. Brian, tras haber llevado a Vass a la cocina, donde Lucy y Clit podrían darle de comer, volvió a sentarse en una de las mesas. Lachlan apoyó una mano en el poste del pasillo y miró por la ventana. Incapaz de creer lo que había sucedido, Astrid se aferró a Lachlann con fuerza, parpadeando las lágrimas. Él le pasó las manos por la espalda. Ella le oyó suspirar profundamente y supo que estaba preocupado. Fergus se levantó lentamente del Alto Asiento y bajó del estrado. Su rostro era tan pálido como la túnica que vestía, su andar lento y débil.

—Hijo, —dijo—, si me disculpas, me retiraré a mis aposentos. Estoy cansado.

Astrid se apartó de Lachlann.

—Sí, —dijo Lachlann, —lo entiendo. Te visitaré más tarde. Primero, debo ocuparme de los asuntos del clan.

Fergus asintió.

—Te deseo lo mejor, hijo.

—Yo también, —añadió Muireall, con los ojos empañados por las lágrimas. Le puso la mano en la parte superior del brazo.

—No sé cuándo he temido más por ti que en este momento.

Lachlann la besó en la frente.

—Te diría que no te preocuparas, pero como eso es imposible, te diré que dirijas tus preocupaciones hacia las oraciones

—Lo haré, —prometió Muireall—. Encenderé velas para ti esta noche. Recuerda, hijo, que los dioses te han elegido. No te fallarán cuando atravieses la cámara de la muerte.

Fergus pasó el brazo por el hombro de su esposa y la guió hacia la puerta. Muireall se volvió.

—Hijo, por favor, ten cuidado. Celdun dijo la verdad cuando afirmó que hay un traidor entre nosotros. Ese traidor intenta matarte.

Después de que sus padres se marcharan, Lachlann se arrodilló junto al cuerpo de su amigo.

—No parece posible que Thomas esté muerto, —indicó Brian.

Lachlann negó con la cabeza.

—Magnus, lleva el cuerpo a la familia. Diles que murió con orgullo y en cumplimiento del deber. Como jefe, oficiaré el entierro.

Magnus se puso en cuclillas junto a Lachlann y empezó a ajustar el tartán para que cubriera más completamente el cuerpo de Thomas. Algo cayó al suelo con un ruido sordo. Lachlan rebuscó entre la maleza y encontró un pequeño amuleto redondo en una cadena.

—¿Qué es? —preguntó Lachlann.

—El talismán de Thomas, —respondió Lachlan, sin prestar mucha atención. Le entregó el talismán a Lachlann—. La cadena está rota.

—Haz que mi herrero repare la cadena para que pueda ser enterrado llevándola, —dijo Lachlann.

Brian cogió la pieza de joyería. Colgándola de la cadena, estudió el disco más de cerca:

—No, Magnus, no es de Thomas. Es el medallón que lleva Ghaltair. El que perteneció a su padre

Tanto Lachlann como Magnus se pusieron en pie.

—¿Te acuerdas? —preguntó Brian—. Nos lo enseñó aquella noche en Einarland cuando nos alojábamos en casa de la princesa Astrid.

—Sí, lo recuerdo.

Magnus miró a Lachlann

—Pero, ¿qué estaría haciendo Thomas con él?

—No lo sé, —contestó Brian—. Ghaltair nunca estaba sin él. Era su talismán de la buena suerte. Se lo guardaré. Probablemente se le cayó cuando recogimos el cuerpo de Thomas.

—Sí —aseguró Magnus.

Entonces ambos se miraron.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lachlann.

—Ghaltair no nos ayudó, —indicó Magnus—. De hecho, no se unió a nosotros hasta que estuvimos casi sobre Thomas y el Picto. Cuando fuimos hacia Thomas, Ghaltair se quedó en su poni y sujetó las riendas para el resto de nosotros. Fuimos Brian y yo quienes envolvimos a Thomas en su tartán y lo pusimos sobre el poni.

Brian frunció los labios.

—Así que volvemos a la pregunta, ¿por qué tendría Thomas el talismán de Ghaltair?

—Quizá Thomas se lo arrancó al hombre que lo mató, —dijo Lachlann.

—No —dijeron ambos.

—Magnus y yo vimos a Thomas con el picto, —explicó Brian—. Le vimos caerse del caballo mientras Ghaltair estaba con nosotros.

—Tal vez Thomas había sido asesinado antes y su cuerpo yacía en los arbustos donde lo encontrasteis, —sugirió Lachlann—. ¿Estabas lo suficientemente cerca como para estar seguro de que era Thomas? ¿O viste a un hombre vestido con las ropas de Thomas, llevando su tartán y montado en su poni?

—¿Qué estás diciendo, Lachlann? —preguntó Brian.

—Piensa en lo que nos dijo Vass. Alguien a quien el muchacho no puede identificar cabalgó y habló con Thomas. Más tarde, dejando a Vass escondido con el poni extra, Thomas cabalgó y fue asesinado. Presumiblemente se rompió el cuello al caerse del poni.

—Sí, —murmuró Brian.

—Tú y Lachlan dijeron que reconocieron las marcas de las pezuñas marcas como las del poni de Thomas, y dijisteis que el animal estaba lisiado.

Brian chasqueó los dedos.

—Thomas no habría montado un poni tullido, no cuando tiene uno de sobra.

—Sospecho que Thomas no se encontró con un Picto en absoluto. Conocía al hombre que se reunió con él. Thomas fue asesinado poco después de cabalgar con él. Probablemente, durante la refriega, el poni tropezó y se rompió una pata.

—Ghaltair, —dijo Magnus.

—Sabe leer y escribir, —aseguró Brian.

Tras una pausa, Lachlan habló

—Pero no podemos probar nada de esto, Lachlann, y lo que Ghaltair dijo antes es cierto.

No tiene ninguna razón para querer a Angus y Sybil muertos.

—Ninguna razón que conozcamos, —corrigió Lachlann—. Pero sí sabemos con certeza que su talismán de la suerte estaba en Thomas.

Astrid había estado escuchando con interés la discusión, pero, aunque habían surgido esperanzas al principio de esta, pronto habían caído en picado.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó.

—Necesito pensarlo —dijo Lachlann.

—Mientras piensas, esposo, —replicó ella—, atenderé al poni de Thomas.

—Tiene la pierna rota, esposa, —respondió Lachlan—. No se le puede ayudar. —Suavemente, Lachlann añadió—: Esposa, puede que hayas podido salvar la pierna de Brian, pero dudo que puedas salvar al poni.

—Una vez que la pierna de un poni está rota, no se puede reparar, —dijo Brian, y sonrió —. Ni siquiera con un milagro.

—Esposo, —insistió Astrid, —puedo intentar repararla. La anciana que me enseñó me mostró que a veces, cuando un hueso se rompe, se puede atar con trozos de madera duros y rectos para que se cure.

Lachlann le sonrió.

—Esposa, ¿vas a rescatar siempre a los desafortunados?

—Soy una buena curandera, esposo, como tú eres un buen jefe. Y son los desafortunados los que necesitan ser rescatados.

—Cleit, —gritó Lachlann—. trae el cofre del físico de Lady Astrid y reúnete con nosotros en el establo. Diles también a los muchachos que me enganchen un carro. Magnus lo necesitará para llevar el cuerpo de Thomas a su familia. Mi señora y yo nos reuniremos con vosotros en breve.

Cleit asintió.

Lachlann se acercó a la ventana y contempló la colina de Laby- rinth.

—No podemos perder de vista a Vass. Quienquiera que se haya encontrado con Thomas sabrá pronto, si no lo sabe ya, que el muchacho estaba con él.

—La vida de Vass estará en peligro, —dijo Brian—. ¿Dónde lo esconderemos?

—De momento aquí mismo, —respondió Lachlann—. Pon guardias. Luego reúnete conmigo en los establos.

Dejando a Vass en la cocina, Brian se marchó. Magnus, levantando el cuerpo de Thomas y echándoselo al hombro, siguió a Lachlann y Astrid hasta los establos. Lachlan acostó a Thomas sobre un lecho de paja en un carro y se aseguró de que el tartán cubriera su cuerpo. Ghaltair salió del corral hacia los establos.

—¿Quieres que lleve el cuerpo de Thomas a su familia? —preguntó.

—No, —respondió Lachlann—. Lo hará Magnus.

Ghaltair se acercó al carro, apartó una parte del manto y miró el rostro de Thomas.

—Voy a echarle de menos, —dijo.

—Sí, todos lo haremos —respondió Lachlann—. Era un buen hombre.

—Esposo, —dijo Astrid—, te dejaré con tus asuntos.

—Iré contigo, —dijo Lachlann, y se volvió para seguirla a los establos.

Al pasar junto a Lachlan, Lachlann hizo una leve inclinación de cabeza.

—Si no le importa, —dijo el padrino—, yo también miraré, señora. Me encanta verla hacer milagros.

Cuando estuvieron dentro, Lachlann hizo un gesto a Astrid para que se uniera a Cleit en el otro extremo. Él y Lachlan se quedaron en la puerta y observaron a Ghaltair. Éste apartó completamente la tartana y comenzó una frenética búsqueda del cuerpo de Thomas. Lachlann, seguido de Lachlan, se unió a él.

—¿Buscas esto? —Le tendió el medallón. Con los ojos muy abiertos, Ghaltair les miró fijamente.

Finalmente dijo:

—Sí. Dejé que Thomas lo llevara.

—¿El talismán de la buena suerte de tu padre? —preguntó Magnus. —Yo creo que no. ¿Recuerdas lo que dijo Thomas la noche que estuvimos en casa de la princesa Astrid en Einarland? Ningún hombre puede tomar prestada la suerte de otro. Debe buscar la suya propia. Seguramente Thomas no habría llevado el talismán de otro hombre.

—Tienes que dar algunas explicaciones, —habló Lachlann.

Con mirada atónita, Ghaltair intentó salir corriendo, pero Lachlann y Magnus le cogieron de los brazos y le sujetaron.

—No tenéis pruebas suficientes para demostrar que tuve algo que ver con la muerte de Thomas, —dijo Ghaltair—. Además, no tenía ninguna razón para asesinarlo. Tampoco tengo una razón para querer que Sybil y Angus sean asesinados.

Ghaltair echó la cabeza hacia atrás y se rió.

—Puedes tenerme cautivo y tener mi medallón, pero morirás, Lachlann.

—¿Quiénes son tus cómplices, Ghaltair? —preguntó Lachlann—. Te irá mejor si nos lo dices de buena gana.

Ghaltair escupió en la bota de Lachlann.

—Eso es lo que te diré.

Lachlann ató rápidamente a Ghaltair e hizo que Lachlan lo encerrara en un cobertizo detrás del Gran Salón. Luego Lachlann dio instrucciones a uno de sus hombres para que llevara el cuerpo de Thomas a su familia para enterrarlo. Más tarde, Brian y Lachlan se situaron a ambos lados de Lachlann, junto al corral. Lachlann sujetaba la cadena, dejando girar la medalla.

—Ghaltair tiene razón, —dijo—. Necesitamos más pruebas.

—Quizá podamos sacarle una confesión —comentó Magnus.

—No —respondió Lachlann—, eso aún no bastaría para convencer a todos los jefes.

Inclinándose hacia delante, Brian cruzó los brazos sobre la barandilla superior y miró a los ponis.

—¿Y si Ghaltair escapara, Lachlann? Tal vez nos llevaría a su escondite.

Lachlann asintió.

—No es mala idea, Brian. Pero sería mejor si pudiéramos atrapar a Ghaltair intentando silenciar a Vass. Sólo el hombre que tuviera algo que ocultar haría eso.

Tanto Brian como Lachlan se volvieron para mirar a su jefe.

—Ghaltair oyó a Vass declarar hoy. Todo lo que tenemos que hacer es asegurarnos de que Ghaltair escuche una conversación en la que le digamos que Vass ha reflexionado mucho sobre el asunto y cree que podría reconocer la voz si volviera a oír hablar al hombre. Al día siguiente convocaremos a todos los hombres que estuvieron hoy en la reunión del consejo y haremos que Vass les escuche hablar. También dejaremos que Ghaltair escuche dónde tenemos a Vass a buen recaudo.

Brian asintió.

—Eso debería inquietar a Ghaltair lo suficiente como para que, si escapara, fuera a la caza de Vass.

—Creo que Ghaltair es lo bastante astuto como para escapar, —dijo Magnus, sonriendo.

—Sí,

Brian también sonrió.

—Te quedarás aquí, Brian, y protegerás a Vass, —ordenó Lachlann—. Magnus y yo iremos a una de las cabañas de la montaña, donde fingiremos tener a Vass. También llevaremos a Lonnie, Tindell y Celdun.

—¿Tindell? —dijo Magnus—. ¿Por qué él?

—Necesitamos un guerrero que se nos oponga para que sea testigo de la perfidia de Ghaltair, —respondió Lachlann—. Pero nadie más debe saberlo.

—¿Crees que hay otros implicados?

—Sí, Sybil. Ghaltair no es lo bastante inteligente como para haber planeado y llevado a cabo un complot así él solo. Tampoco tiene la paciencia. Sybil sí la tiene.

Los padrinos asintieron.

—Ahora, a poner en marcha nuestro plan.



Al día siguiente, dos jinetes se encontraron en una espesa maleza cerca de un afloramiento de rocas. Sybil, con pantalones y camisa, miró con odio a Ghaltair, que acababa de escapar de sus captores.

—Te dije que no fueras tan descuidado. —gruñó—. Has puesto en peligro años de trabajo.

—Thomas empezaba a sospechar. Me seguía la pista. Sabía que yo también había estado enviando mensajes a los pictos. Tenía que matarle, Sybil. No tenía elección.

—No. —Suspiró y miró a su alrededor, no quería que la vieran con él—. Fue una pena que le dejaras arrancarte el medallón del cuello, pero como le dijiste a Lachlann, eso no es prueba de que tuvieras algo que ver con el asesinato.

—Lachlann quería saber quién más estaba implicado, pero no le dije nada,

Sybil asintió.

—Será mejor que saques todos los bienes de la cueva.

—Mis hombres ya lo están haciendo.

—¡Ordenaste que los trasladaran sin mi aprobación previa! —exclamó Sybil con enfado—. ¿Adónde los llevas?

Ghaltair sonrió.

—A un lugar seguro. Te lo mostraré más tarde.

—Deberías refugiarte en otro lugar durante un tiempo hasta que saquemos a Lachlann de en medio.

—Eso haré, pero primero debo buscar a Vass. Él podría identificar mi voz.

—Deja al chico en paz, Ghaltair, —exigió Sybil—. De todos modos, nadie va a escucharle.

—Tú no tienes motivos para preocuparte, Sybil, pero yo sí. Si le hacen caso al chico, será mi pellejo el que esté en peligro.



Mientras Brian y Lachlan seguían las órdenes de su amo, Lachlann pasó un tiempo precioso con Astrid. Esa noche, encerrados en la intimidad de su cámara de dormir, se juraron amor. Más tarde, cuando Lachlann dormía, Astrid se deslizó fuera de la cama, con el corazón demasiado oprimido para dormir. Mientras paseaba fuera, buscó el grupo de estrellas que había visto una vez. No las encontró.

Un presagio, pensó. Los dioses le habían hablado. Unas manos ásperas se posaron suavemente sobre sus hombros. Lachlann estaba de pie detrás de ella. Ella no le había oído acercarse, seguía sin verle, pero conocía su tacto. Él la atrajo contra su pecho. Era tan fuerte; ella se sintió tan segura.

—¿Qué haces aquí fuera?

—Estaba pensando. —Con los ojos llenos de lágrimas, siguió mirando al cielo.

Lachlann la giró para que ella mirara sus rasgos iluminados por la luna.

—Te he traído mucha pena, —susurró ella.

—Mucha felicidad, —insistió él.

Ella trazó el contorno de sus espesas cejas.

—Por mi culpa estás condenado a la Cámara de Fuego. Vas a perder todo por lo que has trabajado.

—En un tiempo, mi amor, —él murmuró—, mi reino era todo lo que me importaba. Ya no es así. Tú eres lo más importante de mi vida.

La abrazó con fuerza, casi dolorosamente. A ella no le importó. El dolor atravesaba el entumecimiento que la envolvía. El dolor era amor; unía las cuerdas de su corazón y de su alma con las de él.

—Pero probaré mi inocencia.

—Sí, debes hacerlo. ¿Cuándo partirás para llevar a Vass a las montañas?

—Pronto. —Él enterró su cara en la curva de su cuello y hombro. Su aliento le calentó la piel, calmó sus nervios crispados.

—Puede que no te dé un hijo, —susurró ella—. Incluso si lo hago, puede que no vivas para verlo nacer.

Volvieron a mirarse a los ojos. Su rostro estaba cincelado en plata; sus ojos brillaban como hierro blanquiazul. Sin embargo, Astrid ya no le temía como antes. Ahora sabía que su fuerza era gentil, que su gentileza era fuerza.

—No me importa en absoluto que me des un hijo, —respondió él—. Sólo me importa que me has dado una plenitud de la que antes carecía. Has traído satisfacción a mi vida. Paz. Felicidad. Una plenitud, esposa, que nadie más me dio ni podrá darme jamás.

Astrid apoyó las palmas de las manos en el pecho de él. Cómo le gustaba sentir sus músculos bajo sus manos. Su calor. Su confianza. Su ser. Sintió los constantes latidos de su corazón y supo que eran los redobles de la vida. Una vida tan fuerte y llena de propósito. Permitió que todo lo que era Lachlann mac Gordon fluyera dentro y a través de ella. Se obligó a sonreírle.

—Estás destinado por los dioses a ser rey, y rey serás.

—El destino te eligió para ser mi esposa.

Astrid rió suavemente a pesar suyo.

—Muchos dirían, esposo, que fue tu hombría, y no el destino, el que me eligió.

Lachlann sonrió.

—¿Crees en el destino?

De nuevo estrechó a Astrid contra sí.

—Con todo mi ser, —aseguró ella—, por eso creo que sabías que existía la posibilidad de que yo estuviera más allá de mi edad fértil. Por eso hiciste que Bjorn adoptara a Engla. Como me dijiste una vez, esposo, es tu deber dar un hijo a tu pueblo. Lachlann se tensó.

—No digas más, Astrid. Conozco tus pensamientos antes de que los pronuncies. No deseo casarme solo para tener un hijo. Hace tiempo te dije que era un hombre con el apetito sexual de un hombre. Sólo una mujer —la agarró por los hombros y la apartó para poder mirarla a la cara —. sólo tú, Astrid de Einarland, puedes satisfacer mis necesidades y deseos. Ahora que te tengo,

no te dejaré marchar.

Astrid levantó la cabeza; él bajó la suya. Se besaron larga y profundamente. Sus cuerpos se habían convertido en uno hacía mucho tiempo. Ahora sus almas también se fundían. Habían pasado de la pasión al amor.



La noche se asentó sobre la aldea. Lachlann y Magnus habían salido temprano por la mañana. Al no recibir noticias de ellos, Astrid estaba preocupada. El Gran Salón estaba en silencio. El fuego del hogar central ardía bajo, al igual que las lámparas dispuestas sobre las mesas. Los criados se movían en silencio mientras limpiaban. Astrid estaba sentada en su dormitorio, observando cómo Sorcha daba de comer a Catriona. Gyda yacía junto a su ama.

—Lachlann puede cuidar de sí mismo, —dijo Sorcha—. Es el mejor guerrero del reino.

—Sí, —respondió Astrid.

Se levantó y se acercó a la ventana. Incluso en el crepúsculo del atardecer, podía ver la Colina del Laberinto elevándose por encima de las empalizadas de madera de la aldea.

—No es un juicio justo por ordalía. Es una trampa mortal.

—Sí, —convino Sorcha—. Pero si alguien puede salir con vida, será Lachlann.

—Si encuentra a Ghaltair, —dijo Astrid—, puede que no tenga que seguir adelante.

—Ama, —llamó Lucy desde la puerta—, la princesa Sybil está aquí para verla.

—Dile que estoy ocupada.

—Ya veo lo ocupada que estás.

Sybil pasó por delante de Lucy y entró en la habitación. Su pelo colgaba en una sola trenza por su espalda, y estaba vestida de nuevo con camisa, pantalones y botas.

—Lo que tengo que decirte no esperará.

Gruñendo por lo bajo, Gyda se levantó al lado de Astrid. Sybil bajó la mirada hacia el bebé que mamaba.

—Vi a Lachlann y a Magnus salir temprano hoy. —prosiguió—. Llevaron con ellos al joven vigía Vass.

—Sí.

—He oído que el chico cree que puede reconocer la voz del hombre que supuestamente llamó a Thomas y posiblemente lo mató, —dijo Sybil.

Astrid no contestó.

—Lachlann y Magnus fingen que temen por la vida del chico y por eso lo esconden en las montañas, —añadió Sybil.

—No están fingiendo, —señaló Sorcha—. Están asustados. Creo que es inteligente por su

parte esconderlo.

Sybil sonrió.

—Sabes, Astrid, Lachlann cruzará la Cámara de Fuego mañana. Según los cuentos populares, nadie ha demostrado jamás su inocencia saliendo vivo de la prueba.

—Lachlann lo hará, —aseguró Astrid.

—No, Lachlann no lo hará. —Sybil clavó los ojos en el rostro de Astrid—. Lachlann va a morir, eso te lo prometo.

—¿Pase o no por la Cámara de Fuego?

—Si eres lista, cogerás al bebé y te marcharás.

Astrid enarcó una ceja.

—¿Y abandonar a mi marido?

—Si quieres salvar al bebé y a ti misma, será mejor que te marches ahora, —indicó Sybil —. Te escoltaré con seguridad hasta las fronteras de nuestro reino.

Astrid sólo podía imaginar lo segura que Sybil la escoltaría.

—Si esperas hasta después de que Lachlann haya muerto en la Cámara de Fuego, estoy segura de que el consejo se convencerá de matarte tanto a ti como al bebé.

—Lachlann ya ha pagado el precio por el bebé.

—Sí, pero los dioses no siempre aceptan nuestros sacrificios. Cuando no lo hacen, su ira es peor que antes. Creo que se puede persuadir al consejo para que cambie de opinión.

—¿Estás diciendo que el consejo será persuadido para que cambie de opinión… por ti? —preguntó Astrid.

—Sí. —Sybil rió suavemente y se agachó para tocar la cabeza de Catriona—. Qué niña tan dulce. Seguro que no querrías que le pasara algo.

—¡Quítale la mano de encima! —ordenó Astrid.

—¡Vaya, vaya! Eres susceptible cuando se trata de una huérfana.

—¡He dicho que quites la mano de mi niña!

Sybil no se movió. Astrid atravesó la habitación, gritando mientras caminaba.

—Sal de mi casa y no vuelvas.

Sybil se apartó de Sorcha y se colocó frente a Astrid.

—No vuelvas a hablarme en ese tono de voz.

Levantó las manos y empujó contra el pecho de Astrid. Gruñendo, Gyda saltó entre las dos mujeres. Sybil abofeteó a la perra loba. Con los pelos de punta, la boca arrugada en una sonrisa de colmillos, la loba apretó los dientes contra la mano de Sybil. Gritando y chillando, Sybil dio una patada y forcejeó violentamente con el animal. Aulló de dolor e intentó liberar su mano destrozada.

—Gyda, —ordenó Astrid, y la loba soltó a Sybil y se sentó sobre sus ancas.

Sybil abofeteó la mejilla de Astrid.

El sonido resonó en la habitación. Gruñendo, Gyda saltó de nuevo, esta vez derribó a Sybil. Ésta gritó al caer y, con un golpe nauseabundo, la parte posterior de su cabeza se golpeó contra un estante de hierro forjado situado junto al pozo de fuego. El gemido de Sybil se convirtió en un gemido grave. Su cuerpo se crispó y luego se quedó bruscamente inmóvil. El miedo se apoderó de Astrid. Su corazón latía con fuerza. Se arrodilló junto al cuerpo de Sybil y puso la mano sobre su pecho, pero no sintió ningún latido; puso la mano bajo la nariz de Sybil. No respiraba. Astrid la cogió por los hombros y la sacudió.

—Sybil, —la llamó—, ¡Háblame!

Con el bebé en brazos, Sorcha se arrodilló junto a Astrid.

—¿Está bien?

Aturdida, Astrid tocó la nuca de Sybil y sintió una cálida humedad. Se quedó mirando los dedos ensangrentados.

—Está muerta, —dijo Astrid—. Sybil está muerta.

Capítulo 29

Angus bramó y señaló con un dedo a Fergus, sentado desplomado en el Asiento Alto del Gran Salón. Su rostro, ya curtido por la edad y la responsabilidad, reflejaba su dolor por la muerte de su hija.

—Anoche, Consejo de Jefes del Norte de Escocia. —Angus continuó—. esta mujer... esta mujer... mató a mi esposa.

—¡No! —Brian se levantó, con aspecto sombrío—. La princesa Astrid no mató a Sybil. Su esposa se cayó y se golpeó la cabeza con el estante de hierro forjado para cocinar sobre el fogón. Fue un accidente.

Fergus tenía la mirada perdida en el espacio; Muireall estaba a su lado, con la mano en el hombro. El padre Rudie estaba a su lado.

—No habría ocurrido, —aseguró Angus—, si la sureña no hubiera rescatado a la perra loba y al niño.

De pie en el derrame de la luz del sol de primera hora de la mañana en el centro del Gran Salón ante el ard- righ y los jefes de los clanes, Astrid no dijo nada. Ya había argumentado su caso, pero pocos la habían escuchado. Pocos querían creerla. Estaban atrapados en la indignación emocional de Angus, y les resultaba fácil creer que Astrid era la causa de su miseria y que podía deshacerse de ella. Su muerte revertiría la mala magia... así razonaban. Fuera del Gran Salón, la gente se reunió. Sus propuestas habían comenzado como un bajo rumor; ahora eran gritos ensordecedores para su destierro de la aldea.

—¿Qué precio harías pagar a la princesa Astrid por haberle quitado la vida a tu esposa? —preguntó Luthe.

—Exijo su muerte.

—¡No! —Brian cruzó furioso la habitación.

Alguien lanzó una piedra a través de una ventana abierta. Brian la esquivó y se colocó frente a los jefes.

—Habéis oído hablar a la dama. Ella no mató a Sybil, como acusa Angus.

—Pero igualmente es culpable, —dijo Luthe—. Como ha dicho Angus, si ella no hubiera rescatado a la niña y al lobo, Sybil no estaría muerta hoy. Lady Astrid ha traído la sombra de la muerte a nuestra tierra. En el poco tiempo que lleva aquí, han muerto dos personas.

—Sybil está muerta porque amenazó a la princesa Astrid, —argumentó Brian—. Porque la estaba golpeando.

Fuera, la gente gritaba:

—¡Echadla! ¡Ella ha traído la maldición de los Antiguos sobre nosotros!

—Sin embargo, Sybil está muerta, —argumentó Luthe—. Ard-righ Fergus, pido que votemos.

—Jefes de los clanes del norte de Escocia, —llamó Brian—, nos faltan cuatro de los miembros de nuestro consejo. Lachlann. Celdun. Tindell. Lonnie. Esperemos a que regresen para tratar este asunto.

Más gritos contra de ella sonaron por toda la aldea.

—Sí, —afirmó Fergus—, no debemos precipitarnos.

—Mi sire rey, —dijo Luthe—, no hemos sido decisivos y mire lo que nos ha traído. Nuestra tierra está asolada por la muerte y la destrucción. Debemos librarnos de este mal.

—¡Sí! —estuvieron de acuerdo los demás—. Votemos.

—Mis señores —llamó Brian—, ¿olvidan la alianza que tenemos con Bjorn de Einarland?

—No necesitamos una alianza con los Einarland, —aseguró Angus. —Fue sólo el deseo de Lachlann el que empujó a ello. Un deseo egoísta, indigno de un Highlander.

—No es así, —respondió Brian.

Los ánimos volvieron a encenderse. Resonaron ultimátums airados. Resonaron amenazas. Se negó el compromiso. Astrid permaneció en silencio, con el corazón latiéndole con fuerza mientras cada uno de los jefes emitía su voto dejando caer una piedra negra o blanca en el caldero. No hizo falta contarlas para que ella supiera que las negras superaban en número a las blancas.

—Mi sire gran rey, —dijo ella, después de que se anunciara el recuento—, quisiera dirigirme al consejo por última vez.

Fergus asintió.

Fuera, la gente silbaba y abucheaba tan fuerte que Astrid no se oía. Cogieron piedras y empezaron a lanzarlas a través de las ventanas. Brian se quitó la tartana de los hombros y la envolvió protectoramente alrededor de ella. La acercó a él, girando su cuerpo para que se llevara la peor parte de los proyectiles. Fergus se levantó y gritó:

—¡Alto! Dejad hablar a la mujer.

Cuando el furor se hubo calmado, Astrid dio un paso al frente.

—Señores de los clanes del norte de Escocia, yo no soy la causa de vuestros problemas. Pero si pensáis que lo soy, entonces no tenéis motivos para hacer que Lachlann soporte un juicio por ordalía.

Los jefes la miraron sorprendidos. Se acercó a Sorcha y le quitó el bebé.

—Mi reina, su hijo ofreció un sacrificio a los antiguos dioses de su tierra por esta cría. Le pido que se la lleve y la críe como a su nieta.

Con lágrimas brillando en sus ojos, Muireall aceptó a Catriona.

—Haré lo que deseas, —dijo.

—En mi tierra a una persona que va a ser ejecutada se le concede una petición de muerte,

que no puede ser denegada. —Astrid se volvió hacia Fergus—. ¿Tengo ese derecho según sus leyes, mi sire rey?

—Sí—.

—Puesto que creéis que soy la causa del mal que se ha abatido sobre vuestra tierra, os pido que me permitáis a mí, y no a Lachlann, sufrir la Cámara de Fuego en la colina de Laby- rinth.

Nadie habló; todos miraban boquiabiertos a Astrid.

—No hay que culpar a Lachlann de ninguna de mis acciones. Yo soy quien rescató a la niña y al lobo. Yo soy a quien culpan de la muerte de Sybil. Si atravieso el laberinto, posiblemente acabe con el mal que percibes en tu tierra.

—No, señora, —suplicó Brian—. No puedo permitir que lo haga. Lachlann no lo tolerará. Él la ama. Piense en él.

—Lo hago, —respondió ella, volviéndose hacia Fergus—. La cámara ya ha sido preparada para la ordalía de Lachlann mañana, ¿no es así?

Fergus asintió cansado.

—Entonces no veo nada que me lo impida.

—Highlanders, yo digo que es hora de que empecemos a actuar como guerreros y reclamemos la gloria que Fergus y Lachlann nos han negado durante tanto tiempo. Este es el primer paso en nuestro regreso. —Gritó Angus.

—¡Sí! —Los partidarios de Angus se pusieron en pie y blandieron sus largas espadas.

—Si la sureña quiere soportar la Cámara de Fuego, jefes, yo digo que la dejen.

Más ayes resonaron por todo el edificio.

—¡La ¡cámara está preparada! ¡Enciendan el fuego! —gritó Luthe.

—Guerreros del reino del norte de Escocia, —gritó Angus—, convoco a la elección de un nuevo rey

Los que apoyaban a Angus dieron palmadas en las mesas. Los que estaban en su contra gritaron su oposición. Brian se acercó a zancadas a uno de sus compañeros de clan. Con voz baja y urgente, ordenó:

—Cabalga tan rápido como puedas y trae a Lachlann. Dile que venga rápido si quiere salvar a su esposa.

Asintiendo, el guerrero se apresuró a salir del Gran Salón. Cuando el ruido se calmó, Angus dijo:

—Nos reuniremos dentro de los siete días que marca la ley. Cada uno de ustedes es responsable de que la convocatoria llegue a todos los habitantes de su territorio.

Se volvió hacia los que apoyaban a Fergus y Lachlann.

—No intentéis interferir ni frustrar de ningún modo esta elección, —advirtió.

Con voz débil, Fergus dijo:

—Les amonestaré para que cumplan la ley, Angus. Hasta la elección, yo soy el ard-righ.

Fergus miró a los jefes sentados bajo el estrado.

—La convocatoria debe repetirse palabra por palabra al jefe de cada casa. Si es posible, deben repetir el mensaje a la persona que lo llevará a la siguiente casa. En ningún momento, salvo en caso de tiempo realmente imposible, debe dejar de viajar. Si no hay nadie en casa cuando el portador llegue a una casa, corte muescas para indicar cuántos días faltan para la reunión. El cabeza de familia, a menos que esté enfermo, debe asistir a la reunión o pagar una multa.

—Ahora —gritó Angus—, ¡a la Cámara de Fuego!



Una nube de humo negro salió por la abertura de la Cámara de Fuego. Vestida con sus pantalones negros y su camisa roja, Astrid estaba fuera. Junto a ella estaban Cora y Engla, con los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Cora prometió a Astrid que cuidaría de Engla.

Gyda se sentó sobre sus ancas junto a su ama. Muchos de los aldeanos, los que no creían que Astrid estuviera maldita, habían hecho con ella el viaje hasta la boca del túnel. Pero ni siquiera ellos se colocaron a su alrededor como lo habían hecho el día en que ella y Lachlann habían cabalgado hasta la aldea. Se quedaron atrás, con el rostro alargado. El único ruido que Astrid oía era el viento que soplaba entre los arbustos y la hierba alta. El sol brillaba en lo alto, pero colgando pesadamente sobre todos estaba la oscura nube de humo. Feich cojeó hasta el frente de la multitud.

—Toma, —dijo, entregándole a Astrid una correa de cuero en la que había trenzado varias plumas—. Ponte esto, —le ordenó—. Tiene buena magia.

—Gracias, —murmuró Astrid.

Agachó la cabeza mientras Feich le ataba el talismán al cuello. Entonces la anciana la sorprendió. La cogió del brazo y la abrazó con fuerza.

—Que los dioses te acompañen, hija mía. —Feich se apartó y contempló el rostro de Astrid—. Puedes conquistar el fuego. Pero tu deseo de triunfar debe ser mayor que cualquier miedo al fracaso.

Astrid asintió.

—Señora.

Alguien tiró de la manga de la camisa de Astrid. Ella se volvió para ver a los dos pupilos del Guardián Beattie. Ronan se apartó el pelo de la frente con una mano y le tendió la otra, con la palma hacia arriba.

—Éstas son rocas mágicas. Escalamos la colina Laby- rinth con Beattie y su esposa y las sacamos del lago. Están bendecidas por Nuestra Señora.

—Selecciona una de las piedras para mí —pidió Astrid—, y quédate con el resto para ti y tu nueva familia.

—¿Será suficiente la magia de una? —preguntó John dubitativo.

—Sí —respondió Astrid. —Está bendecida por Nuestra Señora, y es una mujer fuerte.

Ronan estudió las piedras pensativamente y finalmente eligió una.

—Ésta no es la más bonita, —comentó— pero es la más grande. Creo que tendrá más magia que las otras.

—Gracias, John y Ronan, —dijo Astrid.

A lo lejos vio a Niall subiendo la colina, con sus gaitas en los brazos. Entonces sintió que alguien más le tocaba el hombro. Se volvió para ver a su suegra. Sosteniendo a Catriona en brazos, Muireall se acercó.

—Ojalá no tuvieras que hacer esto. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas—. Lachlann lo impediría si estuviera aquí, y no sé qué ocurrirá cuando se entere.

—No, madre —dijo Astrid—, no tengas pensamientos tristes. Solo tienes que creer que me verás cuando salga de la cámara

—Sí. —Muireall se secó las lágrimas con la mano—. Y te prometo que cuidaré de Catriona por ti como si fuera mi propia hija.

Astrid cogió a la niña y la acurrucó una vez más, abrazándola tan fuerte que Catriona chilló. Astrid soltó una carcajada llorosa y devolvió el bebé a su abuela.

—Dile a Lachlann que le quiero. —Muireall sólo pudo asentir.

Sorcha y Brian se adelantaron. Con los ojos llorosos, Sorcha abrazó primero a Astrid y luego lo hizo Brian.

—Mi señora, —dijo—, ¿puede hacer algún milagro como hace cómo sanadora?

—No, Brian, esta vez no.

—Entonces, señora, haremos un milagro para usted, —señaló Brian—. He mandado llamar a Lachlann. Llegará en cualquier momento.

—No deberías haber hecho eso, —amonestó Astrid.

—Sí, señora, debería. Lachlann me dejó aquí en su lugar. Debía protegerla y no lo he hecho.

—No, padrino, —dijo Astrid—. Dile a mi marido que yo elegí entrar en la cámara. Él es el ordenado para ser el líder de su pueblo, no yo. Dile también que sé a ciencia cierta que no llevo a su bebé dentro de mi cuerpo.

—Señora, Lachlann la ama tenga o no a su hijo, —aseguró Brian.

—Sí, —asintió Sorcha.

Astrid sonrió.

—¿Me quedo con la loba? —preguntó Brian.

—Sí, —dijo Astrid—. Me ayudaste a rescatarla. Es justo que te la quedes.

—Mi señora Astrid, —llamó Niall, abriéndose paso entre la gente. Le entregó una caña y, sonriendo tímidamente, le tendió su gaita—-. Es la que usted remendó. He quitado esta caña señora, porque es mágica. La utilicé cuando practicaba su canción. Llévese la caña con usted. Le prometo que le salvará la vida.

—Gracias, Niall, —dijo ella, y se preguntó qué iba a hacer con todos los talismanes y amuletos que estaba recibiendo. Como en respuesta a su pregunta, Feich desató la bolsa de cuero que colgaba de su cintura y la ató alrededor de la de Astrid.

Cogió la colección de Astrid y la depositó en el recipiente.

—Vas a necesitar todo esto, —dijo la anciana.

—Princesa Astrid, —llamó una mujer. Sin aliento, la esposa de Beattie corrió colina arriba; su corpulento marido la siguió—. Le he hecho un manto, —gritó—. Uno verdaderamente apropiado para la esposa del jefe.

En cuanto la pareja de ancianos estuvo lo bastante cerca, Beattie desplegó la prenda y la colocó sobre los hombros de Astrid. Aunque era pesada y grande, ondeaba con el viento de la mañana. Beattie se la abrochó en los hombros con un broche de oro.

—Es un broche que perteneció a mi madre, —dijo—. Era una buena mujer, señora, y muy fuerte.

Astrid dio las gracias y abrazó a cada uno de ellos. Feich tiró del manto.

—Cuando entres en la chamber, —le indicó a Astrid—. busca el pequeño manantial de agua.

Desconcertada, Astrid la miró fijamente.

—Está ahí, —insistió la anciana—, pero está escondido y pocos lo conocen. Búscalo. ¿Me oyes?

Astrid asintió.

—Mójate bien. —La vidente miró fijamente a los ojos de Astrid y luego dijo como si le hablara a un niño—: Mójate desde lo alto de la cabeza hasta la planta de los pies, incluido el manto.

De nuevo Astrid asintió.

—Bien, —murmuró Feich—. Te salvarás.

Se dio la vuelta y se alejó. Entonces Astrid oyó el estallido del cuerno y miró colina abajo para ver a Fergus encabezando la procesión de jefes de clan, los que habían permanecido en la aldea. A su lado caminaba el sumo sacerdote cristiano Rudie. El ard-righ vestía su túnica blanca y portaba su cetro. Alrededor de su cintura llevaba atada la faja que portaba la Espada de la Justicia. Astrid sonrió amargamente y se preguntó si alguna vez se haría justicia de verdad.

Los aldeanos se hicieron a un lado para abrir paso. Niall avanzó y trepó hasta la parte superior del túnel abierto. Colocó la gaita entre sus brazos y asentó la boca alrededor de la boquilla. El cuerno sonó por segunda vez y el tambor comenzó a rodar. Como si la muerte fuera una persona, Astrid sintió que la envolvía. Contempló la tierra que la rodeaba, una tierra que había llegado a amar en tan poco tiempo. Miró a la gente. Todos ellos habían llegado a ser muy queridos para ella. Sin embargo, esta tierra y esta gente exigían su vida.

Lucy y Cleit la saludaron. Ella les devolvió el saludo. Vio a John y Ronan de pie frente Beattie y su esposa. Cora sostenía a Engla rodeada en sus brazos. Brian tenía un brazo alrededor del hombro de Sorcha y la otra mano sujetaba la correa de Gyda. Muireall, con la espalda erguida y la cabeza alta, estaba apartada. Feich sostenía en sus manos un collar de cuentas

redondeadas. Frotó cada una, murmuró una oración y pasó a la siguiente. Tenía los ojos cerrados y la cabeza levantada hacia el cielo. Astrid oyó que un hombre la llamaba por su nombre; su mirada recorrió la multitud hasta que vio a Berowalt, que se empujaba para alcanzarla.

—Mi señora, —la llamó—, ojalá pudiera decir que las noticias de esto entristecerán a su padre adoptivo Bjorn, rey de Einarland.

—Sólo le entristecerá porque aún no he producido un heredero para el Highlander, —replicó Astrid.

—Lord Kirkja estará muy disgustado señora, porque se preocupa por usted. Me temo que esto no presagia nada bueno para las relaciones entre nuestros dos reinos.

—Por favor, Berowalt, —imploró Astrid—, no vuelvas con un mensaje negativo. Lord Lachlann puede casarse con Engla. Ella le dará el hijo que necesita para garantizar la unidad entre nuestros pueblos. Que no se hable de guerra entre nosotros. Dígale a Kirkja que hice lo que consideré mejor tanto para Einarland como para el norte de Escocia. Él lo entenderá.

—Sí, señora. —Berowalt hizo una reverencia y dio un paso atrás, dejándola sola.

El viento soplaba, fresco y suave, acariciando a Astrid. Ella parpadeó conteniendo las lágrimas y deseó poder ver a su marido una vez más. Quería que él la abrazara, que le dijera que todo iría bien. Ansiaba oír su voz y ver sus hermosos ojos azules. Debería estar agradecida por los maravillosos momentos que habían compartido juntos; debería estar agradecida de que él se hubiera enamorado de ella. Pero en ese momento sólo podía pensar en los años de amor y alegría que se le negarían. Sabía que había elegido correctamente.

Lachlann había sido ordenado por Dios para ser rey del norte de Escocia, para traer la paz y la unidad a los pueblos de las Tierras Altas. Astrid no le negaría su destino. El ard-righ se acercó. Levantó su cetro.

—Ha llegado la hora. —El ard-righ sonó por tercera vez.

—Sí, —dijo Astrid—, ha llegado la hora.

—Señora, —gritó Niall para que todos la oyeran—, toco su canción. Es un lamento porque debe caminar por la Cámara de Fuego. Los Gordon lo oirán porque el canto de las gaitas viaja largas distancias. Le inspirará, señora, para salir al otro lado.

—Sí, Niall, —aseguró ella.

—Y, señora, la estaré esperando allí. Entonces tocaré su canción de victoria

—¿Estás tan seguro de que viviré? —preguntó Astrid.

—Sí, señora, —los ojos del muchacho brillaban con lágrimas—. Estoy seguro. El clan Gordon quiere que seas su señora.

La multitud gritó y vitoreó su acuerdo, pero la gente enmudeció cuando Niall empezó a tocar los acordes que llenaban el alma. Si la sensación de fatalidad inminente había sido perceptible antes, ahora era opresiva.

Fergus extendió la mano; Astrid puso la suya sobre ella, y él la guio hasta la entrada. El ard-righ y Rudie caminaban junto a ellos.

—Debo dejarte aquí, Astrid. A partir de ahora deberás caminar sola.

—Sí, mi rey.

Fergus le besó la frente.

—Te deseo lo mejor, Astrid.

—Mi señora, —dijo Rudie—. ¿puedo ofrecerle una bendición?

Astrid asintió. Inclinó la cabeza y cerró los ojos, escuchando al sacerdote mientras rezaba una oración y rociaba agua sobre ella. Oyó los bellos pero lúgubres sonidos de las gaitas mientras Niall interpretaba su canción.

—Ahora nos despedimos, —anunció Fergus con tristeza.

Astrid oyó el crujido de sus botas sobre las rocas mientras se alejaban, dejándola sola. No se volvió para verlos partir. Lentamente comenzó el ascenso, sus pisadas se mezclaron con las de ellos al entrar en la Cámara de Fuego:_la cámara de la muerte.

Bajó la mano y la pasó sobre la bolsa de cuero que Feich le había dado.

Debe tener éxito... debe tenerlo.



—Hemos tenido éxito, —argumentó Celdun mientras los guerreros cabalgaban en fila india por el estrecho paso de montaña—. Hemos tenido la trampa y atrapado a dos de las alimañas.

—Pero la más grande sigue libre, —respondió Lachlann.

Miró a los dos prisioneros, uno escocés y el otro picto, que cabalgaban entre él y Celdun, atados a sus ponis. Lachlan les seguía en su propia montura.

—Ahora a por Ghaltair.

Mientras pronunciaba estas palabras, Lachlann miró hacia delante una vez más. A lo lejos, de pie en el borde de un afloramiento rocoso, vio a Caín, su explorador.

Instó a su nuevo semental blanco a acelerar el paso.

Cuando Lachlann se puso a la altura de su explorador, Caín dijo:

—Ghaltair está sobre la cresta a medio día de camino por delante de nosotros.

El júbilo invadió a Lachlann. Se quitó el casco y se pasó la mano enguantada por el pelo. Estaba tan cerca que podía saborear la victoria. Ghaltair -el hombre responsable de matar a Thomas e inculparle- estaba casi a su alcance. Lachlann sentiría un gran placer al llevarlo ante el consejo para que lo juzgara.

—Conozco un camino que nos llevará por delante de él, —indicó Caín.

Celdun se rió.

—Podemos tenderle otra trampa y atraparlo esta vez. Me gusta esa idea, Lachlann.

—A mí también, —aseguró Lachlann—, pero tenemos que recordar que Ghaltair es astuto. Magnus y yo le cogimos desprevenido la primera vez que le capturamos, y nos arriesgamos

cuando le dejamos escapar. No será tan fácil capturarlo por segunda vez.

—¿Crees que Ghaltair tiene idea de que le estamos siguiendo? — preguntó Lonnie.

—Tal vez, amigos míos, nosotros mismos estemos cayendo en una trampa

Cain negó con la cabeza.

—No lo creo. Se está moviendo demasiado despacio y no está teniendo cuidado de cubrir su rastro. Está tan cerca del territorio de los pictos que cree que no pueden atraparle. Además, no se ha comunicado con nadie. Está solo.

—¿Por qué no paramos entonces a descansar a los ponis? —sugirió Celdun.

—Porque estamos demasiado cerca de la frontera del territorio pictom —señaló Lachlann —, y Ghaltair es lo suficientemente listo como para saber que no podemos permitirnos cruzar. La unión entre los pictos y los escoceses es demasiado tenue. —Lachlann sacudió la cabeza—. Tenemos que capturarlo.

—¿Es consciente de que le están siguiendo? —preguntó Caín. Sorprendido,

Lachlann sacudió la cabeza y miró por encima del hombro. La idea de que había estado demasiado preocupado por atrapar a Ghaltair como para pensar en otra cosa le irritaba.

—Le he estado vigilando, —explicó Caín.

—¿Uno de los hombres de Ghaltair? —preguntó Tindell y miró por encima del hombro. —¿La trampa de la que habló Lonnie?

El explorador negó con la cabeza.

—No lo creo. Parece uno de nuestros ponis. Sea quien sea, cabalga rápido.

—Magnus, retrocede, —ordenó Lachlann, deslizándose el casco sobre la cabeza—. No quiero sorpresas desagradables.

El padrino asintió.

—Haz lo que tengas que hacer. Continuaremos tras Ghaltair, —indicó Lachlann—. Alcánzanos tan pronto como puedas.

—Sí, —afirmó Magnus y se puso en marcha al galope.

La compañía siguió al explorador. Cuanto más subían los ponis, más empinado y estrecho se hacía el camino, y más se impacientaba Lachlann.

La victoria estaba tan cerca y, sin embargo, tan lejos.

—Lachlann, —llamó Celdun cuando llegaron a un pequeño arroyo de montaña—, tenemos que descansar un rato. Los ponis lo necesitan.

Mientras los hombres y los animales descansaban y bebían, Lachlann se alejó del grupo y subió a lo alto de un gran peñasco. Impaciente, miró a lo lejos. Hoy él era el cazador y percibía el olor de su presa. Ghaltair estaba casi a su alcance. Lachlann estaba ansioso por seguir su camino, pero también reconocía que había presionado mucho a la compañía y a los animales. Caín era uno de sus mejores exploradores; Lachlann confiaba en su juicio sobre la situación.

—Alguien se acerca, —gritó Tindell—. Por detrás.

Curioso, Lachlann se reunió con los demás. Magnus y otro jinete se acercaron al galope y

frenaron en seco.

—Lachlann, —llamó Magnus sin aliento—. las cosas van mal en el pueblo. Brian te ha enviado un mensaje.

El mensajero se bajó del poni y relató rápidamente todo lo que había sucedido mientras Lachlann había estado fuera.

—¡Fuego del infierno! —exclamó Lachlann.

El hombre terminó con:

—Brian dijo que debe venir rápido, sire, si quiere salvar a su esposa. La princesa Astrid debe entrar hoy en la Cámara de Fuego.

El deseo de Lachlann de capturar a Ghaltair, de limpiar su nombre, de encontrar al asesino de Thomas, todo palideció cuando pensó en Astrid muriendo en la cámara de fuego. Nada, absolutamente nada, se comparaba en importancia con ella. Ella era su vida, su razón de vivir. Se acercó a su semental.

—Lachlann, no estamos lejos de Ghaltair, —dijo Tindell, agarrando el brazo superior de su amigo—. Está justo sobre la cresta. Piensa en lo dulce que será la victoria, Lachlann, cuando entres cabalgando en la aldea con Ghaltair como prisionero. Capturémosle primero.

Lachlann torció el gesto.

—No, regresaré con Astrid.

—No te preocupes por la sureña, —señaló Tindell—. Si ella muere, tienes a la otra mujer, la que se llama Engla. Ella puede darte un hijo.

Lachlann le miró con desprecio.

—Por eso me casé con Astrid, pero no es por eso por lo que vuelvo, Tindell. No es por lo que quiero que ella viva. No me importa que ella pueda darme un hijo... o cualquier hijo, para el caso. Ella ya me ha dado el mayor regalo de todos: ella misma. Eso es todo lo que quiero de ella. —Lachlann se subió al lomo del semental—. Si mi esposa muere, Tindell, nunca volveré a conocer la victoria.

—Lachlann, es imposible que llegues a tiempo de salvarla, —insistió el viejo guerrero—. No importa lo fuerte o rápido que empujes a tu semental.

El mismo miedo asoló a Lachlann, pero no le dio voz.

—Lo intentaré.

—Eres un tonto por enamorarte tanto de una mujer, —se burló Tindell—. Ghaltair, el hombre que casi ha arruinado tu vida, está justo al otro lado de la cresta. Puedes volver como un héroe con él como prisionero. Demuéstrale a nuestro pueblo que estamos volviendo a la gloria de las viejas costumbres. Demuéstrales que eres digno de ser el heredero del Alto Asiento del Norte de Escocia.

—No tengo tiempo para ser un héroe, —gritó Lachlann—. Vuelvo a casa para salvar a mi esposa.

—¿Es ella más importante para ti que tu deber?

Lachlann le miró fijamente durante un momento. Era la primera vez que ponía algo por

encima de su deber para con su pueblo.

Sonrió y luego se echó a reír.

—Sí, Tindell, ella es mucho más importante. Mucho más.

El semental corrió hacia la Colina del Laberinto, pero no se movió lo suficientemente rápido para Lachlann. Era un hombre impulsivo. El deber, la patria, el honor y Ghaltair se olvidaron cuando pensó en su esposa entrando en la Cámara de Fuego. No podía imaginar la vida sin ella. Deteniéndose bruscamente entre la multitud que rodeaba la entrada a la cámara, Lachlann saltó del semental. Brian corrió a su encuentro.

—Gracias a Dios, estás aquí. —Lachlann le adelantó—. Pensé que nunca llegarías.

Largas zancadas llevaron a Lachlann hacia la entrada de la cámara.

—¿Dónde está ella?

—Está ahí dentro.

—¿Cuánto tiempo?

—Alrededor de una hora.

Fergus se dirigió hacia su hijo. La furia brotó en Lachlann.

—¿Cómo has podido permitir que esto ocurriera? —gritó, sin aminorar el paso.

—¿Te has enterado entonces? —preguntó Fergus, dando pasos largos para seguir el ritmo de su hijo.

—Sí, Brian envió un mensaje.

—Ella eligió hacerlo, —indicó Fergus.

—Pero deberías haberlo impedido, padre.

Muireall, con Catriona en brazos, corrió al lado de Fergus.

—Tu padre no tuvo elección en el asunto.

—Ninguna en absoluto, —añadió Angus—. Tu esposa mató a Sybil. La asesinó.

—No según lo que he oído, —señaló Lachlann—. Pero incluso si lo hizo, Angus, mi esposa mató a una traidora. Después de que salve a Astrid, Angus, tendrás mucho por lo que responder.

Angus resopló.

—No tengo nada por lo que responder, Lachlann. Sois tú y tu esposa los culpables de traición.

—Sí, —dijo Luthe—. Tu esposa sabía que había traído la sombra de la muerte sobre la tierra. Ella se está sacrificando para salvar tu reino.

—Igual que yo—, dijo Lachlann, y corrió hacia la sala exterior de la Cámara de Fuego.

Lonnie, que había seguido a Lachlann todo el camino de vuelta a casa y acababa de saltar de su poni al lado de Lachlann, le agarró por los hombros.

—No puedes entrar ahí. Estás pensando con el corazón y no con la cabeza. Como un hombre que ha olvidado que es el futuro rey del norte de Escocia.

—Estoy pensando como un hombre que está perdiendo su propia razón de vivir, —respondió Lachlann—. Se arrancó el torque del cuello y lo arrojó al suelo—. Mi corazón y mi alma están ligados a los de Astrid. Sin ella no tengo reino. Si no puedo tenerla en vida, me uniré a ella en la muerte.

A medida que Lachlann se adentraba en la caverna revestida de piedra, todos menos Fergus retrocedieron temerosos y temblorosos. Fergus corrió tras él.

—No quería que entraras en la cámara, hijo, pero no debes seguirme. Te he preparado para el día en que asumirás el liderazgo de mi reino. Estás destinado a traer la unificación a las Tierras Altas.

Pero a medida que se adentraban más en la cámara llena de humo, y las palabras de Fergus seguían cayendo en saco roto, se iba quedando cada vez más atrás de su hijo.

Lachlann empezó a toser. Le lloraban los ojos.

—Vuelve, padre —gritó, y se sumergió en la oscuridad ennegrecida y llena de humo de la Cámara de Fuego.



Astrid dio otro paso, sus pies resbalaron en la cornisa. No pudo sostenerse; cayó, gritando y aferrándose a la enorme y húmeda tartana que le rodeaba los hombros mientras se zambullía en las heladas aguas de la profunda caverna. La rápida corriente la atrapó y tiró de ella hacia abajo. Estaba cansada; le dolían los pulmones; le ardía la piel. Había sobrevivido al fuego... gracias al manto de Beattie ... gracias a los consejos de Feich.

Se soltó el manto de los hombros y flotó con la corriente. Descansó un rato. Luego sintió que la succionaban hacia abajo. No podía luchar más. Cerró los ojos. A lo lejos oyó un chapoteo, luego sintió un dolor agudo en el hombro. Abrió los párpados para mirar fijamente unos conmovedores ojos de animal de color marrón dorado.

—Gyda —susurró.

Con el lobo tirando de ella, empezó a luchar para sobrevivir una vez más.



A Lachlann le dolía el pecho; le ardían los ojos y los pulmones. No podía ver. Siguió dando tumbos. Tenía que encontrar a Astrid. Tenía que estar viva. Tenía que estarlo. No podía imaginarse la vida sin ella. Su tartana fue su salvación. Su protección le salvó del humo, le permitió zambullirse entre las llamas. El pasillo lleno de agua fue un bendito alivio, fresco y limpio y húmedo. Respiró más profundamente. Se mantuvo bien a un lado, moviéndose lenta y cuidadosamente sobre las rocas. Encontró el estrecho saliente. Apoyándose contra la pared del túnel, siguió avanzando. Se detuvo y escuchó. No oyó nada, salvo el crepitar del fuego a sus

espaldas. Paso a paso se forzó a seguir adelante. Más lejos... y más lejos. Oyó el gemido de un animal. Dejó de moverse, con un pie suspendido en el aire. Se esforzó por oír. Volvió a oír el sonido. ¡El lobo!

—¡Gyda! —gritó. Esperó. Nada. Volvió a llamar. De nuevo oyó el gemido. Gyda estaba allí. También estaba Astrid. Tenía que estar. Dios mío, tenía que estar.

Con fuerzas renovadas empujó hacia delante. Tenía que moverse más deprisa. Resbaló, buscando desesperadamente asideros. Encontró una pequeña repisa de roca; sus dedos se clavaron en ella justo cuando sus pies cedían bajo él, colgando sobre el agua helada que había debajo. Pulgada a pulgada, empujando con los dedos de los pies, con los dedos de las manos, se arrastró de nuevo hasta el estrecho saliente. De nuevo se dirigió hacia el sonido quejumbroso. Delante de él vio que el camino se ensanchaba y se iluminaba con un rayo de luz. ¡Luz de sol! Y en ese tenue charco de luz vio a su mujer tendida en un montón.

—¡Astrid! —gritó. Ella no se movió. Gyda yacía a su lado, lamiéndole la cara. Lachlann corrió hacia Astrid y se arrodilló junto a ella. Su ropa estaba húmeda y sucia y medio desgarrada, medio quemada de su cuerpo. Le apartó de la cara mechones de pelo cubierto de hollín. Sintió su aliento cálido contra sus dedos. Estaba viva.

—Astrid, —susurró—, estoy aquí.

Lentamente ella levantó los párpados. Intentó sonreír.

—Mi amor, —susurró—. Sabía que vendrías a buscarme.

—Sí, tu amor, —dijo él. La besó suavemente en los labios—. Mi amor.

Ella tosió.

—Estás desaliñado.

Él se rió.

—Tú también. Y aún así, eres lo más hermoso que he contemplado en mi vida.

Los párpados de Astrid se cerraron. Su cabeza rodó hacia un lado.

Lloriqueando, Gyda se acercó y apoyó la cabeza en el pecho de Astrid. Hurgó con la nariz.

—Astrid, —suplicó Lachlann, las lágrimas corrían por sus mejillas y caían sobre las de ella —, por favor, no mueras. Por favor. Te necesito.

Astrid no se movió.

—¡Te necesito! —En esas tres palabras gritó su rabia, su amor, su frustración. su impotencia—. ¡Por todo lo sagrado! Te necesito, Astrid.

Gimoteando suavemente, Gyda le rozó la mejilla con el hocico; le lamió las lágrimas de la cara. Lachlann cogió a Astrid en brazos y enterró la cara contra su cuerpo. Lloró como nunca antes lo había hecho. Gyda empujó más cerca de Lachlann. Astrid jadeó e inspiró profundamente. Sus párpados aletearon.

—No te mueras, esposa, —ordenó Lachlann.

Astrid intentó reír.

—Esposo, no grites tan alto. Haces que me duela aún más la cabeza.

Gyda ladró. Meneó la cola y corrió en círculos alrededor de Lachlann.

—Sí, —afirmó Lachlann—. Va a vivir, Gyda.

Sus zancadas se alargaron. También lo hicieron las de Gyda. Dio la vuelta a un recodo del túnel y el aire fresco sopló contra su cara. El final del túnel estaba justo delante. En diez pasos estaba fuera, respirando profundamente, con los ojos cerrados y la cabeza levantada para que el sol pudiera brillar sobre él y su amor. Las lágrimas aún humedecían su rostro. Gyda se sentó a su lado, mirando a la multitud de gente que jadeaba y gritaba de alegría al verlos a los tres.

Llorando también, Muireall observó a su hijo de pie con su novia en brazos. Ella sostenía a Catriona... y el par de Lachlann. Pronto lo necesitaría.

—¡Ambos viven! —exclamó Feich—. Todo irá bien para nosotros.

Se dio la vuelta y empezó a bajar la colina.

—¿Estás seguro? —preguntó Muireall.

Feich se detuvo, pero no se volvió.

—¿Qué quiere decir?

—El norteño, el llamado Stefan Vadrfjord, se dirige a nuestras costas en busca de venganza.

—No será la primera vez que tratemos con norteños, —señaló él.

—No puedo perder otro hijo a manos de ellos, —dijo Muireall.

—No lo hará, señora. Eso se lo prometo.

Mientras, Niall soplaba la gaita, llenando el aire con la canción de victoria de Astrid.



El sol brillaba con fuerza el día de la ceremonia de la boda escocesa de Lachlann y Astrid. Ambos novios estaban de pie frente al estrado del Gran Salón ante el Sumo Sacerdote Rudie.

Entre ellos estaba sentada Gyda, sujeta a una correa de oro y plata. De pie a ambos lados estaban Fergus y Muireall. La reina sostenía a Catriona en brazos. Por el momento la niña dormía plácidamente, pero Astrid no creía que fuera a permanecer así. Testigos de la ceremonia fueron dos de los padrinos de Lachlann, Brian y Magnus. De pie con Brian estaba Sorcha; Engla estaba con Magnus. Un chiquillo sostenía una almohada blanca sobre la que estaban depositadas una corona de roble y un delicado torque dorado. Rudie dijo:

—Ahora bendigo la unión matrimonial entre el príncipe Lachlann mac Gordon y la princesa Astrid de Einarland.

Astrid, presa de la felicidad de convertirse oficialmente en la esposa de Lachlann a los ojos de aquella gente, de saber que ambos estaban a salvo y que él había quedado libre de toda sospecha de asesinato y traición, apenas oyó las palabras del sacerdote. Cuando Lachlann le dio un codazo, ella se levantó con él y le permitió que la escoltara hasta su Alto Asiento. Sosteniendo la almohada delante de él, el muchacho la siguió. Astrid se sentó y Lachlann levantó

la corona de roble y se la colocó en la cabeza. Alcanzó el pequeño par de oro. A Astrid se le cortó la respiración al contemplar la exquisita pieza de joyería. Cuando Lachlann se inclinó para rodearle el cuello, ella vio el brillo de la luz en su propio torque.

—Mi señora esposa, —dijo él.

—Mi sire esposo.

Los guerreros chocaron sus lanzas contra sus escudos redondos y tachonados. Vítores y gritos salvajes surcaron el aire.

Nunca un grito espeluznante había sonado tan maravilloso para Astrid.

—Los Escudos suenan para ti, esposa.

Astrid sintió el calor de las lágrimas en sus mejillas, pero reía. Muireall se acercó y le entregó a Catriona a ella: Astrid abrazó a su hija; luego Lachlann las rodeó a ambas con sus brazos. La gente vitoreó, el ruido alcanzó tal crescendo que Astrid no pudo oír lo que su marido le decía. Pero su sonrisa le dijo todo lo que necesitaba saber.

Era el jefe Lachlann mac Gordon del clan Gordon. Su gentil amante, su tierno esposo, su guerrero de las Tierras Altas, su sire soberano. En su corazón había sitio para todos ellos.

Epílogo

Los colores del otoño iluminaban la aldea de Lachlann mientras la gente celebraba el final de la cosecha y el comienzo del invierno. El crepúsculo les animó a acelerar sus actividades y prepararse para la procesión de Samhain. Astrid sonrió mientras caminaba por el sendero que iba del Gran Salón a los establos. Con su collar de oro y plata, Gyda trotaba enérgicamente a su lado.

Cora se sentaba delante de su casa y jugaba con Catriona. Engla, dispuesta a dar a luz en cualquier momento, estaba de pie frente al corral y observaba a Magnus mientras trabajaba con los ponis. Lucy se sentó frente a la cabaña de tejer y recortó lámparas.

—Buenas noches, Lucy, —llamó Astrid al pasar—. ¿Cómo va el recorte de las lámparas?

—Muy bien, ama. Casi he terminado. Tendremos una procesión maravillosa este Samhain.

—Eso dice mi esposo.

Lucy sonrió.

—Usted y Lachlann dirigirán la procesión.

—Será mi primera vez y espero que sea grandioso.

Atrapada por la emoción de los festejos prometidos, Astrid preguntó:

—¿Has participado antes en una procesión?

—Sí, muchas veces. Llevamos nuestras lámparas, velas y antorchas. Marchando por el pueblo, conducimos a los espíritus a su descanso en Beinn Lachlann y les dejamos las primicias de la cosecha. Después volvemos al Gran Salón y lo celebramos con la gran fiesta de las primicias. —Lucy inspiró profundamente y miró alrededor de la aldea.

La anticipación brillaba en su rostro. Dejó a un lado la lámpara que había estado recortando.

—Me alegro de que esté aquí, señora. Habéis traído mucha felicidad a la aldea. Los dioses están muy complacidos con usted y con Lachlann. Nuestra cosecha es abundante, sin ninguna duda.

—Ah, esposa. —Unos fuertes brazos rodearon a Astrid. Un rostro erizado rozó su mejilla, y un pecho duro presionó contra su espalda. —¿Estás holgazaneando con Lucy?

—¡Lachlann! —exclamó Astrid, con las mejillas encendidas de placer—. ¿Por qué no te estás preparando para el festival de la cosecha?

—Lo estoy haciendo. —Los labios de él encontraron el tierno lugar bajo la oreja de ella—. Nuestros ponis serán sin duda los más grandiosos del desfile.

Astrid se giró en sus brazos para mirarle.

—Este, mi amor, será un Samhain muy feliz. Sólo estoy triste por una cosa, —aseguró Astrid—. Que Ghaltair haya escapado de tus hombres. Eso no habría ocurrido, mi amor, si te hubieras quedado con ellos.

—Me gustaría creer que eso es cierto, —indicó Lachlann—, pero no me preocupa. Tampoco quiero que lo hagas tú. El consejo le ha declarado renegado a él y a los que cabalgan con él. No puede escapar por mucho tiempo, y de momento no causa problemas.

Astrid rió suavemente.

—Y encontrasteis la mayor parte del ganado y los ponis robados.

—Sí, lo hicimos.

—Los últimos acontecimientos han sido duros para Angus, —aseguró Astrid—. Aunque el prisionero escocés dijo que Angus no estaba implicado en el complot, muchos no creen en su inocencia. Me sorprendió que su propio clan eligiera un nuevo jefe.

—Algunos de sus fieles miembros del clan aún creen en él y continúan siguiéndole, —respondió Lachlann. Deslizó las manos hacia el estómago de ella. Astrid inspiró profundamente, maravillada de que su más leve contacto pudiera enviar tal placer a través de su cuerpo.

—¿Crees que Angus y sus seguidores atraparán a Ghaltair?

—Angus tiene razones de peso para perseguirlo hasta el fin del mundo, —respondió Lachlann.

—Siempre has creído en su inocencia, ¿verdad?

—Angus era crédulo cuando se trataba de Sybil, pero no es un mal hombre, —respondió Lachlann—. Ahora dejemos de hablar de Angus, mi amor. Hablemos de nosotros, de ti.

—¿Y de mí? —preguntó ella, apretando más sus nalgas contra él.

Él apoyó las palmas de las manos en el estómago de ella.

—Todavía es plano.

—Es demasiado pronto para que se redondee —susurró Astrid.

—Sólo han pasado dos lunas desde mi último sangrado.

—Aye, lo sé. —Pasándole el brazo por el hombro, empezó a guiarla de vuelta al Gran Comedor—. ¿Crees que es hora de que nos vistamos para la celebración?

—Sí, mi amor. —Mientras caminaban, ella miró hacia el cielo azul plateado y vio el brillo de las primeras estrellas. Estaba bajando la cabeza cuando se dio cuenta de lo que había visto. Levantó la cabeza para mirar de nuevo y rió en voz alta... de alegría.

—¿Qué pasa, amor? —preguntó Lachlann.

—Un presagio, —susurró ella, y señaló—. Mira el racimo de tres estrellas, esposo mío. Nuestras estrellas.

Para sorpresa de ella, él dijo,

—Según los Antiguos, las estrellas son los fuegos de los dioses.

—Eso creo, —murmuró ella.

—Astrid —la llamó él—, mira atentamente tu racimo.

Ella lo hizo.

—¿No ves una diminuta cuarta estrella, detrás de la más pequeña?

Astrid no vio una cuarta estrella. Miró de nuevo a Lachlann. A la luz de la antorcha vio el brillo de sus ojos y sonrió.

—Tal vez sí, esposo.

—Mi amor, creo que es hora de que arda de nuevo nuestro fuego.

—Aye, Lachlann, creo que es el momento.

Siguiente libro de la serie


Tormenta Vikinga
LA ESTIRPE DEL LOBO - 2
SARAH SCOTT



Aunque todo indicaba que él era su enemigo, su corazón le dictaba todo lo contrario.

Como guerrero vikingo, Stefan debía limpiar su honor y matar al hombre que había secuestrado a su prometida. Para ello se embarca en una misión que lo lleva a las lejanas tierras de Escocia y a Margrey. Una mujer que no se parece a su prometida y que le hace tener sentimientos que jamás había experimentado.

Margrey no es una mujer corriente. Quizás por eso no huyó cuando se encontró con el guerrero vikingo. Ahora parece que los vikingos han saqueado y matado en tierras escocesas y ella, al intentar salvar su reino de sus asaltantes, se encuentra cautiva de Stefan.

Secretos escondidos, un inmenso tesoro y un complot los pondrán en peligro. Para salvarse tendrán que confiar el uno en el otro y a aprender a reconocer sus sentimientos.

?? No te pierdas esta segunda entrega de la serie La estirpe del lobo. Una serie llena de emoción, aventuras y romance.

Notas

[1] Undertunic es una túnica interior vikinga medieval.

[2] De árd- ("High - alto-") + rêj ("king - rey").

[3] **Miniver es** un tipo de piel que solía ser comúnmente utilizada para forros y adornos en prendas de vestir, a mediados del siglo XIII, del antiguo francés "*menu vair*" "piel menor";

[4] Las valquirias son diosas de la mitología nórdica, hijas de Odín y poderosos espectros guerreros. Las valquirias presienten la muerte de los guerreros valerosos, de modo que cuando se libra una batalla se presentan en el plano de los vivos. Desde el cielo contemplan la lucha y cuando ésta llega a su fin las valquirias eligen a los muertos que serán conducidos hasta el Valhalla. Pero no sólo acompañan a los muertos en su viaje a Asgard, sino que también los cuidan durante su estancia en el Valhalla, tal y como lo dispone Odín.

[5] Valhalla es el lugar al que van las almas de los guerreros que murieron en batalla.

[6] El futhark antiguo es la forma más antigua del alfabeto rúnico, usado para escribir en protonórdico por las tribus germánicas tanto en los dialectos escandinavos como en los dialectos germánicos.

[7] Los gigantes de fuerza descomunal, forman parte de la fascinante mitología nórdica. Estos seres poderosos y temibles tienen una estrecha relación con los dioses, protagonizando enfrentamientos épicos y jugando un papel importante en el Ragnarok, el fin del mundo según esta cosmología.

[8] El lur, también conocido como luur o lure, era el nombre que recibían dos instrumentos de viento diferentes.

[9] Los barcos vikingos, conocidos como drakkars o langskip, son una parte fundamental de la mitología nórdica. Estas poderosas embarcaciones no solo eran utilizadas para la exploración y el comercio, sino también para las incursiones bélicas